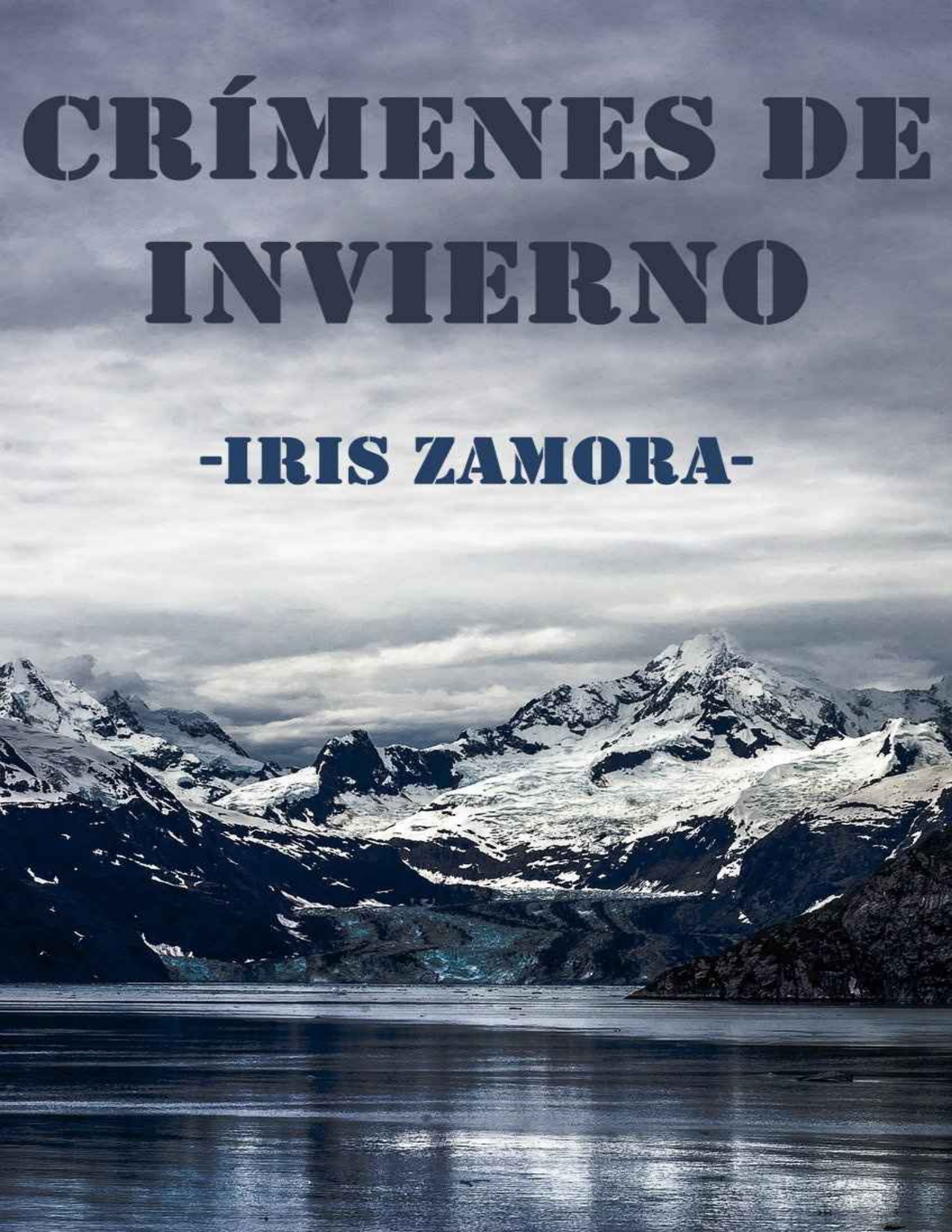
CRÍMENES DE INVIERNO

-IRIS ZAMORA-



CRÍMENES DE INVIERNO

PRIMERA PARTE:

-NIEVE VIRGEN-

- PRÓLOGO -

Enero 2015

La mujer mira ausente la mancha roja que crece bajo sus pies y se extiende dulcemente sobre la

madera gastada. Sin apenas darse cuenta sus manos comienzan a temblar en un gesto involuntario, como si tuvieran vida propia, y cuando en medio de ese temblor inoportuno las mira, se da cuenta de que también están manchadas de rojo, un rojo intenso que huele a metal y a muerte prematura. Entonces cae en la cuenta de que aquella sustancia pegajosa que tiñe su piel de rojo es sangre.

Sabiendo con una certeza escalofriante lo que van a encontrarse sus ojos, la mujer dirige la mirada hacia abajo y el cadáver aparece frente a ella como un simple espejismo, una ilusión que se hace realidad cuando posa en él sus ojos fríos e inexpresivos. La imagen del hombre inerte sobre el suelo le da una bofetada de realismo a la escena y una mezcla de miedo y confusión la invaden al unísono.

Varón, setenta y cinco kilos, uno setenta y seis de estatura, unos treinta y cinco años de edad, y junto al cuerpo, un cuchillo ensangrentado que le hace reaccionar y salir del shock en el que se encuentra.

La mujer coge el cuchillo lentamente y echa un vistazo a lo que hay a su alrededor y a lo que va a va a dejar atrás en los próximos minutos. Dolor, miedo y angustia. Y por primera vez en horas siente que el aire llena de nuevo sus pulmones contraídos, aire que le trae de pronto unas ganas inmensas de llorar descontroladamente, pero aún no, aún no puede permitírselo.

Aún con el cuchillo en la mano y con la actitud que tendría un autómata carente de vida y emoción, la mujer sale de la cabaña y se dirige a la parte trasera de la casa, ya ha estado antes en el almacén y sabe que junto a la caldera hay unas garrafas de gasoil. Con la mano que tiene libre coge una de ellas y se dirige de nuevo al interior de la casa, dónde esparce el líquido por el suelo y las paredes, y también sobre el hombre muerto que yace en el suelo ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor.

El mechero se enciende con un chispazo reluciente, y la llama prende sobre las cortinas claras que cubren la ventana del salón extendiéndose por toda la casa como un río naranja que devora a su paso la madera y la carne humana. Ella lo observa todo inmóvil desde la puerta, una imagen que

irremediablemente quedaría grabada en sus retinas para siempre.

El humo y los olores se elevan hacia el cielo del amanecer incipiente. Pronto llegarían los servicios de emergencias pero para cuando lo hicieran ella ya no estaría allí, se habría ido para siempre de aquellas montañas nevadas que ahora sabrían por siempre su secreto.

La mujer respira y mira el cuchillo que aún sostiene en la mano, como si fuera incapaz de soltarlo. Después se dirige hacia el lago helado que hay frente a la cabaña y ve un agujero redondo en la superficie que alguien había hecho recientemente para pescar. Con la mirada ausente tira el cuchillo por el agujero con la esperanza de que el frío y el tiempo borren sus huellas de él.

Ahora mira a su alrededor y sólo ve nieve pura y virgen rodeando aquel fuego que lo devora todo. Nieve blanca y limpia como la niña que había crecido en aquellas montañas ajena a lo que vendría más tarde. Nieve inocente, como sus ojos, que ahora estaban vacíos de vida y llenos de tristeza.

Como si fuera una sonámbula incapaz de pensar conscientemente lo que hace, se dirige al Hyundai Tucson gris metalizado que está aparcado frente a las llamas que aún rugen a su espalda. Las llaves están puestas, así que sin más dilaciones entra en el coche y suspira, después arranca el motor y el suave ronroneo eléctrico amortigua los sollozos que comienzan a surgir de lo más profundo de su pecho.

-1-

Los Alpes franceses/ Agosto 2011

Edurne se siente impaciente y nerviosa a partes iguales. Con la ilusión de quien espera algo muy deseado mira hacia arriba y mil estrellas brillan en el cielo despejado de aquella apacible noche de verano. Ella está radiante. Lleva el pelo ondulado perfectamente peinado y su color dorado brilla bajo la luz anaranjada de las farolas. Le ha costado decidirse, pero finalmente se ha puesto un vestido blanco moteado de pequeñas florecillas rojas. Rojas, como el color de su pintalabios y los zapatos de tacón que se ajustan a sus pies pequeños y delicados.

Aquella noche empiezan las esperadas fiestas del pueblo y en la Plaza Mayor hay verbena, por lo que todo el mundo se ha vestido para la ocasión y las calles están llenas de ruido y de luces de colores. Las parejas se dirigen hacia la plaza cogidos por el brazo, los niños corren y se divierten por las calles iluminadas, la música suena a lo lejos y la diversión y la festividad se palpan en el ambiente. En el aire hay un olor a caramelo y croissant recién hecho que la traslada inmediatamente a su infancia, y por unos momentos se ve a sí misma muchos años atrás paseando con sus abuelos por aquella misma calle con un crepe de chocolate y nata en la mano. Pero entonces recuerda por qué está allí y vuelve de inmediato al momento presente.

Mientras espera en la puerta del bar a que él llegue deja que su mente saltarina recorra un recuerdo tras otro, como si fuera una mariposa revoloteando de flor en flor. Esta vez son recuerdos más recientes, recuerdos que ya ha revivido en más de mil ocasiones aquellos últimos meses, como si fueran los fotogramas de una película que no puede dejar de ver mientras el proyector siga encendido.

Con media sonrisa en los labios se traslada a la noche en la que algunos meses atrás se habían conocido en aquel mismo bar. Era el bar de su adolescencia y también de su juventud, el lugar dónde más tiempo había pasado con sus amigos a lo largo de aquellos fantásticos años antes de ir a la universidad. Tenía las paredes de madera de un color verde oscuro similar al de un abeto y lámparas de cristal que colgadas de las paredes daban al local una luz tenue y acogedora. Junto a la entrada había una barra amplia de madera de roble y al fondo algunas mesas con bancos en los que podías sentarte y estar más tranquilo. Cuando entrabas en aquel lugar la música acariciaba tus oídos con el volumen justo que permitía mantener agradables conversaciones, por eso siempre le había gustado ir allí.

Aquella noche en cuestión ella estaba con sus amigas de la universidad celebrando que por fin habían terminado sus estudios de enfermería. Estaban deseando empezar a trabajar y poner en práctica todo lo que habían aprendido en aquellos largos años de estudio. Empezaban una nueva etapa de sus vidas, estaban exultantes y todas rebosaban alegría en cada carcajada que lanzaban al

aire.

Las chicas permanecieron largo rato bebiendo y bailando junto a la barra del bar bajo las miradas furtivas del camarero, y fue a media noche cuando Edurne le vio en las mesas del fondo. Alto, apuesto…y la miraba descaradamente mientras bebía cerveza junto a sus amigos totalmente ajeno a sus conversaciones, como si estuviera a años luz de ellos en un lugar inaccesible que estaba reservado solo para ellos dos.

Aquella noche también era especial para ellos, y es que después de pasar largo tiempo alistados en el ejército por fin se cumplían sus expectativas de trabajar en el frente. Ante su sorpresa y desconcierto los habían enviado a una misión especial en el extranjero y en apenas unos días empezaban una etapa nueva y excitante, y en aquel momento lo celebraban bebiendo chupitos y cerveza a la vez que se despedían de aquella vida monótona y aburrida que pronto iban a dejar atrás.

Aquellos dos grupos de jóvenes no tardaron en juntarse y seguir la fiesta en la mesa del fondo desde la que Evans había descubierto a Edurne, y todos bebieron entre risas y bromas hasta bien entrada la madrugada. Evans siguió mirándola descaradamente toda la velada, con ansiedad y determinación, como si aquella fuera la única oportunidad que tendría para conocerla y adentrarse en su mundo de forma inminente.

Desde entonces habían pasado seis largos meses y allí estaba ella de nuevo. Pero ésta vez no la acompañaban sus amigas, ahora estaba sola, esperando impaciente al hombre que desde entonces

y a pesar de la distancia, se había convertido gradualmente en el centro de toda su existencia.

Pero la noche iba cayendo y los minutos pasaban implacables uno tras otro. Edurne miraba el reloj constantemente y después de una espera que a ella se le hizo eterna su sonrisa se fue diluyendo imperceptiblemente. Sólo si la mirabas de cerca podías ver que su ilusión de había desinflado como un globo y ahora era sólo una leve sombra de lo que antes era.

Evans llega a la cita una hora tarde y cuando se acerca a ella para abrazarla lo hace envuelto en una ráfaga de disculpas, medias mentiras y un fuerte olor a tabaco y alcohol impregnado en su ropa y en su piel. Ella está visiblemente molesta pero con un evidente sobreesfuerzo intenta disimularlo, por fin lo tiene delante y no quiere estropear aquel momento tan esperado.

La pareja entra en el bar mirándose con los ojos rebosantes de expectativas. Él le cuenta mil historias: lo fabuloso que es su trabajo, cuánto le gusta aquel ritmo frenético en el que su adrenalina se dispara, la emoción de apretar el gatillo…Ella le escucha con el corazón abierto de par en par y le mira sin poder ver con sus ojos ciegos de enamorada, quizá por eso no se da cuenta de las señales que el desprende a cada momento. Señales que intentan prevenirle de que es un tipo peligroso al que no debería acercarse más, al que no debería volver a ver, pero ya es demasiado tarde, Edurne siempre se fija en las causas perdidas, aunque en esta ocasión sería a su propia perdición a la que iba a enfrentarse.

El gran entusiasmo que transmite Evans en cada palabra suple todo el que ella va perdiendo poco a poco, conforme la conversación avanza y él la monopoliza por completo. Aún así, Edurne no es capaz de reconocer su decepción y cuándo él le sugiere llevarla a su cabaña del bosque ella acepta encantada sintiendo que por fin va a ser el centro de toda su atención, quizá allí, al estar solos, él le pregunte por su nuevo trabajo, o por sus amigas, por su familia, o por cómo han transcurrido para ella aquellos meses sin él.

Cuando se montan en el Hyundai Tucson gris metalizado que está aparcado en la puerta del bar Edurne duda por unos segundos, una voz interna le dice que tenga cuidado, que él está demasiado

borracho para conducir por aquellas carreteras serpenteantes de montaña, pero cuando le sugiere tímidamente que quizá debieran posponer el viaje él da un bufido y la llama “aburrida”, y el momento pasa, él ya está sentado al volante con el pie en el acelerador, haciendo sonar el claxon del coche para meterle prisa, y ella entra en el coche algo avergonzada y ya nunca más tendría otra oportunidad tan clara como aquella para alejarse de él para siempre, antes de que entrara en su vida de forma incisiva.

El viaje por la carretera de montaña es escalofriante y temerario, y es la primera vez que Edurne teme por su vida de una forma tan evidente, pero Evans no para de decirle con voz segura y aduladora que él “controla” y que no sea tan aguafiestas, y para entretenerla le explica que aquella noche había llegado tarde porque sus amigos le habían invitado a unas copas y no había podido rechazarlas, pero que ahora sólo tenía ojos para ella.

Evans aparca el coche junto a una bonita cabaña de leñadores situada en medio de un espeso bosque. Según le dice, la propiedad era de su difunto abuelo y ahora le pertenecía sólo a él. Mientras se dirigen hacia la puerta le cuenta con ojos nostálgicos que su abuelo siempre había sido cazador pero que a él le gustaba más la pesca, y siempre que podía solía subir allí arriba para pescar y estar sólo. Aquel sitio era su santuario personal, su paraíso en la Tierra, y ahora iba a compartirlo con ella.

Cuando la pareja entra en la casa él abre las ventanas para ventilar la estancia, desde que había partido con el ejército nadie había estado allí arriba y huele a cerrado y a tiempo estancado. Mientras tanto ella hace con la mirada un rápido repaso a su alrededor y con los ojos ilusionados de quien descubre algo por primera vez contempla un salón pequeño pero muy acogedor, con una magnífica chimenea en la pared de enfrente que llena toda la estancia. A su derecha hay un sofá de tres plazas y una mesa con algunas sillas a su alrededor, y al fondo una escalera que sube a la

planta de arriba donde la imaginación se pierde entre la penumbra de un pasillo a oscuras. A su izquierda puede ver una puerta de madera abierta que deja entrever la cocina. La decoración es escasa de forma voluntaria y deja al descubierto los claros intereses de la familia por mantener un ambiente relajado donde predominen sus gustos por la caza y la pesca.

Después Edurne vuelve su mirada hacia Evans. El ambiente está enrarecido y hay cierta tensión entre los dos, pero entonces él se acerca a ella con rapidez y antes de que pueda decir nada la mira a los ojos sin reparos, después la besa con impaciencia y tal impulsividad que la coge desprevenida y la deja sin palabras. Sus manos hábiles la desnudan rápido y recorren todo su cuerpo, que inexperto, se deja llevar por la pasión que brota entre los dos desde el primer momento.

Hacen el amor dos veces aquella noche y una vez más por la mañana temprano, y ella, llena de ilusión y de inocencia, piensa que aquello es el preludio y el símbolo inequívoco del amor que está naciendo entre ambos. Pero el romance de la incipiente pareja dura apenas dos días más con sus dos noches, los días que a él le quedan de permiso. Después Evans se marcha de nuevo a un país extraño y peligroso y ella vuelve a la ciudad donde retoma la vida que está construyendo. Vuelve a su trabajo de enfermera en las Urgencias del hospital en el que la habían contratado hacía poco, y a su rutina tranquila en el pequeño ático que había alquilado para vivir cerca del trabajo. A veces echaba de menos la vida tranquila del pueblo en el que se había criado, pero allí no tenía opciones y en realidad, la ciudad estaba a tan sólo cincuenta kilómetros, podía ir de visita siempre que tuviera unos días libres, y por supuesto, siempre que Evans volviera a casa de permiso.

-2-

Suecia/ Enero de 2015

El paisaje que divisa a través de la ventanilla del coche en marcha le congela todos los sentidos. Invierno puro, nieve virgen y un silencio abrumador reverberando en sus oídos. Sólo el sonido de las ruedas de su nuevo Hyundai Tucson gris metalizado roza el aire a su paso, dejando una estela sonora en las llanuras desiertas que está atravesando.

En la radio suena una melodía agradable y animada, y aún así, su mente se encuentra vacía de pensamientos, como si en ella también hubiera una vasta extensión de nieve virgen e inmaculada dónde las ideas no pudieran germinar ni echar raíces, hacía demasiado frío para ello. Y ella lo prefiere así. Le gusta aquel vacío, le gusta aquel paisaje infinito, y por eso toma la decisión instintiva de quedarse en el siguiente pueblo que aparezca a su paso.

Para ella es tan solo un pueblo sin nombre, un pueblo donde poder empezar de nuevo, dónde no tener cerca rostros conocidos, ni voces familiares. Donde dar un portazo a su pasado y reconstruir con mucha paciencia su frágil presente y su incierto futuro. Sabe que será una tarea ardua y dolorosa, pero ella es una superviviente y está segura de que podrá hacerlo, igual que ha hecho tantas otras cosas difíciles a lo largo de su vida. Mientras le da voz a la música que suena en la radio mira con cierto entusiasmo el letrero del pueblo que le da la bienvenida…un pueblo anónimo, sin nombre, para una mujer con un destino nuevo.

Clarissa Ericson está sentada en el borde de la cama de su nueva habitación y mira atentamente a su alrededor reconociendo el espacio en el que a partir de ahora iba a establecer su guarida. Se trataba de una habitación pequeña ubicada en la segunda planta de una casa humilde y acogedora. Las paredes del dormitorio estaban forradas de papel amarillo adornado con flores anaranjadas, si le ponías un poco de imaginación podías trasladarte a un campo lleno de flores silvestres, y eso le gustaba. En el centro de la habitación hay una cama pequeña con una mesita de noche a cada lado, y frente a ella hay un espejo que le devuelve su imagen con descaro. La imagen de una extraña que le mira desafiante desde el otro lado del cristal.

Clarissa respira profundamente y con cierto desafío sostiene la mirada de la mujer que le observa impasible desde el interior del espejo. Es una mujer de unos treinta y cinco años con el rostro anegado en pena y desolación. Tiene la mirada algo perdida, aunque el color avellana de sus ojos la dulcifica. El pelo negro y liso le roza los hombros y sus labios rojos están sellados en una línea recta como si guardaran mil secretos en su interior.

A los pies de la cama hay una desgastada bolsa de viaje que se encuentra medio vacía. Apenas ha traído nada consigo de su antigua existencia y lo poco que tiene lo ha comprado en una pequeña tienda de barrio que ha encontrado a su paso dos calles más abajo.

Clarissa se levanta de la cama y con lentitud se dirige hacia la ventana que hay a su derecha, la cual se encuentra cerrada de par en par. Fuera, los copos de nieve caen lentamente sobre el pequeño jardín de la casa, y las pocas plantas que hay en él están ligeramente dobladas por la delgada capa blanca que soportan desde hace días. Pero ella acaba de llegar, es su primer día en aquella habitación, en aquella casa y en aquel pueblo, y todo le parece extraño y a la vez embriagador.

Después de varios días de viaje por fin había decidido parar. Clarissa detuvo la marcha en la gasolinera que había justo en la entrada del pueblo y el hombre que le había atendido le dijo que si seguía caminando por la vía principal se encontraría rápidamente con los pocos bares y tiendas que había en Älg, por lo visto aquel era un pequeño municipio de montaña, sin grandes centros comerciales ni avenidas abarrotadas de coches impacientes. Para entonces era ya medio día y sus tripas rugían desde hacía un buen rato, por eso terminó entrado en el primer bar que encontró a su paso mientras caminaba sin rumbo por las frías calles del que sería su nuevo hogar.

Por lo que veía a primera vista aquel era un lugar pequeño y sencillo, justo lo que ella necesitaba, un lugar donde vivir tranquila y pasar desapercibida entre rostros anónimos y personas desconocidas. Con gente a su alrededor y con la naturaleza a la vuelta de la esquina esperándola con los brazos abiertos. Desde la entrada del bar podía ver los bosques frondosos que había más allá de un extenso lago helado, y las montañas nevadas a lo lejos. El frío y los árboles le ayudarían a cicatrizar sus heridas, estaba segura de eso.

Cuando Clarissa cogió la carta entre sus manos para escoger algún plato se encontró con la dificultad del idioma. Dominaba el alemán y el inglés, y se defendía un poco con el francés, pero leer en sueco era algo más complicado, por ello le pidió al camarero que le tradujera alguno de los platos principales. La recomendación de aquel hombre fuerte y corpulento fue sin duda la especialidad del Atolladero, Älggryta, que era carne estofada de alce. Aquella gente había sabido aprovechar el enclave en el que estaban situados y le habían sacado partido con aquel plato sabroso y típico de la gastronomía tradicional. Además podía disfrutar de Köttbullar, que eran unas deliciosas albóndigas suecas, o de Kåldomar, carne picada envuelta en hojas de col.

Finalmente Clarissa se decantó por una sopa de setas caliente y reconfortante que tomó despacio disfrutando de los sabores, una sopa deliciosa que le devolvió el color a su rostro pálido y ojeroso. Después tomó unas albóndigas hechas con una mezcla de cebolla picada, carne de res, carne de cerdo, huevo y leche que casi le dejan sin sentido, acompañadas con un puré de patatas y arándanos revueltos en azúcar.

Le sorprendió gratamente la buena comida que le habían servido y se prometió volver pronto, y cuando se acercó a la barra para pagar la cuenta una conversación fortuita le hizo encontrar alojamiento.

- Eres nueva por aquí, ¿No es cierto? – Le preguntó el hombre que le había servido la comida minutos antes.

- Sí, acabo de llegar.

- ¿Y vas a instalarte por aquí, o estás de paso?

- Quiero instalarme, ¿Puedes recomendarme alguna pensión?

- Sí, hay una pensión a la salida del pueblo, pero si buscas algo más duradero conozco a una señora que alquila una habitación. Es mayor y no le gusta vivir sola, tenía un huésped pero se fue la semana pasada, quizá tu….

- Sí, estoy interesada, gracias, ¿Dónde puedo encontrarla?

- Por cierto, me llamo Birger.- Dijo el hombre grandullón que tenía delante mientras le sonreía amablemente.

- Encantada, Clarissa Ericson.

Agnes resultó ser una mujer agradecida y sumamente tierna que le abrió al instante la puerta de su casa y también la de su corazón arrugado. Tenía setenta y ocho años, la piel curtida por mil historias enigmáticas y los ojos grises como el tiempo que les envolvía en aquel preciso momento.

Ambas estaban sentadas frente a la mesa de la cocina tomando un chocolate caliente y unos dulces almendrados algo rancios, pero Clarissa se los comía como si fueran los mejores que había probado en toda su vida. En el regazo de la anciana había un gato negro que ronroneaba mientras su dueña le acariciaba la cabeza, se llamaba Cascabel y era así de dócil solo con su anciana dueña. Mientras le rascaba detrás de las orejas con suavidad Agnes le contaba a su nueva inquilina la historia de su pasado, con la mirada envuelta en nubarrones de nostalgia y una sonrisa

triste rozando aquellos finos labios.

Agnes había crecido en Upssala en una época difícil donde el hambre y el trabajo duro habían terminado por endurecer su carácter. Se había casado muy joven con el único fin de escapar de un hogar estricto y autoritario donde se sentía marchita y enclaustrada, y Adolf Hult fue el afortunado joven que la conquistó. El vivía por aquel entonces en Älg, un pueblo de leñadores donde ambos se instalaron en una modesta casa después de la boda. Había fotografías suyas por toda la casa, recuerdos de un matrimonio largo que recientemente había llegado a su fin.

Agnes había quedado viuda hacía tan solo dos años y por lo que parecía aún no se había hecho a la idea. Según le había contado, todavía veía a su marido por cada rincón de la casa que habían compartido durante tanto tiempo, y desde que se había quedado sola la casa le parecía tan grande y solitaria que había decidido alquilar aquella habitación del piso de arriba a la que ya apenas iba porque le dolían las rodillas al subir las escaleras. De esa forma tendría compañía y algo de ayuda en casa, y no estaría tan sola cuando el fantasma del viejo Adolf le asaltara por los pasillos desiertos en la oscuridad de la noche.

La inquilina anterior había sido una maestra a la que habían trasladado a otro destino después de cubrir una sustitución de seis meses en la escuela del pueblo. Y ahora, poco después, había llegado Clarissa, una joven paliducha de ojos atormentados que sin embargo era amable y discreta. Sí, Agnes estaba contenta con su compañía.

Los primeros días Clarissa los pasa prácticamente dentro de casa. La nieve seguía cayendo hora tras hora y se sentía protegida dentro de aquellas paredes. La calefacción mantenía la casa cálida y la moqueta del suelo le invitaba a caminar simplemente con unos calcetines gruesos. Allí dentro no tenía que fingir ser nadie. No tenía que ser fuerte. Podía pasarse el día en pijama haciendo pucheros si ese era su deseo. No quería ver a nadie y cuando necesitaba una conversación no tenía más que bajar a la planta de abajo y Agnes siempre estaba dispuesta a seguir contándole su historia.

Y así se sintió gratamente reconfortada. Parecía encajar en aquel sitio aunque fuera una simple forastera. Así era ella, podía sentirse una extraña entre su propia gente o como si estuviera en casa entre unos extraños a los que no conocía de nada.

-3-

Suecia/ Enero de 2015

Adam Berg era un hombre aparentemente tranquilo y paciente, pero lo cierto era que allí sentado, frente a la casa que sería su nuevo hogar, se sentía extrañamente inquieto y nervioso.

Con un leve movimiento de muñeca el hombre apaga el motor del coche y saca la llave de la ranura donde unos momentos atrás había encajado milimétricamente. Y con todo el valor que es capaz de reunir sale al frío de la mañana con la intención de sacar su equipaje del maletero del coche.

Su nuevo hogar. Era fácil decirlo pero sentirlo era otro cantar. De pronto le vienen algunas imágenes a la mente como ráfagas de una vida que ahora le parecía muy lejana: un salón acogedor

y colorido, la televisión encendida y Annika sentada en el sofá con un libro entre las manos y su sonrisa fresca y sincera. Con un sonoro resoplido sacude aquellos recuerdos inoportunos de su memoria traicionera y echa un vistazo a la casa que tiene enfrente.

No estaba nada mal, tendría que darle las gracias a Alfred, desde que le había dicho que lo iban a trasladar allí se había mostrado entusiasmado con la idea de tenerle cerca y se había ofrecido a arreglarlo todo por su cuenta, de esta forma él se había podido despreocupar de gran parte de los múltiples problemas que solían acarrear las mudanzas. Alfred, tan servicial como siempre. Adam sonríe al pensar en su hermano menor y se siente súbitamente menos solo.

Cuando entra en la casa, el recién llegado mira con sincera curiosidad a su alrededor. El suelo de madera de la espaciosa estancia le da al salón un toque cálido y acogedor que le agrada. Enfrente de la puerta de la entrada hay un gran ventanal que deja ver un patio en la parte trasera de la casa, aquel espacio extra le vendría estupendamente bien para dejar su bicicleta y otros trastos que traía consigo.

En una misma sala estaba ubicado el comedor y la cocina, ambos espacios estaban separados simplemente por una barra americana, lo cual le parecía realmente cómodo y práctico, y al fondo había una pequeña habitación con una cama de matrimonio y un armario empotrado. Y en el escaso pasillo se vislumbraba otra puerta que debía dar acceso al cuarto de baño.

El salón era sin duda el lugar más amplio y espacioso de la casa, en una de sus paredes había un sofá cama con una pequeña mesa delante y justo enfrente había un aparador con cajones que soportaba un televisor de aspecto nuevo y moderno. Era todo lo que necesitaba y más, y desde aquel momento sintió que iba a estar cómodo en aquella casa.

Para Adam, aquella mudanza significaba el fin y el inicio de muchas cosas. Desde que había terminado los estudios en la academia y se había iniciado en el mundo laboral, Adam había estado trabajando en la misma oficina durante quince años, y a lo largo de aquella dilatada etapa había vivido siempre en el mismo sitio, un piso que había heredado años atrás de su padre. Podía

decirse que a lo largo de toda su vida había sido un hombre estable y poco aventurero, el único cambio significativo había sido casarse con Annika seis años atrás y que ella se mudara a vivir con él desde entonces.

Y ahora se había separado de Annika, le habían trasladado de oficina y había dejado su antiguo piso de Uppsala y su conocida ciudad para irse a un pueblo minúsculo al pie de las montañas. Un cambio detrás de otro, como una rueda que no paraba de girar…sentía su vida en constante movimiento, él, que no le gustaban los cambios, él, que le gustaba sentir que controlaba la situación.

Y ahora estaba sentado en el sofá de su casa vacía sintiendo que no controlaba nada de nada. Y el abismo que sentía en la boca del estómago era sobrecogedor. Tendría que ir acostumbrándose, parecía que los cambios estaban muy presentes en su vida últimamente y las cosas no habían hecho más que empezar, al fin y al cabo, eso era lo que andaba buscando.

Aquella noche Adam decide cenar con su hermano Alfred en el Atolladero, el único bar del pueblo en el que se puede comer comida decente y sabrosa. Mientras saborean unas albóndigas deliciosas los dos hermanos charlan animadamente y se ponen al corriente de sus respectivas vidas, y Alfred aprovecha la ocasión para contarle algunas curiosidades sobre el pueblo.

- ¿Cuándo te incorporas al trabajo?

- El lunes.

- Entonces aún tienes tiempo de salir a inspeccionar la zona con tu bicicleta.

- Sí, ya lo había pensado.

- Hay un sendero muy bonito que bordea el lago, y casi todo el tiempo es llano.

- Es bueno saberlo.-Dice Adam sonriendo.- Estaré bien, Alfred.

- Sabes que puedes encontrarme en la parroquia siempre que me necesites.

- Sí, lo sé ¡Oye, a veces parece que has olvidado que yo soy el hermano mayor!

Alfred se ríe a carcajadas.

- Sí, será deformación profesional, ya sabes que me preocupo por todo el mundo ¿Cómo no iba a preocuparme de mi propia familia?

Y ambos hermanos brindan por aquel peculiar reencuentro en aquel pequeño pueblo perdido entre copos de nieve, bosques y montañosas majestuosas.

Adam utiliza aquel primer fin de semana para ordenar sus pertenencias y hacer de aquella casa un lugar más acogedor. Coloca algunos libros en las estanterías vacías, una vieja colcha sobre la cama, en la cocina una jarra de cristal en la que le gusta beber cerveza, y su bicicleta de montaña en el patio trasero.

Aprovecha para adaptarse al espacio, para dar paseos por las frías calles del pueblo y hacerse una idea del entorno que le rodea, y no pierde la ocasión de visitar las pequeñas tiendas del barrio y llenar su nevera vacía. Pero el fin de semana también le sirve para darse cuenta de lo terriblemente solo que se encuentra. Mil veces sostiene el móvil entre sus manos mirando el número de Annika y mil veces lo aparta de él sin haberla llamado. No quiere molestarla, no quiere llenar su vacío con su voz, de esa forma nunca terminaría de irse, y tenía que irse de una vez por todas para dejar que ella pudiera superarlo. Adam sabe que si la llama por teléfono ella terminaría cogiéndolo, pero no es justo, y él es un hombre justo, por eso se hizo policía, para que la ley se cumpliera y hubiera un poco más de orden entre el caos que a veces, parecía gobernar este mundo de locos.

Aunque la separación con Annika había sido pacífica y relativamente amistosa, no por ello había sido menos dolorosa. Los dos se habían alejado progresivamente, bueno, para ser sinceros él se había alejado de ella y de todo lo demás. Y llegó un momento en el que se encontraba tan perdido que se miraba en el espejo y no se reconocía, miraba a Annika y tampoco sabía quién era aquella mujer que dormía con él cada noche. Ella lo intentó con toda la paciencia del mundo pero al final,

terminó cansada de tanto esfuerzo y un día dejó de luchar sin más y permitió que pasara lo inevitable. Fue el día que su matrimonio llegó a su fin y él no podía reprochárselo. Ahora se sentía aliviado y a la vez, la echaba terriblemente de menos.

-4-

Enero 2012

Los siguientes seis meses pasan para Edurne tan rápido como una estrella fugaz que atraviesa el oscuro firmamento sin apenas dejar rastro. Su trabajo le apasiona y le hace sentirse una persona útil y de provecho, por eso concentra en él toda su atención. Su esfuerzo y dedicación en todo lo que hace no tardan en traer consigo una buena recompensa y a los pocos meses de empezar a trabajar la ascienden nombrándola Jefa de Enfermeras de Urgencias, algo que junto a ella, ansiaban todas sus compañeras del hospital.

En aquel tiempo se había integrado muy bien en la ciudad, aunque al principio tubo sus dudas y creyó que le costaría más trabajo hacerlo. Ahora recuerda con cierta nostalgia algunos momentos de su antigua vida que se le antoja muy lejana pero que en realidad estaba a la vuelta de la esquina. Le parecía que fuera ayer mismo cuando cogía un autobús por la mañana temprano para ir a la universidad y regresaba a la granja cuando la noche caía sobre las montañas con aquel manto aterciopelado que tanto le gustaba observar desde la ventanilla empañada. Había sido una época bonita y ya había pasado, como las estaciones, como las hojas que marchitas se caen de los árboles de forma natural.

A pesar de esos posos de nostalgia que hay en su corazón, tiene que reconocer que ahora se siente feliz con lo que hace. Tiene dos o tres amigas de confianza en el hospital y le encanta el pequeño y acogedor ático abuhardillado que ha alquilado para vivir ella sola. Sí, podría decirse que se encuentra en un buen momento de su vida.

Lo que más podía emocionarle llegados a este punto era que Evans conociera su nuevo hogar, la ciudad en la que ahora vivía y en definitiva, cómo era su día a día en aquella vida que estaba construyendo por sí misma. Y por fin iba a ocurrir. Aquel fin de semana sería la primera vez que se vieran fuera del pueblo donde ambos se habían criado y estaba realmente ilusionada, esperaba impaciente que en cualquier momento sonara el timbre con aquel ruido estridente y metálico y él apareciera detrás de la puerta con su maleta un gran abrazo para ella.

Quería llevarle a tomar café a la cafetería del barrio, un lugar al que solía ir en sus días de descanso a disfrutar de un capuchino espumoso mientras leía una novela o una revista científica. Quería pasear con él por la avenida principal y mirar los escaparates de las tiendas luminosas, y el resto del tiempo quería pasarlo metida en la cama con él y salir de allí sólo para comer y ducharse. Había comprado cerveza de la que él solía beber y en la nevera le esperaba su pizza preferida, quería que todo fuera perfecto. Había limpiado el ático con esmero, se había comprado lencería nueva, se había arreglado el pelo y eligió con determinación que ropa ponerse. Tenía todo el fin de semana planeado y estaba nerviosa e impaciente por llevar a cabo sus planes.

Cuando Evans entra en el salón con su pequeña maleta de mano mira a su alrededor con un atisbo de desprecio mal disimulado y lo primero que dice es que aquel lugar es demasiado pequeño y

modesto para ella, que con el sueldo que tiene desde que es Jefa de enfermeras podría permitirse vivir en un lugar mucho mejor que ese ático diminuto. Después deambula inquieto por el salón sin saber muy bien qué hacer, y así pasa el resto de aquella deseada tarde de viernes, como un animal enjaulado que es incapaz de adaptarse a su nuevo habitáculo.

Evans se definía a sí mismo como un hombre de pueblo y un pescador empedernido, y dedicó toda la mañana del sábado a meterse con la gente que vivía en la ciudad y que según él, eran personas que no sabían apreciar la vida en la naturaleza como hacían ellos, los que se habían criado en las zonas más rurales de la región.

- No soporto a esos estúpidos que se creen superiores a nosotros porque trabajan en altos edificios y tienen mejores coches que nosotros. No se enteran de que con sus elegantes coches no irían a ningún sitio en el pueblo, se quedarían atascados en la nieve como imbéciles, y entonces vendrían a pedirnos ayuda a nosotros, a "los paletos". Yo los dejaría pudriéndose en la nieve, a ver si así aprenden a respetarnos como nos merecemos.

Edurne prefiere no contestar a los comentarios hirientes que él hace continuamente sobre la ciudad y sobre la gente que vive allí, por el contrario intenta calmarle y le pregunta por los meses que ha pasado en su misión, pero tampoco eso logra tranquilizarle.

- Pues imagínate, son tan estúpidos que tenemos que ir nosotros a poner paz en aquel país de locos. Pero prefiero no hablar de eso ahora.

- ¿Te gustaría volver ya, terminar la misión y venir de nuevo a casa?

- ¿Estás loca? Cuando acabe esta misión llegará otra, el mundo está lleno de conflictos como este.

Lo único, lo único realmente capaz de aplacar el nerviosismo que parecía haberse instalado en el interior de Evans, era el sexo. El sábado por la tarde lo pasan en la cama y Edurne por fin pudo tener para ella toda su atención. En aquellos momentos se sentía la mujer más deseada del mundo y también la más afortunada, pero al terminar el sexo volvía de nuevo la ansiedad y la prisa por huir de ella, y las ganas de otras cosas.

- Oye, estoy pensando que tenemos que salir de aquí, ¿Por qué no nos vamos a mi cabaña?

- ¿Ahora?

- Sí, ahora, encenderemos el fuego y pasaremos allí el resto del fin de semana.

- Pero si son las dos de la madrugada, Evans.

- Venga, coge algo de ropa y de comida, nos vamos.

Cuando llegan a la cabaña y entran en su interior el frío intenso que envuelve toda la casa les atropella bruscamente, pero el fuego que enciende Evans consigue ir caldeándola lentamente. Mientras tanto Edurne sube a la planta de arriba y arregla la cama con unas sábanas de franela bien tupidas, pues la última vez que habían estado allí había sido en verano y entonces no hizo falta protegerse del frío.

Mientras la luna intenta hacerse paso entre nubes espesas como la oscuridad de la noche, ellos duermen abrazados el uno al otro. Pero a las cinco de la madrugada Edurne se despierta sobresaltada con el sonido de unas voces que vienen de la planta de abajo y con el ceño fruncido

se levanta de la cama, se pone una chaqueta para protegerse del frío y sale de la habitación sin hacer ruido.

Con mucho cuidado y algo desconcertada, Edurne se asoma a la barandilla para ver quiénes son los causantes de aquel alboroto. Nada más hacerlo siente que una bofetada de humo le golpea en toda la cara, una columna blanquecina sube por el hueco de la escalera y respirar aquel aire viciado le produce nauseas. Abajo puede vislumbrar cinco hombres sentados alrededor de la mesa fumando y bebiendo amistosamente. Parece que hacen algún intento de hablar en susurros pero no lo consiguen, y Edurne puede descifrar algunas frases de aquella conversación clandestina.

- Venga ya, no seáis cobardes, seguro que lo conseguimos, sacaremos tal cantidad de dinero que en dos años podremos retirarnos.- Dice Evans con una voz segura y a la vez petulante.

- Sí, pero si nos pillan pasaremos toda la vida en la cárcel.- Añade un muchacho pelirrojo.

- Sí, es cierto Evans, es un poco arriesgado ¿No crees?

- Sí, claro que es arriesgado, por eso vamos a ganar tanta pasta.- Contesta Evans con desdén.- Yo voy a hacerlo, que levante la mano quien esté conmigo.

Y todos, excepto el chico pelirrojo, levantan la mano de forma indecisa y se unen a su causa.

Horas después, a media mañana, es el viento enfurecido azotando las contraventas de madera quien despierta a Edurne con su rugido y su lamento. A su lado sólo hay un hueco vacío y un atisbo de malestar comienza a emerger en su interior como un fuego incandescente que se aviva por sí solo.

Envuelta en su abrigo de pana marrón Edurne baja a la planta de abajo con el gesto arrugado por el intenso olor a tabaco que hay en toda la casa. Mira a su alrededor intentando averiguar dónde se encuentra Evans pero al no ver ni rastro de él en el interior de la cabaña Edurne sale a buscarlo al porche. El viento se enreda en su pelo y sus tirabuzones dorados bailan entrelazados unos con otros, mientras, ella otea los alrededores con los ojos entrecerrados a causa del sueño y el impacto de la clara luz del día.

Afortunadamente lo encuentra pronto, está a tan solo diez metros de la entrada, cerca del aparcamiento. Había hecho un agujero en el hielo y estaba pescando sólo y en silencio, parecía muy concentrado en lo que hacía y un aire de inocencia emanaba de él, Edurne sonríe levemente y

relaja el gesto.

El sonido de la puerta al abrirse hace que Evans se gire y se encuentre de lleno con la mirada expectante de Edurne, que le mira aún un poco irritada desde el porche mientras tirita de frío.

- Anda, ven aquí.- Le dice el señalando sus rodillas para que se siente sobre ellas.

Edurne avanza despacio para no resbalarse con el suelo helado y se sienta dónde él le había indicado.

- Anoche tuviste visita, ¿no es cierto?

- ¿Acaso estuviste espiándome?- Pregunta Evans mirándola a los ojos con una espontánea expresión de sorpresa.

- No hizo falta, la mesa está llena de botellas vacías y los ceniceros están llenos de cigarrillos, no creo que tu solo hayas podido…

- ¡Estabas espiándonos! Dime, que escuchaste…

- Nada, oí algunas voces y me desperté pero cuando vi que estabas con tus amigos volví a dormirme. Creía que este fin de semana sería para nosotros.

Evans se levanta de golpe y Edurne casi se cae al suelo por la brusquedad de sus movimientos, pero él logra sujetarla por el brazo a tiempo. Su gesto, su voz y sus ojos han cambiado, algo en él se ha tornado a la vez oscuro y amenazante. Sin previo aviso Evans la agarra con fuerza por los hombros y la arrastra hacia el agujero dónde minutos antes había estado pescando plácidamente, hasta dejarla a escasos centímetros del agua y amenazándola con dejarla caer si él se lo proponía. La tranquilidad que le envolvía cuando le encontró pescando en silencio parecía haberse esfumado por completo.

- ¿Pero…qué haces? ¿Estás loco? ¡Vas a tirarme al agua helada!

- Dime ahora mismo que escuchaste o vas a darte un baño que te despejará esa cabecita que

tienes…

- ¡Evans, esto no tiene gracia! Suéltame, me estés haciendo daño.

- Dime que no oíste nada.

- ¡No oí nada! Ya te lo he dicho antes.

Por unos segundos ambos permanecen en silencio mirándose directamente a los ojos. Evans mantenía la fuera necesaria para que ella no pudiera moverse. Edurne podía ver la furia en los ojos de Evans mientras sentía sus propios latidos bombeando a un ritmo frenético. Después pudo observar como la furia de sus pupilas oscuras se convertía en poder, luego en satisfacción, y finalmente en victoria. Con una sonrisa en los labios Evans acerca a Edurne hacia él y la besa dulcemente en los labios, pero ella se libra rápidamente de su abrazo y entra en la casa desconcertada ocultando lágrimas de impotencia que anegan sus ojos.

-5-

Enero de 2015

Adam se encuentra en la primera planta de la Comisaría de Policía, un edificio antiguo que hacía más de una década había sido <<*adaptado*>> para la policía local y que desde entonces se había convertido en un ir y venir de agentes uniformados y de coches oficiales aparcados en la puerta .

El Comisario le había dado la bienvenida aquella mañana de lunes y le había hecho una rápida visita guiada por las instalaciones para que se familiarizara con su nuevo lugar de trabajo. Después le había conducido a un pequeño cuartucho con paredes tristes y amarillentas y allí le había dado una carpeta con toda la información disponible de su nuevo caso.

Adam mira a través de la ventana mientras se toma un espantoso café que ha sacado de la máquina del pasillo. El espacio es un tanto lúgubre, está atestado de papeles y tiene poca luz, algo que le molesta enormemente, pero lo peor de todo era que aquella habitación vieja y descolorida iba a ser su despacho de ahora en adelante.

Mientras mira a su alrededor apura los restos del café y piensa para sí mismo que aquel era un edificio antiguo al que no le habían hecho reformas en años, simplemente lo habían adecuado para darle uso y no dejar que el tiempo y el polvo terminaran convirtiéndolo en un sitio inútil y ruinoso.

Frente a la puerta que ahora permanecía cerrada había una mesa de oficina con un viejo sillón de ruedas tras él. Y detrás de la mesa había una ventana desde la que podía verse el ayuntamiento, la plaza central del pueblo y algunos edificios públicos como la oficina de correos y la biblioteca. Aquella era una zona céntrica y desde la altura que le otorgaba aquella primera planta podía ver a los comerciantes iniciando su actividad matutina. A parte de eso, una cajonera metálica y una estantería eran los únicos muebles que vestían las paredes de aquella habitación deslucidas por el transcurso del tiempo y los vestigios de otra época.

El Comisario, un hombre corpulento de unos sesenta y dos años de edad le acababa de presentar hacía un momento al que sería su compañero de trabajo de ahora en adelante, y le había puesto al frente de una nueva investigación. Adam Berg, Inspector Jefe del departamento, tendría todo lo que necesitara a su disposición para cerrar cuanto antes aquel caso extraño que todos querían enterrar lo antes posible, antes de que llegara a los medios.

Después de tirar el vaso de plástico a la papelera Adam se sienta en su sillón negro de piel y abre una carpeta de cartulina marrón que le espera impaciente sobre la mesa, al abrirla aparecen ante sí diversos documentos con toda la información necesaria para ponerse al día. Con sumo interés comienza a ojear aquellos papeles y a empaparse de los detalles del caso.

<< Adrian Hult, ochenta años recién cumplidos, fue hallado muerto en extrañas circunstancias la madrugada del domingo 11 de Enero de 2015, aún no se ha dado parte a la familia. El cadáver apareció totalmente desnudo sobre el lago helado >>

La fotografía que ahora sostenía entre las manos le mostraba aquella imagen extraña y sin sentido. Por lo visto una pareja de jóvenes había llamado a la Comisaría a las dos de la madrugada para informar de su peculiar hallazgo, lo habían encontrado casualmente cuando paseaban por el camino que bordeaba el lago.

Adam está totalmente concentrado en las páginas que está leyendo cuando su joven compañero Emil le saca de golpe de sus pensamientos al entrar ruidosamente en el despacho.

- Inspector, ¿Le ha dado tiempo de ponerse al día?

- Más o menos, pero Emil, tutéame por favor.

- Claro Inspector.

- Podemos seguir charlando del caso mientras vamos a comunicar a la familia lo que ha sucedido.

- De acuerdo Inspector, le pondré al corriente de todo.

Emil era alto y desgarbado, llevaba unas gafas de pasta de color negro, igual que su pelo rizado cortado a pocos centímetros de su cabeza. Era un joven entusiasta que acababa de comenzar a trabajar hacía apenas unos meses. Aquel era el primer caso importante que le asignaban y estaba realmente motivado, hasta entonces se había dedicado a rellenar informes y archivar casos cerrados, pero él quería hacer trabajo de campo y sabía que el nuevo Inspector tenía una gran reputación dentro del cuerpo, al menos hasta que ocurrió aquel fatídico incidente hacía unos años. Los rumores corrían por la comisaría desde que se supo que iban a trasladarlo allí, y él no pudo evitar que también llegaran a sus oídos.

El frío les sacude súbitamente en la cara cuando ambos salen del cálido edificio donde estaban al resguardo de aquellas temperaturas invernales. El coche estaba aparcado en la puerta, y Emil se encarga de conducirlo ya que él conoce la zona perfectamente. Mientras surcan las calles despiertas del pueblo en las primeras horas de la mañana, Adam va preguntando a su compañero todas las cuestiones que se le van ocurriendo respecto al caso.

- Emil, ¿Quién fue al lugar de los hechos cuando dieron el aviso?

- El Comisario me llamó a mí y fuimos los dos juntos, dijo que no quería molestarle antes de incorporarse, y que esta mañana ya cogería usted las riendas de la investigación.

- Muy bien, ¿tomasteis declaración a los testigos?

- Sí, pero quedamos en que esta mañana vendrían a la Comisaría de nuevo por si recordaban algo más. Los dos jóvenes habían salido del bar y estaban paseando por los alrededores del lago

cuando vieron algo extraño.

- ¿A quién se le ocurre pasear a esas horas en medio de la noche con este frío mortal?

- Ya sabe, los jóvenes suelen hacerlo por esa zona, ya que no suele haber nadie…y pueden, ya sabe.

- ¿Alguien tocó el cadáver antes de que vosotros llegaseis?

- Ellos dicen que no lo tocaron. El cuerpo no mostraba signos de violencia, y parece que no llevaba mucho tiempo allí por los pocos signos de congelación que tenía, aunque el informe forense dará más datos al respecto.

- Muy bien, y ahora nos dirigimos a….

- Bueno, Adrian Hult era soltero y no tenía hijos, su única familia era su hermano y murió hace dos años. Ya sólo le queda su cuñada Agnes y sus sobrinos. Agnes vive aquí, en el pueblo, y sus sobrinos viven los dos en Uppsala. Vamos a ver a Agnes si le parece bien y después usted dirá.

- Veo que sigues sin tutearme Emil.

- Es la costumbre, señor.

Adam no puede evitar sonreír en silencio. Aquel muchacho le parece entrañable, es joven y puede que tenga poca experiencia, pero tiene buena predisposición y se le ve la nobleza a leguas. Una ráfaga de tristeza le atraviesa el cuerpo rápida como un rallo, después esta se disuelve y Adam vuelve a centrarse en el momento presente. Están aparcando frente a una bonita casa de dos plantas que tiene un pequeño jardín en la entrada y ahora no hay tiempo para la nostalgia.

Adam llama al timbre dos veces sin obtener ninguna respuesta y cuando está a punto de llamar una tercera vez la puerta se abre bruscamente. Una chica joven con aspecto de estar recién levantada les mira con ojos acusadores esperando una respuesta que justifique aquella invasión tan vespertina.

- ¿Vive aquí la señora Agnes Hult?

- Según quien lo pregunte.

- Señorita, soy Inspector de policía y necesito hablar con Agnes, ¿Vive aquí?

- Sí, pero ha salido.

- ¿Ha estas horas ha salido?

- Sí, a estas horas. ¿Acaso es delito?

Adam mira silenciosamente a la chica que tiene enfrente, parecía que no se lo iba a poner nada fácil.

- Muy bien, la esperaremos.

Ahora es ella quien le mira en silencio, y sin añadir ningún reparo abre la puerta y les deja pasar con expresión de fastidio.

- Pueden sentarse y esperar si quieren, mientras voy a vestirme.

Y la chica les deja a solas en el salón de la casa mientras ella sube al piso de arriba arrastrando los pies sin ninguna prisa. Adam sonríe al ver su imagen desapareciendo por las escaleras, el pijama, la bata de casa y el pelo revuelto…estaba claro que la habían sacado de la cama y por eso era tan descortés con ellos.

Justo cuando la chica baja de nuevo por las escaleras debidamente vestida y peinada la puerta de la casa se abre y una señora mayor entra por ella ayudándose de un bastón para caminar. Después de que la anciana mire detenidamente a los desconocidos con un gesto en su cara que denota sorpresa, la joven le informa pacientemente de que han venido a buscarla. Agnes se dirige algo irritada al salón principal de la casa y se sienta en un sillón junto a los agentes, los cuales ya la estaban esperando.

- Verá señora, tenemos algo que comunicarle. ¿Conocía usted al señor Adrian Hult?

- Pues claro que le conozco, es mi cuñado y además es mi vecino, sabe usted, vive una calle más abajo.

- Señora, siento mucho comunicarle que ha fallecido. Verá, le encontraron anoche…

- ¿Cómo dice?

Y el mundo se desmorona repentinamente para Agnes, que de pronto se siente tan sola y frágil

como una muñeca de porcelana. Y entre tanta desolación solo puede mirar a Clarissa a los ojos con una expresión de tristeza infinita y súplica silenciosa que abruma a los agentes, que respetando su dolor permanecen en silencio unos momentos en los que el tiempo, para ella, parece haberse detenido como en un reloj de arena en el que ha caído hasta el último grano.

-6-

Agosto 2012

Para Edurne, aquellos últimos meses han sido los más difíciles de toda su vida. Nunca antes se había sentido así de perdida y frustrada. Jamás en toda su vida. Era una mezcla de sensaciones tan fuertes que a lo largo del día a veces no podía soportarlo y en ocasiones terminaba vencida, hundida, derrotada por sí misma.

La imagen de Evans empujándola hacia el agua helada unos meses atrás le persigue como un fantasma insolente que devora cualquier ápice de esperanza que se atreva a asomarse a sus ojos tristes. Una imagen que le recuerda una y otra vez lo que ella había intuido desde el primer momento:

<< No te conviene, olvídalo, es peligroso >>

Y sin embargo, tiene tantas ganas de verle como de no acercarse a él nunca más en su vida. Y a la vez que le asaltan imágenes desagradables constantemente, en ocasiones también aparecen, en lo más recóndito de su memoria traicionera, imágenes que le hacen dudar de sus propios

sentimientos y de aquella intuición inicial y genuina que le había advertido desde el principio del riesgo que corría.

Después del incidente en el lago Edurne había puesto fin a aquella relación, pero Evans no lo había aceptado y no se lo había puesto nada fácil. Desde entonces ella no había contactado con él ni una sola vez y sin embargo, él la había llamado más que nunca, le había escrito y le había mandado mil mensajes al móvil, le había mandado flores al hospital…algo que nunca antes había hecho. Y esta nueva actitud le hacía creer que quizá aún hubiera alguna posibilidad, quizá si le dejaba las cosas bien claras desde el principio él entendería que no podía tratarla de aquella manera nunca más. ¿Cómo se podía ser a la vez tan dañino y tan encantador? Edurne no lo entendía por más que lo intentaba. Aquel hombre era a la vez la cara y la cruz de una misma moneda.

Es un día caluroso de agosto y el sol entra a raudales por las ventanas del vestuario del hospital. Edurne ha hecho el turno de noche y está recogiendo sus cosas para irse a casa cuando casualmente escucha a dos de sus compañeras hablar amistosamente entre ellas. Por lo que deduce, las dos entran a trabajar en el siguiente turno y están preparándose para su jornada de trabajo, y mientras se ponen el uniforme distraídamente hablan entre ellas ajenas a su presencia.

- Vamos, date prisa, por lo que he oído en los pasillos llegan en helicóptero y es urgente.- Dice una chica rubia mientras se recoge el pelo en un moño.

- ¿Te han dicho de que se trata?- Responde su compañera entre curiosa y temerosa por lo que puedan encontrarse.

- Sí, dos soldados que han sido alcanzados por un proyectil, fueron atendidos en el hospital de campaña pero necesitaban ser operados de urgencia y los han trasladado lo antes posible. Creo que ambos son de algún pueblo cercano.

Y las dos chicas salen a toda prisa del vestuario a prestar su ayuda a los médicos que atenderían a los pacientes que estaban a punto de llegar.

Edurne podía oír los latidos de su corazón palpitándole en las sienes y amortiguando cualquier otro ruido que hubiera a su alrededor. El miedo congelaba todos sus músculos, y aún así pudo caminar como si fuera un zombi hacia la salida. Si alguien le habló mientras atravesaba los pasillos ella no se dio cuenta, sólo quería mirar el cielo azul del verano mientras esperaba la llegada del helicóptero que transportaba a los heridos, sólo quería verlo aterrizar con sus propios ojos con el fin de descartar por sí misma sus peores sospechas.

Y sin embargo, sus peores sospechas fueron terriblemente confirmadas. Cuando el helicóptero del servicio de emergencias aterrizó frente al hospital, los médicos que custodiaban a los heridos sacaron dos camillas de su interior, y entre el rugido de las hélices que giraban como en un tiovivo inagotable fueron gritando a los médicos que se acercaban hacia ellos las constantes vitales de los heridos. Ahora era su turno, les tocaba a ellos seguir manteniéndoles con vida.

Edurne pudo ver con una claridad demoledora que uno de los heridos que transportaban era Evans, tenía la cara sucia y parecía más delgado, y había manchas de sangre en su uniforme. A pesar de la conmoción que estaba viviendo pudo oír que tenía contusiones por todo el cuerpo y heridas graves, pero lo peor de todo era que tenía una pierna destrozada y había perdido mucha sangre. El otro herido era el chico pelirrojo que se había negado a participar en los planes de Evans aquella noche en la cabaña. Tenía algo clavado en el costado y lo iban a operar de urgencia.

Edurne estaba paralizada, como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo. El helicóptero ya desaparecía de su vista atravesando el cielo azul de la mañana y se llevaba consigo aquel ruido ensordecedor que le colapsaba la mente y los sentidos. Veía a los médicos correr alrededor de

ambas camillas y sin saber que hacer caminó junto a ellos de nuevo hacia el interior del hospital. No podía trabajar, había estado de guardia toda la noche, pero sí podía esperar en la sala de espera como si fuera un miembro de la familia que espera con impaciencia y angustia las noticias de los médicos.

El tiempo en la sala de espera pasa con una lentitud desvergonzada. Edurne siempre había estado al otro lado, y ahora entendía cómo se sentían los familiares que esperaban angustiados alguna

noticia sobre sus seres queridos.

La operación de Evans dura cinco horas y cuarenta y nueve minutos. El tiempo se le hace eterno sentada en las incómodas butacas de la sala de espera. Los segundos parecen no pasar, la aguja del minutero la desafía de forma evidente mientras espera que llegue alguna noticia llena de impotencia y con el corazón en un puño.

Ya está atardeciendo cuando los médicos le dan por fin las primeras noticias en todo el día. Se siente al borde del agotamiento, pero cuando oye al médico decir que Evans va a recuperarse el cansancio pasa a un segundo plano.

<< Habían conseguido salvarle la pierna pero probablemente le quedarían secuelas. Aún así, podía estar contento, habían estado a punto de amputársela. Con mucha rehabilitación conseguiría tener una movilidad del ochenta por ciento. El chico pelirrojo, sin embargo, había corrido peor suerte y había entrado en coma, solo podían esperar. >>

Fue a las diez de la noche cuando Edurne pudo por fin entrar a verle. Llevaba todo el día en los pasillos del hospital, no había pasado por casa ni a darse una ducha o cambiarse de ropa, por lo que tenía un aspecto lamentable. Pero después de una larga y agotadora espera Evans había salido de la anestesia y eso era lo único que le importaba.

Cuando Edurne entra en la habitación lo encuentra despierto pero con mal aspecto. Parece aturdido y confuso y aún le cuesta ubicarse, pero cuando la ve frente a él su rostro pálido y ojeroso muestra cierto alivio. Ella se dirige hacia él con lágrimas en los ojos y le abraza con cuidado, después se sienta en el sillón que hay junto a la cama y le coge las manos llena de alivio, pero justo en ese momento entra una enfermera a revisar la herida y rompe aquel momento tan esperado. Era Gina, la enfermera rubia que había escuchado hablar en los vestuarios aquella misma mañana mientras llegaba el helicóptero.

- Gina, si no te importa me gustaría llevar personalmente este paciente, ya que somos conocidos.

Gina la mira algo desconcertada, es evidente que no le ha gustado aquel comentario pero Edurne

era su jefa y tendría que asumir su decisión. La chica, visiblemente contrariada abre la boca para contestarle pero no llega a hacerlo porque Evans se le adelanta.

- No es necesario Edurne, ella es mi enfermera…y tú eres mi chica, no creo que sea profesional que yo sea tu paciente.- Dice Evans mirándola con ojos interrogantes.

Edurne le mira temerosa y entusiasmada a partes iguales, y mientras le sonríe en silencio asiente con la cabeza confirmando que está de acuerdo con aquella decisión que de nuevo lo cambiaría todo.

Han pasado treinta días con sus treinta noches. Evans todavía sigue hospitalizado y asiste todas las mañanas a las sesiones de rehabilitación que le dan en el mismo hospital en el que está ingresado. Aunque consigue algunos progresos, estos son muy leves y constantemente está de mal humor. Las cosas no estaban saliendo como él quería y no soportaba no tener el control de lo que le estaba pasando.

Ahora estaba en su habitación tumbado en la cama. Edurne estaba de guardia trabajando en la planta de abajo y se había escapado unos minutos para verle, y cuando entra en la habitación le encuentra tumbado con expresión de enfado mirando la televisión con los ojos ausentes.

- ¿Qué tal te ha ido esta mañana?- Le dice después de darle un beso en los labios.

El contesta con un bufido.

- Tienes que tener paciencia Evans.

- ¡Paciencia! Estoy harto de este maldito hospital, estoy pensando en buscar una segunda opinión porque no me fío de estos paletos.

- No son paletos, estos médicos están haciendo lo imposible por ti.

- Lo imposible…lo único bueno de este hospital es cuando aparece la enfermera rubia, al menos me alegra la vista, porque por lo demás…

Un minuto de silencio.

- ¿Hace falta que seas tan hiriente?

- ¿Es que estás celosa?- Pregunta Evans sonriendo.

- No, pero estoy cansada de que te diviertas dañándome. Mira Evans, no había hablado contigo antes porque estabas mal pero creo que ya nos toca tener esta conversación.

- Qué conversación…no habrás venido a sermonearme…

- No te creas que he olvidado lo que pasó en la cabaña.

Silencio.

- No puedo creerlo, yo aquí convaleciente y tú pensando en ti misma y en la maldita cabaña. Ya lo has conseguido, no volveré a llevarte allí si no quieres. Quizá Gina si quiera acompañarme…

- Evans vete al infierno, no lo aguanto más…

Edurne se levanta con la intención de marcharse pero él la sujeta por el brazo y se lo impide.

- No te pongas así, venga, ¿No ves cómo estoy? ¿Es que tenemos que hablar ahora de eso? Te prometo que hablaremos cuando salga del hospital. Te lo prometo.

Y Evans le da un beso tierno que difumina la rabia que minutos antes sentía Edurne recorriendo todo su ser.

-7-

Enero de 2015

Adam Berg permanecía de pie observando desde la distancia el funeral de Adrian Hult. Junto a él, su compañero Emil le acompañaba silenciosamente mientras se frota con energía las manos intentando que la fricción continuada las hiciera entrar en calor. Ambos estaban apoyados en el coche de policía y ambos miraban la escena sin perderse ningún detalle.

- Emil, ¿Quiénes son esas cuatro personas de allí, las que están a la izquierda de Agnes?- Pregunta Adam rompiendo el silencio que había entre ambos.

- Son Carl y Alf, los hijos de Agnes, y ellas dos son sus respectivas mujeres, Ebba y Caroline. Hace tiempo que viven en Uppsala, supongo que han venido al funeral de su tío.

- Ya veo. Y allí tenemos a la chica que nos abrió la puerta el otro día en casa de Agnes, ¿También es de la familia?

- No creo, nunca antes la había visto por aquí y ya sabe, en un pueblo tan pequeño todos nos

conocemos.

Después de un rato de lloros y lamentos el pequeño y gris cementerio se va quedando vacío. Agnes desaparece cabizbaja en el interior de un coche arropada por su familia y por aquella chica que parecía acompañarla a todas partes. Adam mira su reloj y ve que es medio día, había quedado con su hermano para comer juntos así que Emil y él vuelven a la comisaría y desde allí decide ir caminando al Atolladero, el bar en el que Alfred le estaría esperando.

Cuando Adam entra en el bar un suculento aroma a comida casera le impregna los sentidos y su estómago ruge como un trueno en plena tormenta. Alfred está sentado en una mesa al fondo del bar, junto a una ventana, y al verle aparecer por la puerta le hace una señal con la mano para que se acerque. Aquel bar siempre estaba concurrido, algo que tenía que ver con la deliciosa comida que preparaba la mujer de Birger y con la simpatía que el dueño del bar mostraba siempre con sus clientes, para los que siempre tenía una palabra amable y una espléndida sonrisa detrás de que aquella poblada barba que le daba aspecto de leñador.

En esta ocasión Birger le sorprende con un estofado de patatas y carne de gamo que le devuelve el color a su cara pálida y sube la temperatura de la sangre que corre por sus venas, que parecía haberse congelado en aquel funeral interminable. Hacía un par de días que no nevaba, pero la temperatura había descendido bruscamente y la nieve que había en el suelo se había congelado, por lo que había que andarse con cuidado o acababas en el suelo con un buen golpe en el trasero.

Después de terminar sus platos y disfrutar como niños con un calórico postre, los dos hermanos vuelven a sus obligaciones diarias. Alfred regresa a la parroquia dónde le esperan sus tareas de siempre y Adam se acerca a la barra del bar para tomarse un café con leche caliente que le despeje la mente y se lleve la nostalgia bien lejos. Aprovecharía aquel momento para hablar con Birger sobre la noche de los hechos.

- ¿Estaba usted aquí la noche que hallaron el cuerpo, Birger?

- Sí, desde luego, yo siempre estoy aquí…menuda tragedia lo de Adrian, todos le conocíamos, era

un buen hombre. Pero por favor, no me hables de usted…no soy tan viejo.

Adam sonríe y asiente en silencio.

- ¿A qué hora viste salir del bar a los dos jóvenes que le encontraron?

- Pues yo diría que se fueron a la una y media de la madrugada.

- ¿Habían bebido?

- Un par de cervezas cada uno, no más.

- ¿Adrian tenía algún enemigo por aquí?

- No que yo sepa, era un hombre bondadoso y siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. No hay derecho Inspector, no hay derecho.

Adam paga la cuenta y sale del bar mientras mira de forma inconsciente su teléfono móvil. Con gesto arrugado comprueba que tiene tres llamadas perdidas de Annika, con un poco de suerte el frío de la tarde le ayudaría a espantar los fantasmas del pasado mientras caminaba de vuelta a la Comisaría. Aún le quedaba otro interrogatorio que hacer aquella tarde y tenía que centrarse en el caso al cien por cien.

Mientras decide cómo iniciar la conversación, Adam Berg mira a su alrededor con el fin de conocer un poco más a la mujer que tiene enfrente. El salón de aquella casa está abarrotado de adornos y figuritas inútiles que seguramente reposaban desde hacía décadas sobre los antiguos muebles de la casa. Las paredes estaban forradas de un papel viejo que sin embargo estaba en perfecto estado, y había fotos enmarcadas del difunto marido de la anciana por todos sitios.

La cálida estancia huele a café y a té recién hecho. Agnes está sentada en un pequeño sofá con un pañuelo en las manos con el que se limpia las lágrimas que van cayendo de sus ojos de vez en cuando. Clarissa está sentada junto a ella y le coge una mano en señal de apoyo. Al verla le viene la imagen de un perro guardián, un perro fiel que protege a su rebaño de los intrusos. Y frente a las dos mujeres están sentados Emil y Adam en unas sillas de madera que Clarissa ha traído de la cocina para ellos.

- Agnes, lamentamos mucho su pérdida pero tenemos que hacerle algunas preguntas para resolver este caso cuanto antes y que todos puedan volver a la normalidad. Ya le dijimos que su cuñado apareció en extrañas circunstancias en el lago, no tenemos aún los resultados del forense pero hay indicios que nos llevan a pensar que pudo ser asesinado.- Dice Adam lo más amablemente que puede.

Los ojos de la anciana se abren como platos y sus labios se sellan en un gesto de dolor silencioso, como si se negara a creer lo que acababa de oír.

- ¿Cuándo le vio usted por última vez?

- Aquella misma tarde. Solíamos compartir el café de las cuatro en su casa. Fue la última vez que le vi con vida.

- ¿Tenía Adrian algún enemigo?

- No. ¿Qué se ha creído usted?

- Señora, tengo que preguntar para descartar cualquier hipótesis. Su cuñado era soltero por lo que tengo entendido, ¿no?

- Sí, y no sé qué tiene que ver eso. Adrian nunca estuvo muy interesado en las mujeres.

- ¿Quiere decir usted que era gay?- Pregunta impulsivamente Emil ante el asombro de Adam.

- ¿Pero usted que se ha creído? Pues claro que no. Tenía otros intereses, eso es todo.

- ¿Por ejemplo?- Dice ahora Adam intentando reconducir la conversación.

- Pues le gustaba ayudar en la parroquia, era bueno con todo el mundo.

- Y dígame, ya que su cuñado no estaba casado y no tenía hijos, ¿A quién ha dejado su herencia?

Agnes mira a Adam con cara de pocos amigos.

- Veo que usted no tiene escrúpulos señor Inspector.

- Señora, siento mucho su dolor pero sólo intento descubrir la verdad.

- No tengo ni idea.

- Señora, voy a enterarme de todos modos, dígamelo si lo sabe.

- Pues si va a enterarse de todos modos, entérese por su cuenta, no voy a seguir hablando de este tema.

Y sin añadir nada más Agnes se levanta trabajosamente del sillón y da por finalizada aquella reunión. Mientras se pone su chaquetón de lana gris abre la puerta y sale al jardín de la casa, desapareciendo tras ante la sorpresa de todos, de todos excepto de Clarissa, que desde el lugar en el que aún se encuentra sentada sonríe satisfecha por la forma en la que la anciana le había dado la espalda a los dos agentes.

Ahora que Agnes no está en la sala los dos policías fijan su mirada en Clarissa, la cual se arrepiente rápidamente de que Agnes se haya marchado dejándola sola ante ellos.

- Su nombre es Clarissa, ¿Me equivoco?

- No se equivoca agente.

- Soy Inspector. Clarissa, ¿Usted conocía a Adrian?

- No, yo llegué hace una semana y apenas he salido de aquí, la noticia me ha cogido desprevenida y si lo he sabido ha sido por Agnes.

- ¿Tiene intención de quedarse por aquí mucho tiempo?

- No creo que eso sea relevante, Inspector.- Dice Clarissa recalcando la última palabra.- Y si no le importa tengo cosas que hacer y muy poco que decirles, si son tan amables…

- Si… ya nos vamos, y perdone las molestias…

Una vez dentro del coche Adam respira profundamente, esas dos mujeres eran terriblemente tercas y no se lo iban a poner nada fácil.

- Emil, hay que averiguar a quien ha dejado Adrian su herencia.

- Desde luego Inspector. Me pongo con ello.

-8-

Octubre 2012

El verano ha pasado como una bandada de pájaros que sobrevuela la ciudad en busca de lugares más cálidos donde vivir, y ahora, repentinamente, las tardes son más frías y más cortas. Y en este tiempo han cambiado algunas cosas, la principal es que Evans ya no está hospitalizado, aunque de todas formas sigue yendo al hospital dos veces por semana para continuar con la rehabilitación de su pierna.

Edurne aprovecha esos momentos para verle y desayunar con él en la cafetería del hospital, ya que ahora se ven menos de lo que a ella le gustaría. Cuando a él le dieron el alta médica ella insistió en que se quedara a vivir con ella en su ático, por un lado porque le apetecía convivir con él ahora que le tenía cerca, por otro lado porque ella vivía al lado del hospital y para su rehabilitación sería lo más cómodo. Pero él había rechazado su oferta y se había instalado en el pueblo, en la casa de sus padres.

Edurne no lo entiende. No entiende por qué no ha querido mudarse con ella, parecía que las cosas les iban bien últimamente, y si viviera con ella tendría el hospital al lado de casa. Pero Evans había insistido en que su madre estaba muy preocupada y prefería tenerle en casa, y él no había querido darle más disgustos a la mujer.

Hoy era un día importante para él porque iba a visitar al especialista y éste le haría una valoración de la pierna. Una valoración de los progresos, de lo que aún podía mejorar, o si por el contrario la recuperación no iba según lo deseado. Edurne sabía que tenía que andarse con cuidado porque Evans estaría especialmente irascible, y si la consulta con el doctor no salía como él esperaba sería mejor dejarle en paz durante unos días.

Ahora estaba sentada en la cafetería esperándole y los nervios le impedían pensar con claridad, se había tomado un café con leche y una magdalena de chocolate para calmar aquella ansiedad que sentía, y cuándo Evans aparece por fin ante ella lo hace con una expresión en la cara que le hace intuir que la consulta no había ido tan bien como a él le hubiera gustado. Sabe que la tormenta se avecina y puede estallar en cualquier momento sobre ella.

- Me voy.- Dice él nada más llegar.

- ¿Cómo? ¿No vas a contarme como te ha ido?

- No hay nada que contar, me voy de aquí, me voy a casa.

- No ha ido bien, ¿Verdad?- Insiste Edurne aunque sabe que no debería hacerlo.

- El puto médico de los cojones…que no voy a recuperar más me ha dicho el hijo de la gran…- Evans se muerde la lengua y antes de terminar la frase empuja una silla lejos de él y esta cae al suelo estrepitosamente. El ruido consigue llamar la atención de la gente que hay alrededor de ellos desayunando tranquilamente.

<< Si el médico tiene razón no podré volver al ejercito, ¿Lo entiendes? Tú que vas a entender si no tienes ni puta idea de nada >>.

Y Evans se aleja de allí llevándose consigo su mal humor como una oleada de humo negro que le pisa los talones. Todo el mundo le mira mientras abandona la cafetería y cuando desaparece definitivamente tras la puerta todos dirigen su mirada hacia Edurne, que llena de vergüenza recoge la silla que Evans ha tirado al suelo en aquel arranque de ira. Una mujer mayor se acerca a ella y le pregunta si está bien, pero Edurne no puede ni mirarla a la cara y se aleja de allí a toda prisa.

El día transcurre a cámara lenta para Edurne, que dedica cada minuto de su tiempo libre a intentar entender la actitud que tiene Evans con ella y con el resto del mundo. Cuando se pone así no lo soporta, no entiende esos arrebatos de ira, ni esos malos modales, y mucho menos esa desconsideración tan pronunciada hacia ella en los peores momentos, cuando lo único que intenta es apoyarle y estar a su lado. Y sin embargo, es como si él construyera un muro de hormigón armado entre ambos para que el encuentro nunca fuera posible. Evans iba a terminar por agotar su paciencia, y por todos los santos que ella tenía mucha.

Y a pesar de todo, conforme pasa la jornada, su estado de ánimo va cambiando sutilmente. Ahora, a dos horas de terminar su turno sólo piensa en lo mal que debía de sentirse él por la noticia que

había recibido. Sólo piensa en que si había perdido los nervios había sido porque su futuro se había visto truncado de repente y no había tenido tiempo de asimilarlo, había sido la decepción que había sentido la que había actuado y no él, él no era así realmente. Lo único que había hecho era desahogarse con ella ¿Con quién si no iba a hacerlo?

Y cuando su turno acaba Edurne ya tiene muy claro lo que va a hacer. Lo que siente es una fuerza superior a ella que la domina y dirige sus movimientos, de repente es como si se convirtiera en una autómata que no se cuestiona su objetivo, simplemente lo realiza. Algo dentro de ella le impulsa, la adrenalina corre por sus venas alentándola y se siente como una adicta que va en busca de su droga.

Cuando se monta en el coche y arranca el motor se siente impaciente y ansiosa. Sólo quiere llegar y abrazarle, besarle, sentirle cerca, consolarlo, darle su apoyo, ayudarle, salvarle.

<< Salvarle >>

<<Salvarle >>

La palabra resuena en su cabeza como un murmullo que quiere decirle algo, aunque ella no llegue a entenderlo.

<< Salvarle, como no pudiste salvar a tus padres >>

El pensamiento llega como un eco lejano, y ella lo espanta para no sentir su certeza. Porque aún no es capaz de ver la realidad que se esconde detrás de aquellas palabras.

Los pocos kilómetros que separan la ciudad del pueblo se le hacen interminables, aunque en realidad no eran tantos. La noche cae sobre las montañas con un manto negro aterciopelado que invita al recogimiento y la calma, sin embargo, ella se siente activa y capaz de todo en aquellos momentos.

Aunque su primer pensamiento había sido el de ir a buscarle a casa de sus padres de pronto un presentimiento le sugiere ir a otro sitio. El bar en el que se habían conocido. Lo más probable era que Evans estuviera ahogando sus penas en alcohol, estaba casi segura de ello, así que cuando llega a su pueblo natal aparca en una calle cercana al local en el que almacenaba tantos recuerdos de una época pasada, y con la ansiedad dirigiendo sus pasos entra en el bar y mira en todas direcciones ansiando encontrarle cuanto antes.

Edurne dirige su mirada impaciente a las mesas del fondo porque sabe que es allí dónde Evans suele sentarse normalmente con sus amigos, pero hay mucha gente de pie entre ella, que está justo delante de la puerta de la entrada, y aquel rincón en el que ambos habían empezado su historia de amor tiempo atrás. Algo irritada por aquella muchedumbre inoportuna que no le deja ver con

claridad mueve la cabeza hacia los lados intentando esquivar a las personas que entorpecen su visión, y una satisfacción ilusoria le invade cuando por fin le encuentra. Como había intuido desde el principio, Evans está sentado en la mesa del fondo con una copa delante, pero debido a la distancia que les separa no puede distinguir quién es la persona que le acompaña. Edurne avanza hacia él con pasos rápidos e impacientes lidiando con mil frases que quieren brotar de su garganta angustiada pero que nunca llegarían a ver la luz. Y entonces se para bruscamente… porque la imagen que captan sus ojos la sacude de los pies a la cabeza como si la hubiera atravesado un rayo.

<< No pude ser cierto. Debe de ser un error. Él no sería capaz de hacerme una cosa así>>

Pero la realidad le da una bofetada en la cara tan fuerte que la deja sin aliento. Y mientras los mira atónita esperando que el espejismo se difumine delante de ella ve cómo Gina, que está sentada enfrente de él, se echa hacia delante con sensualidad y besa a Evans en los labios.

Edurne sale del bar tan aturdida que no es capaz de pensar con claridad. Con pasos dirigidos por algún piloto automático que debe haber en su cerebro se dirige hacia el coche sin hacer caso del intenso frío nocturno que acaricia su cara helada. Sólo quiere entrar en el vehículo lo antes posible, como si éste fuera un refugio seguro que pudiera garantizarle la ausencia de dolor. Cuando se siente a salvo en su guarida pone la música de la radio más alta de lo habitual, no quiere oír la rabia que sube desde su ombligo y le grita con fuerza desde lo más profundo de su cuerpo. Porque no es solo rabia. Lo que siente es humillación, es dolor, es una incomprensión tan grande que le nubla la vista.

Sin pensar a dónde dirigirse Edurne pisa el acelerador de forma brusca y sale de allí a toda prisa. Las lágrimas surcan su cara pero ella no les presta atención. Tras atravesar varias calles iluminadas con la luz de las farolas se adentra en una carretera serpenteante de montaña. Las curvas son cerradas y peligrosas pero por la noche apenas hay tráfico, aún así, ella se concentra en la línea continua del asfalto como si no hubiera nada más en el mundo que la rodea, sólo una línea blanca y larga, como una serpiente infinita que se arrastra hacia la oscuridad de una noche incierta.

Edurne conduce un rato sin apenas encontrarse ningún vehículo a su paso, algo que agradece internamente, hasta que se topa de bruces con la señal del mirador que tan conocida y dolorosa le resulta. Entonces reduce la marcha rudamente, sabe que tras la siguiente curva podría parar el coche y salir a respirar el aire puro de la madrugada, y todo lo que sentía por dentro podría salir como si ella fuera un volcán en erupción, ya no podría contenerlo por más tiempo.

Edurne baja del coche con los ojos húmedos y da una bocanada de aire, pero el aire no entra en sus pulmones y por el contrario siente una gran opresión en el pecho que le impide respirar. Con la vista nublada por las lágrimas que riegan sus ojos se dirige al borde del mirador, allí hay un ramo de flores secas. Sin pensárselo dos veces coge el ramo que ella misma había llevado hacía un par de meses y lo arroja al vacío con todas sus fuerzas mientras grita desde las entrañas. El grito logra abrir sus pulmones y por fin entra en ellos un aire limpio y puro, un aire frío que nacía en las montañas y la llena de pronto de sentimientos encontrados.

Edurne rompe a llorar desconsoladamente. Antes las lágrimas salían de sus ojos de forma silenciosa pero ahora lo hacían ruidosamente y a ella no le importa en absoluto, porque está sola. Nadie pueda oírla.

<< Estoy completamente sola>>

Edurne está sentada en el suelo con la espalda apoyada contra el mirador de piedra. Sus ojos están hinchados y húmedos de tanto llorar, pero ya no echan más lágrimas, ya no le quedan más. El silencio lo llena todo, no pasan coches y sólo el sonido de la brisa acaricia sus oídos de vez en cuando.

Por primera vez en su vida, Edurne se da cuenta de lo sola que está. Siempre se había sentido acompañada, por sus abuelos, por sus amigos, por su trabajo, por Evans…por todo lo que ella había buscado inconscientemente para llenar su vida. Pero ahora ha comprendido que todo aquello

no era más que una trampa, un espejismo, porque por más que había buscado la soledad seguía ahí, y esta vez era más evidente que nunca.

Allí, en el lugar en el que habían muerto sus padres, se da cuenta de cuánto los echa de menos, se da cuenta de cuánto los había echado de menos toda su vida sin saberlo, sin atreverse a reconocerlo. Aquel vacío era como tener un agujero en su cuerpo, en su alma y en su propia vida, un agujero que no podía llenar con nada, y ahora por fin lo había entendido, jamás podría llenarlo. Sólo le quedaba una opción: tendría que aprender a vivir con su agujero negro.

-9-

Enero de 2015

Es sábado, hace unas horas que no nieva y parece que los débiles rayos de sol han encontrado un

resquicio por el que asomarse entre las espesas nubes. La luz de la mañana impacta de lleno en la pálida piel de Clarissa, que con los ojos cerrados disfruta de la plácida sensación de calor sobre su cara. Pero de forma contradictoria, a la vez que siente aquella sensación tan cálida y agradable en su cuerpo, siente también el vacío infinito que hay alojado en el fondo de su alma.

Disfrutando aún de aquel plácido momento, Clarissa abre los ojos al mundo y ve un cielo blanquecino expandiéndose sobre ella. Lleva un gorro de lana verde que cubre su pelo oscuro, unos pantalones negros ajustados y un chaquetón azul marino que le llega por las rodillas. Hacía apenas dos días se había comprado unas buenas botas de montaña que le permitieran caminar por la nieve helada que cubría las calles, y ahora las está estrenando mientras pasea por el camino que bordea el lago.

Aquel era un lugar ideal para pasear y había llamado su atención desde el primer día. El lago helado se dibujaba ante sus ojos como una inmensa pista de patinaje sobre hielo a la cual era mejor no acercarse por si decidía resquebrajarse bajo tus pies, y al fondo estaba el bosque, lleno de olores a resina, cortezas y animales salvajes.

Era un lugar que a lo largo del día solía estar muy concurrido, especialmente los fines de semana, que muchos aprovechaban para hacer deporte por sus inmediaciones.

Pero hoy aún es temprano y no hay nadie más paseando por la zona. Sólo está ella, aquel paisaje impactante y el sonido de sus botas nuevas haciendo crujir la nieve virgen que ha caído aquella misma madrugada.

Sin darse cuenta ha llegado al lugar en el que días atrás habían encontrado el cuerpo sin vida de Adrian Hult. Está señalizado con una cinta de plástico que precinta el lugar del incidente para que nadie entre y lo contamine. Clarissa se queda un rato mirando el suelo con un confuso va y ven de pensamientos zumbando en sus oídos, le impone respeto ver la escena de un posible crimen...pero de pronto escucha el sonido de unas voces que susurran en las cercanías y la sacan de su ensimismamiento.

Con una mezcla agridulce de duda y curiosidad mira hacia los matorrales que hay enfrente del camino. Más allá de ellos sólo ve una gran espesura de viejos árboles cubiertos de nieve, por eso se pregunta quiénes podrían haber entrado en aquella maraña de ramas y sobre todo, para qué lo habrían hecho.

Con una decisión impulsiva que le brota de las entrañas, Clarissa cruza el camino para estar más cerca de aquellas voces y poder escuchar mejor. Desde aquel lado puede distinguir dos figuras, un hombre alto y corpulento y una mujer más bajita, están cuchicheando y hablan a media voz, así que decide adentrarse un poco más en el bosque apartando con las manos los matorrales que encuentra a su paso para que no le arañen la cara al pasar. Y mientras se mantiene oculta detrás de unos gruesos troncos les observa sin ser vista con suma atención.

Desde su posición apenas puede distinguirles bien. Los dos llevan un gorro y una bufanda cubriendo sus caras, Clarissa no sabe si la intención es protegerse del frío o más bien taparse el rostro para no ser reconocidos, la forma de hablar y de moverse indica claramente que se están ocultando o que no quieren llamar la atención, lo cual agudiza aún más su curiosidad. Varias ramas se interponen entre ella y los sospechosos, pero por lo que puede ver están muy asustados y miran hacia el suelo buscando algo que parecen haber perdido.

De pronto la mujer detiene la búsqueda y se queda muy quieta, parece haber oído algo y se ha asustado. Por los gestos que le hace a su compañero con las manos parece que insiste en irse de allí cuanto antes, como si temiera que alguien les descubriera, pero el hombre quiere seguir buscando en el suelo algo que debe de ser muy valioso para él. Finalmente la mujer tiene más poder de convicción y consigue su objetivo, y tirando del brazo de su compañero le arrastra y se lo lleva de allí a toda prisa. Poco después las dos figuras se pierden entre los árboles como dos manchas difusas en medio de un día de niebla y Clarissa les ve alejarse con cierta desconfianza.

Está dispuesta a volver al camino para reiniciar su paseo matutino cuando siente que ha pisado algo duro y se detiene. En la huella que ha dejado su bota en la nieve hay algo incrustado, parece

algo metálico y brillante. Con cierta sorpresa se agacha para cogerlo y con ojos curiosos analiza el objeto que ahora sostiene entre sus dedos, después mira en la dirección en la que las dos figuras han desaparecido y la duda se asoma con descaro a través de sus ojos almendrados.

Mientras Clarissa se dirige a casa sus dedos juegan distraídamente con el objeto metálico que guarda en el bolsillo de su chaquetón azul marino.

Es entonces cuando escucha a su espalda el inconfundible sonido de alguien pedaleando sobre una bicicleta. De forma instintiva se gira hacia atrás y la figura que aparece ante ella es la de un hombre conocido, y automáticamente aparece una mueca de desagrado en su cara. No podía ser cierto, aquel maldito Inspector de policía parecía estar en todas partes.

Cuando Adam alcanza a Clarissa éste disminuye la marcha y se baja de la bicicleta para caminar a su lado. Su cara está roja a causa del ejercicio y del frío de la mañana, y su respiración es agitada cuando comienza a andar junto a ella.

- Veo que a ti también te gusta el silencio de la mañana…

- Sí, el silencio y que a estas horas apenas hay gente por aquí.

Adam la mira sonriendo sin dejar de percibir su tono irónico.

- Creo que hemos empezado con mal pie… ¿enterramos el hacha de guerra y nos tomamos un café caliente en el bar de Birger?

Clarissa duda unos instantes mientras toca el objeto puntiagudo que da vueltas en su bolsillo.

- De acuerdo, de todas formas ahora iba a desayunar.

Adam sonríe de forma triunfal y ambos se dirigen al Atolladero para entrar en calor y desayunar al resguardo del viento que comienza a levantarse. El cielo sigue nublado y a la vez, el sol lucha por ganar terreno en aquel espacio inmenso e infinito que se extiende sobre ellos.

Clarissa se siente turbada, no había ido hasta allí para hacer amigos, había ido hasta allí para pasar desapercibida, para ser un rostro anónimo por el que nadie mostrara interés, pero aquel Inspector de policía se había propuesto será amable con ella por algún desconocido motivo y a ella no le gustaba lo más mínimo.

-10-

Agosto 2013

Edurne está sentada en el pequeño sofá beige que hay en la sala de descanso habilitada especialmente para el personal médico del hospital. Acaba de hacerse un café solo y se lo bebe en largos tragos con la esperanza de que aquel líquido aromático le ayude a salir del letargo interminable en el que se encuentra inmersa. Por las noches no duerme bien, por el día está ausente, no tiene ganas de estar con nadie y cada día se aísla más de todo cuánto la rodea. En el mundo solo están ella y su dolor, un dolor desalmado que se le clava en el pecho como si fuera una aguja larga y afilada que parecía no tener fin.

Lo único que la obliga a levantarse por las mañanas es su trabajo, pero ahora su trabajo también es un campo de batalla porque todos los días ve a Gina en el hospital y todos los días su imagen le recuerda la traición de Evans. Edurne quiere desaparecer de allí, quiere que la tierra se la trague para dejar de ver lo que está ocurriendo delante de sus narices, porque todo le hace daño y ya está cansada de sufrir.

Mientras se toma el café impaciente por que la cafeína surta su milagroso efecto clava la mirada sobre el teléfono móvil que descansa en la mesita auxiliar que hay delante de ella, algo irritada comprueba que lo tiene lleno de mensajes. Y todos son de él. Quiere borrarlos desde el primero

hasta el último pero no es capaz de hacerlo, y aunque coge el aparato con algunas reticencias, al final cede y termina leyéndolos.

<< ¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? ¿Qué te he hecho yo para que me trates así? No sabía que fueras tan rencorosa >>

<< No sé cómo decírtelo, esa noche en el bar no era yo, debiste confundirme con otro…>>

<< ¿Y tú decías que me querías?, ya veo cómo me quieres, ¿No confías en mí? Si te he dicho que no estoy con Gina es que no estoy con Gina >>

<< Te echo de menos, por favor, dame otra oportunidad, sé que he sido brusco contigo, es culpa del maldito accidente, es insoportable saber que no voy a volver a mi trabajo >>

Edurne deja el móvil en la mesita de cristal y respira hondo. Hay más mensajes pero necesita un respiro antes de seguir leyendo, así que le da un último trago a su café antes de coger de nuevo el teléfono que parece esperar impaciente que vuelva a cogerlo entre sus manos.

<< Necesito verte, esta tarde iré a recogerte al hospital y cuando salgas te estaré esperando, tengo una sorpresa para ti >>

El resto del día en el hospital es tan contradictorio para Edurne como lo son sus propios sentimientos. Por momentos está deseando que la jornada llegue a su fin para ver a Evans. No sería capaz de reconocerlo delante de nadie porque pensarían que es una idiota, pero es la verdad, y a ella misma no pude mentirse. Quiere verle, quiere verle desde hace tiempo. Aunque le ha dejado de nuevo y desde entonces se ha mantenido firme, para ella ha sido tremendamente duro. Porque le quiere, porque a pesar de la traición le sigue queriendo, y él insiste en que no era él, ¿Y si realmente no era él y lo confundió con otro? Era tarde, estaba oscuro, había mucha gente, estaba ansiosa e impaciente…pudo equivocarse.

Lo peor de todo es la duda, la maldita y constante duda. Él le pide que confié en él, y si lo hace tiene que dejar de confiar en ella misma, porque por mucho que insista Evans sobre lo equivocada que está, en lo más profundo de su ser ella sabe lo que vio. Vio a Gina besar a Evans. Y en aquellos mensajes él le pide que renuncie a ese recuerdo, no, peor aún, le pide que dude de ella misma para creerle a él sin más.

Por momentos quiere verle. Pero luego Gina se cruza en su camino y es como si le dieran una bofetada en toda la cara. Entonces le odia a él, odia a Gina y se odia a sí misma por ser tan débil. En aquellos momentos se siente ridícula, confusa, incoherente y manejable. Y ante tanta confusión quiere alejarse de él y a la vez sabe que no puede, lo que inunda todo su ser de una gran frustración e impotencia.

Y el día transcurre entre aquellos dos sentimientos: amor y odio, dos sentimientos extremos y contradictorios que le hacen tambalearse y sentirse insegura como si nadara a contracorriente en un río de aguas bravas cada segundo de su existe

Cuándo por fin termina su turno y sale del hospital un aire fresco y limpio sopla en su rostro y se lleva lejos de allí todas las dudas que revolotean a su alrededor. Frente a la puerta ve a Evans

esperándole, tal y como le había prometido, está apoyado en su coche y la mira fijamente con aquella intensidad que acentúa sus facciones masculinas.

Edurne respira hondo y mira hacia el suelo para coger la fuerza y la seguridad que no siente por ella misma y con impotencia siente cómo sus pequeños pies se dirigen hacia el coche sin pensárselo dos veces, el mal ya estaba hecho. Sólo cuando está frente a Evans levanta los ojos y con determinación y dolor le mira directamente a la cara.

- No me mires con esos ojos que no respondo….- Dice él mirándola con deseo.- Sube al coche.

Ella lo mira en silencio sin hacerle caso y su rostro muestra enfado.

- Por favor, vamos a hablar, sube al coche.- Insiste él al ver sus resistencias.

Y sin decir ni una sola palabra Edurne sube al coche sabiendo perfectamente a dónde se dirigen.

Cuándo llegan a la cabaña son las dos de la madrugada. Evans le pide con voz misteriosa que espere un momento hasta que él venga a por ella y después se baja del coche y entra en la casa envuelto en aromas a pino y a resina. En menos de diez minutos regresa junto a ella y abre la puerta del copiloto para ayudarla a salir del coche.

Cuando entran en la cabaña una luz anaranjada lo envuelve todo. Hay muchas velas encendidas y aún huele a cerilla recién apagada. Encima de la mesa hay un ramo de flores, rosas rojas, y el salón está limpio y desprende un aroma agradable. Edurne nunca había visto aquel lugar tan minuciosamente ordenado.

- Es todo para ti- Dice él extendiendo su mano abarcando todo el espacio.

Y ella no puede resistirse más, se vuelve hacia él y lo abraza con todas sus fuerzas, lo abraza dejándose convencer por lo que ven sus ojos y entonces todo está perdido. Todas las noches de insomnio apartando de su mente recuerdos del pasado, aquellos días de espera infinita en el hospital obligándose a mirar hacia delante, sus esfuerzos colosales por no llamarle, por no ir a su encuentro, todo se esfuma en un abrir y cerrar de ojos y de pronto es como si retrocediera en el tiempo y jamás la hubiera empujado hacia un agujero en un lago helado en el que podría haber muerto congelada.

Ahora nada de eso importa. Siente su cuerpo fuerte junto al suyo, el calor que desprende, su olor y su deseo, y no puede dejar de entregarse al momento presente aunque esto le suponga sentir de nuevo el dolor en un futuro próximo.

Él la coge en brazos y la sube en volandas al dormitorio, que también está iluminado con pequeñas velas depositadas en distintos puntos del suelo y sobre las mesitas de noche. Y después sus manos se enredan por su pelo ondulado, por sus muslos redondeados y por sus pechos pequeños. Todo es rápido y apasionado, intenso e impaciente. Y en medio de tanta pasión él le agarra con una sola mano las muñecas por encima de su cabeza, presionándolas sobre su pelo rubio que está desparramado por la almohada, y con la otra mano la coge por el cuello con un gesto decidido y rápido que ella no puede prever ni por un momento, como si fuera una serpiente venenosa justo antes de atacar.

Primero es un contacto suave, apenas una caricia, después Evans aprieta sus dedos con fuerza y le hace daño, como si el cuello de Edurne fuera el de un pajarillo indefenso y frágil a punto de

quebrarse. Edurne le mira a los ojos con sorpresa y una llama de confusión se prende en su mirada, y Evans le coge la barbilla con los dedos y le aprieta con rabia contenida mientras le susurra a media voz.

- No te atrevas a hacerme esto nunca más, ¿te enteras? No vuelvas a dejarme en tu vida.

- Me haces daño, para.

- ¿Quién se ríe ahora, eh?- Y de nuevo su mano se dirige a su cuello, y mientras aprieta con fuerza la besa y segundos después afloja la presión y suelta sus manos y su cuello dejándola libre y confusa.

Evans está tan excitado que Edurne no reacciona. No le da tiempo. No entiende lo que acaba de ocurrir, sólo sabe que el dolor ha desaparecido y que Evans ahora la mira cómo si ella fuera la única mujer que le importa sobre la faz de la tierra.

Es temprano, la luz de la mañana se cuela por la ventana y le da de lleno en la cara. Edurne está sola en la cama. Mientras bosteza se despereza y mira a su alrededor, después se levanta y se asoma por la ventana que da a la parte delantera de la casa, allí está Evans, pescando en el agujero del lago en el que tiempo atrás habían tenido aquel incidente que puso fin bruscamente a su relación.

Antes de preparar el desayuno decide darse una ducha de agua caliente, si había huevos en la nevera haría esas tortitas que le salían tan buenas y que había aprendido a hacer ayudando a su

abuela cuando apenas era una niña. Entre escalofríos se quita la camiseta con la que ha dormido y cuando levanta la mirada se encuentra con la imagen insolente que le devuelve el espejo del dormitorio. Un espejo de pie de tamaño natural que descansa en un rincón de la habitación junto al cuarto de baño. La mujer del espejo está desnuda y le mira con ojos horrorizados. Edurne se acerca a su propio reflejo para contemplarse mejor, es cuando se da cuenta de que está cansada y le duele todo el cuerpo.

Con una lentitud inusitada se lleva una mano a la garganta y la acaricia, unas manchas rojas a los lados del cuello le traen a la mente imágenes de la noche anterior. Después se mira el cuerpo amoratado con la sensación extraña de mirarse y no reconocerse. Las muñecas, los muslos, el cuello. Mira a la mujer del espejo sin saber quién es, la mira con ojos interrogantes y desconcertados que no entienden nada.

Después se sumerge en un agradable chorro de agua caliente que lava su dolor y sus pensamientos insolentes. Pensamientos que le recriminan estar allí de nuevo negando lo que su alma le pide a gritos, huir de él, correr, irse lo más lejos posible de aquella maldita cabaña.

-11-

Enero de 2015

Adam se encuentra sentado en su despacho revisando su cuaderno de notas envuelto en una burbuja de silencio y concentración. Quiere releer todas sus anotaciones con el fin de recordar los detalles de la investigación, tenía la desagradable sensación de que estaba pasando algo por alto, algo de suma importancia se le estaba escapando en aquel asunto y estaba decidido a descubrirlo tarde o temprano.

Por lo que releía ahora en aquellas hojas el interrogatorio que habían hecho días atrás a los testigos no había dado más luz sobre los hechos y la versión de los chicos encajaba con sus primeras declaraciones y con la hora a la que Birger los había visto salir del bar.

Mientras ojea de nuevo aquellas páginas, Adam se detiene repentinamente interesado en una frase que había dicho Agnes días atrás sobre Adrian y su afición de ir a la iglesia, y de pronto le vienen a la mente más comentarios de ese tipo que habían realizado también otros vecinos.

<< *Era un buen hombre que ayudaba siempre que podía, era solidario con los más necesitados, siempre colaboraba en las campañas que hacía la parroquia para recoger ropa y alimentos…* >>

¿Cómo no lo había pensado antes? Tenía que ir a hablar con su hermano Alfred lo antes posible. Con una energía visiblemente renovada y el aliciente de quien tiene una nueva motivación Adam se dispone a salir de su despacho en busca de Emil para ir a la parroquia cuando de pronto es el propio Emil quien entra por la puerta con unos papeles en la mano.

- Tenemos el informe forense.- Anuncia el joven lleno de entusiasmo.

- Bien, ya era hora. Vamos a ver.-Dije Adam mientras coge el informe y comienza a leerlo.- Creo que lo mejor será ir a hablar directamente con la Forense.- Añade después de echarle un rápido vistazo por encima.

Greta Olsson era una mujer bajita y regordeta con gesto afable que inspiraba confianza nada más verla. Se desenvolvía por la sala de las autopsias como un pez en el agua y cuándo Adam y Emil se presentan allí sin previo aviso ella les atiende con total amabilidad y sin poner objeciones.

El olor a desinfectante y a muerte crean en el ambiente una mezcla densa y desagradable que ambos agentes perciben en cuanto entran en la sala, y la visión del cadáver de Adrian Hult reposando sobre una mesa en el centro de la aséptica habitación tampoco es una visión que les tranquilice. Después de los saludos y las formalidades pertinentes Gretta les invita a acercarse al cuerpo para que puedan seguir con más facilidad sus indicaciones.

- Como ya habréis leído en el informe la causa de la muerte fue un paro cardíaco. Podría haber sido debido a muchas causas pero ninguna es determinante. Adrian tenía problemas de corazón pero con la medicación estaba controlado, sin embargo, cualquier sobreesfuerzo o un estrés adicional que estuviera sintiendo por cualquier motivo podría haberle causado la muerte.

<< Aquí podéis ver algunas manchas rojizas debidas a las quemaduras que el hielo hizo en la piel

de la espalda y de toda la parte posterior del cuerpo, y hay una fuerte contusión en la cabeza que yo achaco a una caída. No veo signos de violencia ni nada por el estilo >>

Adam mira el cuerpo que yace inerte sobre la mesa esterilizada y sigue sin comprender algo… había alguna pieza que se le escapaba.

- ¿Quieres decir que lo más probable es que el paro cardíaco le produjera la caída?- Preguntó Adam con los ojos cerrados intentando concentrarse.

- Sí, yo diría que sí.

- ¿Y qué demonios hacía en plena de madrugada, totalmente desnudo en medio del lago helado?

A esa pregunta Greta sólo pudo responder encogiéndose de hombros.

- No quiero ser grosero, pero… ¿Podría volver a examinar el cuerpo en busca de…no se…en busca de algo que haya pasado desapercibido? Alguna señal…tiene que haber algo que nos de alguna pista.

- Podría hacerlo, pero es probable que no encuentre nada. Aún así, si se queda más tranquilo, lo haré ahora mismo.- Sentenció Greta con una amplia sonrisa en su rostro.

- Muchas gracias Greta, se lo agradezco. Y ahora, la dejamos trabajar tranquila.

Los dos agentes salen cabizbajos y pensativos del laboratorio forense y se encaminan en silencio al coche oficial de policía que les espera en la entrada del edificio. Adam deja a Emil en la comisaría con algunas tareas pendientes y después se encamina a la parroquia para hablar con su hermano. Aunque le gusta ir andando siempre que se mueve dentro del pueblo, la parroquia está a las afueras y no quiere perder ni un minuto, así que decide ir en el coche oficial para ser más rápido. Su mente es una nebulosa de ideas y pensamientos que chocan entre sí, siente su mente activa y despierta, pero a pesar de eso no llega a ninguna conclusión que le haga sentir satisfecho.

Treinta minutos más tarde el inspector Adam Berg se encontraba en el interior de una iglesia. Nunca antes había entrado allí y ahora permanece de pie observando aquel edificio antiguo lleno

de historia y de imágenes un tanto tristes y lúgubres. Mientras contempla con real curiosidad las pinturas de las paredes intenta entender un poco mejor a su hermano, nunca había comprendido la vida que éste había elegido y sin embargo, se alegraba de todo corazón de que fuera feliz con ella.

Alfred se encuentra en el altar arreglando unas flores y cuando se da cuenta de que tiene visita muestra una alegre sonrisa y se dirige hacia su hermano con los brazos abiertos. Después de saludarse emotivamente ambos se sientan en las banquetas de madera donde los feligreses solían rezar sus oraciones.

- Me alegra tu visita Adam, pero… ¿Va todo bien? No es muy normal que tú andes por aquí…

- Me conoces demasiado bien…El caso es que estoy trabajando en una investigación, la muerte de Adrian Hult, supongo que ya lo sabes.

La cara de Alfred se ensombrece momentáneamente. Pero es una sombra fugaz que desaparece tan rápido como ha venido, sin embargo, Adam puede captarla antes de que se desvanezca.

- Mucha gente me ha comentado que colaboraba con la parroquia y que pasaba aquí gran parte de su tiempo.

- Sí, es cierto, era un hombre generoso.

Adam tenía buen olfato y sabía cuando la gente mentía u ocultaba información, y muy a su pesar, su hermano le estaba escondiendo algo.

- ¿Hay algo más, Alfred?

- Adam, no me hagas esto, no me mezcles en tus investigaciones.

- Yo sólo busco la verdad.

- Sí, ya lo sé. Pero tú acabas de llegar, yo vivo aquí desde hace años y no puedo perder la confianza de mis feligreses.

- Tú sabes algo ¿Verdad?

- Lo siento, pero no puedo seguir hablando, todo lo que se está bajo secreto de confesión.

Adam guarda silencio unos segundos y mira a su hermano con los ojos entornados, sabía que si seguía insistiendo Alfred se cerraría en banda y el resultado sería justo lo contrario de lo que estaba buscando.

- De acuerdo, voy a hacerte unas preguntas, sólo tienes que contestar sí o no a lo que puedas responder. Tú no vas a contarme nada, sólo estás respondiendo a las preguntas de una investigación policial.

Alfred mira a su hermano poco conforme pero asiente en silencio.

- ¿Sabes algo acerca de la muerte de Adrian Hult?

- No.

De nuevo un breve silencio.

- ¿Nadie te ha confesado haber cometido el asesinato de Adrian?

- No.

- Pero… ¿Adrian escondía algún secreto? Hay algo oscuro en todo esto, ¿Verdad?

- Sí Adam, y de veras que no puedo seguir hablando.

Alfred se levanta bruscamente de la banqueta de madera y sin mirar a su hermano le dice una última frase mientras se aleja de él.

- Llámame cuando quieras comer conmigo.

Y Adam se queda sólo en la iglesia, lleno de malos presentimientos y sospechas. Inquieto e impaciente por resolver aquel caso que parecía estar cada vez más lejos del fin.

-12-

Clarissa no quiere pensar en su antigua vida pero en los últimos días las imágenes la invaden constantemente. Imágenes del conservatorio, notas musicales que acarician sus oídos y melodías que llenan cada rincón del auditorio. Ella tocando delante de cientos de rostros anónimos que se deleitan con su arte, ella y su instrumento, y el resto del mundo como si no existiera.

Echa de menos su violín y las horas de ensayo delante de las partituras, aquel era su momento y ahora lo había perdido. También echaba de menos ir en bicicleta al conservatorio para dar clase a los más pequeños, y recordaba con nostalgia los cafés que tomaba en la pastelería de la esquina con los compañeros del conservatorio después de las clases de los viernes, con el transcurso del tiempo se habían convertido en una pequeña familia para ella y su ausencia había dejado un profundo hueco alojado en su pecho.

Ahora estaba tumbada en su habitación sin nada más que hacer que pensar en todo lo que había perdido. El apartamento que compartía con Anna, su compañera de piso. Las visitas a casa de sus padres los fines de semana para pasar algún tiempo con ellos. Los viernes por la noche con sus amigos de siempre en cualquier bar. No hacía tanto que tenía una vida, una gran vida, y ahora no tenía absolutamente nada, sólo un nudo en el estómago y el alma hecha añicos.

En lo más remoto de su inconsciente Clarissa sabía que en realidad su vida no era tan plena como la recordaba, pero ahora parecía haberlo olvidado y sólo le llegaban recuerdos bonitos y punzadas de nostalgia, a decir verdad era como si estuviera sumergida en las profundidades de un turbulento océano de añoranza que amenazaba con ahogarla de un momento a otro.

Mientras su mente juega sin remedio como una niña malcriada manipulando los recuerdos del pasado a su antojo, sus dedos juegan hábilmente con el objeto que días atrás había encontrado sobre la nieve. Era un pequeño triángulo amarillo con los bordes más oscuros y por lo que intuía, podría ser la pieza de un pendiente o de una pulsera que desafortunadamente se había caído de forma imprevista.

Por una breve fracción de segundo se le cruza por la cabeza la idea de hablar con el Inspector y contarle lo que había visto aquel día tras los matorrales. Pero después piensa que seguramente no sería nada importante y no quería importunar al Inspector con falsas sospechas, por eso decide guardar el objeto brillante en un cajón de su mesita de noche y apartar aquel asunto de su mente temporalmente. Pero entonces la imagen del Inspector le asalta súbitamente. Por su aspecto parece

ser tan sólo unos años mayor que ella, y tiene una expresión en la cara que inspira confianza nada más verle. Tiene la mirada transparente y por la forma de hablar parece seguro de sí mismo y paciente, muy paciente, justo lo contrario que ella.

Cuando Clarissa se da cuenta de que está pensando en él se levanta bruscamente de la cama y espanta cualquier sensación de su cuerpo y cualquier pensamiento de su cabeza. Después se estira y se despereza con los brazos bien abiertos hacia el techo y mientras bosteza comienza a bajar despreocupadamente a la planta de abajo, donde Agnes está cocinando algo que inunda toda la casa con un suculento aroma a comida recién hecha.

Clarissa y Agnes están sentadas frente a la mesa de la cocina deleitándose con un guiso caliente que sería capaz de revivir a un muerto. Como la anciana estaba un tanto triste desde que su cuñado había muerto, la joven intenta darle conversación con el fin de animarla y de que se sienta menos sola.

- Háblame de tus hijos Agnes.- le dice ella mostrando sincero interés por su familia.

- Mis hijos…bueno…Carl es el mayor, estudió en Upssala y desde entonces se quedó allí, a él no le gusta venir al pueblo. ¿Sabes?, es muy gruñón, no entiendo porqué es tan cascarrabias, se parece mucho a su padre…

<< Conoció a Ebba en la universidad, mientras estudiaba ciencias económicas, siempre se le dieron bien los números. Y se casaron al poco tiempo. Ebba es una mujer muy buena, y muy paciente para aguantar el carácter tan difícil de mi hijo >>

<< En cambio Alf…Alf es todo lo contrario. Es bueno con todo el mundo, generoso, y siempre está dispuesto a ayudarte. También vive en Upssala…a él se le dieron peor los estudios. Pero siempre se le dio bien la gente, lleva varios años trabajando en un concesionario de coches y casi todos los meses es el trabajador que más vende. ¡Hace poco le nombraron el empleado del año! Alf se casó con Caroline, que ahora está embarazada de dos meses, será mi primer nieto. Caroline es un poco estirada pero es una buena mujer >>

- ¿Vienen mucho a visitarte?- Pregunta Clarissa mientras se lleva una cucharada de sopa a la boca.

- Antes venían más…Carl apenas viene, dice que no le gusta el pueblo, y desde que murió su padre menos aún, yo creo que lo extraña. Ebba me llamó el fin de semana y me dijo que ella vendría el próximo viernes con Alf y Caroline, creo prepararé un buen estofado para comer.

Después de la comida Clarissa friega los platos y deja que Agnes descanse en el sofá mientras Cascabel ronronea dulcemente sobre su regazo. Cuando termina de limpiar la cocina vuelve a su dormitorio y se asoma a la ventana para ver el tiempo que hace. Más frío y más nieve. Más viento y más hielo.

Sin nada mejor que hacer se tumba de nuevo sobre la cama y con la mirada perdida más allá de aquellas cuatro paredes decide que al día siguiente iría a Upssala a comprar un violín, casi al instante algo se relaja en su interior y de pronto puede respirar con más amplitud y más ligereza.

Es viernes, el día había amanecido frío y despejado, lo cual empuja a Clarissa a querer salir de casa. Además, no tenía ganas de comer con la familia de Agnes, se sentía fuera de lugar en aquella improvisada reunión familiar así que en su lugar había decidido salir a dar un largo paseo y después iría a tomar el almuerzo al Atolladero, solo de pensar en el último estofado de carne que le había servido Birger pero que había preparado Beatrice, su mujer y cocinera del bar, se le hacía la boca agua. Está abrochándose sus nuevas botas de montaña cuando suena el timbre y con los cordones a medio abrochar se apresura a ir hacia la puerta.

Una mujer sonriente y resuelta aparece detrás de la puerta y toma la palabra sin titubeos.

- Hola Clarissa. Qué bien que estés aquí, gracias por cuidar a nuestra Agnes. – Le dice Ebba con una sonrisa exagerada mientras le da la mano cálidamente.

- Alf vendrá enseguida, le esperaremos dentro que aquí hace un frío de mil demonios.- Añade Caroline mientras entra en el recibidor de la casa y se desabrocha el abrigo.

- Sí, claro, pasad, yo os dejo, voy a salir a comer fuera, encantada de veros de nuevo.

- Oh…claro, faltaría más, ya nos veremos en otra ocasión con más calma- Dice Ebba con aquella amabilidad empalagosa que desprendía en cada gesto y en cada palabra. Y mientras se quita la bufanda deja al descubierto un collar con un triángulo amarillo en el centro adornado con un borde más oscuro. Clarissa lo mira disimuladamente antes de seguir la conversación.

- Vaya, que collar tan bonito tienes.

- Sí, gracias, es un regalo de mi marido, por nuestro aniversario.- Dice Ebba con cierto orgullo en la voz.

- Y supongo que tendrá alguna pulsera a juego, o unos pendientes...

- Oh...pues no, es sólo un collar querida, y tuvo que costarle una fortuna.

Ambas mujeres se miran en silencio tan sólo unos segundos en los que se miden la una a la otra.

- Claro. Espero que disfrutéis de la comida, hasta la vista.

La dura capa de nieve cruje bajo sus pies mientras camina sobre ella. Clarissa hace el mismo recorrido que había hecho días atrás por el camino del lago, pero esta vez avanza más ya que no se detiene a observar a nadie entre los matorrales. Es media mañana y a plena luz del día las calles están bastante concurridas, aunque es un pueblo pequeño la vida rebosa imprevisiblemente detrás de cada esquina.

Después de atravesar el pueblo continúa por el camino que bordea el lago media hora más hasta que se encuentra con un cruce que indica dos direcciones, decide girar a su derecha y el camino da paso a una carretera convencional mal asfaltada que va siguiendo la línea del bosque. Nunca había llegado tan lejos y conforme avanza disfruta observando los árboles que hacen de frontera entre la civilización y el mundo salvaje que se aventuraba en su seno, grandes y majestuosos alces debían campar como reyes en aquel laberinto de naturaleza extrema. Cuando decide volver un hilo de sudor recorre su espalda bajo el polar que la mantiene caliente y necesita tomar algo fresco que le quite la sed y la hidrate de nuevo.

Cuando llega al Atolladero el bar está lleno y no encuentra ninguna mesa libre, por lo que se acerca a la barra y saluda a Birger amablemente. Y entonces le ve, en una de las mesas del fondo está el Inspector esperando su comida. Ambas miradas se cruzan y él le hace señales con la mano para que se acerque. A regañadientes, Clarissa se acerca a su mesa mientras se quita el gorro de lana y deshace el nudo de su bufanda.

- Buenos días Clarissa, ¿has venido a comer? Permíteme que te tutee, al menos fuera de servicio.- Dice él con una amplia sonrisa en la boca.

- Claro, faltaría más. Sí vengo a comer, pero veo que está lleno, hoy había mucha gente en casa y yo estaba de más, así que he preferido venir aquí que por otro lado se come muy bien.

- Y que lo digas…mmm…estoy pensando… ¿Por qué no te sientas aquí? Yo no espero a nadie…

- No quiero molestar…

- ¡Qué va! Si hasta me harías un favor, así me haces compañía, ya sabes, como soy nuevo en el

pueblo no conozco a nadie, salvo a Emil y a mi hermano, y te confieso que ya voy necesitando hacer más vida social.

- Está bien.-Dice Clarissa resignada.- Birger, ponme lo mismo que a él.- Dice al camarero mientas se sienta enfrente de Adam.

- Así que… ¿Quién venía hoy a visitar a Agnes?

- Alf y Caroline, y por lo visto Ebba ha venido con ellos ya que Carl no viene mucho por el pueblo.

- Interesante, quizá me pase por allí mas tarde. Pero dime Clarissa, ¿Qué tal te va por aquí?

Clarissa mira atentamente al hombre que tiene frente a ella y que se empeña en ser amable y educado al máximo. Parecía que no iba a resultarle tan fácil esquivarle como había pensado, y quizá fuera mejor llevarse bien con él desde el principio.

- Inspector…tengo algo que enseñarle, algo que encontré el otro día en el bosque cerca del lugar en el que apareció el cadáver.

La cara de Adam cambia por unos segundos, pero después vuelve a su expresión habitual.

- De acuerdo, pero llámame Adam. Después de comer me enseñas eso que has encontrado y me lo cuentas con todo detalle. Ahora vamos a disfrutas de esta comida.

-13-

Septiembre 2013

El tiempo ha cambiado tan deprisa que Edurne apenas se ha dado cuenta de que aquella suave

brisa es el anuncio de una nueva estación. Recordaba como si fuera ayer mismo esos plácidos momentos en los que se sentaba en la terraza de su ático y el sol le acariciaba la piel de la cara y de los brazos mientras leía una hechizante novela. Y aquella misma mañana había tenido que coger una chaqueta del ropero dónde guardaba la ropa de invierno antes de irse al hospital para protegerse del fresco matutino. Tendría que pensar seriamente en empezar a sacar las camisetas de manga larga el próximo fin de semana que tuviera libre.

Le habían avisado hacía apenas unos minutos. Estaba atendiendo a un paciente que había llegado con la mano ensangrentada porque se le había quedado atrapada en una máquina de hacer embutidos. El hombre se había destrozado tres dedos, y después de ver el estado en el que se encontraba aquella mano no creía que pudiera recuperar toda la movilidad, estaba segura de que le quedarían secuelas. Edurne no entendía cómo se las arreglaba la gente para tener semejantes accidentes, la semana anterior había llegado un hombre que probando unos cepos que había colocado en su finca también se había destrozado una mano, uno de los cepos se había atascado y cuando quiso solucionar el problema se quedó atrapado entre fuertes alaridos de dolor, y como consecuencia de ello había perdido el pulgar y el índice de la mano derecha.

En cuánto ha recibido la noticia Edurne ha llamado directamente a Kate, una de las enfermeras con las que mejor se lleva en el hospital y la persona en la que más confiaba allí, y cuando por fin la tiene frente a ella le día instrucciones claras y concisas para que termine de curar al señor de los embutidos. Ella por el contrario ha tirado los guantes a la basura, ha mirado a su compañera con complicidad y se ha dirigido con paso rápido a la habitación 23 de la segunda planta, dónde Damien, el amigo pelirrojo de Evans, por fin ha salido del coma.

Ahora está sentada junto a él en el incómodo sillón que está reservado para los familiares y amigos que vienen de visita. De forma instintiva mira sus constantes vitales en el monitor que parpadea de forma intermitente junto a la cama, y con ojos curiosos comprueba que todo está en orden. El médico ya le había hecho una revisión al paciente antes de que ella llegase a la habitación y según le había confirmado parecía que no había lesiones graves, pero a pesar de eso

no podían bajar la guardia, le tendrían en observación y habría que esperar que fueran pasando las horas para ver si aparecía alguna secuela importante, en casos como este podía haber pérdida parcial de memoria pero de momento lo único cierto era que el paciente estaba confuso y un poco aturdido, y Edurne sabía que el mejor remedio para esos síntomas era tener paciencia y esperar.

Edurne sale de sus conjeturas mentales cuando Damien abre los ojos y la mira lleno de una tranquilidad pasmosa. No se muestra sorprendido al verla allí sentada junto a él, la reconoce, lo cual es un buen síntoma. Sí…Damien sabe que aquella enfermera que vela por él es la chica de Evans, la ha visto de vez en cuando con él. Está confuso, pero las imágenes empiezan a llegarle lentamente, y de pronto se da cuenta de lo que ha pasado. Mientras observa a Edurne con una expresión impasible se toma su tiempo para situarse en el tiempo y en el espacio, y entonces un agudo dolor en el costado le asalta como un ladrón en plena noche. Edurne parece adivinarle el pensamiento y con una voz suave y delicada le dice que no se preocupe, que ya le habían dado algo para el dolor y que poco a poco iría desapareciendo.

- ¿Recuerdas lo que te ha pasado, Damien?- Pregunta ella con dulzura.

Pero de pronto Damien cambia el gesto de su cara, que antes mostraba una extraña serenidad, y como si de repente hubiera recordado algo incómodo y molesto se mueve inquieto en la cama y mira a su alrededor algo alarmado.

- ¿Dónde está Evans?- Pregunta angustiado.

- No te preocupes, Evans está bien, tenía una herida grave en la pierna y está haciendo rehabilitación, ha venido a verte muy a menudo.- Dice ella sonriendo. Pero sus palabras no parecen tranquilizar a Damien, el cual se muestra cada vez más nervioso y agitado.

- No quiero que venga nunca más.

- ¿Cómo dices?

- Que no quiero que venga, por favor, si viene a verme dile que no puede pasar, que estoy

dormido, o descansando. Lo que quieras. Pero no quiero verle.

Edurne le mira contrariada. No se esperaba aquella reacción ni mucho menos.

- Pero…creía que eras su amigo, su compañero…

Damien traga saliva.

- Soy su compañero, no su amigo. No le conoces, no tienes ni idea. Y te aconsejo que te alejes de él mientras puedas. O quizá después sea demasiado tarde.

- Pero…

Edurne se queda sin palabras. Aún consternada por la sorpresa mira la expresión del hombre que tiene frente a ella y ve rechazo en ella, repulsión, pero también hay algo más... ¿miedo?, sí, es miedo, sus ojos marrones muestran miedo. Y sentir aquella certeza consigue que ella también sienta miedo aunque no sepa exactamente a qué.

- Mira, él no es cómo tú te piensas, no sé qué mentirás te habrá contado, pero no le creas, no le creas te diga lo que te diga porque seguro que está mintiendo.

Y una brecha tan ancha y profunda como un océano salado se abre en el alma de Edurne, que se ha contagiado con aquella sensación de peligro que Damien transmitía por cada poro de su piel.

Es domingo. Edurne y Evans están descansando en la cama. Es media mañana y la luz clara del día se cuela insolente por la ventana. Llevan ya largo rato despiertos y ella sabe que le queda poco tiempo, de un momento a otro él se pondrá en pie de un salto y le dirá que se va a pescar a la cabaña. Por eso aprovecha un breve silencio que se crea entre ambos para abordar el tema que tanto le preocupa desde hace días, y lo hace sin rodeos, las palabras salen de su boca como abejas letales que inyectan su veneno de forma inocente en su víctima.

- Evans, ¿Qué pasó realmente cuando sufristeis el accidente?

- ¿Qué accidente?

- La herida de tu pierna, y lo de Damien... ¿Qué fue lo que os pasó?

- Edurne, lo que pasa en cualquier conflicto armado, que el enemigo te alcanza y hay heridos. - Dice él sin entrar en detalles y sin mirarla a la cara mientras le contesta con desgana.

- Sí, pero… ¿Cómo ocurrió? Nunca me lo has contado.

- ¿A qué viene tanta pregunta?

- Sólo quiero saberlo, nunca has hablado de ello.

- Porque no es agradable, Edurne, ¿O que te piensas? Lo que pasó es que un proyectil nos alcanzó,

Damien y yo íbamos en un todoterreno y salimos disparados. ¿Ahora estás contenta o quieres más detalles?

Ella lo mira desconfiada sin darle todo su crédito a aquella respuesta.

- Me voy, quiero pescar un rato esta mañana y creo que pasaré toda la tarde en la cabaña, mañana nos vemos.

Y dicho esto Evans se levanta de la cama, camina desnudo hacia la ducha y desaparece de su vista dejando que el sonido del agua se lleva el eco y el sabor amargo de las palabras no dichas. Con un sabor agridulce en la boca Edurne prepara mientras tanto el desayuno, esperando que frente a un café recién hecho la conversación inconclusa pueda finalmente abordarse de nuevo. Cuándo minutos después Evans sale del cuarto de baño su pelo mojado gotea sobre el suelo y una tensión familiar para ambos vuelve a sobrevolar la estancia. Tras quitarse la toalla blanca que lleva enrollada en la cintura Evans se viste sin levantar la mirada del suelo, después sale de la casa sin despedirse ni dedicarle a Edurne unas últimas palabras, dejándola sola y confusa con la mesa preparada para dos. Edurne se pregunta si algún día llegaría a conocer realmente al hombre que dormía con ella y por el que antes solía tener una fe ciega y una duda razonable emerge de la nada llenándola de inquietud y desconfianza.

-14-

Enero de 2015

Aquel día hacía más frío de lo normal o quizá Adam se había levantado más temprano y las bajas temperaturas matinales le habían arrollado al salir del reconfortante calor hogareño. Se había calzado sus botas impermeables, se había puesto sus guantes y su gorro de lana, se había abrochado su cazadora hasta arriba y había salido al frío glaciar de la mañana con hambre de nuevas noticias.

Había quedado en el Atolladero para desayunar con su hermano Alfred y mientras le esperaba en la barra leía los titulares que inundaban de tragedias el periódico de aquella mañana. Un delicioso aroma a café recién hecho le hacía salivar sin darse cuenta.

Adam va pasando las páginas una a una con parsimonia en un gesto que parece casi automático y no se detiene realmente en ninguna de ellas hasta que de pronto ve una noticia que llama su atención y comienza a leerla con renovado interés:

-Martes 20 de Enero-

<< Edurne García, la joven de treinta y un años que apareció de forma misteriosa en uno de los principales hospitales de la capital de Ródano-Alpes, aún sigue en coma y hoy por hoy no muestra signos de recuperación. Han pasado ya dos semanas desde que alguien la trajo de forma anónima al hospital y después desapareció sin dejar rastro.

La joven trabajaba como enfermera en este mismo hospital y todos sus compañeros están consternados. Gina, una de las enfermeras que trabajaba con ella nos dice tremendamente compungida: "Es una lástima lo que le ha pasado, es una gran jefa y una gran persona".

Sus abuelos, dos ancianos que viven en la zona más rural de la región, están desolados y no se explican quien ha podido hacerle esto a su nieta.

Los médicos siguen a la espera de resultados pero son prudentes en su diagnóstico y de momento dicen que sólo se puede esperar, seguiremos informándoles de cualquier novedad en este caso que tiene en vilo a toda la población francesa >>

-Juliette Foss-

Cuando termina de leer la noticia Adam cierra el periódico y mira a su hermano que justo en ese momento está entrando por la puerta y se dirige hacia él con una amplia sonrisa.

Mientras desayunan apenas hablan de nada importante, del tiempo, del invierno tan duro que estaban sufriendo aquel año y de cómo el pueblo cada vez tenía menos población joven ya que estos huían despavoridos a la ciudad en busca de experiencias más divertidas, pero cuando Adam paga la cuenta Alfred le sorprende con una noticia inesperada.

- He escrito al Vaticano solicitando permiso para romper el secreto de confesión de Adrian Hult.

Adam le mira lleno de sorpresa y de gratitud.

- Cuando se trata de un caso especial como este…la investigación de un crimen…en ocasiones se hacen excepciones, y realmente creo que la información que me dio Adrian puede serte de utilidad

para esclarecer la verdad, él ya ha fallecido y no puede causarle ningún mal así que...

- No sabes cuánto te lo agradezco Alfred. ¿Sabes cuánto podría tardar este trámite?

- Eso es lo malo, ya sabes que el papeleo siempre es lento, pues en la iglesia también lo es, no obstante les he comunicado que es urgente, espero que lo tengan en cuenta.

- No sabes cuánto podría ayudarnos esta información, de verdad que te lo agradezco hermano.

Mientras camina hacia la Comisaria con aquellas nuevas noticias reverberando en su cerebro, Adam no puede dejar de pensar en la visita que había hecho el día anterior a la casa de Agnes después de haber almorzado con Clarissa en el Atolladero. Tampoco puede dejar de pensar en Clarissa, con sus ojos tristes y misteriosos llenos de secretos y de sombras.

Al terminar de comer aquel día Clarissa le había acompañado a casa de Agnes para que él pudiera hacer su ansiado interrogatorio, ella en cambio se había refugiado en la soledad de su dormitorio nada más llegar. Le había prometido enseñarle algo que había encontrado días atrás pero lo habían pospuesto para otro día, ahora la prioridad estaba allí mismo, delante de sus narices, no podía perder la oportunidad de interrogar a la familia de Agnes ahora que los tenía a todos allí reunidos, bueno, a casi todos, ya buscaría la manera de hablar lo antes posible con el escurridizo Carl Hult.

Cuando entraron en la casa todos estaban sentados tomando café tranquilamente alrededor de la mesa de la cocina, y desde luego no esperaban recibir aquella visita inesperada. Cuando Agnes le vio entrar cambió el gesto de su cara y le miró con el entrecejo fruncido, pero no le importaba, él estaba allí para sacar la verdad a la luz y no para hacer amigos. Pero no había sido Agnes la única que pareció ser importunada, se palpaba en el ambiente que todos los presentes estaban inquietos con su presencia, y eso no hizo más que alentarle a investigar a todos los miembros de aquella familia, los cuales se empeñaban en demostrarle que estaban ocultando algo.

En aquel encuentro Adam había sacado algunas conclusiones en claro. Ebba le pareció una mujer falsa, se mostraba extremadamente amable y servicial pero él sabía que aquello no era más que

una máscara que usaba solo para caerle bien a todo el mundo. No podía fiarse de aquella mujer de apariencia afable porque estaba tan necesitada de reconocimiento que no era ella misma, era de los que hacían cualquier cosa por conseguir una "buena" mirada. Se veía a leguas su falta de seguridad en sí misma, y aunque sobreactuara para parecer convincente su lenguaje no verbal decía otra cosa bien distinta. Adam tenía el presentimiento de que aquella mujer vivía a la sombra de su marido, un hombre que no daba la cara pero que por lo que decían los demás parecía tener una personalidad fuerte y dominante.

Carl, el hombre que no estaba, el hombre que se mostraba escurridizo como una serpiente venenosa. Que no quería venir al pueblo desde que su padre había muerto. Tenía que descubrir cuáles eran los verdaderos motivos de aquella negativa a visitar su pueblo natal y a su propia madre.

Alf, el hijo bueno, el protegido, el mimado que todo lo hacía bien aunque no tuviera estudios ni hubiera hecho nada importante en la vida. El pequeño. El calzonazos. Alf no tenía ni una pizca de carácter y hacía todo lo que le decía su madre o su esposa, que en realidad era una sustituta de la misma.

Y por último Caroline, una mujer ambiciosa y controladora que parecía estar con el hombre equivocado. Ahora que lo pensaba, Caroline sería el tipo de mujer que haría buena pareja con su cuñado Carl, que trabaja en un banco, tenía un buen sueldo y podría darle todos los caprichos que ella quisiera, porque saltaba a la vista que era una mujer elegante y orgullosa que cuidaba su imagen y parecía esforzarse en parecer más joven de lo que era.

Y Agnes, una mujer guardiana de su propia historia y de su familia, muy afectada por la muerte de su cuñado pero que no ayudaba para nada en la investigación de la misma, se veía con claridad cristalina que no quería que hurgaran en su familia, y Adam podía percibir que estaba ocultando algo.

Aquella tarde todos se mostraron escurridizos sin apenas ser conscientes de ello. Ebba no paraba

de disculpar a su marido por no estar allí, y lo hizo con tanta intensidad que consiguió que Adam sospechara que detrás de aquellas excusas baratas había hay algo más. Alf no dijo nada importante, y Caroline estaba deseando que aquella reunión terminase cuanto antes, se mostraba extrañamente inquieta e impaciente por salir de aquella casa, como si fuera un animal acorralado. Y cuando por fin terminó de interrogarlos, Adam se encontraba más confuso y perdido de lo que había llegado.

Ahora, después del encuentro con su hermano Alfred, Adam caminaba reflexivo hacia la Comisaría dónde le esperaba el temido papeleo, esa parte de su trabajo que tan poco le estimulaba. Una fina brisa traspasaba su piel como un afilado cuchillo, y aunque fuera un frío incómodo tenía el rápido efecto de despejar su mente de forma inmediata, haciéndole sentir de pronto una lucidez renovada.

Pero había algo más que le aportaba una punzada de motivación interna, como si fuera un aguijón que espoleara su sangre y la estimulara a correr más deprisa por sus venas. Había quedado a las diez en punto con Clarissa Ericson, quizá eso que tenía que contarle hiciera que la investigación avanzara en una nueva dirección, y él esperaba impaciente que así fuera.

Cuando Clarissa Ericson llega a su despacho lo primero que hace Adam es ofrecerle un espantoso café de máquina que ella acepta en realidad por cortesía. Después se quita su gorro de lana, cuelga el abrigo en el respaldo de la silla y deja los guantes distraídamente sobre la mesa, y finalmente se sienta frente a él sin poder disimular su inquietud y su incomodidad.

Él la mira expectante esperando que ella empiece a hablar cuanto antes, y sonríe cuando se fija en su pelo despeinado. Está muy guapa, pero ese pensamiento se lo guarda para sí mismo.

- Bueno…sólo quería comentarte una cosa, seguro que no es nada importante pero no quiero ser yo quien lo decida. El día que me viste paseando por el lago encontré algo.

Adam sigue en silencio. Con el tiempo ha aprendido que cuando guarda silencio obtiene más información que cuando hace preguntas.

- Primero escuché un ruido que me pareció raro y provenía del otro lado del camino. Miré en aquella dirección y vi dos personas cuchicheando entre los arbustos, justo al comienzo del bosque. Me pareció un poco raro y me acerqué cuidadosamente para ver si podía ver algo. Pude distinguir una mujer y un hombre visiblemente nerviosos que estaban buscando algo en el suelo, pero creo que ella me escuchó y se asustó, y entonces se fueron.

<< Yo iba a marcharme también pero entonces pisé algo duro en la nieve y me agaché a recogerlo, era esto >>

Y Clarissa le tiende el objeto amarillo con forma triangular. Adam lo mira atentamente queriendo recordar dónde lo había visto antes.

- Vaya, estoy impresionado, no sabía que tuvieras tantos dotes como detective.- Dice él medio en serio medio en broma.- ¿Pudiste reconocer a esas personas?

- No, no les vi la cara pero…creo que podrían ser Ebba y alguien más.

- ¡Claro! Eso es…Ebba llevaba el otro día un collar con esta misma figura…sabía que lo había visto antes.

- Sí, yo también lo vi, fue cuando me decidí a contártelo.

Adam mira a Clarissa a los ojos queriendo traspasarla con la mirada, y ella, sintiéndose invadida se levanta de golpe y comienza a ponerse el gorro de lana, los guantes y el abrigo, como si de esa forma pudiera ocultarse de él, pudiera huir lo más lejos posible de su mirada intensa y transparente.

- Muchas gracias, Clarissa.

- Eh…de nada. ¿Puedo llevarme ese periódico?- Dice ella señalando el diario que descansa sobre unos papeles apilados sobre la mesa.

- Sí claro, ya lo he leído.- Y Adam se lo tiende amistosamente, y no le pasa desapercibida la oscura expresión que aparece en los ojos de ella mientras lo coge y lo coloca bajo el brazo. ¿Miedo? ¿Preocupación? No sabría definirlo, pero una sombra fugaz había ensombrecido el rostro de la chica que ahora desaparecía tras la puerta como un fantasma.

-15-

La noche es fría y oscura, porque el cielo está teñido de nubes grises que no dejan ver las estrellas. Aún así, Clarissa ha decidido sentarse en un banco que hay en el camino que bordea el lago. Está frío, bueno, está helado, pero no le importa en absoluto, ya se daría una ducha de agua

caliente cuando llegase a casa.

No sabe el tiempo que lleva allí sentada pero el cuerpo se le ha entumecido y no siente las puntas de los dedos. Sobre las piernas congeladas sostiene el periódico que le había prestado el Inspector abierto por la página de sucesos, la misma página por la que Adam lo tenía abierto en su despacho dejando expuesto aquel titular que había llamado su atención y había paralizado su respiración por una breve fracción de segundos.

Y ahora que por fin tiene delante el artículo algo en su interior le impide comenzar a leer la noticia. Mientras observa con la mirada perdida las palabras encadenadas que componen aquel temido párrafo, algunas imágenes le sacuden la mente y le obligan a cerrar los ojos repentinamente. Le asaltan unas ganas inmensas de llorar, siente una repentina angustia en la boca del estómago y de forma brusca termina levantándose a vomitar. Lo hace al lado del banco, agarrada a la farola que alumbra sin piedad todas sus miserias.

Tras largo rato pensando en todas las posibilidades que tiene Clarissa ha decidido que no va a acudir a la policía, pero tampoco va a hacer nada por esconderse. Si la encuentran, no opondrá resistencia, y por unos momentos piensa que si tiene que detenerla alguien le gustaría que lo hiciera el Inspector Adam Berg, él es amable con ella, él la trataría bien.

Y por unos segundos se siente inmersa en un profundo remanso de paz y descanso. Quizá fuera eso lo que necesitara, que la detuvieran, que la encerrasen y por fin desaparecieran de su mente atormentada aquellas imágenes que la atosigaban día y noche. Pero ella era una superviviente nata, lo había sido desde su niñez, así que de momento, por mucho que se sintiera tentada no pensaba entregarse, el instinto de supervivencia era por ahora más fuerte que el de redención. Así que con una fuerza inusitada que brotaba de lo más profundo de sus entrañas, Clarissa se limpia la boca con la manga del abrigo y se sienta de nuevo en el banco, coge el periódico entre sus manos anestesiadas por el frío punzante y lee con determinación y temor la ansiada noticia, y cuando termina de leer la última frase y su cerebro ha asimilado toda la información Clarissa suspira, es

un suspiro involuntario que alivia la tensión contenida por largo tiempo en sus hombros y esa liberación momentánea hace que comience a llorar de nuevo de puro alivio y felicidad.

<< *Está viva. Edurne está viva* >>

Después de una noche turbulenta con imágenes oscuras de muerte y sangre, el nuevo día le ha despertado envuelta en un halo de brillo y esperanza. Se ha tomado un café con leche y el aroma del desayuno se ha llevado las malas sensaciones de una noche llena de pesadillas que sin embargo, ahora no recuerda. No tiene mucha hambre pero su aspecto pálido y su delgadez cada vez más pronunciada empiezan a preocuparle, así que con pocas ganas y la apariencia de un pequeño roedor mordisquea algunos frutos secos antes de levantarse para ir al cuarto de baño y asearse.

Clarissa se viste de negro, como suele hacer últimamente. Aquella acción automática le resulta cómoda y le evita el incordio de tener que preocuparse de sí “esto” combina con “esto” otro. No

tiene ganas de pensar que ponerse, simplemente coge unos pantalones, un jersey o un polar y listo. Y después se calza sus botas de montaña que le protegen del frío y de los resbalones.

Con cierto aire melancólico sale al frío de la mañana y sube al Hyundai Tucson que le espera como cada día aparcado en la puerta. Como en el pueblo siempre iba andando a todos sitios el coche protesta y hace varios ruidos extraños al arrancar. Pero finalmente el motor ruge con su habitual ronquido y ambos desaparecen por la carretera principal en dirección a Uppsala.

Clarissa tiene entre sus manos un bonito violín nuevo. El estuche abierto sobre su cama lo deja al descubierto y ella lo mira con una mezcla de admiración y nostalgia. Al observarlo no puede evitar sentir una punzada de dolor por todo lo que ha dejado atrás, y a la vez, también siente alivio por haberlo hecho. Ahora era otra persona y no podría seguir haciendo las mismas cosas que antes como si nada. No podría mirar a sus padres a la cara como si fuera inocente, porque en realidad no lo era.

El día que Clarissa les había anunciado que se marchaba ellos lo habían aceptado en silencio. Sabían que ese día podía llegar en cualquier momento, y a decir verdad, lo llevaban esperando hacía años. Y aún así, en lo más profundo de su ser, temían perderla. De eso hacía ya varios meses, en realidad más de un año, y su antigua vida le parecía ahora muy lejana y distante, como si hubiera perdido por completo la noción del tiempo y el espacio.

Al principio de su gran aventura solía hacer alguna llamada de vez en cuando a sus padres para decirles al menos dónde se encontraba y no se preocuparan, lo hacía sobre todo por ellos, para que estuvieran tranquilos…pero desde que había ocurrido todo no había vuelto a llamarles, no podía hacerlo, no se sentía capaz de sostener el teléfono y escucharles al otro lado del aparato ajenos a lo que ella estaba sintiendo, quizá temía que si lo hacía, ellos descubrieran que algo terrible había sucedido, al fin y al cabo la conocían perfectamente, ellos la habían criado. Sabía que su voz empezaría a temblar y la delataría, se quebraría como el tronco de un árbol en una ruda tormenta.

Clarissa limpia de sus ojos lágrimas brillantes que amenazan con salir a borbotones y después saca del estuche el violín nuevo que parece esperarle para sonar y alegrarle la mañana.

Cuando la música empieza a llenar la habitación ella se siente súbitamente reconfortada y se da cuenta de cuánto había echado de menos aquello. Se encuentra tan concentrada en lo que hace que no escucha los golpes repetitivos que suenan sobre la puerta cerrada de su dormitorio. Tiene los ojos cerrados y está absorta en la melodía que llena sus oídos, por eso, cuando los abre y mira al frente casi se muere del susto al ver al Inspector Adam Berg observándola atentamente apoyado en el marco de la puerta con una tranquilidad irritante.

Súbitamente se siente descubierta, se ruboriza, deja el violín sobre la cama y mira al hombre que le devuelve la mirada desde la puerta entornada. Mientras tanto, el gato negro de Agnes se cuela entre las piernas del Inspector y entra a hurtadillas en el dormitorio.

- Perdona, no quería asustarte, he llamado a la puerta y con la música no me has oído, Agnes ha insistido en que entrara y te llamara yo mismo.

Clarissa lo mira esperando una respuesta que justifique aquella visita inesperada y siente cierto enfado por la libertad que se había tomado Agnes de invitar a aquel hombre a invadir su preciada intimidad.

- Voy de camino al laboratorio forense para recoger el nuevo informe de Adrian Hult y pasaba por aquí…quería invitarte a un café si no estás muy ocupada, en agradecimiento a la información que me diste ayer.

Clarissa mira al Inspector sorprendida y se queda momentáneamente paralizada.

- Eh…bueno, en realidad ahora estaba tocando el violín…no creo que…

- Lo he oído, es precioso…venga, acepta la invitación, podrás tocar más tarde… ¿No?

Clarissa y Adam han desayunado en el Atolladero y ahora están en el interior del coche oficial de camino a la sala de autopsias donde trabaja Gretta Olsson.

En el desayuno Adam le ha hecho muchas preguntas sobre su vida, y Clarissa se ha sentido como la acusada en un juicio a la que no hacen más que preguntar y preguntar. Sabe que el Inspector no lo hace con mala intención, es sólo que ella no quiere hablar sobre su pasado. Pero en realidad no es solo eso, hay algo más, ella sabe perfectamente que ahora no está en condiciones de ser amiga de nadie, por eso ha ido hasta allí, por eso se ha instalado en un lugar en el que no conoce a nadie y no tiene que disimular ni guardar las apariencias. Las relaciones eran algo complicado para Clarissa, sobre todo ahora que no tenía ganas de dar explicaciones ni de preocupar a los demás con su aspecto o su silencio eterno y envolvente. Tenía ganas de valerse por sí misma, no quería pedir ayuda, no quería sentirse vulnerable, quizá por eso no había hablado con nadie de la sensación que había tenido últimamente de que alguien la observaba.

En realidad había sido sólo un par de veces, pero la fuerte presencia que había sentido a su espalda había conseguido erizarle la piel. La primera vez había ocurrido una noche que había salido a tirar la basura. Se había entretenido unos momentos mirando el cielo blanquecino que iluminaba una luna llena y radiante. No había escuchado nada raro, simplemente tuvo la incómoda sensación de que unos ojos la miraban fijamente desde algún rincón oculto en la oscuridad de la noche. Se estremeció, tiritó de frío y de miedo, y entró apresuradamente en la casa y se guardó para sí misma aquel incidente.

La segunda vez venía de cenar del Atolladero, realmente le gustaba la comida que servían en aquel lugar familiar y acogedor. Esta vez sí escuchó un sonido detrás de ella que la paralizó unos instantes. Se quedó allí de pie, muy quieta en medio de la calle desierta, pero no volvió a escuchar nada y se convenció a sí misma de que habría sido algún gato que volvía a casa tan tarde como ella. Pero cuando reinició la marcha volvió a sentir aquella mirada clavada en su cuello, una mirada peligrosa, violenta incluso desde su escondite. Clarissa aceleró el paso y llegó a casa jadeando y casi corriendo, y no se sintió a salvo hasta que cerró la puerta con llave y se prometió a sí misma no volver a salir sola nunca más una vez que fuera noche cerrada.

Cuando llegan al edificio donde está ubicado el laboratorio forense Adam le pide a Clarissa que aguarde unos momentos en el coche hasta que él vuelva, << *será solo un segundo* >>, y cuando minutos después regresa lo hace con un gesto de impaciencia en el rostro y una carpeta de plástico entre las manos.

Sentado en el asiento del conductor Adam apoya la carpeta como puede sobre el volante y con cierta urgencia saca de un sobre unas fotos que Gretta ha adjuntado al nuevo informe. Son imágenes de la nuca del fallecido, justo en la base del cráneo, donde comienza a nacer el pelo. Gracias a que la fotografía está ampliada pueden apreciarse dos marcas casi imperceptibles, dos puntitos rojos que parecen dos quemaduras. ¿Qué objeto podría dejar unas marcas así?

Por unos momentos Adam se ha olvidado de que Clarissa está en el asiento del copiloto, y sin previo aviso ella se inclina hacia él para ver mejor y mientras señala las marcas de la fotografía como si le estuviera leyendo el pensamiento contesta sin tapujos la pregunta que acababa de hacerse a sí mismo.

- Yo he visto antes estas marcas. Podrían ser de un paralizador.

- ¿Cómo?- Adam la mira estupefacto.

- Que podrían ser de un paralizador, cuando tenía veinticinco años sufrí una agresión en el metro, dos chicos intentaron atracarme y mis padres, que son muy protectores, me sugirieron que hiciera un curso de defensa personal. Allí nos hablaron de ellos, en algunos países están prohibidos pero en otros se pueden usar.- Clarissa se encoje de hombros- A veces no dejan marca, pero a veces

pueden dejar una señal muy débil y difícil de detectar, como en este caso- Dice señalando la foto.

Adam la mira a los ojos y por primera vez desde que se conocen ella le sostiene la mirada. El Inspector tiene unos ojos muy bonitos, no había reparado en ellos antes, son de un color raro, entre verde y pardo. Después Clarissa le sonríe abiertamente y mira al frente, esperando que él arranque el coche y la lleve de nuevo a casa. Ha pensado que aún es pronto y quiere seguir tocando el violín hasta la hora de comer.

Adam arranca el motor y embriagado por aquella sonrisa fresca y espontánea que ella le ha regalado inicia la marcha. Aquella mujer no dejaba de sorprenderle, era a la vez luz y oscuridad, distancia y cercanía, un mundo de polaridades se cernía sobre ella haciéndola aún más misteriosa y enigmática. Le gustaba, le gustaba aquella mujer indescifrable que ahora le acompañaba en el asiento de al lado del coche patrulla. Le gustaba su compañía, aunque sabía que era difícil obtenerla y en la mayoría de los casos, como aquel, era robada.

-16-

Carl está sentado en la sala de interrogatorios. Está mirando el reloj de su muñeca derecha mientras resopla con cara de haber sido importunado. Minutos después Adam entra en la sala y ve a un hombre irritado e irascible que desea salir de allí cuanto antes.

Pero el inspector no se deja amedrentar y se toma su tiempo para encender sin prisa la cámara que reposa sobre un trípode frente a la mesa. Después se sienta y tras establecer contacto visual con los ojos desconfiados de aquel hombretón corpulento comienza el interrogatorio con un tono amable y a la vez directivo.

- Carl, Gracias por venir a pesar de haberle llamado con tan poco tiempo…necesitamos hablar con usted para esclarecer algunos detalles.

- Pues estoy muy ocupado, espero que esto termine pronto porque tengo mucho trabajo que hacer.

- Intentaré ser breve. ¿Cómo era su relación con su tío?

- Normal.

- ¿Y qué es normal?

- Normal es normal, una relación normal y corriente entre un tío y su sobrino.

- ¿Se llevaba usted bien con él, estaban muy unidos?- Insiste Adam sin darse por vencido.

- Ni bien ni mal, una relación cordial.

- Ya. ¿Por eso no le ha dejado nada de herencia? ¿Porque era solo una relación normal? ¿Cómo le ha sentado que le haya dejado la casa a su hermano Alf y el refugio del bosque a su madre Agnes?

- Eso no son más que tonterías. Sí, mi hermano era su ojito derecho, no voy a negarlo, por eso no me sorprende que le haya dejado la casa, pero no me molesta, me da igual.

Adam mira atentamente a Carl. Viste un traje azul oscuro y la corbata parece asfixiarle, pero aún

así no se la afloja ni se la quita. Su cara tiene un tono sonrosado y su pelo es muy rubio, tanto que parece casi blanco, y en su mejilla izquierda tiene dos arañazos que al Inspector no le pasan desapercibidos.

- ¿Cuándo fue la última vez que vio a su tío con vida?

- No lo recuerdo exactamente. Quizá en una comida familiar que organizó Agnes.

- ¿Y cuándo fue eso? Haga memoria, por favor.

- Veamos…quizá hace un mes. Sí, eso es, nos reunimos todos para celebrar el cumpleaños del viejo.

- ¿Dónde fue esa comida?

- En casa de Adrian, aunque Agnes se encargó de preparar la comida y de reunirnos a todos.

- Hablando de Agnes… ¿Cómo es que le ha dejado el refugio del bosque?

Carl no responde inmediatamente y por el contrario le mira lleno de ira.

- Veo que este tema es espinoso para usted…

- De espinoso nada, pero me está haciendo perder el tiempo y quiero volver al trabajo cuanto antes. Mi tío…digamos que se llevaba muy bien con Agnes, era como un hermano para ella. No me sorprende nada que le deje su bien más preciado, el refugio.

- ¿Ha visto alguna vez esto?- Le dice Adam mientras saca del bolsillo de su camisa una bolsita transparente donde hay un objeto debidamente guardado.

Carl coge la bolsa y mira el objeto dorado con forma triangular que hay dentro. Por unos momentos sus ojos muestran sorpresa. Adam no le quita la mirada de encima buscando cualquier gesto que le delate.

- Sinceramente…no sé qué decirle…

- ¿No cree usted que se parece bastante al collar de su esposa?

- Ahora que lo dice…sí, podría ser, ¿Qué es esto?

- Dígamelo usted, parece la pieza de una pulsera, o de unos pendientes.

- No sé de qué me habla.

- Le hablo de que esta pieza es idéntica a un collar que tiene su esposa, y casualmente apareció en el suelo cerca del lugar dónde estaba el cuerpo de su tío.

Ahora la cara de Carl palidece.

- De acuerdo, mire, le compré a mi mujer un collar y una pulsera en una joyería de Upssala para celebrar nuestro aniversario, y tuve la mala suerte de perder la pulsera antes de llegar a casa, así que sólo le pude regalar el collar. Quien quiera que la encontrara quizá la perdió en aquella zona, quien sabe.

- ¿Me está usted diciendo que perdió la pulsera en Upssala y que alguien la encontró y la perdió justo en el lugar en el que apareció el cuerpo?

- Es lo único que se me ocurre.

- Vaya. Es una respuesta muy poco convincente. Por cierto, ¿Qué le ha pasado en la cara?

- ¿Cómo dice?

- Tiene un arañazo en la cara, ¿Cómo se lo ha hecho?

- Ah…eso, no es nada, fue el gato de mi madre, es un animal algo salvaje y me arañó hace unos días.

- ¿Cuándo exactamente?

- Veamos…fue el sábado anterior, fui a ver a mi madre, ¿Tiene eso algo de malo?

- ¿Y dio usted algún paseo por el lago o sus inmediaciones?

- No, no acostumbro a ir por esa zona.

- Muy bien Carl, hemos terminado, quizá tengamos que hablar de nuevo más adelante. Si sale de la ciudad avíseme antes.

Cuando Carl sale por la puerta rezumando mal humor por cada poro de su piel Adam llama a Emil y le encarga que compruebe su coartada. Tenían que averiguar cuanto antes si el sábado en cuestión Carl había visitado realmente a su madre y si ella podía corroborar que su gato le había arañado en la cara tal y como él había asegurado, así mismo, le había pedido a su ayudante que cuando acabara con Agnes hablara también con Ebba e intentara averiguar si su esposo le había regalado además del collar que el mismo había visto adornando su cuello, la pulsera a juego de la que Carl le había hablado en el interrogatorio y que supuestamente había perdido. Adam le había aconsejado a Emil que se acercara a ella sin demasiados formalismos para no infundir sospechas que sin duda podrían entorpecer la investigación, tenía que parecer que se lo preguntaba casualmente, sin demasiado interés, su instinto le decía que no podía confiar en aquel matrimonio, y no iba a pasar ni un solo detalle por alto.

Cuando Emil se marcha para recopilar la información que le había solicitado su jefe, Adam se dirige directamente al despacho del Comisario, la tarde anterior éste le había pedido una reunión informal para estar al tanto de los avances de la investigación y era el momento de abordar aquella conversación. Como responsable del caso sentía que no avanzaban al ritmo que a él le gustaría, Adam era perfeccionista y meticuloso en su trabajo y le gustaba tener controlado hasta el último detalle, sin embargo, en aquella ocasión sentía que había oculto más de lo que se veía a simple vista, lo que sabían hasta el momento era tan solo la punta de un enorme iceberg que estaba encallado en el agua helada mirándoles con superioridad desde su imponente altura. Y con una sensación agridulce Adam informa a su superior de los últimos descubrimientos y de las líneas de investigación que por el momento estaban abiertas, a la espera de las nuevas noticias que esperaba recibir de su hermano cuando el Vaticano le diera la luz verde y pudiera decirle por fin lo que escondía Adrian Hult tras el secreto de confesión.

Las horas pasan para Adam sin contratiempos y es a última hora de la tarde cuando Emil aparece en su despacho con toda la información que le había solicitado horas antes.

- Veamos jefe, Carl nos ha dicho la verdad a medias, tal y como te dijo en el interrogatorio aquel sábado estuvo en casa de su madre, pero cuando le pregunté a Agnes si su gato le había arañado a su hijo en la cara la mujer me miró contrariada y se sintió realmente ofendida. Dijo que su "Cascabel" no había arañado nunca a nadie y que era dócil como un corderito, de hecho me mostró sus uñas, por lo visto se las corta todas las semanas para que no le estropee los muebles. Dijo que su hijo pasó por su casa sobre las 12.00 h. del medio día y no quiso quedarse a comer a pesar de su insistencia porque tenía tanta prisa por irse como siempre.

- Es decir, Carl podría haber tenido tiempo de hacer las dos cosas, buscar la pieza que nos entregó Clarissa y ya que estaba aquí ir a visitar a su madre. Pero, ¿Quién sería su acompañante? ¿Su esposa Ebba?

- Creo que no. Ebba se mostró muy…hermética. Pero cuando le hablé de la posible pulsera a

juego con su collar ella mostró cierta sorpresa y si me lo permite, inspector, vi en sus ojos algo de enfado. Creo que Ebba no sabía nada de la pulsera, desde luego Carl no se la llegó a entregar nunca, pero tampoco le contó a su esposa que esa había sido su intención hasta que se dio cuenta de que la había perdido, lo cual me extraña un poco ¿Por qué ocultarle algo así?

- Yo también me lo pregunto, Emil. Gracias por todo, estás haciendo un trabajo estupendo, nos vemos mañana.

Cuando sale del edificio Adam cae en la cuenta del implacable transcurso del tiempo, que nunca le deja indiferente. La noche ha caído sobre el pueblo como un manto de terciopelo negro tan tupido que no se asoman a él ni las estrellas. Mientras camina con las manos en los bolsillos hacia su casa siente un repentino sentimiento de soledad que le sorprende y le produce cierto miedo. No quiere sentir nostalgia por el pasado, pero a veces echa de menos la compañía de Annika y sus ideas estrafalarias que tanto le desquiciaban antes. Se preguntaba cómo estaría ella ahora, qué estaría haciendo, y por unos segundos le hubiera apetecido encontrarla sentada en el sofá cuando llegara a casa. Y sin embargo, solo iba a encontrarse de nuevo con el silencio y el vacío de cada noche, inquilinos a los que aún no se acostumbraba.

-17-

Enero 2014

Es sábado. Aunque es casi medio día no entra nada de luz por las ventanas, el cielo blanquecino absorbe cualquier resquicio de claridad dejando el resto del mundo a oscuras, como si fuera de noche y las farolas se hubieran apagado por accidente.

Edurne está cansada de tanta oscuridad y tanto frío. Le apetecen días claros y cálidos. Rayos de sol y paisajes de primavera. Por unos segundos deja que su mente divague y se ve a sí misma en España. Nunca había ido, pero sabía que sus padres eran del norte y por unas décimas de segundo le apetece hacer un viaje y alejarse de todo. Un viaje a la tierra de sus padres para reencontrarse con sus propias raíces. Pero la ensoñación dura apenas unos segundos. La nieve que empieza a caer silenciosamente en el exterior la saca de su mundo de fantasía, es una imagen bella, los copos parecen caer desde el cielo con una delicada danza invernal.

Pero al menos aquel era un sábado especial, porque Erika iba a mudarse a vivir con ella una temporada y sabía que su compañía iba a ser reconfortante. A partir de ahora sería diferente, tendría alguien con quien hablar, alguien con quien ver la tele, alguien con quien desahogarse. Era

cierto que no estaba completamente sola, tenía a Kate, pero a decir verdad en las últimas semanas se habían distanciado un poco, era algo casi imperceptible pero que ella notaba con claridad cristalina y aquella incipiente distancia entre ellas le impedía sincerarse con su hasta entonces compañera y amiga. La verdad era que Edurne no la culpaba, ella misma estaba cansada de escucharse a sí misma hablar una y otra vez del mismo maldito tema, por lo que no podía culpar a Kate de su hartazgo, como consecuencia de ello simplemente había optado por no contarle cómo se sentía en cada momento, aunque los sentimientos no expresados parecieran desbordarla en su interior convirtiéndose en corrientes arremolinadas de energía. Kate Blaze, su amiga de siempre, su amiga del instituto, cuando ambas soñaban con irse juntas a la ciudad para estudiar en la universidad y romper los corazones de algún que otro joven apuesto y guapo, por aquel entonces eran inseparables, como dos gemelas que se habían criado en casas diferentes por error. Y finalmente lo habían logrado, después de años planificándolo se habían ido a estudiar juntas y ahora trabajaban en el mismo hospital, pero sin saber cómo ni por qué su relación ya no era la misma. O quizá eran ellas las que habían cambiado.

Desde que aquella brecha se había abierto entre ambas, Edurne se sentía más sola que nunca. Y fue justo en ese momento cuando sin esperárselo, Érika apareció en su vida como una corriente de viento fresco.

Erika era una trotamundos, una aventurera sin remedio, y la había admirado desde el primer momento en el que se habían conocido, ojala ella misma fuera así de valiente y pudiera coger una maleta, un billete de tren, y buscar lejos de allí nuevos horizontes y nuevas personas para habitar una vida destartalada que cada día se le hacía más tortuosa y complicada. Se habían conocido tan sólo unas semanas atrás, pero fue como si ya se conocieran de toda la vida. Había sucedido como pasan las grandes cosas, en la pequeñez de lo cotidiano, un día lluvioso en la cafetería del barrio mientras se tomaba un capuchino antes de ir al hospital. Empezaron a conversar de manera fortuita sobre la tromba de agua que estaba azotando las calles en aquel preciso momento, y a los cinco minutos ya estaban compartiendo una mesa mientras hablaban despreocupadamente de sus

respectivas vidas. Como si fueran viejas amigas que se habían encontrado por casualidad.

Lo que más le gustaba de Erika era que la escuchaba sin emitir juicio alguno y no la llamaba estúpida por querer a un hombre que no la valoraba como ella se merecía, algo que había escuchado infinidad de veces y que ella también se decía a sí misma en los momentos de debilidad. Porque eso era algo que ella ya sabía, lo sabía de sobra, y no necesitaba que nadie se lo repitiera mil veces cada día. No, lo que necesitaba era alguien con quien poder hablar de cómo se sentía realmente sin preocuparse de la opinión que iban a tener de ella.

Quizá ese fuera el motivo por el que últimamente se había ido distanciando de sus amigas del hospital y especialmente de Kate, con la que ahora simplemente tenía una relación correcta y profesional. Cuando comenzó a salir con Evans todas se habían mostrado muy emocionadas y la habían alentado a continuar con su bonita e incipiente historia de amor, pero ahora que la cosa se había puesto fea no querían saber más detalles y ella poco a poco fue dejándolas al margen. Sería mejor así, cada una haciéndose cargo de su vida y de sus propias miserias.

Y justo por estar atravesando aquel momento en el que la base de sus relaciones sociales se tambaleaba como un castillo de cartas demasiado alto, la llegada de Erika a su vida había sido como un baño de agua fresca, como una delicada brisa que entraba a raudales por una ventana abierta de par en par.

Aquella mujer valiente y aventurera le fascinó desde el principio y pronto empezaron a quedar con más frecuencia, tanto que terminaron haciéndose amigas sin apenas darse cuenta. Erika se estaba alojando por aquel entonces en un albergue de la ciudad porque había llegado a Ródano hacía poco y según le había contado en su primer encuentro no tenía claro por cuánto tiempo iba a quedarse, pero hacía un par de días Edurne le había propuesto que mientras estuviera por allí podía instalarse en su casa, dormiría en el sofá cama del salón y se harían compañía mutuamente.

Para Edurne todo se había precipitado velozmente en los últimos meses. Cuando parecía que todo iba bien, cuando parecía que nada iba a interponerse entre ellos, cuando creía que por fin podrían tener una relación sólida y estable todo su mundo se había desplomado como por arte de magia. Y se lo debía a Damien, Damien había sido el único capaz de abrirle los ojos haciéndole ver la cruda realidad que tenía ante ella, por dura que fuera.

Todo había ocurrido el día que por fin le habían dado el alta después de una dura convalecencia. Ella fue a verle antes de que abandonara el hospital, tenía mejor aspecto que cuando había despertado del coma pero era como si un gesto de preocupación le envolviera constantemente. Como la niebla que aquel invierno lluvioso les envolvía a todos con su luz plomiza y su humedad perpetua.

Damien la sorprendió susurrándole a media voz que quería contárselo todo cuanto antes, tenía que decirle cómo era Evans en realidad para que al menos ella pudiera elegir y no se convirtiera en una víctima más de aquel hombre, y cuando Edurne escuchó aquellas escalofriantes palabras supo de inmediato que esta vez iba a ocurrir en su vida algo que sería totalmente irreversible.

El encuentro no tardó en llegar, Damien parecía tener prisa en hablar con ella y quedaron en verse aquel mismo día en un bar pequeño y poco bullicioso que había cerca del hospital. Cuando Edurne terminó su turno se dirigió directamente a su cita con un incómodo nudo en la boca del estómago sabiendo con una certeza insolente que aquella conversación lo cambiaría todo. Y no se había equivocado.

Mientras compartían unas cervezas en un ambiente cálido y relajado Damien le contó la conversación que algunos soldados habían tenido tiempo atrás en la cabaña de Evans aquella noche en la que ella se había despertado y les había escuchado hablar a media voz envueltos en humo y en alcohol barato. Contrabando. Evans tenía un contacto en el frente del bando enemigo que estaba dispuesto a pagar un buen precio por armas de todo tipo, y por supuesto, él estaba

dispuesto a vendérselas. Pero aquella era una operación muy arriesgada y no podía hacerlo solo, muy a su pesar necesitaba ayuda y pensó que lo mejor sería implicar a los compañeros en los que más confiaba, justo los que estaban allí aquella noche.

Damien fue el único valiente que se negó a colaborar con Evans aquella noche, y había pagado cara aquella decisión rebelde. A diferencia de los demás, el no conocía directamente a Evans y si había acudido a aquella reunión fue por insistencia de su amigo Francis, el cual le había repetido con apremio que aquella sería una oportunidad única de ganar dinero fácil y que no podía rechazarla, después de varios intentos, Francis finalmente le convenció y Damien decidió acudir a la reunión al menos para informarse. Pero Damien se arrepintió de estar allí nada más conocer a Evans Bonfils, un hombre temerario, imprudente e impulsivo que desde el principio no le había inspirado ninguna confianza. Damien pudo apreciar su carácter dominante y manipulador desde el primer momento, y sus sospechas tristemente fueron más que ciertas, como el tiempo se empeñaría en demostrarle.

Desde su negativa a colaborar con ellos Evans le había hecho la vida imposible en la misión, pero aquel hombre era listo y calculador y sabía cómo hacer las cosas para que nadie más pudiera apreciarlas. Lo que hizo con Damien fue claramente una coacción encubierta, supo perfectamente cómo crear un estado de tensión perpetua sólo con la forma de mirarle, de hablarle, de vigilarle, una tensión que sólo podían apreciar ellos dos y que si Damien hubiera denunciado nadie le hubiera creído, porque nadie se había dado cuenta de los hechos y porque Evans era un soldado popular entre sus compañeros que se hacía respetar además entre sus superiores.

Evans nunca se fió de Damien porque temía que confesara cuáles eran sus planes y eso sería el fin de su carrera y de la reputación que con tanto trabajo se estaba labrando, no podía consentirlo, por ello tuvo que atar bien corto a ese pelirrojo hijo de puta. Le amenazó constantemente con hacerle la vida imposible si se le ocurría delatarle, pero aún nunca así no estuvo tranquilo al cien por cien. Y la única forma que encontró de asegurarse su silencio fue implicándolo en aquel entramado ilegal sin su consentimiento. Fue el día del accidente en el que ambos casi pierden la

vida.

- Me dijo que teníamos que ir a hacer un reconocimiento en coche a un barrio peligroso dónde vivía un contacto suyo que podía darnos una información muy útil para nuestra misión. Me engañó.

- No fuisteis a eso, ¿No?

- No. Él conducía. Aparcamos frente a la puerta dónde vivía su contacto y me dijo que esperase en el coche. Entonces le vi sacar una bolsa de viaje del maletero y dirigirse al interior del edificio. Y algo me olió realmente mal.

<< Todo encajó de forma inmediata. Cuando le vi caminar hacia la casa con aquella bolsa en la mano lo entendí, estaba entregando las armas y me había hecho cómplice sin que apenas me diera cuenta, ahora estaba tan pringado como él y si le delataba él me delataría a mí, si él caía yo caería con él, que listo fue el gran hijo de puta...pensaba chantajearme, lo tenía todo previsto.

Iba a darme un infarto esperándole dentro del coche. Había pasado media hora y no había vuelto y ya me estaba preocupando. Aunque sus instrucciones habían sido que esperase a que él volviera decidí adentrarme en el edificio medio derribado para averiguar qué cojones estaba pasando, y entonces escuché los gritos de una mujer pidiendo ayuda >>

Damien traga saliva y mira a Edurne avergonzado antes de seguir. Como si fuera él quien había cometido aquel acto ruin y detestable.

- Cuando entré en la casa todo ocurrió muy rápido. Evans estaba violando a una mujer, una cría, apenas tendría dieciocho años. Supongo que era la hija de su contacto, fue tan estúpido...Justo cuando yo entré en la casa salieron de la nada dos hombres gritando y disparando por todos sitios. Serían los hermanos de la chica, o quizá era su padre, ni lo sé ni me dio tiempo de averiguarlo. Los dos corrimos hacia el coche sin mirar atrás pero antes de que arrancáramos nos alcanzaron con un proyectil. Saltamos por los aires y después de eso no recuerdo nada más...hasta que desperté del coma en el hospital y allí estabas tú. >>

Al escuchar aquello Edurne se tapa la boca con las manos. No podía creerse lo que estaba oyendo, y sin embargo aquella historia no le sorprendía en absoluto. Algo muy fino y delicado se había quebrado en su interior, algo que no iba a poder recomponerse con una disculpa, un ramo de flores o medias mentiras.

- Esto es serio Edurne, te lo digo por tu bien, aléjate de él antes de que sea demasiado tarde.

Aquellas palabras aún resonaban en sus oídos cada vez que sentía ganas de volver con Evans. Se las repetía a sí misma como un mantra, como una oración que le hacía entrar en razón cuándo las dudas le asaltaban inagotables y persistentes. Pero a pesar de que a veces le invadieran las dudas, después de aquella conversación con Damien Edurne supo perfectamente que aquella historia se había terminado para siempre, sabía perfectamente lo que tenía que hacer y aunque no sería nada fácil se había prometido a sí misma hacerlo por su propia seguridad.

El día que había elegido para hablar con Evans era un bonito día de otoño en el que las calles estaban cubiertas de una alfombra de hojas amarillas y pardas. Fue dos días después de haber descubierto toda la verdad, antes no fue capaz de hacerle frente. Necesitó al menos dos días para que aquella conversación que había mantenido con Damien fuera cobrando sentido y para que ella, de forma interna, se convenciera a sí misma de que no tenía más remedio que actuar.

Había quedado con Evans en una cafetería porque no quería estar a solas con él. Y había escogido la cafetería del barrio porque quería tener aquella conversación en un lugar que le resultara familiar, en el que se sintiera menos sola, quería estar en su terreno porque ya sabía de antemano como se iban a suceder las cosas. Él iba a escucharla sin tomársela en serio, cuando ella no le

dejara ninguna opción él intentaría persuadirla con mil argumentos que ya se conocía de sobra, haría todo lo posible por convencerla, por darle la vuelta a todo…y cuando viera que no lo conseguía entonces se pondría furioso y montaría un espectáculo, le diría que era una persona horrible y que lo trataba como a un perro, la pondría en ridículo delante de todo el mundo… Edurne ya se conocía de sobra aquella historia y no pensaba vivirla de nuevo. Así que esta vez pensó en sí misma y en nadie más.

Cuando Edurne le dijo que su historia se había acabado Evans no la creyó, incluso la miró con ojos divertidos. Sabía que ella le quería demasiado como para dejarle sin más, por eso no se lo tomó en serio. Pero esta vez Edurne iba más en serio que nuca, aquel gesto frío e implacable lo demostraba sin ningún ápice de compasión. Si sintió algo de culpa no la demostró, si tenía ganas de llorar nadie pudo apreciarlo, si tenía dudas las disimuló muy bien. Porque esta vez iba más en serio que nunca y si era preciso actuaría por encima de sus sentimientos. Aunque llegados a este punto ya no sabía ni lo que sentía, una mezcla de fuertes emociones se arremolinaban de forma caótica en su pecho: decepción, fracaso, repulsión, enfado...Todo al mismo tiempo. Y su cara era fiel reflejo de ellas mientras le pedía a Evans que saliera de su vida para siempre.

-18-

Enero de 2015

Es sábado por la mañana. El día ha amanecido despejado pero el frío se cuela por cada ranura que encuentra a su paso, invadiendo cada resquicio de vida. A pesar de ello Adam ha decidido salir con la bicicleta a dar una vuelta por los alrededores, esperaba que el paseo consiguiera despejarle la mente porque últimamente sólo pensaba en el maldito caso que estaba investigando.

Mientras pedalea sobre su fiel bicicleta siente el sudor bajo la ropa y los músculos de sus piernas entrando en calor a cada metro que conquistan con su propio esfuerzo. Su corazón bombea al ritmo de la respiración, y el aire frío que entra por su nariz le molesta debido a la baja temperatura del exterior. De su boca sale vaho en cada exhalación y sus ojos miran al frente divisando los próximos metros que tiene por delante.

Y en su mente no hay nada, salvo aquel conjunto de percepciones que siente segundo a segundo, momento a momento. La respiración, sus músculos, el aire frío, el camino que recorre, las montañas a lo lejos. Nada más. Y se siente libre, un ser privilegiado por estar experimentando aquella vivencia íntima entre él y el medio que le rodea. Él y aquella naturaleza extrema. A su

derecha hay un talud cubierto de nieve y más allá comienza el bosque y su misterio. A su izquierda emergen llanuras nevadas como un desierto blanco que le cautiva. Y al fondo las montañas, que desde la lejanía le observan impasibles con su sólida presencia. Y conforme pedalea parece acercarse a ellas un poco más.

Lleva más de dos horas sobre la bicicleta cuándo a lo lejos divisa un pequeño bar al lado de la carretera. El frío ha entumecido sus manos y su cara y le apetece beber algo caliente que sacuda el cansancio antes de regresar a casa, por eso decide que es el momento idóneo para hacer una parada reconstituyente y reponer las fuerzas gastadas.

Cuando entra en el bar el calor le inunda de una forma agradable y casi milagrosa. Hay una chimenea encendida en frente de la barra y tras pedir un café con leche y coger el periódico del día se dirige hacia una mesa vacía que ve junto al fuego. Mientras espera que llegue su café va pasando las páginas leyendo distraído los titulares que las encabezan, hasta que llega a la parte de noticias internacionales y ve uno que llama especialmente su atención y decide leer la noticia hasta el final.

-24 de enero 2015-

<< En las últimas semanas fuentes de la policía han informado de que hay nuevos datos sobre el famoso caso de la chica que aún sigue en coma después de haber aparecido de forma misteriosa en el Hospital Rhône-Alpes, dónde casualmente trabajaba. Estas fuentes informan que el mismo día que Edurne García ingresaba en el hospital en un estado lamentable, hubo un incendio en una cabaña de cazadores que aparentemente no tenía ningún vínculo con este caso. Ahora en cambio, la policía afirma que posiblemente haya alguna relación entre ellos ya que el vehículo de la hospitalizada ha aparecido en una zona próxima al lugar del incendio.

Pero lo más sorprendente es que bajo los escombros y las cenizas de la cabaña han aparecido los restos de una persona. El comisario al mando de la investigación ha dicho que de momento no saben nada al respecto y que la policía científica está investigando la causa del incendio y

la identidad del fallecido >>

-Juliette Foss-

Después de leer la noticia y apurar los restos de café que quedan en la taza Adam sube de nuevo a la bicicleta y comienza el camino de regreso a casa. La vuelta se le hace más corta y más llevadera ya que en su mayor parte el camino es cuesta abajo y apenas tiene que pedalear para avanzar, sólo tiene que dejarse llevar por la gravedad y la velocidad que alcanza es suficiente para mantener el ritmo, incluso tiene que frenar de vez en cuando para no ir demasiado deprisa.

Cuando llega a casa es casi medio día y las tripas le rugen como si tuviera en su interior dos leones hambrientos protestando por no recibir su ansiado alimento. Adam fantasea con lo que podría preparar de comida, por eso no repara en el coche que hay junto a su puerta ni en la mujer que está sentada en el rellano de la entrada de su casa.

Cuando Adam se baja de la bicicleta y por fin levanta los ojos del suelo se encuentra de lleno con la mirada indescifrable de Annika, una mirada que irradia esperanza y temor a partes iguales. Junto a la mujer hay dos bolsas de deporte que Adam reconoce al instante, una de ellas se la había comprado el mismo aquella vez que había decidido ir al gimnasio sin mucho éxito, la otra bolsa era de Annika, en aquella época ella también se hizo el mismo propósito que él, pero obtuvo un resultado muy diferente al suyo y desde entonces, Annika iba religiosamente a hacer spinning dos días a la semana y volvía a casa agotada y a la vez reconfortada.

Adam no sabía el tiempo que podría llevar esperándole allí sentada pero debía de estar helada de frío. Annika llevaba un gorro rosa y una bufanda de lana del mismo color alrededor del cuello que le había regalado él mismo el año pasado para su cumpleaños. La nostalgia comenzaba a rondarle como un tuno antes de iniciar su romántica serenata y cierto malestar le brotaba del estómago cuando llegó hasta ella aún sudoroso por los kilómetros recorridos.

Cuando lo ve acercarse Annika se levanta del suelo y encoje los hombros hacia arriba como si no

tuviera ninguna explicación lógica para estar allí. Después señala las dos bolsas que hay junto a ella buscando una justificación que ahora le parecía fuera de lugar y totalmente ridícula.

- Perdona por venir sin avisar…tenías algunas cosas en casa y pensé que podría traértelas y ver cómo estabas…

Algo sorprendido aún por la inesperada visita Adam se acerca a ella y le da un tímido abrazo.

- Estoy sudado.-Se justifica- No te preocupes, vamos a entrar que debes de estar helada.

Cuando entran en la casa el calor les invita a quitarse los abrigos y los zapatos. El suelo es de madera y Adam acostumbra a ir descalzo. Annika le imita y después mira a su alrededor observando el lugar en el que Adam vive ahora sin ella. Una mueca de dolor aflora a su rostro sonrosado por el contraste de temperatura.

- Es bonito.- Dice con voz triste.

- ¿Te parece que me dé una ducha y vayamos a comer algo?

Ella asiente en silencio.

En el Atolladero sirven aquel día un delicioso y económico menú que ambos piden sin dudarlo ni un momento. De primero toman un abundante estofado de alce, de segundo saborean las típicas albóndigas suecas de carne picada bañadas en salsa y acompañadas de patatas, ensalada y mermelada, y de postre se deleitan con una torta casera de manzana con mazapán, todo acompañado con un exquisito vino caliente con especias. Adam y Annika disfrutan de la comida mientras hablan de temas triviales y carentes de importancia, como si entre ellos existiera una tregua silenciosa que les impidiera tratar asuntos delicados que pudieran romper aquella armonía frágil y quebradiza que ahora existía entre ellos, evitando así que llegara de forma irremediable el dolor, la nostalgia y la melancolía.

Y es únicamente cuando Birger les sirve el café cuando por fin Annika se atreve a romper aquel pacto de no agresión que se había instalado de forma natural entre ellos y se aventura con un tema

que sabe de sobra que para Adam resulta especialmente tan delicado como escabroso, el cual se retuerce en la silla de manera silenciosa al escucharla poniendo de manifiesto con su lenguaje no verbal su repentina incomodidad.

- El otro día me encontré casualmente con el Comisario y me preguntó por ti.

- Mmm

- La verdad es que no supe que decirle. Dice que ha contratado a un chico nuevo para ocupar el puesto de Gabriel. Es joven, y según parece es un buen policía.

<< Me contó que había sido duro para todo el cuerpo sustituirle…pero que había que hacerlo, había que pasar página…ya sabes >>

- Annika, ¿Qué quieres? ¿Has venido hasta aquí para hablarme de Gabriel?

La tensión que Adam había ido acumulando en su interior mientras la escuchaba sin ganas finalmente había salido a la luz y por unos momentos, se había sentido como el Adam Berg de hacía algunos meses, lo que le hizo recordar con tristeza todos los motivos que le había llevado a aceptar aquel traslado y a separarse de su mujer.

Annika sabe que con sus palabras acaba de encender la mecha incandescente de una bomba, pero es capaz de sostener con firmeza el silencio que se ha creado entre ellos y rompiendo de cuajo la impulsividad que intenta sin éxito guiar sus actos se toma su tiempo para pensar una respuesta antes de abrir la boca de nuevo.

- No. Te echaba de menos. Y estoy preocupada por ti, tienes que superarlo, quizá si lo superas nosotros…- Y entonces deja de hablar y le mira con los ojos húmedos y suplicantes.

En ese momento la puerta del Atolladero se abre y una ráfaga de viento helado les llega cargada de soledad y de recuerdos tristes de épocas pasadas. Clarissa entra por la puerta con sus ojos fríos e inexpresivos, los cuales reposan en Adam brevemente, después le saluda amistosamente con la mano y se dirige hacia la barra para pedir una cerveza. Adams mira de nuevo a Annika, que

visiblemente afectada espera impaciente alguna respuesta por su parte.

- Será mejor que volvamos a casa.

Dos horas después ambos están tumbados en la cama, desnudos, incómodos, con la mirada clavada en el techo y sin saber muy bien qué decir.

Adam siente un torbellino de culpa y remordimientos circulando de forma caótica por todo su cuerpo, y además está muy enfadado consigo mismo por haber dejado que aquello pasara, porque en el fondo sabía que no era posible, al menos de momento. Desde que se había instalado en Älg se sentía mucho mejor, era como si el Adam de antaño, el de la mirada triste y el silencio perpetuo hubiera dado paso a otra persona, el aire frío de las montañas le estaba curando las heridas y aquella visita inesperada le había escocido como si hubieran esparcido sal marina sobre una

cicatriz que aún era demasiado reciente. De forma imprevisible le estaba gustando vivir sólo, no tener que dar explicaciones a nadie de su mala cara o de sus imperiosas ganas de estar en silencio. Cuando llegaba del trabajo no tenía que justificarse por no querer conversar o por sonreír poco. Y además, como si fuera un regalo fortuito que jamás hubiera esperado, le gustaba la vida tranquila del pueblo y el carácter de su gente. Le gusta la naturaleza, el bosque, el lago y las montañas. No quería volver a Uppsala, al tráfico, al ruido, a la ciudad…y no quería volver con Annika, aunque aún le costara reconocerlo.

Después de unos minutos eternos de insondable silencio ella se levanta de la cama contrariada y se dirige al cuarto de baño para darse una ducha de agua caliente que arrastre de su mente los pensamientos confusos que le atormentan. Cuando sale del cuarto de baño se viste sin apenas mirar al hombre que aún yace bajo el edredón como si se hubiera quedado paralizado bajo su peso y su calor, y con cierto enfado coge sus cosas y se acerca a él esperando en lo más profundo de su corazón que reaccione antes de que ella salga por la puerta. Con una expresión de amarga despedida en el rostro Annika le besa fugazmente en los labios y lo mira a los ojos con una inusitada valentía.

- Annika…

- Shhhhh…mejor no digas nada.

Desde la incipiente distancia que de nuevo les separa le llega el sonido amortiguado de una puerta que se cierra bruscamente y el motor de un coche que arranca y desaparece tras un paisaje de nieve helada. Tan solo unos segundos son suficientes para que el silencio reine de nuevo en toda la casa, y de su interior comienza a emerger un malestar profundo que le corroe y le hace sentirse una persona horrible. No habría nada ni nadie en los próximos días que pudiera quitarle aquella molesta sensación que ya cargaba sobre sus hombros como una pesada losa de frío mármol.

-19-

Febrero de 2015

Ya ha pasado una semana desde la inesperada visita de Annika y desde entonces, Adam no ha vuelto a saber nada más de ella. Algo en su interior le dice que seguiría siendo así por una larga temporada y ante esta inequívoca intuición se siente en cierto modo aliviado, lo que le produce una amplia dosis de culpa. Pero por otro lado también hay tristeza y dolor por la pérdida ya que aquella última despedida ponía en relieve el duelo inconcluso de su matrimonio fracasado, el cual que aún no había abordado realmente.

Adam se siente decepcionado porque aquella aventura en la que se había embarcado hacía algunos años ahora llegaba definitivamente a su fin. Una sonrisa sarcástica emerge de su boca mientras piensa que aquella era una de esas cosas que uno nunca creía que fueran a ocurrirle a uno mismo, creyendo de forma ilusa que ese tipo de desgracias estaban reservadas especialmente para los demás, que inocente podían llegar a ser los seres humanos. Así de paradójica era la vida, o al

menos la suya. Había llegado a creer firmemente que envejecería con Annika y que ambos disfrutarían viendo a sus nietos crecer, pero lo cierto era que no habían tenido hijos y por lo tanto, los nietos eran una fantasía lejana e inalcanzable.

Y ahora estaba solo. Había llegado a pensar que el recuerdo de Gabriel se iría diluyendo entre tantos copos de nieve virgen pero desafortunadamente no había sido así, su recuerdo se había hecho más fuerte y más intenso en aquellos paisajes helados y por mucho que lo hubiera intentado no había conseguido borrar el rostro del joven de su memoria. No es que quisiera hacerlo pero le dolía el alma cada vez que su imagen aparecía de improvisto y le recordaba la tragedia, y necesitaba estar en paz de una vez por todas.

Aquella tragedia significaba otro fracaso más en su vida, esta vez en su carrera profesional, y era algo que no se perdonaría nunca. Para Adam parecía que el tiempo se hubiera detenido desde entonces, se había congelado en aquella secuencia de imágenes que le sacudían en plena noche en forma de oscuras pesadillas. Aún podía ver a su compañero tirado en el suelo como si hubiera ocurrido ayer mismo, agonizando a causa del disparo que había recibido en el pecho, pero la suya no había sido la única muerte de aquel día porque dentro, en la casa, una mujer y un niño también fueron asesinados por la misma banda a la que llevaban tiempo estrechando el cerco.

Gabriel y Adam estaban patrullando por la zona cuando desde comisaría le dieron el aviso, por eso llegaron tan rápido a su destino. Pero a pesar de que su departamento llevaba vigilando aquella propiedad desde hacía varios meses no habían llegado a tiempo de evitar los asesinatos, puede que incluso lo hubieran empeorado todo porque el incidente se saldó además con la muerte de su compañero.

Adam era un policía lo suficientemente experimentado y en cuanto llegó a la vivienda y tubo una visual de la escena supo que necesitaban refuerzos. Lo que ocurría no era ni más ni menos que un ajuste de cuentas por tráfico de drogas, después de varios meses investigando a unos traficantes habían conseguido que uno de ellos se convirtiera en confidente, gracias a él habían cogido a los

cabecillas de la organización pero según supo después alguien de la banda averiguó que uno de los suyos se había ido de la lengua y no tardaron en tomar represalias. El confidente fue secuestrado una semana después cuando salía tranquilamente de un estanco como si fuera un día cualquiera, había ido a comprar un simple paquete de tabaco y lo único que pudo hacer antes de que lo metieran en un coche a la fuerza y lo dejaran inconsciente fue mandar un escueto mensaje a la policía con la suficiente información para que pudieran actuar en consecuencia. *"Lo saben, tenéis que proteger a mi familia"*.

Pero cuando llegaron a la vivienda ya había dos coches negros aparcados en la puerta y dentro se escuchaban espeluznantes gritos de auxilio. Adam pidió refuerzos de inmediato y le dijo a Gabriel que tenían que esperar, pero el muchacho era joven e inexperto y la impaciencia y las ganas de hacer justicia le jugaron una mala pasada.

Los dos estaban escondidos debajo de una ventana que había en la parte frontal de la casa, Adam quería averiguar cuántos hombres había dentro para diseñar una estrategia de actuación lo más acertada posible mientras llegaban sus compañeros. A pesar de que las cortinas estaban echadas y el interior permanecía a oscuras, ambos pudieron apreciar unas sombras moviéndose en la penumbra que delataron sin lugar a dudas a los sospechos. Fueron capaces de distinguir con claridad cinco hombres encapuchados pero Adam sabía por experiencia que aquel dato no era demasiado fiable y no descartaba que hubiera más personas en otras habitaciones de la casa.

Cuándo la mujer gritó a los agresores que no le hicieran daño a su pequeño, Gabriel se movió tan rápido como un gato callejero y entró en la vivienda empuñando su arma sin reparar en las objeciones que le lanzaba su jefe a media voz cargada de impotencia.

El disparo fue inmediato y certero. Con la desesperación planeando sobre sus hombros como un águila en plana cacería, Adam pudo ver desde su posición como su joven compañero y amigo caía al suelo ocupando con su cuerpo el umbral de la puerta, y cómo dos disparos más acababan con la vida de la mujer y del niño llenando el ambiente con un silencio ensordecedor. Entonces se

escucharon las sirenas, por fin venían los refuerzos pero ya era demasiado tarde, los sospechosos se estaban escapando por la puerta trasera dejando tres cadáveres tras de sí y Adam presionaba la herida del pecho de Gabriel intentando inútilmente cortar la hemorragia que acabaría irremediablemente con su vida.

Apenas dos días después apareció el cuerpo sin vida del confidente en unas escombreras de las afueras de la ciudad, le habían cortado la lengua y le habían rajado el cuello en señal de advertencia y había muerto desangrado entre la basura y los escombros sin saber la suerte que había corrido su propia familia, *mucho mejor así*, pensó Adam con tristeza para sí mismo.

Después de todo aquello lo apartaron del caso y abrieron una investigación interna. Todos sus compañeros le dieron muestras de apoyo en contadas ocasiones y el mismo Comisario le dijo que estaba de su parte y que aquel trámite era pura rutina, algo que había que hacer para no remover a los de arriba. Todos conocían a la perfección su impecable trayectoria profesional y cuando tuvo que declarar todos creyeron su versión de la historia, pero lo cierto era que él se sentía culpable, el fue su peor juez y el mismo se impuso la condena más severa.

<< Tenía que haber impedido que el chico actuase por su cuenta, y una vez que lo hizo, debí protegerle, debí seguirle, pero todo fue tan rápido que…debería de haberle advertido de que algo así podía suceder y que un policía nunca, nunca debía actuar por su cuenta >>

Adam revivía mil veces la escena en su cabeza intentando encontrar la acción justa y correcta que hubiera cambiado el rumbo de los acontecimientos y aquel desenlace fatal que le perseguía de día y de noche, pero siempre acababa en un oscuro callejón con la desagradable sensación de no poder encontrar la salida.

Cuando la investigación interna terminó él quedó definitivamente libre de cualquier responsabilidad, pero aún así su conciencia no estaba conforme. Quizá había esperado de manera inconsciente que le castigaran de alguna forma por su torpeza, por su descuido o por su negligencia, y que le absolvieran de todo le causó más contrariedad que descanso. Y una vez que

volvió al trabajo todo fue de mal en peor, cada día se sentía un intruso en aquella Comisaría, ya no se sentía digno de su cargo y por eso, a las pocas semanas de incorporarse se pidió un año de excedencia para descansar y asimilar todo lo que había ocurrido en los últimos meses.

Pero dejar el trabajo no le ayudó demasiado. Cada vez con más frecuencia se evadía de la realidad y se sumergía en un mundo hermético en el que solo cabía él, y cuanto más se aislaba del exterior más perdía de vista a Annika, que veía con impotencia como su matrimonio hacía aguas por todas partes. Las cosas no tardaron en ir mal entre ellos y él empezó a refugiarse de aquel desastre saliendo cada vez más con su bicicleta, lo cual sólo conseguía empeorar más las cosas entre los dos.

Annika no entendía por qué si todos le habían considerado inocente él se empeñaba por todos los medios en sentirse culpable. Por mucho que ella intentaba hacerle ver que lo que había ocurrido había sido un tremendo accidente, un error del propio Gabriel, Adam siempre se cerraba en banda y ante el asombro de su mujer huía de la conversación alegando que necesitaba salir un rato con su bicicleta. Annika llegó a odiar aquella bicicleta que ella misma le había regalado años atrás en su primer aniversario, porque él la usaba para alejarse de ella, de su hogar, y de la vida que habían construido juntos. Y esto se terminó convirtiendo en algo recurrente entre ellos, cuando ella le sacaba el tema para intentar ayudarle de alguna forma, la cara de Adam cambiaba al instante y su gesto se tornaba oscuro, inalcanzable, Annika no sabía en qué inframundo podía sumergirse su marido cada vez que el nombre de Gabriel salía a la luz, pero estaba empezando a impacientarse.

Lo había probado todo. Si le dejaba espacio y no abordaba el tema los días pasaban uno tras otro carentes de vida y color, la rutina que antes tanto le gustaba ahora era gris, monótona, desesperante. Apenas hablaban entre ellos, él apenas la miraba a los ojos, ya no le acariciaba el pelo mientras veían la televisión por la noche y ya no recordaba la última vez que habían hecho el amor. Todo se precipitaba de forma alarmante delante de sus ojos y ya no sabía cómo tratar al hombre con el que antes había sido completamente feliz.

Al cabo de un año Adam recibió una inesperada llamada del Comisario. Según le dijo quería hablar con él personalmente en su despacho, además de ser su jefe, a lo largo de aquellos años se había trabado entre ambos una buena relación de amistad que iba más allá del trabajo. El Comisario estaba preocupado, eran amigos y sabía perfectamente que algo iba mal, además, Annika le había llamado en un par de ocasiones para ponerle al corriente de la situación que estaban viviendo. En aquella reunión improvisada el Comisario le propuso que volviera cuanto antes al trabajo, tenía que superarlo de una vez por todas y a la vista estaba que no iba a hacerlo encerrado en casa, también le dijo en tono compasivo que algo así podría haberle ocurrido a cualquiera. Pero Adam no quiso ni oír hablar de incorporarse tan pronto al cuerpo y le aseguró con rotundidad que no podría estar en aquellas oficinas viendo al fantasma de Gabriel merodeando por los pasillos y por el coche patrulla que ambos habían compartido.

Pero el Comisario no se rendía nunca, y tras escuchar esto último le se quedó pensativo unos instantes y después sugirió que la solución podría ser que pidiera un traslado, siempre había alguna Comisaría que necesitaba personal, y concretamente conocía una en la que buscaban a un Inspector de policía. Quizá un cambio radical era lo que necesitaba realmente, y a regañadientes, Adam le dijo que se lo pensaría.

Tardó tres intensos meses en tomar aquella decisión que podría ser crucial en su vida, y no lo hizo a la ligera, Adam nunca había sido un hombre impulsivo, le gustaba tener en cuenta los pros y los contras en cada paso que daba y aquella no iba a ser ninguna excepción. Veía que su matrimonio se precipitaba a un lugar desconocido desde el que no sabía cómo manejarse, sentía que había perdido el interés por su vida de siempre en Uppsala, una vida que antes le llenaba y que ahora se le antojaba monótona y aburrida. Quizá el Comisario tuviera razón y un cambio de aires le beneficiara, y aquel mismo día se propuso empezar de cero y darse la oportunidad de enterrar la culpa y la desesperanza que le habían asfixiado aquel último año, así que finalmente llamó al Comisario y le pidió que tramitara el traslado.

Y allí estaba ahora, en un pueblo perdido en las montañas que sin embargo no estaba tan lejos de su ciudad natal, simplemente pasaba desapercibido para la gente cosmopolita.

Desde la única ventana de su despacho Adam contempla pensativo los juzgados y el ayuntamiento, ambos son edificios muy antiguos y tienen una arquitectura digna de admirar. Mientras se sienta en su sillón de cuero aún con la imagen de los dos edificios en las retinas, irrumpe en la pequeña estancia un Emil alegre y sonriente, sus rizos castaños están revueltos y los cristales de sus gafas están manchados de agua.

- Otra vez llueve, por lo que veo.

- Sí, vengo de la calle, y con nuevas noticias que van a interesarle, jefe.

- Siéntate y cuéntamelas.

Emil se sienta frente a Adam y antes de continuar con la conversación se quita las gafas para limpiarlas.

- He investigado lo de la herencia, como usted me pidió. Es curioso jefe, según me ha confirmado el notario Adrian le ha dejado su casa a su sobrino Alf, pero por lo visto el hombre tenía también una pequeña finca en el bosque con un viejo refugio, lo más lógico sería pensar que para tratar a sus dos sobrinos por igual le habría dejado la propiedad a su sobrino Carl, ¿No es cierto? Pues nada más lejos de la realidad, la propiedad y el refugio pasan a manos de su cuñada Agnes. Eso es todo, apenas tenía dinero, pero la propiedad del bosque puede valer bastante.

- ¿No le ha dejado nada a Carl?

- No, a mí también me ha sorprendido, creo que hay algo en todo esto que no sabemos.

- Estoy de acuerdo contigo. Creo que tenemos que hablar con Carl cuanto antes.

- Sí, eso mismo estaba pensando yo, Inspector.

- Llámale y dile que venga a comisaría lo antes posible, seguramente te ponga impedimentos así

que no le des muchas opciones.

- Enseguida.

- Ah…otra cosa más Emil, averigua todo lo que puedas sobre los paralizadores eléctricos.

- De acuerdo jefe.

Emil sale del despacho y Adam se queda a solas con sus pensamientos en el silencio que crea la simple ausencia de su compañero. La lluvia ha dejado de chocar contra las ventanas pero el cielo gris sigue siendo una amenaza. De pronto le viene a la cabeza el rostro pálido de Clarissa Ericsson. Su pelo negro y liso, sus ojos grandes e inexpresivos. Adam sospecha que hay mucha vida en ellos pero por alguna razón que desconoce la chica se empeña en que no muestren nada, su coraza es tan grande que no permite que nadie la atraviese. Mientras piensa en ella recuerda lo que le dijo sobre los paralizadores, Clarissa Ericson estaba siendo sin dudas una caja sorpresas.

-20-

El termómetro marca 6 grados bajo cero cuando lo mira con indiferencia. Son las diez de la mañana y Clarissa tiembla de frío dentro del Hyundai Tucson gris metalizado a pesar de tener la calefacción encendida, el gorro de lana cubriendo sus orejas enrojecidas y la bufanda azul cielo bien anudada alrededor de su cuello. Aunque aún no llueve el frío se cuela por cada rendija que encuentra a su paso, llegando con descaro a la piel desnuda que hay bajo su ropa.

Acaba de aparcar el coche junto a la Comisaría pero se siente paralizada por un oscuro sentimiento que se torna a veces rabia y a veces tristeza. Sabe que no puede permanecer allí metida todo el día, así que armándose de valor respira hondo, sale del coche con la cara muy pálida y con paso firme se dirige al edificio que se eleva majestuosamente frente a ella. Después de atravesar el umbral cabizbaja sube las escaleras buscando directamente el despacho del Inspector Adam Berg.

Conforme va ascendiendo por aquellos peldaños de piedra maciza va desabrochando su abrigo a causa del calor que va invadiendo su cuerpo. También se quita el gorro de lana que cubre su cabeza y la bufanda de lana, allí dentro la calefacción está tan alta que resulta imposible permanecer con tanta ropa sin morir deshidratada en el intento. Cuando por fin llega al despacho del Inspector Adam Berg se encuentra de frente con una puerta cerrada que le sugiere de pronto una gran muralla protectora, y algo temblorosa aún decide llamar y probar suerte. Sus nudillos golpetean la puerta tímidamente, como si en el fondo prefiriese que no abriera nadie. Pero la puerta se abre de pronto y un distraído Adam Berg se asoma tras ella mientras mira con fastidio los papeles que acaba de tirar al suelo por accidente.

Clarissa sonríe por su torpeza, que le parece tierna de forma inexplicable, pero cuándo él la descubre se pone seria rápidamente. Lo que había ido a decirle no era precisamente para reírse, así que vuelve a respirar profundo y entra en el despacho mientras él recoge los papeles que cubren el suelo de manera desordenada.

- Menuda sorpresa, me has alegrado la mañana porque estoy atascado con esta maldita investigación y no sé cómo …- Conforme las palabras rozan el aire Adam se da cuenta de que debería cerrar la boca ya que todo lo referente al caso es totalmente confidencial.- Disculpa, no debería seguir hablando, dime, ¿En qué puedo ayudarte?

- Creo que no voy a alegrarte la mañana, porque vengo a comunicarte que Agnes ha muerto.

- ¿Cómo dices?

Adam deja de ordenar los papeles que acaba de recoger y desde su asiento mira a Clarissa con toda su atención.

- Ayer salí por la tarde a comprar unas cosas y cuando llegué a casa ella estaba allí, es lo normal, no suele salir después de las cinco…yo estuve tocando el violín un rato y después bajé para cenar con ella, y cuando acabamos subí de nuevo a mi habitación. Me quedé despierta viendo una película hasta tarde y después me fui a dormir. Esta mañana cuando bajé a desayunar vi que no estaba en la cocina, pero su abrigo sí que estaba en la percha así que no podía estar muy lejos, ella no sale nunca sin abrigarse bien…después de un rato sin saber nada de ella empecé a preocuparme y al final fui a su dormitorio. Fue de lo más tonto, había estado allí todo el tiempo y yo sin darme cuenta…estaba tumbada en la cama, parecía que estaba dormida pero supe de inmediato que no era así, estaba demasiado pálida y quieta.

<< Me acerqué a ella y comprobé que no tenía pulso, tal y como me había imaginado estaba muerta >>

- Vaya, cuánto lo siento Clarissa. ¿Has llamado a sus hijos?

-No, quería venir aquí antes. Había algo que me dio mala espina desde el principio, Agnes estaba perfectamente hace tan solo un día, así que me vino la imagen de Adrian con esas dos señales en la nuca y…comprobé si Agnes tenía también esas marcas.

- Sí creías que era un asesinato no deberías haber tocado nada, Clarissa. Tendrías que haberme llamado directamente

- Lo sé Inspector, lo siento, fue sólo una intuición, no tenía por qué ser cierto. Esperaba que no lo fuera pero…

- ¿Encontraste esas marcas?

- No, en la nuca no, pero sí en el costado izquierdo, justo debajo de las costillas.

- ¿Hablas en serio?

- Sí.

- Muy bien, voy a llamar a Emil y vamos a casa de Agnes ahora mismo, y tú te vienes con nosotros.

Clarissa se limpia con la manga del abrigo las lágrimas que humedecen su cara y asiente en silencio como si fuera una niña pequeña y obediente. Después, custodiada por los dos agentes sale de aquellas oficinas con la sensación de que la vida volvía a ponerla en una cruel encrucijada, parecía que nunca iban a darle tregua.

Clarissa está sentada en el suelo justo enfrente de la casa de Agnes. Desde allí puede ver la verja del jardín abierta de par en par y a los agentes de policía entrando y saliendo de la propiedad a sus anchas, la habían invadido hacía apenas unos minutos y desde entonces, en el barrio reinaba el caos y la inquietud. Desde el lugar en el que se encuentra ahora puede ver que algunos vecinos se han asomado a las ventanas para ver mejor el espectáculo, pero otros más osados se han atrevido a llegar hasta la misma puerta de la difunta con el único fin de curiosear, por fortuna un agente acaba de pedirles muy educadamente que se marchen y les dejen trabajar tranquilos.

Pero entre los vecinos del barrio, a los que conoce sobradamente de verles por la calle o en la cola del supermercado, destaca una persona a la que nunca antes había visto por allí, se trata de una periodista bastante desconsiderada que no para de entrometerse con descaro. ¿Cómo se había enterado aquella mujer tan rápido del suceso? Por suerte, uno de aquellos hombres uniformados que intentaba hacer su trabajo con las menores distracciones posibles se acerca a ella y le pide amablemente que se aleje de la entrada de la casa, seguro que si la dejaran moverse libremente

aquella reportera sin escrúpulos ya estaría en el dormitorio de Agnes fotografiando sin pudor su cuerpo inerte sobre la cama.

A ella le habían tomado declaración antes de salir de la Comisaría y le habían pedido que no entrara en la casa por el momento, hasta que hubiesen comprobado si había alguna prueba del posible asesinato. Y por eso ahora se encontraba en plena calle como si fuera un perro vagabundo, tiritando de frío mientras observaba la escena con la mirada perdida en un océano de nostalgia. Ojala pudiera subir a su habitación y tocar el violín durante horas, eso le haría abstraerse del dolor que habitaba en cada uno de los pasos que daba, y aunque era lo único que le apetecía hacer en aquellos momentos sabía de sobra que era una fantasía infantil y absurda.

En cambio podía ir al bar de Birger y tomarse algo caliente al resguardo del frío mientras la policía terminaba su trabajo, pero a aquellas alturas de la mañana la noticia de lo que había sucedido en el pueblo habría volado como la pólvora y ya lo sabría todo el mundo. No le apetecía responder a las miles de preguntas que estarían acechándole en cada esquina, no quería contribuir a que los rumores se incrementaran aún más por su culpa, por eso decide seguir allí sentada como hasta entonces, aunque ya no sienta sus nalgas de lo frío que está el bordillo sobre el que lleva sentada un tiempo infinito.

Pero el verdadero motivo por el que no se mueve de allí es porque aún se encuentra terriblemente conmocionada. Últimamente la muerte y la oscuridad vagan a su alrededor como sombras que le acechan con sigilo y a la vez con paso firme, atacándole sin piedad a ella misma o las personas que más le importan. De pronto le asalta la imagen de Edurne tirada en el suelo de la cabaña apoyada contra la pared como una marioneta inerte y siente nauseas de forma repentina, después ve con total nitidez el cuerpo sin vida de Agnes recostada sobre su cama aquella misma mañana y las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos agotados sin más preámbulos.

Justo en ese preciso instante el Inspector Adam Berg sale de la casa de Agnes con una manta en una mano y una taza humeante en la otra. Camina hacia ella sin quitarle los ojos de encima y

cuando por fin la alcanza se sienta a su lado y le echa la manta sobre los hombros, es una manta de lana que Agnes había hecho ella misma para taparse en el sofá mientras veía la televisión por las noches. Después Adam la mira con semblante preocupado y tras dejar la taza en el suelo la atrae hacia él y la deja que siga llorando apoyada en su hombro, y de pronto se siente menos sola.

Mientras Clarissa se toma la tila que Adam le había traído minutos antes mira con ojos ausentes a los agentes que justo en ese momento sacaban una camilla de la casa con el cuerpo sin vida de la anciana. A su lado siente la cálida presencia que le proporciona el Inspector Adam Berg, es reconfortante y amistosa y se alegra enormemente de tenerle cerca en aquellos momentos, de lo contrario hubiera estado completamente sola.

- ¿Tienes algún sitio dónde quedarte esta noche?- Le pregunta Adam mirándole a los ojos. – La casa estará cerrada hasta nuevo aviso, mientras no tengamos el informe del forense y confirmemos si ha sido un asesinato o no la escena del "posible crimen" no puede alterarse, no puedes quedarte aquí de momento.

- Iré a preguntar a la pensión. Aquí sólo conocía a Agnes.

- Puedes venir a mi casa, si quieres.

Clarissa le mira sorprendida y asustada. Adam advierte la expresión de desconcierto de la chica e intenta tranquilizarla rápidamente quitándole importancia al asunto.

- ¿Tan mala idea te parece? La casa de Agnes puede estar cerrada algunas semanas, yo vivo solo, puedes dormir en el sofá cama del salón, de verdad que no me importa, estarás más cómoda y acompañada…yo me paso el día trabajando así que no te molestaré para nada.

- No, es sólo que no me lo esperaba, gracias Adam. Prefiero preguntar en la pensión, pero de verdad que te lo agradezco.

- De acuerdo, si cambias la idea esta es la dirección.- Añade Adam mientras le escribe los datos

en una hoja de la libreta que siempre lleva en el bolsillo de su cazadora.

Clarissa coge el papel y lo guarda en el bolsillo de sus pantalones vaqueros.

- Por cierto, No sabía si llamar a los hijos de Agnes o…no sé cómo se procede en estos casos.

- Ya les hemos llamado, deben de estar a punto de llegar, quizá prefieras irte antes de que lleguen, hasta que estén más calmados. Y ahora tengo que volver.- Dice mientras se levanta.

- Lo pensaré, y gracias por esto. - Dice Clarissa mientras señala la taza y la manta.

La imagen de Adam se va haciendo más pequeña conforme se aleja, ella le observa mientras cruza la calle y atraviesa el jardín para cumplir con su trabajo, esperaba con todas sus fuerzas que le atrapasen, al hijo de puta que la había matado. Porque estaba segura de que alguien la había matado.

El día transcurre a cámara lenta y a primera hora de la tarde la policía por fin le ha dejado entrar a recoger sus cosas. Antes de eso tuvo que presenciar la incómoda escena de los hijos y las nueras de la fallecida intentando entrar en la casa a pesar de los intentos de la policía por explicarles que Agnes ya no se encontraba allí, ya que habían retirado el cadáver hacía unas horas.

Todos lloraban desconsoladamente, aunque Carl lo hacía de forma solitaria y silenciosa, parecía que se guardara el dolor solo para él mientras que los otros se abrazaban y compartían su desdicha a cada instante. Finalmente todos se meten en el coche y desaparecen de allí en busca del cuerpo sin vida de su madre para verla con sus propios ojos y poder asimilar definitivamente la trágica noticia.

También ella quiere irse de allí cuanto antes. Clarissa mete en el maletero del coche su violín y una mochila con algunas prendas de ropa. Apenas tiene nada más. También ha cogido una bolsa con pienso para gatos y el querido e inseparable compañero de piso de la anciana, su elegante gato negro que únicamente cuando le apetecía respondía al nombre de Cascabel. Después entra en el coche y con un cansancio progresivo que llena sus movimientos de una pesadez inusitada se dirige a la única pensión que hay en Älg, solo tenía que seguir la carretera principal que atravesaba el pueblo y llegar a esa parte más deshabitada en la que las casas salpicaban su recorrido sinuoso de forma aleatoria, justo en las afueras. Pero cuando Clarissa llega al viejo edificio con ansias de descanso se encuentra con un cartel apagado que otras veces había sido luminoso y una puerta de entrada cerrada a cualquier visitante desafortunado. Clarissa resopla malhumorada y se hunde sobre el asiento del coche sin saber qué hacer.

Como último recurso antes de irse con su mala suerte a otro lugar Clarissa decide bajarse del coche para llamar al timbre y agotar todas las bazas posibles, pero cuando está frente a la puerta ve un letrero escrito a mano que anuncia lo último que necesitaba en aquellos momentos… *<<Cerrado por jubilación, disculpen las molestias >>*

El universo entero conspira contra ella. Con cierto mal humor y con una punzada de malestar abrasándole por dentro entra de nuevo al abrigo del coche y se dirige al único supermercado veinticuatro horas que hay en el pueblo. Sigue sin querer ir al bar de Birger y tiene un agujero en el estómago que aumenta de tamaño conforme pasan los minutos, así que decide comprarse algunas cosas para cenar, algo sencillo que pueda tomar en el coche. Clarissa mira de reojo el termómetro y comprueba con preocupación que marca cinco grados bajo cero.

-21-

Enero 2015

ANOCHECE

El tiempo ha pasado para Edurne como un huracán enfurecido, contundente e implacable con cada

elemento que se encuentra a su paso. Aquel año había sido sin duda el más duro de toda su vida, y se alegraba en extremo de que por caprichos del destino, Erika hubiera llegado hasta ella. Sin hacer ningún esfuerzo por conseguirlo, aquella mujer de fuerza inquebrantable se había convertido en un pilar sólido y estable en el que apoyarse en los momentos más complicados de su alborotada existencia, cuando las circunstancias le hacían sentirse tan insegura y frágil como lo sería un jarrón de cristal colocado en un lugar del que podría caerse en el momento menos pensado rompiéndose de forma inevitable en mil pedazos.

De esta forma había llegado Erika a su vida, regalándole de forma generosa todo el valor que ella necesitaba y no podía encontrar en sí misma. Y no sólo el valor, también le había dado su apoyo en los peores momentos, cuándo Evans le mandaba un mensaje tras otro bombardeando su corazón tembloroso, o cuándo se presentaba frente a su puerta en plena noche y llamaba al timbre con insistencia una y otra vez. En aquellas circunstancias, Erika se había mantenido a su lado en silencio cogiéndole de la mano mientras él gritaba a pleno pulmón en el portal, hasta que por fin se cansaba de ser ignorado y se iba por dónde había venido llevándose todos sus insultos y el chantaje emocional que utilizaba como la peor de las municiones. Entonces preparaban una infusión relajante y se la tomaban juntas mientras charlaban de cualquier otra cosa, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario de lo que hablar, y Edurne se iba tranquilizando poco a poco sintiéndose acompañada de una forma tan gratificante que el malestar se disipaba casi sin darse cuenta.

Y ambas entraron en una rutina agradable como si vivir juntas fuera algo que habían hecho toda la vida. Erika hacía la compra en el mercado mientras ella trabajaba, y se encargaba de preparar la cena cuándo ella llegaba tarde del hospital y aunque estaba siendo un año duro, a la vez estaba ganando muchas cosas. Había ganado una gran amiga, y lo mejor de todo era que estaba ganándose de nuevo a ella misma, se estaba recuperando a un ritmo lento pero constante.

Ahora se miraba en el espejo y empezaba a reconocerse. Se tocaba la garganta mientras miraba su reflejo en el cristal y se preguntaba cómo había podido ser tan estúpida de dejarse tratar de

aquella manera. Aún no se lo explicaba, había estado tan ciega durante tanto tiempo que ahora le costaba mirar directamente la luz del sol sin deslumbrarse, como si hubiera estado viviendo en una cueva todo ese tiempo y ahora por fin vez se atreviera a salir a la claridad del día, a la vida. Y la luz del sol a veces podía quemar y escocerte en los ojos.

Habían pasado tres meses desde que Evans se había dado por vencido y la había dejado en paz. Como ya no contestaba a sus mensajes aduladores terminó llegando un día en el que dejó de enviárselos, cómo no ya le abría la puerta finalmente se dio por vencido y dejó de ir a buscarla, pero aunque no la molestara directamente, Evans había encontrado otra forma de verla sin que ella pudiera decir nada al respecto, y no le quedaba más remedio que aguantar su presencia cuándo le veía en la puerta del hospital mirándola con los ojos fijos llenos de incomprensión y resentimiento mientras esperaba pacientemente a Gina.

Evans solía esperarla cada día a la salida del trabajo porque ahora salía oficialmente con ella. Ya no tenía que inventarse excusas para ocultar aquella relación que en realidad, había existido desde el principio, desde que tuvo el accidente y se convirtió en su paciente. Sí, había estado

mintiéndole todo ese tiempo, Edurne ahora lo sabía con certeza. Kate, que se había distanciado bastante de ella en los últimos meses y a su vez había ido intimado con Gina, se lo había contado todo una tarde en la que ambas habían terminado el turno a la misma hora. Kate estaba preocupada por su nueva amiga, porque Evans, según ella, no era trigo limpio, y le confesó que desde el principio había estado con Gina, desde que la conoció, y con cierto arrepentimiento en los ojos le pidió perdón por no habérselo contado antes.

Así que en realidad no había conseguido librarse de él definitivamente. Evans merodeaba por su lugar de trabajo cada día y cuando se cruzaban por los pasillos o le encontraba en el aparcamiento él la miraba de reojo mientras besaba a Gina o la cogía de la mano, intentando hacerle daño o quizá pensando que así cambiaría de opinión y terminaría volviendo con él. Pero nada más lejos de la realidad, aquella actitud no hacía más que reforzar la decisión que Edurne había tomado de pasar página definitivamente y olvidarse de aquellos jueguecitos que él dominaba a la perfección y de los que ella estaba tan cansada como asqueada.

Aquel día había amanecido como tantos otros, gris y lluvioso. Edurne había llegado al hospital cuándo aún no habían salido los primeros rayos de sol y bastantes horas después, cuando por fin llegaba el momento de terminar la jornada, la luz del día ya se había extinguido fuera del hospital y las farolas eran las encargadas de alumbrar las calles con sus matices anaranjados.

Estaba cansada y le dolían las piernas de llevar tantas horas de pie, aquella jornada había sido larga y agotadora, un camión había sufrido un accidente en la carretera y había colisionado con un coche que venía de frente. Se había montado una buena, varios coches habían chocado en cadena unos con otros y habían estado llegando heridos sin parar a lo largo de toda la tarde. Ahora por fin se iba a casa, lo estaba deseando, pero entonces le dijeron que había un paciente de última hora que necesitaba puntos en la cara y no había enfermeras disponibles para atenderle debido al accidente de tráfico, así que suspirando con cierta resignación Edurne se dirige a ver a su último

paciente antes de irse a casa, donde le espera una cena deliciosa junto a su nueva compañera de piso.

Cuando Edurne descorre las cortinas y mira al hombre que se encuentra sentado sobre la camilla, la jefa de enfermeras muestra sorpresa y preocupación al mismo tiempo. No esperaba encontrarse allí a nadie conocido, y mucho menos a Damien, al que no había vuelto a ver desde aquella última conversación en la cafetería, y allí le tenía frente a frente, y por sus ojos sabía que nada bueno le había llevado hasta allí.

Además de tener mal aspecto, Damien tiene una brecha profunda en la ceja derecha que no deja de sangrar y una nariz rota e hinchada que le duele incluso al respirar. Ella le mira interrogante y él le devuelve una mirada tan cansada y resignada que sobran las palabras y ella lo comprende al instante, había sido él, Evans le había hecho aquello.

Mientras le cura, Edurne intenta averiguar sin disimulos cómo había sucedido el incidente.

- ¿Cómo ha pasado, Damien?

Damien se toma unos segundos de silencio antes de dejar que la verdad salga a la luz sin censuras.

- Me abordó sin más en la calle, no se sí me estaría siguiendo, el caso es que apareció de repente y estaba bastante enfadado, empezó a decirme que si tú le habías dejado había sido por mi culpa. Me cabrearon tanto sus formas que reconocí abiertamente lo que él se temía, que te lo había contado todo, pero que si le habías dejado había sido solo decisión tuya. Y me golpeó en la cara, me dio un buen puñetazo y empezamos a pelearnos en medio de la acera hasta que unos jóvenes se acercaron a separarnos.

- Puedo hacer un parte médico con las lesiones por si quieres denunciarle.- Dice Edurne mientras le cose la ceja que ya había dejado de sangrar.

- Quizá ya sea hora de hacerlo. – Dice Damien con cierta inseguridad en la voz.- Creo que voy a confesarlo todo, así dejará de amenazarme y de atosigarme, si cuento todo lo que ocurrió al menos

pagará por lo que hizo…y dejará de tener motivos para seguir amenazándome.

- Sí, pero quizá tú también salgas mal parado.

- No me importa, ya no, sólo quiero que esto se acabe. Quiero volver a tener la conciencia tranquila.

Una vez que ha terminado de curarle la ceja, Edurne tira los guantes usados a una papelera y sin darse por vencida sigue insistiendo, realmente tiene miedo por lo que pueda ocurrirle.

- ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

- Sí. Tenía que haberlo hecho desde el principio, yo no entré en el ejército para esto.

- Bien. Damien, un médico va a venir a echarle un vistazo a tu nariz, y después podrás irte a casa, te dolerá unos días pero se te pasará.

- Creo que iré directamente a hablar con mis superiores, ahora que he tomado la decisión no quiero posponerla por más tiempo.

- Espero que tengas suerte, eres muy valiente, Damien.

Edurne sale de las cortinas dónde ha curado a Damien con cierto malestar aflorando a su conciencia, pero cuando las cierra para devolverle algo de intimidad al paciente hasta que llegue el médico que tiene que atenderle se encuentra frente a frente con Gina, que está parada delante de ella y la mira con cara de sentirse descubierta. Son apenas dos segundos, después Gina reacciona y desvía la mirada hacia otro lugar, cualquier lugar en el que no se encuentre de lleno con los ojos insondables de Edurne, y a continuación comienza a caminar a paso ligero desapareciendo de su vista rápida como un relámpago atravesando el cielo.

Edurne siente una punzada de angustia en el estómago, es un mal presentimiento, Gina ha escuchado algo, está segura. En cualquier caso no podía hacer nada, sólo esperar que fueran imaginaciones suyas fruto de la paranoia constante con la que había convivido los últimos meses, en ocasiones veía fantasmas donde no los había, y probablemente la enfermera simplemente

pasaba por allí y al encontrase con Edurne se había sentido incómoda. Nada más. Debía relajarse, lo que hiciera Gina y Evans ya no era asunto suyo, así que con decisión Edurne aparta aquella absurda sensación de alarma que se había apoderado de ella y sigue su camino.

Por fin había terminado su turno y era hora de irse a casa. Erika la estaría esperando para cenar una enorme hamburguesa de espinacas con queso y una ensalada de escarola y cebolla tibia. Era su cena favorita y le había dicho a Erika en un mensaje que la necesitaba urgentemente para compensar el día de perros que había tenido, algo de comida calórica en buena compañía siempre le hacía sentirse mejor.

Cuando Edurne sale del hospital todo está oscuro y la lluvia cae en forma de nieve cubriéndolo todo con un delicado manto blanco, al menos así no se mojaría los pies, lo último que le apetecía aquella noche era llegar a casa tiritando de frío. Con unos pies que arrastran en cada paso agotamiento y ganas de llegar a casa, Edurne se dirige hacia su coche con el piloto automático, siempre lo dejaba en el mismo sitio para no tener que andar buscándolo cada día por la gran superficie que abarca el aparcamiento, y tiene tantas ganas de llegar a su bonito ático que cuando finalmente lo alcanza no se da cuenta del Hyundai Tucson gris metalizado que está aparcado casualmente junto a él.

Y es justo cuando está sacando las llaves del bolso para abrir la puerta cuando percibe una fuerte presencia detrás de ella y una voz escalofriante le susurra algo al oído que no alcanza a entender pero que despierta todas sus alarmas. Un grito agudo emerge descontrolado de sus entrañas desgarrando su garganta al abrirse paso en el aire frío de la noche, y las llaves se le escapan de las manos por el sobresalto enterrándose en la nieve que cubre el suelo.

Cuándo Edurne se arma de valor y se da la vuelta se encuentra de lleno con un Evans que está demasiado cerca de ella, invadiendo su espacio vital mientras le amenaza con una mirada intensa y persistente. Entonces él da un paso más hacia ella con osadía y la mira a los ojos con una mezcla de enfado y diversión que le hacen sentir un fugaz escalofrío. El cuerpo fuerte del hombre le

empuja sin reparos hacia el coche y Edurne se siente atrapada entre ambos sin poder moverse.

- Ahora vas a hacer todo lo que te diga si no quieres que esto acabe muy mal. En primer lugar vas a guardar silencio, si se te ocurre gritar o pedir ayuda te prometo que será lo último que hagas.- Dije Evans mientras le acaricia el pelo ondulado lleno de copos de nieve.

Edurne tirita de miedo bajo su caricia. No ve que haya nadie más en el parking y todo está oscuro, no hay quien pueda ayudarla, de pronto el mal presentimiento que había sentido en el hospital minutos antes cobra sentido y crece en su interior extendiéndose por todo su ser como un veneno mortal.

- Ahora vas a subir en mi coche sin montar ningún escándalo, no querrás que tu amiguito Damien sufra las consecuencias de tus actos, ¿Verdad?

Y la sonrisa de Evans se queda grabada para siempre en las pupilas de Edurne, que entra en el coche coaccionada por aquella expresión maléfica sin decir nada. Después él cierra la puerta, se sienta junto a ella en el asiento del conductor y arranca el motor lleno de satisfacción por lo que está a punto de hacer, pero antes de iniciar la marcha le arranca de un tirón el bolso y lo tira por la ventanilla del coche. Edurne lo imagina cayendo al suelo junto a las llaves y se siente terriblemente indefensa sin su teléfono móvil, la única esperanza que le quedaba para pedir ayuda y salir ilesa de aquella situación.

-22-

Febrero de 2015

Son las diez de la noche y Adam acaba de volver a casa después una jornada trepidante en la que no ha parado ni un segundo. Sólo había podido permitirse parar media hora para tomarse un sándwich bien pasada la hora de almorzar porque sus tripas ya no le daban tregua y su cabeza necesitaba un descanso donde calmar aquel torbellino de ideas y pensamientos que taladraban su agotada mente.

Ahora se ha dado una ducha de agua caliente que le ha devuelto a la vida, se ha puesto el chándal viejo y desgastado que sólo usaba para estar en casa y ha encendido la televisión con el simple objetivo de poder desconectar de los últimos acontecimientos. Sólo le faltaba coger una cerveza de la nevera para que aquel momento rozara la perfección, después podría sentarse definitivamente en el sofá y dejarse caer en él hasta que el sueño le venciera por completo.

Pero mientras saboreaba el primer trago de cerveza no dejaba de pensar en todo lo que había sucedido a lo largo de aquel día. El cara a cara con Carl había sido como poco inquietante. Aquel hombre negaba haber estado en los alrededores del lago pero sin saberlo le había confirmado su estancia en el pueblo el mismo día que Clarissa había visto a los dos extraños que buscaban algo entre los matorrales ajenos a su presencia. En el caso de que Carl fuese uno de los dos desconocidos los arañazos de su cara tendrían una explicación lógica ya que las ramas de los matorrales le habrían arañado la piel dejándole aquella marca.

Pero las suposiciones no bastaban en aquel caso, así que Emil había comprobado su coartada y confirmó que ciertamente Carl había estado en casa de Agnes como él mismo había indicado, pero ella aseguraba que su gato era manso como un corderito, años de caricias le habían arrebatado el

instinto felino, y lo mejor de todo era que no tenía uñas, a la mujer no le gustaba que arañase sus cojines y se las cortaba cada semana. Por lo tanto, esta información podría situar a Carl en el lugar de los hechos, ya que pudo ir a ver a su madre como él mismo insistía y después pudo ir a buscar la maldita pulsera entre los matorrales con su cómplice. Era una hipótesis lógica, solo faltaba saber quién era su acompañante y lo más importante, situar a Carl en aquel mismo sitio la noche del crimen.

Pero aquello no era lo que más le preocupaba ahora. Su mente era un ir y venir de imágenes que se sucedían una tras otra como rápidas ráfagas de viento; la cara pálida de Clarissa mientras le informaba de la muerte de Agnes, la inspección de la casa de la fallecida, el traslado del cadáver al laboratorio forense, las llamadas telefónicas para dar la noticia a sus hijos. Y la sospecha de que aquella muerte tenía algo que ver con la de Adrian, porque aunque fueran diferentes tenían algo en común: aquellas inapreciables marcas que podrían haber pasado desapercibidas y haber quedado en el olvido de no haber sido una vez más por Clarissa.

Pero por fortuna no había sido así, y ahora aquellas dos señales rojas eran en realidad lo único que tenían y precisamente eran el vínculo entre ambos crímenes. Obviamente esto tenía que ser contrastado con el informe forense, pero Adam se aventuraba a pensar que no iba nada desencaminado, su intuición le hablaba alto y claro al respecto y cuando eso ocurría no solía equivocarse.

Al día siguiente tenía previsto ir con Emil a inspeccionar de nuevo la casa de Agnes para comprobar si habían pasado algo por alto. Pero ahora tocaba descansar y no pensar más en el trabajo, cosa que de momento le estaba costando bastante.

El sonido de sus tripas rugiendo de hambre le devuelve bruscamente al presente e internamente se debate entre saciarlas o seguir dormitando en el sofá, realmente no sabe que es más apremiante, el hambre que siente o el cansancio acumulado. Pero cuando intenta decidir entre ambas opciones suena el timbre y su sonido repentino le resulta molesto y estridente, lo cual le hace mirar en

dirección a la puerta con cierta sorpresa, no esperaba a nadie y nunca recibía visitas tan tarde.

Cuando abre la puerta se encuentra con el rostro desolado de Clarissa, que en una mano lleva a Cascabel, el gato de Agnes, y en la otra sujeta a duras penas su bolsa de viaje y una bolsa de plástico del supermercado.

- Traigo cerveza y unos sándwiches…

Adam la mira paralizado por la sorpresa, era la última persona que esperaba encontrarse al otro lado de la puerta. Le había ofrecido sinceramente su casa para alojarse hasta que se solucionara todo, pero estaba seguro de que ella iba a rechazar su oferta y no se había equivocado. Ahora,

mirándola allí de pie con las mejillas sonrojadas a causa del frío, el Inspector Adam Berg se había quedado sin palabras.

- La pensión estaba cerrada y reconsideré tu oferta, si sigue en pie, claro.

- Claro, claro, pasa, es sólo que no te esperaba, pero es fantástico, ahora estaba pensando seriamente si tenía fuerzas suficientes para hacer algo de comer y tú traes la cena, así que es perfecto, pasa.

Clarissa entra en la casa y el calor de la estancia le invade de una forma agradable y placentera.

- Puedes dejar los zapatos en la entrada si quieres, el suelo es cálido.

Mientras ella se quita las botas y el abrigo Adam mete las cervezas en la nevera y le sirve una que ya estaba fría, después coge los sándwiches y los lleva en un plato a la mesa pequeña que hay delante del sofá.

- Es bonita tu casa.

- Sí que lo es. Estoy muy a gusto en ella. Y tú Clarissa, ¿Qué haces aquí? En este pueblo, me refiero.

Clarissa mira a Adam en silencio y siente un deseo irrefrenable de contarle toda la verdad, su verdad. Él no se merecía que le mintiera, no después de lo bien que se estaba portando con ella, no después de abrirle las puertas de su casa. Cansada de esconderse, abre la boca en un intento inocente de que la verdad saliera de ella por sí misma. Quiere que ocurra con todas sus fuerzas pero en el último momento el miedo la traiciona, el miedo toma el control sobre sus palabras y se las arrebata, y las esconde de nuevo en las profundidades más recónditas de su ser.

Clarissa mira al hombre que tiene delante de ella llena de tristeza, y en lugar de contarle la verdad sale del paso con una excusa barata. Otra mentira más que le costaría caro cuando todo saliera a la luz, porque estaba segura de que tarde o temprano lo terminaría haciendo.

Adam está metido en la cama mirando el techo de su habitación con los ojos bien abiertos en medio de aquella oscuridad insondable que solo le devuelve una negrura infinita. Le gusta aquella mujer que duerme en su sofá, le gusta de verdad, pero no sabe cómo llegar hasta ella. Cada vez que le pregunta por algo personal ella es esquiva y da rodeos, huye, él sabe que quiere salir corriendo para no enfrentarse a la verdad, aunque no sabe qué verdad es esa que le da tanto miedo. Es como si hubiera dos personas en un solo cuerpo, una es encantadora e inteligente, brillante; la otra es escurridiza y oscura.

Mientras permanece tumbado en la quietud de la noche siente un deseo enorme de salir de su cuarto y abrazarla, siente una extraña sensación de querer protegerla, de querer consolarla, porque intuye que está sufriendo cada vez que la mira a los ojos y ve aquella expresión distante e inalcanzable, como si ella estuviera a años luz del resto de los mortales. Quizá lo estuviera, quizá debería olvidarse de ella, pero por el contrario cada vez tenía más ganas de conocerla, y ahora estaba durmiendo en el sofá de su salón mientras él daba vueltas y más vueltas en la soledad de su cama.

Cuando Adam sale de casa es temprano y Clarissa aún duerme. Cuando la mira su cara tiene una expresión inocente y angelical que le desarma y le hace sentirse vulnerable, expuesto y desnudo ante tanta fragilidad. ¿Qué podría esconder alguien que tenía aquella cara de no haber roto un plato en su vida? Pero Adam no acostumbraba a dejarse llevar por sus sentimientos, era policía y sabía perfectamente cuando se encontraba de frente con una persona que escondía algo, y era evidente que ella lo hacía desde el principio.

Se había levantado aquel lunes con la idea de ir directamente a casa de Agnes, pero Alfred le había llamado mientras desayunaba y le había comunicado que tenía información valiosa para él, el Vaticano le había dado por fin una respuesta favorable a su petición y ya tenía vía libre para hablar abiertamente de Adrian Hult. Era una buena noticia, por fin había algo bueno, piensa Adam para sí mismo mientras entra en la Comisaría, había quedado allí con su hermano menor para hacerle el interrogatorio de forma oficial, sólo esperaba que sus palabras arrojaran un poco de luz a la maraña de oscuridad que se cernía sobre aquella investigación.

Alfred se muestra visiblemente incómodo en aquella habitación por la que habían pasado tantos delincuentes y sospechosos. No le gustaba nada estar en la Comisaría, pero entendía que aquella conversación no podía producirse en la parroquia, así que allí estaba, esperando a que llegase su hermano mayor con su lista de interminables preguntas y sospechas.

Cuando Adam entra en la sala de interrogatorios, Alfred lleva diez minutos esperando y se muestra intranquilo e inquieto. Para romper aquella tensión Adam le ofrece un café que él acepta gustosamente y después se sienta frente a su hermano, enciende la cámara y le invita a que empiece a hablar con un gesto silencioso. Alfred carraspea antes de que las palabras tanto tiempo dormidas alcen definitivamente el vuelo, porque su voz es quebradiza y apenas le sale de la garganta.

- Bueno, a ver por dónde empiezo Adam, aunque tenga autorización del Vaticano no creas que me gusta lo que estoy haciendo…

- Agradecemos tu esfuerzo por colaborar con nosotros, yo te lo agradezco.- le dice Adam mientras le dedica una tierna sonrisa a su hermano intentando tranquilizarle.

- De acuerdo, empezaré por el principio. Adolf Hult murió hace dos años, aparentemente todo empezó en ese momento, pero en realidad había empezado mucho antes. Yo me enteré de todo unos días después de la muerte de Adolf, cuando Adrian vino a hablar conmigo y se sinceró sobre lo ocurrido. Estaba pálido y tembloroso, era como si de repente hubiera envejecido cinco años, le vi muy desmejorado y me preocupé por él.

<< Pero cuál fue mi sorpresa cuando me confesó sin rodeos que él había matado a su propio hermano >>

- ¿Cómo dices?

- Lo que oyes Adam, fue el propio Adrian quien mató a Adolf Hult.

- Pero… ¿Nadie sospechó nada, nadie descubrió que había sido un asesinato?

- No, nadie sospechó nada, no había motivos para hacerlo. Lo encontraron en el suelo sin vida y apestaba a alcohol, Adolf llevaba bebiendo desde que era apenas un muchacho y todos sabían que era un alcohólico sin remedio, no era de extrañar que su adicción le pasara factura tarde o temprano. Todo el mundo aceptó que lo había matado la bebida. La versión oficial fue que Adrian encontró el cuerpo sin vida de su hermano en el refugio, debido a su estado de embriaguez se había caído con la mala fortuna de golpearse en la cabeza, aquel desafortunado impacto junto a las altas dosis de alcohol que había ingerido fueron los únicos culpables.

- Ya veo, cuéntamelo todo.

- Adolf se casó con Agnes cuando era apenas una jovencita, y la maltrató casi desde el principio. Él era un hombre duro, frío, fuerte y solitario. Bebía desde su juventud y pagaba sus desdichas con su mujer cuando llegaba a casa borracho. Agnes no era de aquí, ella era de Upssala y era allí donde estaba toda su familia, de la cual había querido alejarse con este matrimonio prematuro, pero lamentablemente no le salió bien. Aquí estaba sola y no tenía a nadie, sólo tenía a la familia de su marido y pronto se hizo muy amiga de Adrian, con el que se desahogaba de vez en cuando.

<< Su salvación fue que Adolf pasaba largas temporadas trabajando fuera del pueblo cortando madera en el monte. Entonces ella podía vivir tranquila, y su relación con Adrian se fue estrechando >>

- No me digas más, tuvieron un romance.

- Sí. Adrian me dijo que él se enamoró de ella desde el principio y tuvo que soportar durante años

cómo su hermano la maltrataba. Después fue testigo del nacimiento de Carl, el primer hijo del infeliz matrimonio, y de cómo ella era desdichada cada día de su vida. Adrian me dijo que tardó mucho en pasar, pero terminó pasando, finalmente empezaron una relación a escondidas que sólo podían disfrutar cuándo Adolf estaba trabajando fuera de casa. Pero para él cada vez era más difícil de soportar.

- ¿Cuál fue el desencadenante? ¿Qué hizo que Adrian le matara justo ese día?

- Unas simples pero comprometidas cartas. A lo largo de los años, Agnes había escrito todo su romance en un diario, eran cartas dirigidas a Adrian que nunca llegó a enviar, sería su forma de desahogarse. Pero el día menos pensado Adolf las descubrió y estalló en cólera. Y en pleno ataque de locura fue a buscar a su hermano al refugio que tenía en el monte y allí se enfrentó a él, discutieron, y Adrian le dijo todo lo que pensaba de él, cuánto le odiaba por haber tenido a su lado a una mujer como Agnes y no haberla valorado como se merecía. Adolf le dijo que si no se alejaba de su mujer lo iba a pagar muy caro, pero Adrian ya había aguantado bastantes años y le contestó que iba a luchar por ella, al menos para pasar sus últimos años juntos. Ante aquella respuesta inesperada, Adolf cogió una azada que había en el almacén dónde su hermano guardaba los trastos e intentó golpearle con ella varias veces, pero debido a su estado perdió el equilibrio y se tambaleó, estaba borracho así que no era de extrañar, entonces Adrian aprovechó para empujar a su hermano con fuerza y este cayó al suelo golpeándose la cabeza bruscamente. Adrian se quedó allí de pie mirándole, no hizo nada por reanimarlo, no llamó a los servicios de emergencias, le vio desangrarse en silencio y su hermano nunca más despertó.

Sólo después de un prolongado silencio Adam se atreve a preguntar de nuevo. Aquella historia era tan descabellada como cautivadora.

- ¿Cómo supo Adolf que Adrian estaría en el refugio?

- En su juventud, Adrian se había dedicado a la cría de ganado para el trabajo forestal, tenía los mejores caballos y mulos de toda la zona y las empresas forestales se los alquilaba para sacar la

madera del monte. Adrian pasaba la mayor parte del día allí arriba ocupándose de sus animales, y bajaba a casa al atardecer, su hermano sabía de sobra dónde encontrarle. Y cuando se hizo mayor aquel sitio siguió siendo su refugio, aunque ya no tuviera a los animales le gustaba pasar allí el tiempo, se había acostumbrado a la tranquilidad y soledad del bosque.

<< Adrian le dijo a la policía que había encontrado a su hermano ya sin vida en el cobertizo donde guardaba las herramientas, junto a una botella vacía, y nadie sospechó lo contrario. Sinceramente, yo creo que fue un accidente, cuando le empujó él no quería matarlo solo estaba defendiéndose, pero una vez que lo vio agonizando en el suelo no hizo nada por intentar ayudarle, esa fue su perdición...y con el estado de salud tan lamentable que tenía Adolf no soportó el golpe, murió allí mismo ante los ojos nada compasivos de su hermano menor.

Cuando me lo confesó todo estaba hecho un manojo de nervios, creo que se sentía culpable y a la vez aliviado>>

- Gracias por la información, Alfred, ahora podremos cerrar el caso de la muerte de Adolf definitivamente pero aún no se qué tiene que ver todo esto con la muerte de Adrian Hult.

- Yo tampoco lo sé a ciencia cierta, pero pensé que las cartas de Agnes podrían tener información relevante para el caso, y además hay algo que aún no te he contado...antes de morir, Adrian me dijo algo que me ha tenido bastante inquieto todo este tiempo. Parece ser que había sorprendido a un merodeador observando la casa de Agnes en varias ocasiones, incluso la suya propia. Aunque solo había podido ver su silueta y siempre había sido en la oscuridad de la noche, afirmaba que por su complexión y tamaño era un hombre alto, pero no pudo darme más detalles. Estaba nervioso, creía que esa persona era una amenaza y desconocía por completo su identidad, pero estaba decidido a averiguarlo, y entonces apareció su cadáver…

- Vaya…esto sí que es importante… ¿Sabes algo más de aquella silueta? ¿Te dio Adrian alguna descripción?

- Desgraciadamente no. Sólo me dijo que era un hombre alto que vestía con colores oscuros, le

vio un par de veces de noche y a cierta distancia por lo que no pudo reconocerle. Le dije que si volvía a verle fuera directamente a la policía pero supongo que no le dio tiempo.

-23-

Enero 2015

MADRUGADA

Edurne ya sabe a dónde se dirigen incluso antes de que Evans arranque el motor del coche. Van a

su cabaña. Y entonces ella estará perdida, estará perdida por completo. Ahora van a ciento cincuenta kilómetros por hora por una carretera de montaña cubierta de nieve y hielo que tiene la velocidad limitada a 40. Por unos momentos Edurne piensa que quizá un accidente sea lo único capaz de salvarla, de esa forma no llegarían nunca a su destino y al menos tendría una oportunidad para huir de él.

Evans muestra una expresión de confianza en sí mismo que le produce un temor agudo que le resulta vagamente familiar. Mientras conduce con una sola mano con la otra sostiene un cigarro encendido al que va dando una calada tras otra, manteniendo la ventanilla bajada a pesar del frío insolente que entra a través de ella, él es así, le gustan las sensaciones extremas y desafiantes, por alguna razón que desconoce disfruta llevándolo todo al límite, le gusta ver hasta dónde aguanta él mismo pero sobre todo, quiere comprobar hasta dónde son capaces de llegar los demás. Para él se trata solo de un juego, le gusta combatir contra su adversario hasta demoler todas sus resistencias y sentirse el único ganador de aquella batalla.

- Edurne, mira que tener que acabar así… Con lo que yo te he querido, te quería solo para mí, lo sabes, ¿No?

<< Pero tú…tú te empeñaste en estropearlo todo, y entonces recurrí a Gina, está tremenda, bueno, tú ya lo sabes, la ves todos los días, pero el problema es que ella no es tú, y yo te quiero a ti. Con ella me divierto, pero no es nada serio, no es como cuando tú y yo estábamos bien, eso sí que fueron buenos tiempos. No sabes cómo te he echado de menos, joder, ni te lo imaginas>>

Evans le da una larga calada a su cigarro y tira la colilla por la ventanilla.

- Ahora tienes dos opciones, como ves soy muy generoso. Puedes volver conmigo, en ese caso no nos queda más remedio que hacer borrón y cuenta nueva, tú olvidas lo de Gina y yo olvido tus conspiraciones con mi amigo pelirrojo. Oh sí, claro que lo sé, Gina me llamó y me conto vuestros planes, no sabes cómo me dolió, fue una doble traición… mi amigo y mi chica. Sí, ya ves, aún te considero mi chica, soy un imbécil, ¿No? Pero no creas que voy a perdonarte sin más, si quieres

volver conmigo tienes que hacer algo por mí….me paro ahora mismo en el arcén y llamas a nuestro querido Damien para persuadirlo de que no se vaya de la lengua como tenía previsto.

<< La otra opción es que no quieras volver conmigo ni llamar a Damien. Entonces tendré que deshacerme de los dos, tú decides>>

El ruido del motor es el único sonido que amortigua los pensamientos de Edurne cuando Evans deja de hablar y espera pacientemente su respuesta. Se siente atrapada, sabe que ella no tiene salida, pero si puede conseguir que Damien se salve entonces su vida aún tendría un poco de sentido.

- Para el coche, voy a llamar a Damien.

Evans gira bruscamente y para el coche en el primer saliente que encuentra en la calzada. Después coge su teléfono móvil de la guantera, marca el número de Damien y se lo pasa a Edurne sin más dilaciones.

- No hagas ninguna tontería. – Le advierte mientras le pasa el aparato.

Ha parado de nevar, una luna débil ilumina el cielo detrás de las nubes espesas y blanquecinas y Edurne siente como su respiración se congela mientras acepta el teléfono que le ofrece Evans, que la mira fijamente con la victoria reflejada en los ojos. Después de aquella llamada no habría escapatoria, aún así Edurne espera que aparezca la voz de Damien al otro lado con una punzada de esperanza.

Damien siente la nariz hinchada como una bota, pero el médico le ha dicho que la inflamación iría remitiendo en las próximas horas. Justo se encuentra saliendo del hospital cuándo recibe una llamada inesperada de Evans Bonfils. Le resulta extraño, por unos momentos piensa en no coger el teléfono pero una corazonada le dice que lo haga, y cuando descuelga el auricular es la voz temblorosa de Edurne la que suena y al instante intuye que algo va realmente mal.

- Hola Damien, soy yo…te llamaba porque creo que es mejor que reconsideres tu idea, no denuncies a Evans.- Dice ella lo más convincente que puede.

- ¿Cómo dices?- Pregunta Damien algo confundido.

- Evans no volverá a molestarte, Damien, te lo aseguro, pero a cambio tú tienes que prometerme que no vas a denunciarle.

Damien traga saliva porque al escuchar aquella petición se teme lo peor.

- Edurne, ¿Estás en apuros?

Silencio.

- ¿Edurne?

Un pitido al otro lado de la línea da por finalizada la conversación de forma brusca y repentina. Damien guarda el aparato en el bolsillo de su abrigo mientras se dirige hacia el coche cabizbajo y pensativo, el cual estaba aparcado en el parking del hospital. No para de darle vueltas a una idea en su cabeza y con ella susurrándole al oído arranca el motor de su Megane Coupe de color rojo y se pone en marcha sin vacilar.

Cuando Evans y Edurne salen del coche ya no nieva, pero un frío agudo se cuela por sus ropas traspasando los tejidos como largas agujas afiladas. Sólo el sonido del viento y sus pasos sobre la nieve se aventuran a romper el silencio sepulcral que aletea en la oscuridad de la noche.

Cuando entran en la casa Evans enciende las luces sin mediar palabra y cierra la puerta tras ellos quedándose completamente a solas entre aquellas cuatro paredes. Allí estaban de nuevo, en aquel lugar que les había visto mirarse de tantas formas diferentes.

Con un solo gesto de su dedo índice Evans le indica a Edurne que se siente en el sofá y ella obedece sin protestar, sabe que sería perder el tiempo en una guerra que de antemano ya tenía perdida, así que con la esperanza de que en algún momento llegue la oportunidad idónea, se sienta y espera atenta a que Evans de el siguiente paso, pero Evans se limita a caminar de un lado a otro murmurando para sí mismo, parece que no tiene un plan definido, parece que se mueve por impulsos. Tras vacilar unos momentos finalmente mira a Edurne y le lanza la pregunta como si no pasara nada.

- ¿Quieres comer algo? Yo tengo hambre, podemos preparar unos filetes.

Edurne le mira contrariada intentando disimular su sorpresa y asiente en silencio.

- Venga vamos, no te quedes ahí parada, ven y ayúdame a preparar la cena.

Edurne se levanta y antes de encaminarse a la cocina mira a través de la ventana del salón, su mirada perdida traspasa el cristal, la nieve, la carretera y llega mucho más allá. Se pierde en la

lejanía buscando alguna forma de salir de allí sana y salva, pero no la encuentra, sólo ve vacío, nieve virgen, oscuridad y más vacío.

Cuando se acerca a Evans él la abraza y le susurra al oído.

- Esta vez todo va a salir bien, y no se te ocurra volver a dejarme o no respondo, Edurne, no respondo.

Edurne se deja abrazar intentando no mostrar el miedo atroz que la sacude. Bajo los brazos fuertes de Evans siente que todo su cuerpo es frágil como el cristal, y que podría romperse en mil pedazos de un momento a otro.

-24-

Febrero de 2015

El coche oficial de policía vuela por los caminos nevados y derrapa en cada curva que toma Emil con aquella manera de conducir tan peculiar que tiene. Adam le diría algo en otras circunstancias, pero en este caso tiene tanta prisa por llegar a su destino que finalmente opta por agarrarse al asiento y tragarse el miedo de caer al vacío por cualquier terraplén de aquella carretera rural e inestable.

- ¿Qué buscamos exactamente, jefe?

- Una pistola eléctrica o un paralizador, probablemente para el ganado.

- ¿La pistola con la que quizá hayan matado a Adrian y a Agnes?

Adam asiente en silencio acrecentando aquella atmósfera de suspense y misterio que llena el interior del coche.

- O cualquier otra cosa que nos parezca interesante. Ahora que sabemos que el refugio fue el escenario de un crimen debemos hacer un registro detallado, aunque haya pasado mucho tiempo desde que Adrian matara a su hermano no está de más echar un vistazo.

<< Además, tenemos el testimonio de un nuevo testigo que asegura haber visto a Adrian Hult el día que le mataron, tan solo unas horas antes para ser exactos. Es un vecino de su propia calle y le conocía de toda la vida, según su declaración se cruzaron con el coche y parece ser que Adrian iba en dirección al refugio. Al testigo le sorprendió porque ya estaba anocheciendo y según me dijo él mismo desde hacía algunos años Adrian apenas subía allí arriba y mucho menos a esas horas, *ya no somos unos chavales, Inspector*, había dicho el hombre lleno de nostalgia, eso y que

probablemente aquel sitio le traía recuerdos amargos, pensó Adam para sí mismo >>

- ¿Y por qué lo ha contado ahora?

- Según nos ha contado en Comisaría aquella mañana salía de viaje con su esposa. Iban a ver a su hijo que desde el verano pasado vive en Alemania y aún no le habían visitado. Han estado fuera desde entonces. A pesar de que la muerte de Adrian ha salido en algunos medios de comunicación dice que no se habían enterado de nada y cuando llegaron a casa este domingo los propios vecinos pusieron al tanto de lo ocurrido al matrimonio. Obviamente ambos quedaron consternados.

<< Recapitulemos Emil: el testigo vio a Adrian Hult montado en su coche a las 19.00 horas aproximadamente del sábado 10 de enero en dirección a su refugio, al que dice que últimamente solía ir solo los fines de semana por la mañana. Y después de eso nadie le vio volver. Agnes asegura que estuvo con él esa misma tarde a la hora del café, y no se supo nada más de él hasta las dos de la madrugada del día siguiente en el que la pareja de jóvenes encontraron su cadáver de forma casual en el lago. Pero lo más curioso de todo es que el coche de Adrian sí que estaba a la mañana siguiente en su puerta, como si nunca hubiera ocurrido nada, como si no hubiera ido a ningún sitio. Algo no encaja, Emil… ¿Sabes lo que creo?

- No tengo ni idea, Inspector.

- Creo que hay un detalle que nos ha despistado todo este tiempo, el coche, el coche estaba en su puerta y por eso nunca decidimos ir al refugio…pero… ¿Y si Adrian murió en el refugio? Es decir, le asesinaron en el refugio y trasladaron su cadáver hasta el lago, aunque obviamente algo salió mal, seguramente los jóvenes interrumpieron al asesino cuando intentaba deshacerse del cuerpo y antes de que le descubrieran decidió huir y dejar su trabajo a medias. Pero por lo que parece si le dio tiempo de dejar el coche de Adrian en la puerta de su casa, de esa forma despistaría a la policía y él ganaría tiempo para huir sin levantar sospechas.

Mientras escucha con atención a su jefe Emil le mira con los ojos abiertos rebosantes de sorpresa y admiración por la brillante teoría que éste acaba de elaborar sobre la marcha, pero asustado por

un brusco bache que le hace agitarse en todas direcciones Adam le señala la carretera para que el joven no la pierda de vista.

Conforme avanzan por la vieja e inestable calzada se van adentrando en el bosque y la luz del sol se va haciendo más débil y delicada. Nubes anaranjadas vuelan como esponjosos algodones de azúcar en un cielo despejado anunciando la noche que caería sobre ellos en pocas horas.

Ahora toman un camino de firme duro pero que está repleto de piedras y baches profundos. Sus cuerpos rebotar sobre los asientos de forma sistemática y Adam piensa para sí mismo que aquel camino intransitable iba a destrozar el coche patrulla. Como estaban comprobando por sí mismos el invierno había hecho estragos en el escaso kilómetro que había desde que habían abandonado la carretera secundaria hasta que por fin llegaran a su destino, y mientras lo hacen Adam reflexiona para sí mismo sobre lo fructífero que había sido el día anterior, el cual había sido decisivo para la investigación. Y es que había obtenido dos testimonios cruciales en un mismos día; primero la conversación con su hermano, y después la aparición de aquel testigo fortuito que nada más enterarse de los hechos había acudido a la Comisaría para aportar su versión de la historia. La suerte por fin estaba del lado correcto, y Adam se sentía profundamente optimista y esperanzado.

Cuando por fin llegan a su destino Emil aparca delante de la casa y los dos agentes salen del coche patrulla con la impaciencia de dos perros sabuesos que van tras la pista inequívoca de su presa. Están tan focalizados en su objetivo que no reparan en el maravilloso paisaje que les rodea, no aprecian la variedad de pájaros que suenan de fondo, ni la fusión de colores que tiñe el inmenso firmamento.

Adam consigue abrir la puerta del refugio sin ningún problema, se notaba que la cabaña estaba medio abandonada y la dejadez había minado la estructura, que al ser de madera se había estropeado y se veía deslucida y apagada, además, había algunos tablones sueltos y otros estaban podridos, por lo que no resultó difícil abrir la puerta con un simple empujón sobre ella.

En el interior todo es oscuridad y olor a rancio. Como era de esperar los interruptores no

funcionan y ambos sacan sus linternas para iluminar el espacio. Todo está cubierto de polvo y tiempo estancado, cada metro cuadrado huele a humedad y a soledad enquistada. Y a pesar de ello descubren algo que les hace mirarse con un brillo de triunfo chispeando en los ojos.

Casi con la respiración contenida Adam y Emil recorren la planta baja del refugio intentando no alterar el escenario de un posible crimen. En el suelo, sobre el polvo, hay varias huellas marcadas que no quieren borrar con sus propias pisadas, por ello tienen mucho cuidado de dónde pisan, podrían tener ante sus ojos la suela del zapato del asesino y esta vez no pensaban dejarle escapar.

- Emil, acércate al coche a por una cinta de balizar y rodea las pisadas para que no se mezclen con las nuestras. Después llama a la policía científica para que vengan cuanto antes.

Mientras tanto, Adam recorre la planta de arriba sin encontrar nada más que le resulte interesante. Cuando baja de nuevo a la planta de abajo Emil ya ha terminado su trabajo y ambos salen de la casa para dirigirse al cobertizo que hay en la parte de trasera, es un pequeño habitáculo situado junto a los establos, donde encuentran almacenados un sinfín de trastos viejos de diversa índole.

Junto a una de las paredes del desordenado almacén hay una mesa con herramientas y utensilios

propios de una casa en el campo. Entonces Adam ve algo que llama su atención y le indica a Emil que no se mueva.

- Mira, ahí, en el suelo.

Ambos apuntan con sus linternas en la dirección que señala el dedo de Adam. Sobre el polvo acumulado por el paso del tiempo hay un pequeño objeto de metal, Adam se agacha para observarlo más de cerca y está casi seguro de que es la pieza de una cremallera que se ha soltado y se ha caído al suelo.

Adam sale del cobertizo inmediatamente y llama a la Comisaría con una voz que transmite prisa y urgencia, y contagiada por su ímpetu la secretaria le pasa de manera inmediata con el Comisario, el cual le escucha sin interrumpirle. Adam le cuenta todas las novedades y le pide que meta prisa a los de arriba para que la policía científica llegase cuanto antes, había que sacar una plantilla con aquellas huellas y tenían que recoger aquella pieza que les miraba desde el suelo con insolencia para comprobar si había huellas dactilares.

Cuando Adam cuelga el teléfono los dos hombres salen afuera, la noche había caído definitivamente sobre ellos y el frío se había hecho más intenso y afilado. Algunas estrellas tiritaban en el negro firmamento siendo cómplices de los últimos descubrimientos de los dos agentes.

Mientras ellos esperan impacientes a que llegue el personal solicitado deciden recorrer los establos y los rediles dónde Adrian guardaba sus caballos en el pasado, Adam aprovecha aquellos momentos para poner al corriente a Emil sobre su conversación con Alfred. El chico le mira intrigado mientras escucha aquella historia llena de drama y romance, como si fuera la trama de una auténtica película de cine.

Al cabo de cuarenta minutos de espera interminable por fin tres coches oficiales se detienen frente a la casa. De uno de ellos sale el Comisario, que tras reunirse con los profesionales que iban a inspeccionar la zona en busca de más pruebas que ayudasen a encajar aquel maldito rompecabezas

les las de forma clara y concisa las instrucciones necesarias. Después se acerca hasta donde están ellos que lo han observado todo desde la distancia y le da unas palmaditas en el hombro a Adam.

- Buen trabajo, Inspector, buen trabajo.

Y mientras aquel equipo de hombres y mujeres realiza su trabajo de forma concienzuda se él se fuma un cigarro que le sabe a satisfacción y victoria.

El día siguiente amanece frío y despejado. Adam y Emil están en el atolladero disfrutando de un café caliente y unos dulces llenos de calorías que les ayuden a soportar el frío sobrio de la mañana.

- Me muero por saber los resultados- Dice Emil sin poder disimular su impaciencia.

- Bueno…Después del registro sabemos que el paralizador no estaba allí, pero también es cierto que el asesino podría haberlo cogido del cobertizo, haberlo usado contra las víctimas y haberse deshecho de él, eso sería lo más lógico. Pronto sabremos algo más sobre las huellas que había en el suelo y la cremallera. Creo que el asesino era el mismo tipo que merodeaba por la casa de Agnes y de Adrian, quizá sabía que Adrian le había descubierto y se deshizo de él porque le estaba entorpeciendo, pero… ¿Quién es ese tipo y que quería realmente? Quizá su único objetivo era Agnes y el asesinato de Adrian fue circunstancial por haberse metido en medio.

- Podría ser.- Dice Emil masticando su bollo relleno de crema con cierta esperanza en el rostro. Deberíamos preguntarle a la familia y a los vecinos si conocían la marca del paralizador que usaba el viejo con el ganado, quizá eso nos diga algo.

- Buena idea Emil, encárgate tú. Y hay más, hoy tenemos que volver a la casa de Agnes, tenemos que buscar su diario, estoy seguro de que en esas cartas encontraremos algo relevante.

- Eso espero, Jefe. Nunca antes había trabajado en un caso tan interesante.

Cuando Emil se termina el bollo de crema y el café se dirige al cuarto de baño y deja solo a Adam lleno de conjeturas y cavilaciones, entonces Adam repara en la noticia que están dando en el

televisor y decide dejar aquellos pensamientos para otro momento.

- Birger, ¿puedes subir el volumen?

- Claro, eso está hecho.

En la pantalla había una reportera situada justo delante de los escombros de un incendio. Estaba hablando sobre el caso de la enfermera de los Alpes que por fin había salido del coma, y estaba relacionado aquel caso con un incendio y un posible asesinato que al parecer se habían producido en aquella cabaña quemada. Parecía que su caso no era el único que se complicaba. A Adam le resultaba familiar aquella mujer, pero no lograba recordar dónde la había visto antes.

<< Ahora que la enfermera por fin se ha despertado del coma podemos saber más sobre este oscuro caso que ha conmocionado a todo el país. Edurne García por fin ha explicado los hechos a la policía. Según ha declarado todo fue obra de un ex novio violento y peligroso incapaz de aceptar la ruptura de aquella relación y que ante su impotencia decidió secuestrar a la joven en el aparcamiento del hospital en el que ella trabajaba.

Ahora sabemos que el cadáver hallado en la cabaña incendiada es el de Damien Fabre, un joven soldado que tras acudir en la ayuda de la joven perdió la vida a manos de Evans Bonfils, un loco y desequilibrado ex soldado que ahora está siendo buscando por la policía en toda Europa.

Edurne pide que se respete su intimidad y no ha querido hacer declaraciones a la prensa, a continuación podrán ver la fotografía del agresor que está en busca y captura. Pueden llamar a la policía si tienen alguna pista >>

En esos momentos la imagen de la reportera desaparece y la foto de un hombre joven, rubio, de ojos castaños y facciones duras y huesudas llena la pantalla con una expresión osada y desafiante. Pero entonces un timbre familiar le hace desviar la atención del telediario matinal y mientras Adam descuelga su teléfono móvil y atiende la llamada Emil regresa del cuarto de baño y paga la cuenta en la barra.

- ¿Dígame? Inspector Adam Berg al habla.

- Inspector, soy el Comisario.

- Diga señor Comisario.

- Hemos recibido un aviso de la central de Uppsala, un asesino de origen francés está en busca y captura en toda Europa y están distribuyendo su imagen a todas las comisarias locales, te paso la imagen para que la veas. Vamos a distribuirla a todos los agentes, si hubiera alguna pista quiero que me llames de inmediato, a cualquier hora, Adam. Dejo sobre tu mesa el informe con toda la información detallada sobre este individuo.

- Entendido Comisario, ahora mismo estaba viendo la noticia en la televisión.

Adam escucha el pitido que indica que la conversación ha finalizado y está a punto de guardar el aparato en su bolsillo cuando de pronto el teléfono vuelve a sonar.

- Buenos días Inspector, soy Gretta Olsson, ya tengo el informe de la muerte de Agnes, tal y como usted sospechaba las marcas coinciden con las de Adrian, la teoría del paralizador concuerda y todo hace indicar que fue el mismo aparato, o al menos uno de las mismas dimensiones.

- Muchas gracias Gretta, eres fantástica ¿Alguna cosa más de interés?

- Sí. Tiene algunas marcas en los brazos, a la altura de las axilas.

- ¿Alguna idea?

- Ya leerá usted mismo el informe y sacará sus propias conclusiones, pero si quiere mi opinión, creo que Agnes murió en otro sitio y la trasladaron, de ahí esas marcas en sus brazos, la arrastraron para cambiarla de sitio y que pareciera que había muerto mientras dormía.

- Muchas gracias Gretta, Emil pasará a recoger el informe esta misma mañana.

- Gracias a usted, Inspector.

- Emil, cuando acabemos en casa de Agnes quiero que vayas a por ese informe y que a partir de

las dimensiones que dejó el paralizador eléctrico en la piel busques toda la información que sea posible, el modelo del aparato, etc.

- De acuerdo jefe, hay varias tiendas en la zona que venden material agrícola y ganadero, cuando tenga los datos me pasaré por ellas y realizaré algunas preguntas.

Adam y Emil están por fin en casa de Agnes. La puerta aún estaba balizada con la cinta de plástico negra y amarilla que la policía había puesto días atrás indicando que el paso estaba restringido.

Emil sube directamente a la planta de arriba y mientras tanto, Adam se queda registrando la planta de abajo. Después de mirar a su alrededor como si fuera un animal rastreando a su presa, el Inspector decide comenzar por el dormitorio de la anciana siguiendo más un impulso que un indicio real de que allí pudiera encontrar algo. Adam se pone en la piel de la anciana que había

vivido en aquella casa e intenta pensar como lo haría ella, y de pronto le viene la idea como un relámpago fulminante. El armario.

Adam entra en la habitación y la observa con atención. Una cama pequeña ocupaba el centro de la estancia custodiada por una mesita de noche a cada lado. Sobre la mesita de la derecha había un retrato del difunto marido de Agnes, una foto en blanco y negro en la que el hombre mostraba una mirada inquietante y profunda, tenía que haber sido muy difícil convivir con aquel hombre, su simple expresión en el portarretratos denotaba un carácter complicado. Justo encima de la cama había un crucifijo algo siniestro y las paredes estaban forradas con un papel estampado de motivos florales que sobrecargaba en exceso el ambiente. Y en la pared de la izquierda estaba lo que él andaba buscando, un armario de tamaño mediano que combinaba con una sencilla cómoda de madera que adornaba el resto de la pared.

Es una habitación oscura y sin ventanas, se notaba que Agnes se había trasladado allí de manera improvisada y el que había sido su antiguo y verdadero dormitorio estaba en la planta de arriba en una habitación con un gran balcón por el que entraba la luz los días en los que el sol brillaba con la suficiente entereza.

Adam se dirige hacia el armario y abre con determinación el mueble de madera de par en par. De la barra de aluminio aún cuelga la ropa oscura de la mujer, convirtiéndose en el último vestigio que quedaba de toda una vida que ya se había extinguido, lo único palpable que ahora quedaba de ella. En el suelo hay algunas cajas de zapatos, el Inspector las abre una a una pero desafortunadamente sólo encuentra en ellas unas zapatillas de casa y un par de botas altas que parecían de cuando la mujer había sido joven.

Pero en la parte superior del armario hay un altillo, y Adam piensa para sí mismo que eso era lo que él andaba buscando. Con la emoción de cuando uno se acerca irremediablemente a la verdad, Adam se sube a una silla y abre las dos puertas para ver lo que hay dentro. El altillo es alto y tiene cierta profundidad, en el fondo puede palpar con sus manos algunas bolsas que parecen contener

edredones y mantas, y delante de las bolsas alcanza a ver un par de cajas de cartón, una de ellas es de mayor tamaño y la otra sin embargo es más pequeña. Adam las coge con cuidado y las baja del altillo, las pone sobre la cama y las abre con suma curiosidad.

En la caja de mayor tamaño Adam encuentra una colección de manteles bordados a mano que olían a naftalina y que seguramente llevaban años guardados en aquella caja pulcramente doblados, se notaba que Agnes había sido una mujer talentosa que en su juventud se había aficionado a la costura. En la caja pequeña había fotos y recuerdos de toda una vida; un broche con forma de flor, un pintalabios rojo a medio gastar, un antiguo billete de tren…y un cuaderno.

Adam se sienta en la cama y abre el cuaderno por el principio, siente que tiene algo muy valioso entre las manos y lo hace con el mayor de los respetos. Allí estaba, lo había encontrado, era el diario de Agnes, una ventana por la que podría ver por sí mismo como habían sido los entresijos de su familia.

Con una amplia sonrisa iluminando su rostro Adam lo guarda todo en la pequeña caja de cartón y llama a su compañero lleno de entusiasmo. Ya podían marcharse, tenían lo que habían ido a buscar, ahora solo tenía que zambullirse en aquellos relatos de vida con el fin de comprender lo que aún no comprendía, o de ver lo que aún no podía ver.

-25-

La luz entrando por la ventana impacta de lleno en sus párpados cerrados. Clarissa abre los ojos poco a poco y se encuentra en una habitación extraña que al principio le cuesta reconocer, después se va despertando y se da cuenta de que se encuentra en la casa de Adam, el Inspector de policía que la había acogido temporalmente hasta que decidiera a dónde iba a ir. Porque tenía que tomar una decisión y ella lo sabía perfectamente.

Agnes había muerto y ahora no podía seguir estando en su casa, tenía que buscarse otro sitio en el que vivir. Lo cierto era que aquel incidente le había trastocado profundamente, en aquel tiempo le había cogido mucho cariño a la anciana y estaba muy a gusto con ella, realmente iba a echarla mucho de menos, aquella mujer y aquella casa le habían dado cobijo cuando más lo había necesitado. Al pensar en ello un gran nudo le apretaba la boca del estómago pidiendo auxilio sin palabras.

Aún tenía algunas cosas en su antigua habitación pero hasta que la investigación no terminase no podría ir a recogerlas así que tendría que esperar, además, en esos momentos no se veía capaz de tomar ninguna decisión sensata.

Mientras disfruta de aquel agradable momento de somnolencia en la cama Clarissa siente algo cálido y reconfortante en su costado. Con media sonrisa en la cara se gira hacia un lado y embriagada de nostalgia mira a Cascabel, que con total descaro acaba de tumbarse junto a ella en el sofá cama.

¿Y ahora qué pensaba hacer? Había llegado hasta Älg de forma casual pero de forma sorprendente le gustaba vivir allí. Le gustaba el aire puro de sus bosques, la amabilidad de sus habitantes que la habían acogido como si fuera una más de los suyos, le gustaba la comida del Atolladero y los paseos bordeando el lago. Le gustaba la presencia constante de las montañas a lo lejos que le transmitían coraje y seguridad. No, no quería marcharse. Por unos momentos Clarissa piensa en sus padres y la nostalgia le hace valorar la posibilidad de volver a casa pero rápidamente la descarta, aún no se sentía capaz de mirar a sus padres a la cara, todavía necesitaba más tiempo para digerir todo lo que le había ocurrido en los últimos meses y curar ciertas heridas que aún permanecían abiertas.

Aún no podía mirarse ni ella misma en el espejo, ¿Cómo iba a enfrentarse a su familia, a sus amigos? ¿A todo lo que había dejado atrás en su antigua vida?

En lo más profundo de su corazón Clarissa se siente avergonzada. Avergonzada por no haber hecho lo correcto desde el principio, por haber cogido aquel atajo estúpido y sin sentido que la había llevado a un laberinto de mentiras y más mentiras. ¿Por qué lo había hecho? Ella nunca se había comportado así, siempre había cumplido la ley, había sido una ciudadana modelo toda su vida y ahora estaba metida en aquel lío por haber tomado una mala decisión en una situación crítica.

Y ahora le aterrorizaba confesar toda la verdad. Tenía miedo de las miradas recriminatorias y los

juicios de valor, tenía miedo de que la rechazaran, ¿Cómo iban a mirarla después de lo que había hecho? Por unos momentos siente el peso de aquellos juicios imaginarios sobre ella y le dan arcadas. Desearía ser otra persona y poder empezar de cero, se odiaba a sí misma por haber sido ser tan estúpida, por haber sido tan lenta, por no haber reaccionado a tiempo. Ahora se lamentaba de que aquel tren hubiera pasado de largo y la hubiera dejado atrás, porque sabía que ya nunca lograría alcanzarlo a tiempo.

Y con aquel anhelo en el corazón se había mudado a otro país, alentada con la esperanza de ser esa otra persona que en el fondo le gustaría ser pero no era, con aquella idea ingenua en la cabeza de empezar de nuevo. Pero los fantasmas del pasado le perseguían insolentes día y noche y no le daban tregua, siempre los llevaba detrás pisándole los talones, no podía esconderse de ellos, no podía esconderse de su antigua Yo, porque por más que quisiera huir siempre terminaba encontrándose con la cruda realidad, que seguía siendo ella misma aunque llevara un disfraz diferente. Sus errores, sus equivocaciones, la peor versión de sí misma habían tomado la forma de una sombra alargada que siempre estaba presente por más que corriera y corriera en aquella huída hacia adelante.

Pero Clarissa se había cansado de correr, se había cansado de huir, y se había cansado de ocultar la verdad.

La aterradora imagen de Edurne desangrándose en el asiento de atrás del coche le hace estremecerse de dolor y de pronto siente frío en todo el cuerpo. ¿Cómo pudo dejarla así? ¿Cómo pudo abandonarla? Pues lo hizo, no dudó en hacerlo, se sintió en peligro, se sintió acorralada y no sintió ningún pudor en salir corriendo para salvar su propio pellejo, así de egoísta era. Ese tipo de persona era ella.

¿Y qué otra cosa podría haber hecho? Se decía a sí misma una y mil veces para consolarse, pero

Clarissa tenía una respuesta convincente para aquella pregunta. Podría haber hecho lo correcto, acompañar a Edurne al hospital, estar con ella, esperar hasta que se despertase y decirle quien era ella en realidad. Hablar con la policía y contarle todo lo que había ocurrido, a fin de cuentas ella había sido una víctima más. Fin de la historia.

Pero en lugar de eso, que por otro lado era lo más lógico dadas las circunstancias, ella decidió abandonar a Edurne en el hospital. Después de haberla buscado durante meses y al fin haberla encontrado decidió huir lo más lejos posible de ella y de la verdad. Porque la verdad le quemaba como si fuera una brasa ardiendo dentro de su puño cerrado.

Y la cruda verdad era que llegado el momento habían decidido quedarse con Edurne y se habían desprendido de ella, como si fuera un simple paquete del que uno pudiera deshacerse sin remordimientos. Tenía tan solo cinco años cuando había sucedido todo pero lo recordaba tan nítido y transparente como si hubiera ocurrido ayer mismo…ojalá hubiera podido olvidarlo sin más. Y aunque había luchado toda su vida contra aquellos sentimientos de rencor hacia sus abuelos, la dura realidad le había impactado de nuevo en la cara cuando finalmente encontró a Edurne y los recuerdos se hicieron de pronto más continuos y persistentes. La habían escogido a ella, y era algo contra lo que no podía luchar.

Era curioso cómo podía llegar a dominarle a uno el subconsciente cuando menos lo esperaba, y eso fue lo que le sucedió a ella, que en aquellos momentos de tensión extrema, cuando la cabaña ardía tras ella y Edurne se desangraba en el coche, fueron sus heridas infantiles las que decidieron por ella, como si fuera una fiel servidora de sus miedos y temores más profundos. Se encontró de pronto frente a un desfiladero y tomó el camino más fácil para ponerse a salvo. Era extraño como dos sentimientos tan opuestos podían convivir dentro de una misma persona siendo tan diferentes, y mientras la dejaba a su suerte en manos de los médicos ardía en deseos de quedarse con ella y a la vez la odiaba por haber sido la elegida, por haberse quedado en casa mientras ella había sido expulsada del hogar y entregada a unos extraños.

Y cuando llegó el momento crítico no fue capaz de quedarse, no pudo llamar a sus abuelos para decirles que su nieta estaba en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte, porque entonces hubiera tenido que mirarles a los ojos después de tanto tiempo y sabía que no era capaz de hacerlo, no era tan fuerte como todos creían. No pudo ni siquiera imaginarse enfrente de ellos. Por eso desapareció. Por eso cuando Edurne estuvo a salvo puso tierra de por medio. Y ahora, por haber escondido la verdad tanto tiempo bajo llave, en lugar de ser una víctima más de aquella horrible historia se sentía como si fuera culpable de un crimen atroz que huía y se escondía por miedo a ser descubierta en cualquier momento.

Pensaba en sus abuelos y no podía evitar verse a sí misma muchos años atrás el día que la habían separado de ellos. Su abuela le había dicho que sólo se iba de viaje unos días, pero que pronto volvería a casa. Le mintió. Nunca volvió, y aunque su familia adoptiva siempre la había tratado bien ella siempre se había sentido como un perro abandonado, toda su vida se había sentido herida, como si hubiera algo en ella que estaba roto o estropeado, tanto que las personas más cercanas a ella la querían lo más lejos posible. No era digna de su amor, por eso la enviaron lejos sin darle ninguna explicación convincente.

Los recuerdos cabalgan en su mente como caballos salvajes y encabritados. Clarissa rompe de pronto a llorar de forma brusca e involuntaria. Ve a sus abuelos en su memoria, ve a sus padres antes del accidente, ve al pequeño bebé que duerme en su cuna. Ve su vida antes de que se la arrebatasen. Y llora como una niña mientras se envuelve en el edredón nórdico que amortigua sus sollozos y sus lamentos haciéndose cómplice de su historia.

Clarissa se encuentra sumergida en su dolor como si fuera un pez que nada y nada en una pecera profunda e inagotable que no tiene fin, por eso no escucha la llave que abre la puerta ni los pasos del hombre que se dirige hacia el sofá cama y se sienta junto a ella. No escucha la voz suave de Adam calmando su llanto, pero siente unas manos fuertes y decididas que la sacan de su cueva y la acercan a un pecho sólido y consistente. Y en ese pecho Clarissa se deja mecer, como si fuera de nuevo aquella niña que había perdido a sus padres y después había sido arrancada de los brazos

de sus queridos abuelos y separada de su pequeña hermana que aún era un bebé. Adam la mece y la estrecha cálidamente hacia él sin pedirle que deje de llorar, simplemente permanece con ella mientras lo hace.

Al cabo de algunos minutos que sin embargo parecen una eternidad Clarissa se agota y deja de llorar, ya no le salen más lágrimas porque las ha derramado todas y se siente mareada y ajena a todo lo que la rodea, como si acabara de despertarse de un profundo sueño. Es entonces cuando empieza a darse cuenta de dónde se encuentra y tímidamente se separa de Adam y se limpia la cara con las mangas de su pijama. A consecuencia del llanto Clarissa sabe que sus ojos deben estar hinchados y enrojecidos, y aunque se siente avergonzada por lo que acaba de ocurrir dirige su mirada transparente y limpia a causa de las lágrimas derramadas al hombre que tiene delante, y en silencio le agradece su paciencia y su compañía.

Adam le devuelve la mirada y no puede evitar sonreírle con ternura. Aquel había sido sin duda el momento más íntimo que ambos habían compartido desde que se habían conocido, quizá por eso, por sentirse más cerca de ella que nunca, Adam acerca una mano a su pelo para apartárselo de la cara y verla mejor, y sin decirle nada se levanta y se dirige hacia la cocina para preparar café. Clarissa aprovecha ese momento para ir al cuarto de baño y echarse agua en la cara.

Ahora ambos se encuentran sentados en el sofá cama bebiendo café recién hecho a pequeños sorbos sin saber muy bien que decir. Un silencio espeso planea sobre ellos esperando ser roto en

cualquier momento.

- Lo siento. – Dice Clarissa ahora sin mirarle a la cara.

- No tienes por qué hacerlo. Venía a recoger unos papeles y a preguntarte si podías acompañarme a la Comisaría, hay un asunto que te incumbe. Pero podemos dejarlo para otro momento. Diré que no estabas aquí. ¿Estás mejor?

Clarissa guarda silencio unos momentos. ¿Por qué le costaba tanto hablar con aquel hombre? ¿Por qué no le salían todas las palabras que bullían sin descanso en su garganta?

- No, no, me vendrá bien salir de aquí. Si no te importa me doy una ducha y voy en unos minutos.

- De acuerdo, te espero allí.

Pero Adam no se mueve de allí, por el contrario la observa mientras se aleja sintiendo que acaba de perder una gran ocasión para intimar más con aquella mujer que siempre parecía tan inaccesible y que por unos segundos se había mostrado tal cual era, sin máscaras, sin protecciones de ningún tipo. Necesitaba hacer algo más por ella, aunque no se le ocurría cómo hacerlo, y de pronto la oportunidad que había tenido entre las manos se había esfumado en el aire y ahora era etérea, inalcanzable, igual que ella.

- Estoy mejor, Adam, puedes irte.- Le dice ella desde el pasillo.

Y él se levanta, pero antes de irse se dirige hacia ella y le da un beso en la mejilla.

Cuando minutos después Clarissa sale de la ducha aún siente en la piel el beso cálido que Adam le ha dado antes de marcharse.

Como suele hacer últimamente se viste sin prestarle ninguna atención a la ropa que se pone y opta por unos vaqueros negros gastados que se pone casi a diario y un jersey de lana de cuello alto de color gris claro. Se siente demasiado intrigada por lo que Adam le había dicho como para prestarle atención a nada más.

Por eso se seca el pelo rápidamente, coge sus cosas sin entretenerse y se pone el chaquetón que cuelga de la percha que hay junto a la puerta, y cuando sale de la casa la luz impacta con brusquedad sobre ella obligándole a entornar los ojos, que aún están hinchados y enrojecidos. Aunque se siente algo más aliviada sabe que aún lleva una carga demasiado pesada sobre los hombros y hasta que no se sincerase con alguien no lograría deshacerse de ella definitivamente.

Cuando Clarissa llega al despacho de Adam la puerta está abierta y le encuentra ojeando unas fotografías que hay esparcidas sobre la mesa, pero al verla entrar, Adam las guarda rápidamente en una caja de cartón y sale al pasillo a su encuentro.

- ¿Estás mejor?

Ella asiente en silencio.

- Vamos a la sala de interrogatorios.- Le dice mientras caminan.

- ¿Vas a interrogarme?- Pregunta Clarissa sorprendida.

- No, pero alguien nos está esperando.

Cuando Adam abre la puerta de la sala de interrogatorios Clarissa ve a los hermanos Hult sentados el uno junto al otro. Al verla entrar ambos hombres la miran tan sorprendidos como expectantes, como si ella sobrara en aquella reunión familiar y no entendieran qué diablos estaba haciendo allí. Entre Carl y Alf hay un hombre sentado que ella no había visto nunca con anterioridad. Antes de empezar la reunión Carl le lanza una mirada cargada de osadía y un escalofrío la recorre de los pies a la cabeza.

- Clarissa, toma asiento por favor, ya conoces a Carl y Alf, los hijos de Agnes, y este es su notario.- Dice Adam mientras se sienta frente a ellos.

Clarissa se sienta en una silla vacía que hay junto a la de Adam sin comprender nada en absoluto, se siente perdida y fuera lugar, como una flor que osa germinar en medio de un campo nevado.

- Bueno, en realidad es el notario de la familia, y resulta que tiene algo importante que decirnos.

El hombre trajeado se ruboriza al darse cuenta de que Adam le había dado la palabra, se notaba que era tímido y no le gustaba ser el centro de atención. El notario era un hombre delgado en extremo, alto y desgarbado, y aunque quisiera aparentar lo contrario su aspecto resultaba poco elegante.

- Bien, sí, por fin estamos todos. Señorita, la hemos citado porque su nombre sale en el testamento de Agnes.

- ¿Mi nombre?- Pregunta Clarissa sorprendida.

- ¿Es usted Clarissa Ericson?

- Si.

- Entonces sí, su nombre aparece en estos documentos que tengo delante.

El notario se dispone a leer el testamento a los presentes con una voz temblorosa y más aguda de lo normal. Y para sorpresa de todos el documento citaba textualmente que Agnes, en plenas facultades físicas y psicológicas dejaba tras su muerte la que hasta entonces había su casa a su hijo Alf y dejaba el refugio del bosque que anteriormente había pertenecido a Adrian Hult a Clarissa Ericson.

- Un momento, ¿Te refieres al refugio de Adrian?- Pregunta Clarissa algo confusa.

- Sí, como usted sabrá Adrian murió hace poco tiempo, y previamente había dejado su refugio a Agnes. Aunque esto fue más tarde, antes de Agnes hubo otro heredero.

- ¿Qué quiere decir?- Pregunta Adam sin perder aquella oportunidad que se le presentaba.

- Hace un par de años el testamento de Adrian era diferente…su deseo era repartir las dos posesiones que tenía entre sus dos sobrinos, la casa era para Alf y el refugio para Carl, pero después lo cambió, no me pregunte las razones porque no las se señor Inspector, pero decidió ponerlo a nombre de Agnes, y Agnes a su vez quiso cedérselo a Clarissa.

Por unos momentos el ambiente en la pequeña sala se vuelve tenso y espeso, como la niebla que no te deja ver nada una plomiza mañana de invierno. Carl mira primero a su hermano con ojos acusadores, y después los deposita sobre Clarissa cargados de ira y resentimiento.

- Debe de haber un error, no puede ser que esta…esta desconocida se lleve una parcela que es de la familia…

- No hay ningún error, Carl, yo mismo estaba presente cuando su madre firmó el testamento y estaba muy convencida de lo que hacía.

- De acuerdo, ustedes tres van a quedarse aquí para contestar algunas preguntas. Clarissa, si tienes alguna duda este es tu momento, si no puedes irte cuando quieras.

- Bueno yo…estoy muy sorprendida por esto… ¿Realmente es mío el refugio?

- Por supuesto, venga por mi oficina cuando quiera y lo formalizamos, solo tiene que firmar unos documentos.

- De acuerdo, iré esta misma semana.

Después Clarissa abandona la sala de interrogatorios y sale de la comisaría con una extraña y reconfortante sensación flotando a su alrededor. Agnes le había dejado el refugio… ¡A ella! ¿Por qué lo habría hecho? En cualquier caso ahora daba igual cuales fueran los motivos, lo único que importaba era que de no tener absolutamente nada había pasado de pronto a ser la única dueña de aquella propiedad en un pequeño pueblecito de las montañas al que había llegado por pura casualidad, o quizá no, quizá había llegado porque allí estaba su sitio.

Clarissa camina de regreso a casa de Adam con las manos metidas en los bolsillos. Una sonrisa amplia y sincera se dibuja en su rostro que normalmente permanece inexpresivo, quizá la vida le estaba dando una segunda oportunidad para empezar de nuevo, para ser ella misma, para ser feliz…iría cuanto antes a ver ese refugio del que tanto había oído hablar y que ahora le pertenecía, pero ahora solo quería llegar a casa y tocar el violín hasta que dolieran las yemas de los dedos.

-26-

Enero 2015

AMANECE

Erika se encuentra sentada en el sofá de casa viendo pasar el tiempo minuto a minuto mientras se mira las manos con una mezcla irritante de inquietud y nerviosismo que le desespera. Edurne no ha vuelto en toda la noche y está muy preocupada por ella, después de los últimos acontecimientos no tendría que haberla dejado volver sola del hospital, pero ella se empeñó en que no era necesario que fuera a buscarla, decía que terminaba muy tarde y que no quería causarle ninguna molestia.

¿Cómo iba a causarle alguna molestia? Edurne le había abierto las puertas de su casa y de su vida de par en par, jamás podría ser una molestia ir a recogerla, y menos aún si estaba en peligro.

En el exterior aún no ha amanecido y el fresco matinal le hace estremecerse de frío repentinamente. Pero no es sólo frío, hay algo más, es una intuición, un mal presentimiento, es la extraña certeza de que algo desagradable podría suceder en cualquier momento…si es que no había sucedido ya.

Y ahora se encuentra en pijama sentada en el sofá cama en el que dormía cada noche, y mientras

los segundos pasaban uno tras otro el miedo crecía en sus entrañas a pasos agigantados. No podía quedarse allí quieta esperando por más tiempo, ya no lo soporta más, y sin pensárselo dos veces Erika se levanta del sofá y se viste con premura, con ansiedad, hay impaciencia en cada movimiento que realiza, en cada paso que da. Aún no sabe muy bien lo qué va hacer, pero entonces ve la mesa puesta de la noche anterior y mientras piensa se queda con la mirada fija en las dos hamburguesas frías que se quedaron esperando sin suerte a unas comensales ausentes que nunca llegaron. Después mete la comida en la nevera y concentrada en un único pensamiento que revolotea en su mente como una alegre mariposa, Erika sale del ático para enfrentarse al frío de la mañana y baja las escaleras de forma precipitada saltando los escalones de dos en dos.

Había llegado a la conclusión de que la mejor idea era comenzar por el principio, y para ello sólo tenía que ir al hospital a comprobar si Edurne había terminado aquella noche su turno a la hora de siempre y si alguien la había visto salir o la había escuchado decir a dónde pensaba dirigirse después.

El hospital estaba muy cerca de casa así que Erika se dirige hacia allí andando, o casi corriendo, el frío le traspasa la piel y hace que sus dientes castañeen unos contra otros, como si estuvieran masticando de forma compulsiva, con las prisas había olvidado además coger su gorro de lana y tenía las orejas heladas, pero por dentro siente un calor que la impulsa a seguir hacia delante sin pensar en otra cosa, solo tiene un objetivo en la cabeza y todo lo demás queda relegado a un lejano segundo plano.

Cuándo Erika entra en el hospital un desagradable olor a medicamento y detergente impacta de lleno en sus pulmones escociéndole como si le hubieran derramado agua oxigenada sobre una herida abierta. Tan solo había estado allí en un par de ocasiones que había ido a recoger a Edurne, pero había sido suficiente para conocer las zonas principales de las instalaciones.

Ahora camina por el pasillo principal en dirección a la sala de enfermeras, quizá allí encontrara alguna compañera de Edurne con la que pudiera hablar sobre su paradero, pero afortunadamente antes de llegar allí se topa con un grupo de enfermeras que charlan entre ellas de forma amistosa justo en medio del pasillo y Erika las aborda sin perder ni un solo minuto. Sin andarse con rodeos absurdos e inútiles Erika les lanza una única pregunta directa y concisa, pero las enfermeras se sorprenden al escucharla y se encojen de hombros sin saber dónde puede encontrarse la jefa de enfermeras. Algunas de ellas la habían visto salir después de atender a un chico que había llegado a última hora con una ceja rota y la nariz hinchada. Por lo que sabían, Edurne había salido un poco más tarde de lo habitual por atender a este último paciente, pero según Kate, tras atenderle había mencionado que estaba muy cansada y que se iría directamente a casa.

Erika sale del hospital con la cabeza gacha y siente cómo la preocupación empieza a asfixiarla. No tiene ni la más remota idea de lo que va a hacer a continuación, y mientras atraviesa el parking del hospital sin una dirección clara de pronto ve algo que le hace detenerse en seco, porque a unos metros de distancia puede ver con total nitidez el coche de Edurne, aparcado como si nada en el mismo sitio donde ella lo habría dejado aquel mismo día cuando llegara a trabajar. Con la excitación de quien acaba de realizar un gran descubrimiento Erika se acerca corriendo hacia él coche y cuando por fin llega hasta él se da cuenta de que sobre la nieve hay un bolso abierto de mujer con algunos objetos desparramados por el suelo, entre ellos un llavero que le resulta tan

familiar como el bolso, cubierto por un pequeño montículo de nieve que intenta camuflarlo sin éxito. Erika recoge el llavero del suelo y sacude la nieve que ha caído sobre él en las últimas horas, son las llaves del coche Edurne y piensa utilizarlo para encontrarla.

El frío extremo del amanecer ha conseguido que no sienta las orejas pero ahora eso carece de

importancia porque hay otras emociones más intensas que han logrado eclipsarlas. Aún así, Erika pone la calefacción al máximo y arranca. El sol aún no ha salido pero empieza a despuntar una luz dorada en el horizonte, una luz débil y plomiza que a pesar de su poca intensidad anuncia el nuevo día que viene tras ella.

Sin saber muy bien los motivos Erika se dirige a la cabaña de Evans, simplemente sigue una intuición que se abre paso en el caos que siente por dentro. Ya había estado allí antes, en realidad sólo una vez. Le siguió. No es que ella fuera una acosadora, pero estaba preocupada por Edurne y un día siguió a Evans hasta allí para comprobar cuál era el refugio en el que se escondía aquel cobarde de mierda que estaba destrozándole la vida a su amiga.

Y la verdad era que estaba ubicada en un paraje precioso. Una cabaña pequeña y modesta asentada en medio de la espesura del bosque, rodeada de altos árboles centenarios que bebían en la orilla de un hermoso lago helado. Podía entender que a Edurne le gustase aquel lugar porque indudablemente era el paisaje de un cuento de hadas, pero no podía entender que se hubiera enamorado de aquel tipo tosco y brusco que nunca había sido capaz de tratarla como ella se merecía.

Aquella primera vez Erika había dejado el coche a cierta distancia de la casa para que Evans no la oyera llegar, tenía que pasar completamente inadvertida. Después se había acercado cautelosamente a las inmediaciones del terreno para inspeccionar los alrededores, entonces era tarde y estaba oscuro, y si tenía cuidado y era sigilosa no tenía por qué ser descubierta. Mientras le observaba en silencio a través de la ventana de la cocina podía sentir como corría por su cuerpo la excitación del momento, era algo parecido a tener en su interior un centenar de hormigas juguetonas.

Y allí estaba el hombre que había marchitado la vida de su amiga como si fuera una margarita en otoño, y a decir verdad no era para tanto, quizá se había creado falsas expectativas por haber escuchado tantas historias en las que él siempre era el protagonista, pero al verle por fin en

persona no podía entender que Edurne hubiera llegado a estar tan colada por él. Era sólo un hombre, nada más. Y había muchos más hombres en el mundo que realmente valían la pena.

Pero allí estaba él, abriendo la nevera y sacando todo lo necesario para prepararse un sándwich para cenar, totalmente ajeno a su presencia furtiva. Y entonces aparece ella en escena, una mujer rubia que aparece de la nada y le abraza desde atrás mientras le besa en el cuello, él se gira para mirarla, la abraza con una sonrisa pícara en los labios y sin más preámbulos le quita la camiseta que a ella le llega hasta la mitad de los muslos, dejándola completamente desnuda. Para Erika aquella imagen es más que suficiente, no quiere seguir mirando, en lo único que piensa es en que tiene que advertir a Edurne cuanto antes de que aquel desgraciado seguía viendo a la enfermera de la que le había hablado en varias ocasiones, aquella con la que él juraba y perjuraba que jamás había estado fuera del hospital y con la que nunca había tenido nada de nada. Que hijo de puta más mentiroso.

Como Erika no tiene el menor interés en ver aquella escena aprovecha aquel momento de pasión que ha surgido de manera espontánea entre la pareja para dar una vuelta sigilosa por el perímetro de la cabaña. En la parte de atrás hay un cobertizo que parece que utilizan a modo de almacén o trastero, tras ponerse de puntillas se asoma a una pequeña ventana demasiado alta para poder mirar con comodidad en el interior de la estancia, pero aún así puede ver algo, una caldera, unas garrafas de gasoil, leña bien apilada, una mesa llena de herramientas, útiles de pesca y otras cosas por el estilo. Su mente activa no pasa por alto un rifle de caza que cuelga impertérrito de la pared. Tras echar una última ojeada sin encontrar nada más que despierte su interés, Erika decide dar por finalizada aquella arriesgada expedición y regresa a casa como si aquella oportuna intromisión nunca hubiera ocurrido.

Y ahora se encontraba allí de nuevo. La vida realmente daba muchas vueltas, como un tiovivo que nunca dejaba de girar.

Cuando Erika sale del coche una luna radiante le da la bienvenida como si fueran grandes amigas

que se reencuentran después de una larga temporada sin verse. Con una luz radiante y plateada le va iluminando el camino como si fuera su aliada secreta.

Había dejado el coche escondido fuera de la carretera y a cierta distancia de la cabaña igual que había hecho aquella primera vez, sabía que cualquier precaución podría serle vital en una situación en la que en realidad, no sabía a lo que se enfrentaba, pero que presentía peligrosa. Ahora iba andando por el camino que llevaba directamente hasta la casa y que apenas se veía a causa de la cantidad de nieve que cubría su superficie, tenía que andarse con cuidado para no resbalarse o tropezar con las ramas y piedras que encontraba a su paso de vez en cuando, y todo de la manera más silenciosa posible pues no sabía que podía encontrarse y no quería que nadie percibiera su presencia. Una nube de vaho salía de su boca en cada respiración, tiñendo de un color blanquecino la inmensidad de la noche.

Por fin puede ver la cabaña a tan solo unos metros de distancia de donde ella se encuentra, las luces están encendidas así que debe de haber alguien en su interior, y puede ver un gran coche plateado aparcado en la puerta. Pero no le da tiempo de fijarse en ningún detalle más, porque de pronto escucha un alarido de dolor que le estremece y todos sus sentidos se despiertan al unísono de un fogonazo. Todo su cuerpo se encuentra de pronto en estado de alerta, la adrenalina se le dispara y la prepara para la acción, tiene miedo y a la vez no lo tiene y en ese estado de shock en el que se encuentra Erika continúa acercándose lentamente hacia la casa sintiendo pavor por lo que pueda encontrarse. Y entre cientos de temblores minúsculos que la sacuden como si fueran descargas eléctricas, Erika se asoma por la ventana del salón y lo que descubre tras ella la deja consternada, quizá ya no pueda hacer nada, quizá haya llegado demasiado tarde.

Aún al resguardo de la ventana Erika puede ver a Edurne en el interior de la cabaña, pero su imagen no es muy alentadora. Se encuentra sentada en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, su cuerpo frágil se asemeja al de una marioneta sin vida y da la impresión de que ha caído allí por accidente, su cabeza está ladeada hacia su hombro derecho y mantiene los ojos cerrados al mundo, como si no quisiera ver los horrores que la rodean de ninguna de las maneras. En la pared, a unos centímetros sobre ella, hay una mancha de sangre que chorrea lentamente por la madera…al observarla en aquella postura extraña y grotesca Erika se remueve por dentro, como si fuera una loba que advierte desde la distancia un intruso que intenta atacar a su camada.

Erika desvía la mirada desde la mancha de sangre que tiñe de rojo la pared de nuevo hacia Edurne y entonces aprecia la herida que tiene en la cabeza y que antes le había pasado inadvertida. Y llena de miedo se lleva las manos a la boca y ahoga un grito desesperado.

Mientras tanto Evans ocupa el centro de la estancia deambulando de un lado a otro como si fuera un animal peligroso que acaba de ser enjaulado. Parece que piensa en voz alta, murmura frases a media voz hablando para sí mismo, parece enajenado, tiene la mirada aturdida, confusa, desorientada y lleva en la mano un cuchillo manchado de sangre. Y entonces Erika cae en la cuenta de que aún hay más, aquello era más grave de lo que ella había pensado en un principio, porque sobre el suelo yace el cuerpo de un chico pelirrojo del cual mana una gran mancha de sangre. Desde la distancia parece que no se mueve, podría estar muerto, pero quizá no, quizá si se daba prisa aún hubiera una oportunidad para ellos.

Lo primero que hace siguiendo un gesto involuntario e instintivo es buscar su teléfono móvil en los bolsillos de su cazadora para llamar a emergencias lo antes posible, pero llena de terror y

desesperación comprueba que no lo encuentra por ninguna parte, seguramente se lo había dejado en casa olvidado, la verdad era que con las prisas no recordaba haberlo cogido. Erika resopla agobiada por aquel contratiempo y un abrumador sentimiento de impotencia le nubla la mente, aquel descuido imperdonable podía costarles la vida a todos ellos. La desesperación se apodera de ella como un veneno mortal que se extiende por todo su cuerpo en busca del corazón para que finalmente, éste deje de latir. Se sentía estúpida por haber cometido aquel error tan absurdo que ahora la dejaba prácticamente sin opciones, y mientras piensa en un plan "B" se atormenta mentalmente con inútiles maldiciones y acusaciones silenciosas.

Y al final llega a la firme conclusión de que no le queda más remedio que actuar, no puede hacer otra cosa, la situación es extrema y no hay tiempo para elaborar planes perfectos, tendría que conformarse con lo que tenía a su alrededor porque nadie iba a acudir en su ayuda. Erika actúa movida por un instinto protector que nunca antes había sentido. O quizá fuera un sentido del deber y de la justicia, un sentimiento de solidaridad, de humanidad hacia aquellas dos personas injustamente malheridas. Por eso no le cuesta trabajo hacer lo que hace, en aquel momento es lo único que puede hacer. Así que sin pensar en las posibles consecuencias de sus actos se dirige sin más al cobertizo de atrás y coge el rifle que hay colgado en la pared, comprueba que está cargado y se encamina hacia la puerta principal de la casa. Nunca antes había disparado a una persona de carne y hueso, pero si temía por su vida no iba a dudar en hacerlo.

Erika abre la puerta de la casa e irrumpe en la fría estancia apuntando con el rifle a Evans, el cual se queda paralizado y con cara de estúpido la mira desconcertado. Por unos momentos no alcanza a comprender lo que está pasando a su alrededor, ni quien es aquella persona que ha invadido su vivienda sin llamar primero a la puerta.

- ¿Quién coño eres tú?

- Suelta el cuchillo muy despacio si no quieres terminar como él, Evans.- Dice Erika señalando con la cabeza al chico pelirrojo.

Evans la mira con media sonrisa en los labios como si aquello le pareciera de pronto divertido, después suelta el cuchillo de golpe, el cual cae junto al cuerpo inerte de Damien envuelto en un sonido metálico.

- Qué vas a hacer, ¿Matarme?- Dice Evans sin dejar de sonreír con aquella expresión estúpida en el rostro.

- Si me obligas a hacerlo, no dudaré en dispararte. No te muevas si no quieres que te pegue un tiro ahora mismo. Mi abuelo era cazador y me enseñó a disparar, tengo buena puntería.- Aquello no era del todo cierto pero él no podía saberlo, aunque lo de tener buena puntería si era verdad.

Erika se acerca a Edurne sin dejar de apuntar a Evans con el rifle y le toca el cuello con los dedos para comprobar si tiene pulso, después se pone de pie y mira a su alrededor sin saber muy bien qué hacer a continuación, aquello era lo malo de actuar sin ningún plan, movida únicamente por el instinto de supervivencia. Pero entonces Erika ve una luz al final del túnel, porque sobre la encimera de la cocina hay un teléfono móvil que de pronto destaca sobre todo lo demás y parece llamarla en silencio tendiéndole su ayuda silenciosa.

- Ahora vas a ir saliendo muy despacio de la casa, porque yo voy a llamar a la policía y van a venir a por ti.

- Aquí no hay cobertura, creo que eso no va a ser posible.- Dice Evans mientras va acercándose hacia la puerta para salir como ella le había ordenado.

- No te hagas el estúpido conmigo Evans, los dos sabemos que para llamar a emergencias no hace falta cobertura.

Erika coge el aparato en un movimiento rápido sin perder a vista al hombre que a unos metros de ella no para de amenazarle con la mirada, después camina tras él hacia el exterior de la casa.

Ahora están los dos fuera. El Hyundai gris metalizado está aparcado cerca de ellos y Erika observa cómo Evans desvía la mirada hacia el coche. Adivinando sus intenciones se gira

rápidamente hacia aquel tiburón plateado y dispara certeramente a una rueda.

- Por si estás pensando en hacer alguna locura.

Pero ese giro la deja expuesta unos segundos que Evans aprovecha para saltar sobre ella y tirarla al suelo. El rifle salta irremediablemente de su mano a causa del impacto y se hunde en la nieve a unos metros de ella desapareciendo de la escena en un abrir y cerrar de ojos. Ahora Erika está tumbada sobre la nieve. Siente el frío colándose por su cuello y por sus muñecas. Pero lo peor es sentir a Evans sobre ella inmovilizándola y mirándola con aquella irritante expresión de triunfo iluminando su cara.

-27-

Febrero de 2015

Es sábado, el termómetro marca 3 grados bajo cero pero el sol intenta asomarse a la vida entre aquella masa informe de nubes blanquecinas. Los rayos que lo consiguen son débiles pero reconfortan.

Aquella mañana Adam se había ido de casa muy temprano, le había dicho que quería salir un rato con la bicicleta pero que estaría en casa para la hora de comer y que si ella quería, podían salir a comer fuera. Clarissa le había dicho que sí, y al recordarlo ahora siente una momentánea sensación de bienestar en el vientre.

Aquella mañana se había levantado sintiéndose mejor que días atrás. Mejor con ella misma y mejor con el mundo. Tener cerca a Adam le obligaba a relacionarse y a no quedarse inmersa en su tan conocida burbuja de dolor inagotable. Adam la obligaba a hablar aunque ella no tuviera ganas, le hacía propuestas que no siempre podía rechazar, estaba ahí con su buen humor y aquella predisposición positiva hacia todo lo que le rodeaba, y la acogía con aquella mirada que no le recriminaba nada y no le pedía más de lo que ella le podía dar.

Y ahora estaba la repentina noticia del refugio. Había decidido que el lunes iría a hablar con el notario para solucionar cuanto antes los trámites administrativos, pero aunque aún no fuera oficialmente suyo, aquella mañana de sábado no podía resistirse a la idea de ir a verlo, había oído hablar de aquel sitio en varias ocasiones pero nunca había estado en él y ahora que iba a ser de su propiedad la curiosidad iba en aumento.

El Hyundai Tucson gris metalizado se desliza como una sinuosa serpiente sobre el camino helado que después de un sinfín de curvas debería dejarla frente al refugio. Hace días que no nieva pero las bajas temperaturas han conseguido que cualquier superficie esté prácticamente congelada y sea un peligro tanto para los vehículos como para los peatones. Clarissa ha seguido una estrecha carretera de montaña que se ha internado en el bosque nada más salir del pueblo, y siguiendo las indicaciones de Adam, a pocos kilómetros, en la primera bifurcación que se ha encontrado, ha cogido un desvío a la derecha. Se trata de un camino que no está asfaltado y que tiene un firme irregular repleto de baches y grietas que hace la conducción algo incómoda y destartalada. A los

lados puede ver árboles frondosos cuyas ramas se desprenden de algunos montículos de nieve que ya no pueden sostener por más tiempo.

Adam le había explicado cómo llegar hasta allí la noche anterior, pero le había prohibido terminantemente que entrara en la casa. Tendría que conformarse con observarla desde fuera hasta que la investigación terminase, de hecho aún estaba balizada con cinta policial ya que era un lugar al que nadie tenía acceso excepto la policía.

Minutos después Clarissa está frente al refugio. Extrañamente emocionada sale del coche y lo observa desde la distancia. Es una casa de madera que en su día posiblemente habría sido sólida y confortable, pero que ahora estaba muy desmejorada por el paso del tiempo y el abandono. Aun manteniendo las distancias Clarissa rodea la casa y se dirige hacia la parte trasera, donde encuentra un establo con un redil en forma circular dónde los animales de Adrian seguramente habrían salido a comer pasto fresco y a moverse con más libertad en el pasado. Clarissa mira aquel sitio medio abandonado y la idea le viene a la cabeza de pronto como un relámpago brillante y fulminante, y mientras observa el lugar y el entorno que le rodea puede sentir como aquella idea se torna clara y nítida en su mente, y tras cerrar los ojos puede ver la imagen de aquel sitio reformado y lleno de vida delante de ella.

Ante esta inesperada perspectiva siente una oleada de motivación recorriendo todo su cuerpo, como una agradable descarga eléctrica que activa de pronto su cerebro, unas tremendas ganas de vivir brotan de algún lugar desconocido para ella, una alegría desbordante le hace sonreír de forma involuntaria, es algo parecido a la ilusión, lo cual le sorprende por ocurrir de forma tan casual e inesperada.

A la derecha de la estropeada cabaña hay prados de pasto en los que el color verde aún es inexistente, pero a su izquierda hay un bosque espeso y húmedo que gotea con cada copo de nieve que se sacuden los árboles doblados por el peso excesivo. Mientras sigue recreándose en la idea que da vueltas y más vueltas en su inquieta cabeza intentando tomar forma con total plenitud,

Clarissa se adentra en el bosque siguiendo un sendero estrecho que ha encontrado junto a la parte trasera de la casa.

Pero entonces escucha el sonido de una rama que cruje y se parte de improvisto y siente la presencia de algo o de alguien a su derecha. Con la respiración contenida Clarissa mira entre los árboles y de pronto le ve allí parado, imponente, inmenso…mirándole fijamente con aquellos ojos grandes y salvajes. Un alce, un animal majestuoso que la mira con una expresión noble en el rostro sin hacer el menor movimiento, y durante unos segundos que parecen eternos ambos se miden con la mirada.

Clarissa nunca había visto a un animal como aquel tan de cerca. Sabía que habitaban en los bosques de toda la región porque había escuchado muchas conversaciones en el bar de Birger de los cazadores de la zona, de hecho, si el pueblo se llamaba como así era en honor de aquellos animales formidables, de siempre habían sido aquellos parajes famosos por sus esplendidos ejemplares.

De pronto el alce gira la cabeza y tras mirarla por última vez con aquellos ojos tan oscuros y profundos como una cueva infinita se sumerge bosque adentro siguiendo su camino como si nunca se hubiera tropezado con ella. Clarissa le mira hipnotizada mientras el animal se aleja, sintiendo aún su presencia incluso cuando había desaparecido entre los árboles, y de pronto aquella visión parece un mero espejismo en el vasto desierto de su mente. Después de este encuentro mágico y fortuito, Clarissa retoma su paseo y como si fuera una niña curiosa disfruta del paisaje, de los sonidos y los olores, pero sobre todo disfruta de la alegría que brota de su corazón que durante tanto tiempo había permanecido apesadumbrado y perdido en la oscuridad de su alma.

Mientras vuelve hacia el refugio, Clarissa se da cuenta de que tiene las manos heladas y la cara tan fría como un témpano de hielo. El bosque es tan espeso que no deja que los rayos de sol la alcancen, y allí adentro, en aquel enjambre de vegetación descontrolada, apenas puede entrar la escasa luz del día. Cuando por fin llega a la vieja y destartalada casa de madera, Clarissa decide que ya es hora de regresar al pueblo, se daría una ducha de agua muy caliente para entrar en calor y se cambiaría de ropa para ir a comer con Adam, que según sus cálculos debería de llegar en unos cuarenta y cinco minutos como mucho.

Pero justo cuando se dispone a entrar en el coche Clarissa escucha un sonido a cierta distancia que llama su atención y la paraliza. Es algo metálico, como si alguien estuviera removiendo trastos o herramientas dentro del almacén que había al lado del establo, pero se suponía que allí adentro no debía de haber nadie. Clarissa se queda muy quieta y agudiza el oído, si, sin duda allí adentro había alguien.

Algo nerviosa mira a su alrededor pero no ve ningún coche a la vista, quizá se había precipitado y simplemente fuera algún animal que había entrado a refugiarse del frío, pero no quedándose del

todo conforme con aquella teoría comienza a caminar despacio hacia la parte posterior de la casa para comprobar lo que estaba ocurriendo por sí misma.

Ahora se encontraba de pie junto al redil, que a su vez se comunicaba a través de una puerta parcialmente rota con el establo y este a su vez con el cobertizo de donde procedía el sonido misterioso. Clarissa pasea su mirada por la estropeada valla de madera y rápidamente encuentra la entrada, atraviesa el viejo redil donde los caballos habrían salido a tomar el aire años atrás y después entra en el establo de forma sigilosa, un olor desagradable e intenso impregna sus sentidos a pesar de llevar tantos años vacío, y bajo sus pies percibe una gruesa costra de estiércol seco que está tan petrificado por el paso del tiempo y el abandono que casi parece cemento.

El espacio en el que se encuentra está prácticamente a oscuras, aunque por las rendijas de la vieja madera carcomida por las termitas se cuelan algunos rayos de luz que al menos le permiten distinguir los contornos de los objetos para no tropezar con ellos. Con pasos lentos y cuidadosos para no delatar su presencia continúa avanzando por el establo siguiendo la estela de ruidos que escucha en la habitación contigua. Clarissa se da cuenta de que la puerta del fondo que comunica el establo con el cobertizo está ligeramente entornada. Con sigilo se acerca hasta ella y la abre, y ante su sorpresa y desconcierto ésta chirria y todo se detiene. Los ruidos cesan de pronto y ella se siente descubierta. Clarissa deja de respirar, pero en medio de aquel silencio repentino puede escuchar la respiración de otra persona que igual que ella, intenta contener el aliento.

Y entonces siente miedo. Y el miedo la paraliza. No ve nada a su alrededor y no sabe dónde está el interruptor de la luz, aunque lo más probable fuese que la luz estuviera cortada y no funcionase, sin duda el nerviosismo le estaba haciendo pensar tonterías. De pronto se siente imprudente y estúpida y sólo quiere regresar a casa, ¿Quién le mandaba meterse en una situación como esa? Era el posible escenario de un crimen y ella estaba deambulando por allí como si nada…pero Clarissa no puede seguir elaborando más pensamientos porque de pronto escucha un sonido que la hace ponerse en guardia y distingue una silueta moviéndose en la oscuridad. Y después siente un golpe seco en la cabeza que la deja sin sentido y le hace caer al suelo como una muñeca de goma que no

ofrece ninguna resistencia.

Adam ya ha llegado a casa y le ha sorprendido no ver el coche de Clarissa en la puerta. Le había dicho que quería ir al refugio por la mañana pero que al medio día volvería y entonces irían a comer juntos. Quizá simplemente se había retrasado admirando su nueva propiedad.

Mientras Clarissa llega a casa Adam pone la televisión de fondo y se da una ducha con agua caliente y abundante que reconfortante y relaja todo su cuerpo. Después de una intensa jornada de bicicleta siente los músculos de sus piernas tan cansados que éstas le tiemblan ligeramente, como si estuvieran a punto de quebrarse.

Cuando termina de asearse Adam se dirige de nuevo hacia el salón, se sienta cómodamente en el sofá y abre una lata de cerveza mientras escucha las noticas del día. Después de la ruta en bicicleta siempre tiene una sed y un hambre voraz, y la bebida fría le reanima mientras llega el ansiado momento del almuerzo, solo de pensar en las albóndigas con salsa de Birger su boca empieza a salivar de puro placer.

Pero el tiempo pasa, sus tripas rugen en señal de protesta y no hay señales de Clarissa. Adam es policía y sopesa todas las posibilidades a su alcance. Si ella no hubiese querido comer con él se lo hubiera dicho aquella misma mañana, si le hubiera surgido un imprevisto le habría avisado con una simple llamada o un mensaje. Por eso Adam empieza a preocuparse y de pronto le saltan todas las alarmas. Qué estúpido había sido, ¿Cómo había dejado que fuera sola allí arriba? Era el escenario de un crimen ¿Y si el asesino había ido a eliminar alguna prueba y se había encontrado con ella?

Adam coge la cazadora que cuelga del perchero y sale a toda prisa de la casa. Cuando se monta en el coche tiene la mente y el corazón palpitando a mil por hora y más rápido de lo normal para él, que habitualmente es muy prudente conduciendo, se dirige al refugio de Adrian Hult, o mejor dicho, al refugio de Clarissa Ericsson.

Cuando Adam llega a la finca advierte con cierto alivio que el coche de Clarissa está aparcado justo en frente la puerta, aunque tras unos segundos de observación silenciosa no tiene claro si eso es una buena o mala noticia. Sin perder más tiempo en cavilaciones absurdas Adam sale del coche y empuña su pistola en la mano, y con la mirada atenta y desconfiada entra en la vieja casa de madera por la puerta principal. Dentro no hay ruidos, todo está envuelto en una nebulosa inquietante de silencio rancio en el que Adam puede escuchar como retumban sus propias pulsaciones.

Con la pulcritud propia de un profesional con muchos años de experiencia y de servicio a sus espaldas, Adam recorre cada rincón de aquella casa en ruinas temiendo encontrarse a Clarissa detrás de cada puerta, de cada pasillo…la imagen de su cuerpo sin vida sobre el suelo le atormenta a cada paso que da hacia un desenlace desconocido.

Tras no encontrarla en ninguna de las deterioradas habitaciones de la casa Adam se dirige finalmente hacia la parte trasera, dónde se encuentra el establo y el cobertizo. Conforme camina por el polvoriento suelo de madera algunos tablones sueltos crujen bajo sus pies como si se avergonzaran del estado tan precario en el que se encuentran. Adam ilumina el suelo con su linterna, esta parte de la casa está más oscura ya que las contraventanas están cerradas y no entra casi nada de luz del exterior. Y de pronto todas sus sospechas se hacen ciertas y la realidad le estalla en la cara, a uno metros de distancia puede ver con claridad el cuerpo de una chica tumbada boca abajo en el suelo. El nudo que siente en su estómago le aprisiona tan fuerte que casi no puede respirar.

Adam se arrodilla esperanzado junto a ella y la mueve con sumo cuidado para ponerla boca arriba y ver si se encuentra malherida. Al tocarla se ha dado cuenta de que hay algo pegajoso en su pelo,

para asegurarse toca de nuevo aquella sustancia y después huele su mano mojada, confirmando al instante que es sangre. Después comprueba su pulso y siente en la yema de sus dedos las pulsaciones débiles pero constantes de Clarissa, y tras comprobar que no hay nadie más en la habitación la coge en brazos y la saca de allí a toda prisa.

Adam sabía que el pueblo en el que ahora vivía era un lugar pequeño y de montaña que tenía mucho encanto pero pocos servicios, eso nunca había sido un inconveniente para él que sabía perfectamente a dónde iba cuando le ofrecieron aquel traslado, pero ahora desearía vivir en una ciudad llena de comodidades y lujos a su alcance. Porque en aquel pueblo apacible y tranquilo había un modesto centro médico que abría únicamente dos días a la semana. Lleno de angustia y desesperación Adam decide llevar a Clarissa a Upssala, la ciudad más cercana donde podrían atenderla como era debido. En el trayecto escucha que ella balbucea algunos sonidos débiles e incoherentes y decide pensar que eso es buena señal, debía de estar despertándose de la conmoción que había sufrido.

El camino, aunque no es excesivamente largo, se le hace interminable y estresante. Nunca había conducido con semejante grado de angustia, y podía afirmar que había hecho numerosas persecuciones a lo largo de su carrera policial. En el fondo le gustaría ir más deprisa pero su conciencia no le permite hacerlo, ya va más rápido de lo que ha ido en toda su vida y no va a jugarse su vida, ni la de ella, por ganar tan solo unos minutos, así que opta por tener un poco de paciencia y esperar que ocurra lo inevitable, llegar a su destino.

Algún tiempo después Adam se encuentra sentado en la fría sala de espera de un hospital cualquiera. Nada más llegar, el personal del servicio de Urgencias había atendido a Clarissa con rapidez y eficacia, y tras limpiarle la herida le habían cosido con maestría la brecha que tenía en la cabeza. Después la habían trasladado a una habitación para que pudiera descansar y estuviese completamente recuperada antes de volver a casa. Un médico alto y joven le había comunicado que no podría verla hasta que estuviera totalmente estabilizada.

Mientras espera nuevas noticias de las enfermeras, Adam llama a Emil por teléfono y le cuenta todo lo que había sucedido en las últimas horas.

- Emil, perdona que te llame siendo sábado, pero ha sucedido algo.

- ¿Qué ha pasado, jefe?

- Clarissa Ericsson subió esta mañana al refugio para ver su nueva propiedad, fui un imprudente, no debí dejarle que lo hiciera pero no pensé que pudiera ser peligroso.

- ¿Y qué ha ocurrido?

- La encontré en el suelo sin conocimiento y con una herida en la cabeza, alguien tuvo que golpearla.

- ¡Qué me dice…!

- Ahora estoy con ella en el hospital esperando que despierte, avisa a otro agente y subid juntos a inspeccionar la zona, ya sabes, huellas de algún vehículo, pisadas…cualquier cosa. Ah…el coche de Clarissa se quedó allí, traedlo de vuelta y lo dejáis en la comisaría.

- Entendido, estamos en contacto jefe.

Una hora más tarde Clarissa se despierta y ve que Adam está junto a ella mirándola con una inequívoca y pronunciada expresión de culpa en el rostro. El Inspector le acaricia el pelo con ternura y le pregunta que cómo se encuentra. Ella se siente aturdida y conmocionada, pero pronto empieza a recordar y se lo cuenta todo. Después una enfermera entra a revisarle la herida y le dice que debe pasar allí la noche y que si todo va según lo previsto le darían el alta por la mañana.

- Vete a casa, Adam, estaré bien.

- No quiero dejarte sola.

- Venga ya, vete y atrapa a quien me ha hecho esto.

Adam la mira a los ojos.

- De acuerdo, pero mañana vendré a recogerte.

- Vale.

- Y te llevaré a comer, no te pienses que he olvidado que hoy teníamos planes.

Clarissa sonríe y se sonroja.

- De acuerdo.

Adam se despide y sale por la puerta dejándola sola en la habitación con media sonrisa en los labios. Pero aunque esté sola, ella se siente acompañada y protegida, y esa sensación le hace entrar en calor y sentir una agradable sensación en su interior. Algo parecido a lo que algunos llaman paz, o bienestar…algo que hacía mucho tiempo que ella no sentía.

-28-

Enero 2015

Evans sostiene las manos de Erika contra la nieve fría y dura mientras ella mira con furia a su agresor. Lo tiene sentado a horcajadas sobre sus piernas impidiéndole cualquier movimiento. La expresión de su cara es tan loca que Erika tiembla de miedo mientras le observa desde abajo completamente inmovilizada, ahora sabe que aquel hombre es capaz de todo, podía verlo en sus

ojos desquiciados…él se estaba divirtiendo con todo aquello. Y además, aunque era un hombre delgado era a la vez extremadamente fuerte, algo que la había cogido desprevenida.

- Edurne se está desangrando, por favor…sino llamas a emergencias va a morirse, y tú no quieres que muera.

- ¿Quién piensa en Edurne ahora? Además, me ha decepcionado, no es cómo yo esperaba, es demasiado…débil. En cambio tú…

- Estás loco.

- Mira cómo llamo a emergencias….- Dice Evans mientras le arrebata a Erika el teléfono móvil y lo tira al agujero que hay justo a su derecha en el lago helado.

Erika mira con desesperación como el aparato se hunde en el agua junto a todas sus esperanzas de ser rescatada con vida de aquel infierno.

- Ahora dime… ¿Tú quien coño eres?- Dice él mientras acerca su cara al cuello de Erika y lo huele.

Erika grita y pide ayuda a la desesperada, pero Evans se ríe a carcajadas con todo el descaro que es capaz de expresar en un momento como ese.

- Nadie va a oírte. Ve haciéndote a la idea de que aquí estamos solos tú y yo.

Entonces Erika se abalanza sobre el cuello de Evans y le muerde con todas sus fuerzas, es lo único que puede hacer. El sabor de la sangre le da nauseas pero es su vida la que está en juego, así que sin pararse a pensar en lo que está haciendo aprieta sus dientes con todas sus fuerzas y llena de asco siente cómo desgarra la piel del hombre que hasta hacía unos segundos había estado amenazándola.

Él grita con una voz aguda y estridente que se eleva sobre ellos y en un gesto instintivo se lleva las manos al cuello para disminuir aquel dolor repentino e insoportable que le abrasa la piel, lo que a ella le da más libertad de movimiento y antes de que él pueda reaccionar Erika le da un codazo en

la nariz y siente como esta se rompe tras el impacto, ahora la sangre mana de los orificios nasales de Evans manchando su ropa ante sus ojos desconcertados. Erika respira alocadamente mientras se zafa de él, a fin de cuentas las clases de defensa personal que había recibido en el pasado habían servido para algo.

Evans la mira con furia apenas unos segundos, después reacciona y se abalanza sobre ella como si fuera un lobo hambriento y ella fuera su débil presa, así es como la ve, como un simple cervatillo asustadizo e inexperto intentando huir del macho alfa de la manada.

Erika se arrastra sobre la nieve intentando alcanzar el rifle en un arrebato instintivo que le empuja hacia la supervivencia, pero él es más rápido y logra alcanzarla. Erika siente aterrada como unos dedos rabiosos se aferran a su pierna y avanzan hacia ella como dos garras afiladas y bien entrenadas en el arte de la caza, después, Evans la coge por el cuello del abrigo mientras jadea con el triunfo estallando en sus ojos excitados, y sin mirarla a la cara la arrastra unos metros más hasta llegar al agujero que hay sobre el hielo del lago, el agujero en el que minutos antes desaparecía el teléfono móvil y todas sus esperanzas de pedir ayuda. Y sin más dilaciones Evans le sumerge la cabeza en el agua helada. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Erika aguanta la respiración y siente como el frío le perfora los sentidos y la deja sin aliento.

Evans disfruta irremediablemente mientras ella teme morirse ahogada, para él sólo era un juego, pero esta vez el juego había ido más allá de lo normal porque por primera vez en su vida alguien le había desafiado, alguien le había retado con osadía y rebeldía y le había herido su henchido orgullo. Por eso tenía que darle una lección, con él no se jugaba, y si jugabas, perdías.

Evans saca la cabeza de Erika del agua bruscamente, lo suficiente para dejarla respirar y darle la esperanza de que quizá vaya a tener algo de compasión con ella, pero no la tiene, y de nuevo la sumerge en las profundidades del abismo dónde una niebla espesa empieza a brotar de la nada, como si se encontrara paseando una plácida mañana de invierno en medio de un bosque húmedo y espeso.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Erika siente cómo el agua fría se le clava en la piel como afiladas agujas desalmadas. Ocho, nueve. Y de nuevo respira un aire frío y doloroso que le devuelve al mundo de los vivos.

Pero Evans aún no se ha cansado, aún no le ha dado su merecido, por eso la sumerge una tercera vez, quizá fuera la última. Esta ocasión mete su cabeza en el agua con más violencia que las anteriores. Erika siente como el agua llega a sus pulmones y los encharca y por un segundo lo entiende, va a morirse ahogada en aquel maldito agujero y un miedo atroz se apodera de ella. Pero cuando realmente comprende que no hay salida deja de resistirse inútilmente, ya no le quedan fuerzas para luchar, todo se oscurece a su alrededor y el dolor llega a su punto álgido, después se va desvaneciendo entre la espesa niebla blanca que la envuelve. Y en medio de aquella espesura blanca distingue altos árboles guardianes de un bosque majestuoso, un bosque en el que nunca antes había estado pero que le resultaba extrañamente familiar. En la lejanía distingue la silueta de un animal grande y elegante, parece un alce, le mira con una expresión compasiva en los ojos y sin palabras le dice que no tenga miedo y que no se encuentra sola.

Edurne se encuentra envuelta en una oscuridad hueca y sorda que parece nublarle los sentidos. Pero aún así, puede apreciar que a lo lejos, muy a lo lejos, alguien grita con desesperación y agonía. El sonido le llega amortiguado por algún motivo que desconoce y con un zumbido de fondo, pero no hay duda, alguien pide ayuda en algún lugar cercano.

Además de aquel grito de auxilio desgarrador que le llega a cámara lenta siente algo pegajoso en el cielo de su boca, el sabor metálico le hace pensar que es sangre, pero es cómo si su mente fuera tres pasos por detrás de lo que está ocurriendo y su cuerpo fuera aún más lento que su mente. Ahora llega el dolor, con unos segundos de retraso, un dolor agudo y punzante en la cabeza, la siente palpitar como si estuviese abierta y el corazón le latiera dentro de ella. Boom, boom, boom.

Quiere ponerse de pie pero apenas tiene fuerzas para moverse, aún así, los gritos de fuera le obligan a intentarlo. Abre los ojos y ante su desconcierto sólo ve oscuridad, pero después van llegando a sus ojos algunas ráfagas de luz que le permiten ver el cuerpo inerte de Damien en el suelo. De pronto siente una punzada de terror que la paraliza. Sabe y no sabe dónde está, sabe y no sabe lo que ha pasado.

A pesar de tener temblores en todo el cuerpo Edurne logra incorporarse agarrándose a la pared, y tambaleándose hasta encontrar el equilibrio se dirige hacia la puerta principal que está abierta dando paso a una escena que no quiere ver, no sabe lo que va a encontrarse tras ella, pero algo le dice que no será agradable. Con cierto nerviosismo y empujada por un valor hasta ahora

desconocido para ella, Edurne se asoma al exterior paso a paso, como si el miedo a una terrible pesadilla le impidiese avanzar más deprisa. Y cuando por fin llega al porche de la casa lo que ve frente a ella la deja paralizada, es Evans ahogando a alguien en el agujero del lago, dónde acostumbraba a pescar en sus momentos íntimos de soledad. Edurne siente nauseas y vomita junto a la entrada de la casa, aún así continúa caminando a duras penas, lentamente, como si fuera una sombra de la noche que no quiere ser alcanzada por la radiante luz del día.

Un impacto brutal e imprevisto obliga a Evans a soltar a Erika y ponerse a cubierto. Por unos momentos se queda tirado en el suelo y con las manos se protege la cabeza de otro posible golpe. El oído le sangra y segundos después aún escucha un ruido sordo reverberando en sus sienes como si fuera el eco lejano de un murmullo inteligible.

Cuando alza la vista del suelo descubre con sorpresa que Edurne le está apuntando con el rifle, seguramente le había golpeado la cabeza con la culata, a traición y por la espalda, eso sí que no se lo esperaba. Él la mira contrariado y furioso, no le gusta que le interrumpan, no le gusta perder el control.

- Sácala del agua.- Le ordena ella con una voz distante y desconocida que le sale de algún lugar lejano.

Evans agarra a Erika del cuello y sin ninguna delicadeza por su parte saca su cabeza del agujero y la deja tumbada sobre la nieve. Ella tose y vomita agua a borbotones.

Edurne piensa para sí misma que eso es buena señal. Pero Edurne está al límite de sus fuerzas. Mientras todo da vueltas a su alrededor a cámara lenta puede sentir cómo la sangre le chorrea por el cuello y avanza por su espalda como un riachuelo joven e inocente. Si ahora comenzase a soplar el viento, Edurne estaba segura de que la tiraría al suelo como a un árbol viejo y sin raíces. Las piernas le tiemblan y finalmente no puede sostenerse por más tiempo, y sin saber cómo cae de rodillas sobre la nieve. El rifle se dispara solo y una bala furtiva atraviesa el aire hacia ninguna parte, y Evans aprovecha aquel momento para escapar, quizá fuera el único que tuviera tan claro. Mientras tanto, Edurne se entrega a un dulce sueño que la abraza como si fuera una niña pequeña indefensa y desprotegida, ella se entrega a él sin oponerse, no le quedan fuerzas para hacerlo.

Evans corre despavorido hacia el coche de Damien y en un acto desesperado arranca el motor, que ronronea con un sonido artificial que contrasta con la quietud y el silencia de aquel paraje natural. Después aprieta el acelerador y sin volver la vista atrás sale de allí derrapando sobre la nieve.

-29-

Febrero de 2015

Adam se había levantado aquella mañana de domingo bastante antes de lo que acostumbraba a hacer, desde el momento en que los primeros rayos del alba habían incidido débilmente sobre su

ventana él no pudo volver a conciliar el sueño, un sueño que aquella noche había sido menos reparador de lo habitual.

Ahora se encuentra en la cocina preparándose un café bien cargado, necesitaba tener la mente totalmente despejada y para despertar todos sus sentidos no había nada tan rápido y efectivo como un café solo y unos dulces de crema. Una vez que ha dejado la cafetera en el fuego se dirige hacia el salón, se sienta en el sofá y enciendo la televisión para escuchar las noticias en el telediario matutino como suele hacer cada fin de semana, y mientras observa las imágenes del telediario otras imágenes se cuelan a hurtadillas en su mente enturbiando la noticia que en aquel momento narra un joven periodista desde la distancia. Eran imágenes y frases de la noche anterior, cuando abandonaba el hospital para regresar a casa.

Adam cierra los ojos y revive todo lo que había ocurrido con plena conciencia, como si en realidad estuviese sucediendo de nuevo en aquel mismo momento. Aquella era una vieja técnica que solía utilizar en su trabajo cuando se sentía atascado, solo tenía que cerrar los ojos, relajarse, respirar profundamente y trasladarse al pasado. Eso le permitía revivir de nuevo la escena, pero esta vez como si fuese el espectador de su propia historia, percibiendo todos los detalles con una atención renovada. Cuando le apartaron del cuerpo debido al accidente de su compañero le obligaron a asistir a algunas sesiones de terapia con un psicólogo, y esta había sido algunas de las cosas que había extraído de aquel período.

La noticia del informativo matutino pasa entonces a un segundo plano y mientras los olores del desayuno inundan toda la casa él regresa al hospital, cuando unas horas atrás volvía de regreso a casa y se encontraba de forma inesperada y casual con Carl Hult y su esposa Ebba.

En la oscuridad de su mente, como si esta fuera la pantalla de un cine en la que se proyecta una película basada en hechos reales, se ve de pronto a sí mismo atravesando el pasillo de Urgencias en dirección a la salida. Pero antes de salir del edificio escucha unas voces que le resultan vagamente familiares y le hacen detenerse en seco y agudizar el oído. Y en lugar de irse a casa a

descansar, se da media vuelta y con cierta sospecha se dirige hacia el lugar de dónde provienen aquellas voces.

Y es cuando tuerce en el pasillo a la derecha cuando por fin les ve. Dos figuras familiares que se dirigen hacia el ascensor totalmente ajeno a su presencia sin saber que están siendo observados por unos ojos desconfiados. Adam acelera el paso para no perder aquella oportunidad de oro y llega hasta ellos justo antes de que el ascensor abra su puerta de forma automática.

- Buenos días Carl, Ebba…- Dice Adam con una voz neutra que no demuestra ninguna emoción.

Ambos se giran hacia él con asombro, y cuando le ven justo a su lado el nerviosismo se condensa sobre ellos y puede palparse en el ambiente.

- ¿Qué hacen aquí? ¿De visita?- Pregunta Adam de forma inocente.

- No, me hice daño en la mano esta mañana y he venido a curármela.- Dice Carl enseñando el vendaje de su mano derecha.

- No me digas, ¿Qué te ha pasado?

- Nada grave, un corte.

- ¿Con qué?

- ¿Me está interrogando, señor Inspector?

- No, que va, es simple cortesía.

- Ya…

Ambos hombres se miran a la cara unos segundos, como en un duelo de titanes.

- Se cortó haciendo bricolaje en casa. - Dice Ebba con la voz más aguda de lo normal.

- Sí, eso, arreglando algunas cosas que tenía pendiente, aprovecho los fines de semana para reparar los desperfectos, Inspector.

- Muy bien, espero que no sea nada.

Ebba y Carl se marchan excesivamente serios y sin decir ni un simple adiós de cortesía, se notaba que su presencia allí les había importunado sobre manera. Adam les observa mientras se pierden tras la puerta cerrada del ascensor y no puede evitar sospechar que detrás de aquella fachada que el matrimonio intentaba mantener a todo costa estaban ocultando algo, era algo que presentía desde el principio pero ahora aquel sentimiento se había hecho poderoso dentro de él, de ahora en adelante iba a estar pendientes de ellos como si fuese una sobra pegada a sus zapatos.

Un intenso olor a café quemado inunda toda la estancia y despierta de pronto su sentido del olfato, esto hace que Adam vuelva a la realidad con un sobresalto, y la realidad era que acababa de quedarse sin desayuno. Como está demasiado distraído para volver a intentarlo Adam decide irse de casa con el estómago vacío, tenía que ir a buscar a Clarissa al hospital y después, si no estaba muy cansada, quizá pudieran ir a comer algo juntos. Pero cuando llega al hospital es demasiado pronto y aún no le han dado el alta a la paciente, así que Adam aprovecha para ir a la cafetería a tomarse ese desayuno que aquella mañana se le había resistido de una forma tan inoportuna.

Adam entra en la cafetería del hospital y con paso ligero atraviesa la espaciosa sala que a aquellas tempranas horas de la mañana ya se encuentra llena de personas con aspecto sombrío y preocupado, personas que por una u otra razón venían a visitar a sus seres queridos, en cualquier caso, en el ambiente podía percibirse que a ninguno de ellos le gustaba estar allí, porque de todos es sabido a nadie le gustan los hospitales.

Adam se dirige hacia la barra de forma despreocupada cuando de de forma casual distingue a una mujer que se encuentra sentada en una de las mesas que del fondo, como ella está de espaldas a él no puede verle la cara, pero no es necesario porque él reconoce su silueta al instante. Su melena rubia por debajo de las orejas de aquel rubio brillante que recordaba a los rayos del sol en un día de verano no dejaba lugar a dudas. La mujer parecía sostener algo entre las manos pero como estaba de espaldas a él Adam no podía apreciar de qué se trataba.

Con ciertas dudas anidando en su pecho Adam respira hondo y cambia la dirección de sus pasos encaminándose ahora hacia la mesa en la que la mujer rubia de pelo corto desayuna tranquilamente, y de nuevo pospone el ansiado café que aquella mañana de domingo se le resistía una y otra vez con descaro e insolencia.

- Hola Annika.

Al escuchar su nombre Anikka se vuelve hacia atrás y cuando descubre que es Adam quien se encuentra tras ella su cara palidece momentáneamente, como si él fuera la última persona en la Tierra a quien esperase encontrarse en aquel lugar, justo en aquel momento. Sus ojos se vuelven turbios y su expresión temerosa, como si hubiese sido descubierta realizando algo inadecuado.

- Veo que no te alegras de verme.- Dice Adam mientras se sienta junto a ella sin esperar su aprobación.

- No…es solo que…no te esperaba.

Ambos se miran unos momentos sin decir nada y diciendo en silencio muchas cosas.

- ¿Qué haces aquí, te ocurre algo? ¿Están bien tus padres, Anikka?

- Sí, sí, todo bien. Todos estamos bien.

Adam repara en el sobre que ella mantiene a buen recaudo entre las manos y cuando él lo mira ella se muestra visiblemente incómoda, entonces lo apoya en la mesa y lo cubre con las manos como si quisiera proteger su contenido de algún intruso. Él sabe leer entre líneas y el nerviosismo de Annika le dice a gritos que no quiere enseñarle su contenido, no había que ser muy listo para darse cuenta de que le estaba ocultando algo.

- ¿Te has hecho alguna prueba?

Ella le mira en silencio y ante su negativa él coge sin reparos el sobre que aún esconde bajo sus manos. Aunque con cierta resistencia, ella finalmente lo deja escapar y no se opone a que Adam descubra lo que aguarda en su interior...algo similar a una bomba que está a punto de estallar.

Adam abre el sobre y saca su contenido con cierta inquietud, tanto secretismo había conseguido ponerle nervioso. Cuando por fin tiene los papeles delante lee su contenido con suma atención, se trataba de un informe médico. Ahora es él quien palidece. Por unos momentos clava sus ojos atónitos en aquel papel esperando que alguna respuesta válida se revelase ante él por arte de magia, después los eleva lentamente hacia ella y lleno de dolor la interroga con la mirada.

- Me he enterado casualmente, vine a hacerme una revisión y me encontré con esto.- Su voz suena fría y distante.

- ¿Desde cuándo lo sabes?

- Vine a hacerme una citología hace unas semanas y me lo dijeron, hoy he venido a recoger el informe.

Adam la mira totalmente incrédulo mientras en silencio elige las palabras con las que va a formular la siguiente frase.

- No sé cómo preguntártelo pero tengo que hacerlo…

- Hazlo, pregúntame si es tuyo.

- Annika, llevamos tiempo separados, podrías haber…

- ¿Podría que, hacer lo mismo que tú?

Adam estudia el rostro de Annika intentando encontrar alguna pista, pero no encuentra ninguna, ningún resquicio de amabilidad ni de cortesía, absolutamente nada. Era como si fueran dos completos desconocidos entre los que ya no había ni un ápice de cariño.

- Es tuyo, Adam, no soy como tú. Yo te quería, y no quería estar con otros. En cuanto me enteré fui a verte, que estúpida fui, creía que si….creía que quizá esto podría haber arreglado las cosas, que podríamos haberlo intentarlo de nuevo y haber formado una familia.

Adam traga saliva y la mira sin decir nada, aquello era tan insólito como inesperado, como una

bomba que estalla en tu cara sin previo aviso. Iba a tener un hijo. Un hijo. Aún no podía creerlo.

- Pero que estúpida me sentí cuando vi a aquella mujer entrar en tu casa, tenía hasta una llave, ¿Cuánto has tardado, Adam? ¿Cuánto has tardado en rehacer tu vida?

Anikka le mira ahora con ojos acusadores y con infinitas lágrimas a punto de desbordarse por ellos. Después le arrebata el informe de las manos y se levanta bruscamente. Sin decir nada más se pone su abrigo, se cuelga su bolso y le echa una última mirada llena de rencor.

- No quiero nada de ti, Adam. Voy a criar a este hijo yo sola. Le diré a mi abogado que te mande los papeles del divorcio.

Y Annika desaparece entre las personas anónimas que conversan distraídamente y el sonido de las tazas que repiquetean sobre las mesas. Pero Adam no ve a nadie a su alrededor y no escucha nada. Adam siente que la bomba que acaba de estallar ante sus ojos ha consumado cualquier resto de vida y lo ha dejado solo observando aquel desastre devastador. No reacciona. No piensa. Todo es silencio y vacío en su mente. Sólo puede seguir allí sentado respirando, haciendo la digestión de un desayuno inexistente y de una noticia que llena todo su estómago y todo su ser.

Enero 2015

Erika mira ausente la mancha roja que crece bajo sus pies y se extiende dulcemente sobre la madera gastada. Sin apenas darse cuenta sus manos comienzan a temblar en un gesto involuntario, como si tuvieran vida propia, y cuando en medio de ese temblor inoportuno las mira, se da cuenta de que también están manchadas de rojo, un rojo intenso que huele a metal y a muerte prematura. Entonces cae en la cuenta de que aquella sustancia pegajosa que tiñe su piel de rojo es sangre.

Sabiendo con una certeza escalofriante lo que van a encontrarse sus ojos, Erika dirige la mirada hacia abajo y el cadáver aparece frente a ella como un simple espejismo, una ilusión que se hace realidad cuando posa en él sus ojos fríos e inexpresivos. La imagen del hombre inerte sobre el suelo le da una bofetada de realismo a la escena y una mezcla de miedo y confusión la invaden al unísono.

Varón, setenta y cinco kilos, uno setenta y seis de estatura, unos treinta y cinco años de edad, y junto al cuerpo, un cuchillo ensangrentado que le hace reaccionar y salir del shock en el que se encuentra.

Erika coge el cuchillo lentamente y echa un vistazo a lo que hay a su alrededor y a lo que va a va a dejar atrás en los próximos minutos. Dolor, miedo y angustia. Y por primera vez en horas siente que el aire llena de nuevo sus pulmones contraídos, aire que le trae de pronto unas ganas inmensas de llorar descontroladamente, pero aún no, aún no puede permitírselo.

Aún con el cuchillo en la mano y con la actitud que tendría un autómata carente de vida y emoción, Erika sale de la cabaña y se dirige a la parte trasera de la casa, ya ha estado antes en el almacén y sabe que junto a la caldera hay unas garrafas de gasoil. Con la mano que tiene libre coge una de ellas y se dirige de nuevo al interior de la casa, dónde esparce el líquido por el suelo y las paredes, y también sobre el hombre muerto que yace en el suelo ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor.

El mechero se enciende con un chispazo reluciente, y la llama prende sobre las cortinas claras que cubren la ventana del salón extendiéndose por toda la casa como un río naranja que devora a su paso la madera y la carne humana. Ella lo observa todo inmóvil desde la puerta, una imagen que irremediablemente quedaría grabada en sus retinas para siempre.

El humo y los olores se elevan hacia el cielo gris del incipiente amanecer. Pronto llegarían los servicios de emergencias pero para cuando lo hicieran ya no estaría allí, para entonces ella se habría ido de aquellas montañas nevadas a cualquier sitio desconocido donde nadie la conociera.

Erika respira y mira el cuchillo que aún sostiene en la mano, como si fuera incapaz de soltarlo. Después se dirige hacia el lago helado que hay frente a la cabaña y ve un agujero redondo en la superficie que alguien había hecho recientemente para pescar. Con la mirada ausente tira el cuchillo por el agujero con la esperanza de que el frío y el tiempo borren sus huellas de él.

Ahora mira a su alrededor y sólo ve nieve pura y virgen rodeando aquel fuego que lo devora todo. Nieve blanca y limpia como la niña que había crecido en aquellas montañas ajena a lo que vendría más tarde. Nieve inocente, como sus ojos, que ahora estaban vacíos de vida y llenos de tristeza.

Como si fuera una sonámbula incapaz de pensar conscientemente lo que hace, Erika se dirige al Hyundai Tucson gris metalizado que está aparcado frente a las llamas que aún rugen a su espalda. Las llaves están puestas, así que sin más dilaciones entra en el coche y suspira, después arranca el motor y el suave ronroneo eléctrico amortigua los sollozos que comienzan a surgir de lo más profundo de su pecho.

Mientras conduce hacia el Hospital de la ciudad sus dientes castañean de frío y de miedo. El pelo mojado le chorrea por la espalda y se cuela debajo de su ropa haciéndola tiritar como lo haría una hoja en plena tormenta de invierno. Está en estado de shock, pero tiene que conducir hasta el Hospital, después iría a casa de Edurne, se daría una ducha de agua caliente, recogería su ropa y desaparecerá de allí para siempre.

De forma instintiva Erika mira hacia atrás y ve a Edurne tumbada sobre el asiento. La cabeza le sangra, está perdiendo mucha sangre y en su interior teme llegar al hospital demasiado tarde. Por eso pisa el acelerador, por eso siente una angustia apremiante que le oprime el pecho y el corazón.

Mientras conduce concentrada en la línea continua de la carretera las imágenes vienen a su cabeza como ráfagas de una película de terror. Sin realizar ningún esfuerzo por recordar puede verse a sí misma como si viera a otra persona, está tirada en la nieve tosiendo y vomitando agua helada. A unos metros de ella hay otra chica sobre la nieve, está inconsciente y aún sostiene un rifle en su mano derecha. La mancha roja de sangre que hay bajo su pelo destaca sobre la nieve blanca e inmaculada. Cuando Erika comprende lo que ha ocurrido se levanta y corre hasta donde se encuentra Edurne, se ve a sí misma moviéndose a cámara lenta…con cuidado la coge en brazos y la mete en el coche y después, con un esfuerzo sobrehumano no le queda más remedio que cambiar la rueda a la que ella misma había disparado hacía un tiempo, un tiempo que sin embargo parecía ser atemporal y haber durado toda una vida.

Pero no le había quedado más remedio que hacerlo. Erika había dejado el coche de Edurne aparcado entre unos árboles oculto en el bosque, pero era demasiada distancia y no pensaba dejarla allí sola mientras ella iba a buscarlo, quién sabía si Evans seguía aún por las cercanías con ansias de venganza, no podía correr el riesgo, así que inmersa en el profundo estado de shock en el que se encuentra, opta por cambiar la rueda en medio de un temblor descontrolado y cuando termina se sienta por fin en el asiento del conductor. No tenía tiempo que perder, no podía pararse a pensar cuál sería el siguiente paso o Edurne moriría desangrada en el asiento de atrás, Erika siente un sudor frío que recorre su cuello y se mezcla con el agua que aún gotea de su pelo mojado.

Su mente es un remolino de pensamientos contradictorios y tiene que elegir ya, tiene que tomar una decisión y en aquel estado de confusión no le resulta nada fácil, se siente atrapada entre dos mundos, se encuentra completamente dividida. De pronto ve la escena en su cabeza y siente miedo: hay un hombre muerto en el suelo, un fuego que lo consume todo, sus huellas están por

todas partes, no hay testigos y si Edurne no sobrevivía, nadie podría corroborar su historia.

Entonces se ve a sí misma encerrada en una oscura prisión por unos crímenes que no ha cometido y siente cómo su vida se resquebraja y en un instante todo su mundo se convierte en polvo y cenizas.

Pero finalmente no es el miedo a una posible condena lo que le impulsa a tomar un camino y no otro. No es el miedo de ir a prisión lo que hace que la decisión ya estuviera tomada incluso antes de lo que ella hubiera imaginado. Es el miedo a enfrentarse al pasado lo que le obliga a recular. No está preparada para enfrentarse a viejas y dolorosas heridas. Y sin saber cuál es la opción correcta elije. Elije borrar sus huellas y desaparecer de allí sin dejar rastro.

Ahora puede ver un sol luminoso que asciende en su carrera diaria hacia el infinito. Tanta luz contrasta con la oscuridad de la noche y la oscuridad que desde entonces asola su alma. Mientras se acerca a la ciudad puede ver las luces anaranjadas de las farolas que aún están encendidas, aunque la claridad del día las va ocultando gradualmente.

Erika se encuentra a tan sólo unos minutos del Hospital cuando hace la llamada. Un pitido, dos, tres…después una enfermera descuelga. Erika le dice que llegará en unos minutos y que tienen que llevar una camilla a la entrada de Urgencias porque lleva a una mujer gravemente herida en el asiento de atrás, después cuelga y deja a la enfermera con la palabra en la boca y mil preguntas en el aire.

Y cuando minutos después Erika para de un frenazo enfrente de Urgencias todo ocurre muy deprisa. Tal y cómo le había prometido la enfermera había una camilla esperando en la puerta, unos médicos muy atentos y profesionales sacan a Edurne del coche con sumo cuidado y la tumban sobre la camilla, y después todos desaparecen en el interior de las instalaciones mientras comprueban las constantes vitales de la enferma. Y nadie repara en ella, que con la cara

descompuesta les ve desvanecerse aferrándose a la esperanza de haber llegado a tiempo. Después Erika sube de nuevo al coche y se diluye entre el tráfico de la mañana como si en realidad nunca hubiera estado allí y todo hubiese sido una pesadilla nocturna.

Ahora por fin se encontraba en el ático de Edurne, parecía que hubiesen pasado mil años desde la última vez que había estado allí. Estaba sentada en el sofá cama con un bolígrafo en la mano y una libreta apoyada sobre sus piernas esperando a que las palabras se dignasen a acudir a su mente. Se había dado una ducha de agua caliente y se sentía más limpia y más calmada, pero aún no se había permitido sentir todo lo que amenaza con emerger en cualquier momento de algún lugar recóndito de su ser.

Con una mano indecisa y temblorosa comienza a escribir sobre el papel lo único que es capaz de expresar en aquel momento.

"Edurne, me he marchado. Cuando llegue a mi nuevo destino te mandaré mi dirección. Te echaré de menos. Érika".

Después coge una bolsa de viaje que previamente había llenado con algunas prendas y deja las llaves del piso encima de la nota que acaba de escribir sobre el mueble que hay junto a la puerta. Después desaparece tras ella como si nunca antes hubiera estado allí y su encuentro con Edurne formara parte de otra vida o de la vida de otra persona.

SEGUNDA PARTE:

-NIEVE PRIMAVERA-

-1-

Febrero 2015

Adam Berg se encuentra en su despacho con la puerta cerrada. En estos momentos se siente como si un camión le hubiera arrollado dejándole atrapado entre dos mundos. En este precario estado existencial en el que se encuentra inmerso, similar al de un fantasma en el que los segundos pasan carentes de vida o emoción, su piel es su propia frontera, realizando la misma función que la puerta de su despacho que ahora le protege de las posibles miradas de sus compañeros de trabajo. De forma automática bebe a pequeños sorbos un espantoso café que previamente había sacado de la máquina del pasillo, y como todos los días aquella mañana el líquido oscuro y aguado también sabía a matarratas, pero ya se había acostumbrado a su rápido efecto estimulante y aquel día lo necesitaba más que nunca para enfrentarse a su habitual jornada de trabajo. Porque por más que lo intentaba Adam no lograba quitarse de la cabeza la imagen de Annika diciéndole que iba a criar ella sola a su hijo. Por más que lo había intentado no podía huir de aquella mirada fría y distante que lo relegaba a las tinieblas como si él no formara parte de aquel acontecimiento, como si no hubiera tenido nada que ver en aquella historia, como si el hijo que esperaban fuera solo el de ella y no el de ambos.

Adam se había sentido repudiado, lo habían relegado a un segundo plano sin preguntarle qué era lo que quería él, a ella no le había importado lo más mínimo su opinión. Y si no hubiera llegado a encontrarla en el hospital aquel día… ¿Hubiera sido Annika capaz de mantener algo tan

importante en secreto?

Adam se encontraba herido en lo más profundo de su ser, sentía que habían querido arrebatarle algo que era suyo por derecho y estaba profundamente decepcionado por ello. Había compartido unos años muy valiosos de su vida con aquella mujer y ahora parecía que no la conocía. Quizá nunca la había conocido, quizá nunca se llegara a conocer realmente a una persona por mucho que estuviera a tu lado una parte importante de tu vida.

Desde luego que aquella no era la forma que él hubiera imaginado para tener un hijo, pero las cosas habían venido así, y a veces uno no podía elegir, en ocasiones la vida te ofrecía algo sin más y solo podías tomarlo, y este era sin duda un claro ejemplo de ello. No era justo que le arrebataran su papel en aquella historia, porque él era uno de los protagonistas. ¿De verdad creía Annika que iba a apartarse sin más? Entonces ella tampoco conocía al hombre con el que un día se había casado.

Adam siente en sus tripas una mezcla explosiva de rabia, tristeza, enfado y decepción, pero aún así tiene que trabajar aquella mañana de lunes, y los papeles que cubren su mesa se lo recuerdan con descaro. Quizá fuera lo mejor, quizá así lograra dejar de pensar en Annika al menos durante un rato. Pero antes de enfrentarse por fin a los tediosos informes que tenía pendientes y ahora cubrían su mesa de forma desordenada, su teléfono móvil suena y él lo descuelga aliviado por la inesperada interrupción, la cual puede retrasar un poco más sus obligaciones matinales.

- Hola Emil, buenos días. ¿Qué tienes?

- Buenos días y buenas noticias, Inspector. He estado visitando algunas tiendas de agricultura y ganadería de la zona para indagar sobre los paralizadores eléctricos.

- ¿Y…?

- Bueno, decidí dejar para el final la tienda del pueblo, jefe, y no se lo va a creer, a veces tenemos las cosas delante de nuestras narices y no nos damos ni cuenta. Le enseñé al dependiente las fotografías con las marcas de Adrian y Agnes y le di las dimensiones exactas que hay entre ellas, así como el grosor de las quemaduras. Me dijo que eran propias de unos paralizadores antiguos y prácticamente en desuso, ya que ahora hay otros más modernos y más manejables. Por eso ha

podido decirme la marca y el modelo del aparato. Dijo que recordaba perfectamente haberle vendido uno al mismo Adrian Hult muchos años atrás, por suerte la tienda es un negocio familiar y detrás del mostrador sigue habiendo la misma persona de siempre.

- Vaya…

- Si, jefe…vaya…creo que a Adrian le mataron con su propio paralizador, el asesino debió de cogerlo de su cobertizo, dónde guardaba las herramientas, y cómo usted había aventurado le mató en el refugio y luego trasladó el cuerpo. Creo que por fin se va estrechando el círculo, jefe.

- Sí, eso parece, aunque aún hay muchos interrogantes en esta historia, voy a ponerme ahora mismo con el diario de Agnes, con un poco de suerte quizá encuentre algo importante entre sus líneas que nos de algún hilo del que tirar. En cuanto sepas algo sobre la cremallera o las huellas que encontramos en el refugio llámame sin importar la hora que sea, ¿Entendido?

- Desde luego.

Una vez que Adam cuelga el teléfono hace un esfuerzo evidente por concentrase. Tras masajearse suavemente las sienes como si de esa forma sus pensamientos fueran a colocarse en su sitio, abre el primer cajón de su escritorio y saca una caja de cartón de la que a su vez extrae un viejo diario. Después apoya sobre su mesa el desgastado y misterioso cuaderno, lo abre por la primera página y con cierta curiosidad comienza a leer aquella caligrafía nudosa y a la vez elegante que se despliega ante sus ojos invitándole a adentrarse en una historia de película.

<< 5-Abril-1962,

Querido Adrian,

Hace ya dos años que me uní en matrimonio con Adolf Hult, tu hermano mayor. Ojala te hubiera conocido a ti antes, entonces no hubiera cometido semejante error. Pero ya está hecho, es demasiado tarde para arrepentimientos y tengo que asumir las consecuencias de mis actos.

Ojalá pudiera decirte como me siento en este maldito pueblo, eres mi único amigo aquí, el único en quien puedo confiar…el único que me tiene en cuenta. Incluso más que tu hermano.

Hace dos años que me casé con él y desde entonces todo va empeorando, cada día es peor que

el anterior, lo único que me salva es que de vez en cuando se va una buena temporada a trabajar en el monte y entonces puedo estar tranquila. Entonces puedo pasar más tiempo contigo.

Pero cuando vuelve…cuando vuelve es antipático, brusco, y apenas pasa tiempo conmigo. Suele irse todo el día a cualquier bar, dice que qué otra cosa puede hacer si aquí no tiene trabajo, sólo se le ocurre beber y cuándo vuelve a casa es mejor no llevarle la contraria. Yo suelo irme a dormir pronto para que cuando llegue no me encuentre despierta y haya menos opciones de discutir, porque si discutimos siempre gana él.

Ahora está en casa y tengo que esperar quince días hasta que vuelva a irse, ya estoy deseando que se vaya, cuanto más lejos mejor. >>

<< 20- Agosto-1963,

Querido Adrian,

Que difícil se me hace esta situación. Recuerdo la tarde de ayer como si fuera hoy mismo. Los dos paseando por el bosque sobre esos caballos formidables…ahora entiendo que te gusten tanto, son unos animales nobles y especiales. Pero lo que fue especial para mí fue compartir ese paseo por el bosque contigo. Recuerdo tus manos en mi cintura cuando me ayudaste a bajar del caballo, y tu mirada transparente cuando al fin puse los pies sobre el suelo, pensaba que me ibas a besar pero no lo hiciste. Yo quería que lo hicieras, pero sé lo difícil que debe de ser para ti, es tu hermano, y yo soy tu cuñada.

Pero tú eres amable conmigo, sincero, atento, me tomas en serio y me cuidas, no como él.

La última vez que vino a casa borracho me dio una bofetada y me empujó contra la mesa del comedor. Y no siguió porque se tambaleaba y no podía guardar el equilibrio. Yo me escondí en el cuarto de baño y él se cayó al tropezar con las escaleras, cuando salí me lo encontré dormido y roncando sobre los escalones, como si fuera un angelito inofensivo.

Le he dicho a mi madre lo que ocurre pero dice que es por mi culpa, fui yo quien le eligió para irme cuanto antes de casa así que no va a ayudarme, nadie puede ayudarme.

Ojalá tú pudieras ayudarme, Adrian. >>

<< 1-Febrero- 1964,

Querido Adrian,

Esta situación no puede mantenerse por mucho tiempo. Ya sé que es tu hermano, pero tú y yo nos queremos. Tenemos que hacer algo.

Si no quieres estar conmigo cogeré una maleta y me iré de aquí, te juro que lo haré, no creo que pueda aguantar mucho más esta situación. Ya no lo soporto, su voz ronca, su olor a tabaco y a alcohol, su barba y sus ojos duros y fríos. Cuando me toca sólo siento asco, sólo puedo soportarlo pensando que eres tú, tú eres mi amor, y él sólo es la peor equivocación de mi vida. >>

<< 15- Mayo- 1967,

Querido Adrian,

Por fin, después de tanto esperar, por fin ha pasado lo que tenía que pasar. Por fin me has abierto tu corazón y tu alma. Sabía que tú también sentías lo mismo. Dormir contigo ha sido lo mejor que me ha pasado en los últimos años, y espero que no sea la última vez, porque si antes te quería, ahora no tengo palabras para describir lo que siento por ti, eres mi remanso de paz, Adrian Hult. Eres lo único que me da fuerzas para seguir viviendo >>.

Adam cierra el cuaderno y se queda mirando aquellos papeles lleno de sorpresa. Aquella historia parecía el guión de una auténtica telenovela, un culebrón en toda regla, pero por lo visto aquellos entresijos familiares también ocurrían en la vida real. Por unos instantes Adam piensa con nostalgia que quizá ya no existieran romances como los de antes, antiguamente la gente se quería y las relaciones resistían al tiempo y la distancia, a las adversidades, en cambio ahora una relación se terminaba tan fácilmente que el amor parecía una pieza de porcelana, bella y a la vez tan frágil que daba miedo tocarla.

Aún estaba cavilando sobre la fugacidad del amor cuando Emil irrumpe en el despacho después

de llamar tres veces con los nudillos. Siempre hacía lo mismo, llamaba con energía y entraba sin esperar ninguna respuesta. Emil se sienta con determinación frente a Adam inundando el despacho con una vitalidad renovada, y su cara llena de optimismo le hace intuir con acierto que trae buenas noticias.

- Buenas noticias jefe, llevo toda la mañana con la policía científica. Desde el día que agredieron a Clarissa apenas me he separado de ellos, como usted me pidió, hasta que me han dado los resultados esta mañana. Esto es lo que tenemos: había tres tipos de huellas en el suelo después del ataque.

<< Unas son las de Clarissa, las hemos cotejado con las botas que llevaba aquel día y coinciden; otras son las suyas y por último hay otras huellas que de momento son desconocidas y auguro que deben de ser las del agresor. Lo mejor de todo es que coinciden con las que encontramos en el salón de la casa el primer día que fuimos a inspeccionar el refugio usted y yo, jefe. Es decir, la persona que estuvo deambulando por la casa y que podría ser el asesino de Adrian y de Agnes, fue posiblemente quien atacó a Clarissa.

- Muy bien Emil, buen trabajo. Es posible que el asesino siguiera a Adrian hasta el refugio y cuando lo inspeccionó pudo parecerle un buen sitio para esconderse, es un lugar alejado del pueblo y casi siempre estaba vacío. Pero por alguna razón, Adrian le descubrió ocupando de forma ilegal su propiedad y el sospechoso le mató, no sé si realmente era su intención o simplemente se sintió descubierto, quiso defenderse y el asunto se le fue de las manos. Después el asesino tuvo vía libre para ir a por Agnes, según el testimonio de mi hermano, Adrian había visto a alguien merodeando por la casa de su cuñada, así que podemos deducir que en realidad ella era su objetivo, lo que no acierto a entender es qué motivos podría tener alguien para ir a por una mujer como Agnes. Y según las últimas pruebas, nuestro sospechoso fue también quien atacó a Clarissa, y esto sí creo que fue totalmente circunstancial, Clarissa fue al refugio de forma imprevista y otra vez se sintió descubierto, posiblemente la atacó para escapar sin ser reconocido y quizá al hacerlo se le cayó la cremallera, quien sabe… ¿Sabemos algo de eso?

- Sí, y no es una cremallera de ropa como habíamos supuesto, jefe. Resulta que la cremallera tenía

unas letras en relieve sobre la superficie y lo he investigado, es una marca de prendas de montaña y de alpinismo. Finalmente descubrí que es la cremallera de un saco de dormir, un modelo especial de alta montaña preparado para soportar temperaturas extremas. Eso confirma su teoría jefe, creo que el sospechoso estaba durmiendo en el refugio, y la cremallera que perdió era del saco de dormir.

- Vaya, impresionante Emil, serás un magnífico Inspector en el futuro.

Emil sonríe y acepta en silencio los cumplidos de Adam.

- ¿Sabes? Ayer me encontré en el hospital con Carl y Ebba. Al parecer Carl se había hecho un corte en la mano. Quiero ir a su casa a comprobar su calzado para ver si coincide con las huellas del sospechoso, solo espero que si finalmente ha sido él, no se haya deshecho de ellas.

-2-

Suecia/ Febrero 2015

Juliette Foss camina apresurada por la acera de una avenida principal, que atestada de coches en hora punta la ve dirigirse con cierta prisa a su destino. Ya ha dejado al pequeño Kevin en la guardería, y ahora lleva a Einar al colegio. Normalmente es Johan quien lleva a los niños por las mañanas pero justo aquel día su marido había tenido que asistir a una entrevista de trabajo y ella había tenido que hacer filigranas para organizarse y llegar a todo. Sabía que su marido necesitaba trabajar y que el dinero les vendría más que bien, pero por otro lado le daba pena que ninguno de los dos tuviera tiempo para los niños y que finalmente tuvieran que contratar a una niñera.

Juliette espanta aquellos pensamientos de su mente como si apartara a una mosca pesada que le atosigaba sin razón de ser. Aún no había llegado ese momento, solo cuando ocurriera y no antes tendrían que enfrentarse a los posibles problemas que traería consigo aquella nueva situación en la familia, de momento, su principal prioridad era no llegar demasiado tarde al trabajo.

Algunos minutos más tarde madre e hijo llegan a la puerta del colegio, donde una decena de madres y padres despiden a sus hijos con caricias y carantoñas. Juliette le da un beso al niño en la

mejilla y le desea que tenga un buen día, y cuando ve que por fin el pequeño desaparece tras la puerta de entrada ella reorienta sus pasos de forma impaciente y los hace más rápidos y largos con la única finalidad llegar a tiempo a su destino, la redacción del periódico Libertad Plural, donde su jefe ya la estaría esperando para una reunión matutina de la que ella no sabía muy bien que esperar.

Cuando por fin llega a la redacción del periódico lo hace con diez minutos de retraso y la respiración agitada por culpa de la velocidad insana con la que había comenzado aquella frenética jornada. Juliette detestaba la impuntualidad, pero desde que tenía dos niños pequeños había aprendido a ser más flexible que antes, y es que no era lo mismo ser responsable únicamente de sí misma que conseguir que dos personitas comieran, se asearan y se vistieran todo lo rápido que a ella le gustaría, siempre surgía algún imprevisto: una pelea entre los dos hermanos, una mancha inoportuna, etc., así que tras múltiples disgustos, finalmente se había resignado a la realidad la cual le mostraba una y otra vez de manera clara y evidente que ella no tenía el control absoluto sobre todas las cosas que la rodeaban, algo que antes creía firmemente, y aquel reciente descubrimiento le había permitido vivir más relajada.

Juliette deja el abrigo y el bolso colgados de cualquier forma sobre su silla de trabajo y antes de dirigirse al despacho de su jefe coge precipitadamente un cuaderno de notas que hay sobre la mesa y se peina coquetamente aquellos rizos desordenados por el viento y las prisas con la única mano que le queda libre.

- Lo siento jefe, esta mañana Johan tenía una entrevista de trabajo y he tenido que llevar a los niños al cole.

Gorän Munson era un hombre demasiado joven para un puesto de dirección como aquel, pero compensaba aquella inconveniencia con un olfato innato para el éxito y los negocios.

- No te preocupes Juliette, siéntate y hablemos sobre el caso. Tenemos algunos problemas a la vista.

Ella le mira algo temerosa y se sienta frente a él esperando la peor de las noticias.

- Como podrás imaginarte me están presionando, la junta no quiere destinar más dinero a investigaciones que no den resultados, o que no los dan tan rápido como a ellos les gustaría. Tengo que decidir cuál va a ser mi postura y estoy en una encrucijada…ya sabes que llevo poco tiempo en el puesto, desde la reestructuración hemos hecho algunos cambios y en los próximos meses los seguirá habiendo, pero aún estoy en el punto de mira, no confían en mí y están analizando cada paso que doy. La mitad de los inversores están en desacuerdo con que un niñato que podría ser su nieto sea el jefe del periódico, ya sabes.

Era cierto, y Juliette lo sabía de sobra. El último año había sido como si un terremoto hubiese azotado la redacción del periódico. Habían hecho cambios internos y eso se había traducido en cambios a la hora de enfocar y distribuir el trabajo. También se había producido una reestructuración en la plantilla, aunque por fortuna y también por méritos propios ella había conservado su puesto.

- Quiero saber qué tienes sobre el caso de los Alpes para saber si puedo defenderlo ante la junta. Me van a pedir números y quiero tener la certeza de que no vamos a cagarla, porque están deseando que rueden cabezas, para ser más exactos la mía, y como podrás imaginarte yo la aprecio mucho.- Dice Gorän sonriendo.

- Vale jefe- Dice Juliette pensativa- Sé que vamos por buen camino, sé que hay algo importante detrás de todo esto, puedo olerlo. Sabe que llevo meses detrás de este caso, sería una pena dejarlo ahora, cuando los demás periódicos empiezan a interesarse por él. Sólo pido un poco más de tiempo, además, ahora que la chica ha despertado del coma todo va a salir a la luz. Solo hay que tener un poco de paciencia. Mire, podemos hacer una cosa, deme otro caso, puedo llevarlos a la vez y así todo será más rentable.

- ¿Puedes hacerlo?

- Por supuesto.

- Bien, eso es lo que quería oír... ¿Recuerdas el soplo que me dieron sobre la muerte de aquella anciana en un pequeño pueblo de montaña? Si no recuerdo mal una tal Agnes Hult.

- Sí. Fui a su casa el día que encontraron el cadáver.

- Bien, como recordarás, en ese mismo pueblo apareció hace algún tiempo el cuerpo sin vida de un hombre de edad avanzada sobre un lago helado, ¿Lo recuerdas?

- Como olvidarlo, aquella vez sí que la cagamos y los de "La noticia al día" se nos adelantaron.

- Sí, pues en esto quiero que seamos los primeros, es muy extraño que haya dos asesinatos en un pueblo tan pequeño y en tan poco tiempo…investiga, quizá haya alguna relación entre los dos casos, a ver qué averiguas.

- Bueno, en realidad no han confirmado que Agnes fuera asesinada.

- Ya, pero yo también tengo buen olfato…si hubiera sido una muerte normal su cuerpo no hubiera estado tanto tiempo en el laboratorio forense, ni su casa hubiera estado precintada debido a una investigación policial. En esta historia hay algo más de lo que parece haber, y tú vas a descubrirlo.

- Gracias por la confianza jefe, no se arrepentirá, le tendré informado de todo.

- Eso espero, venga, manos a la obra July.

July. Le había dicho a su jefe varias veces que no la llamara así, le recordaba a su padre cuando la llamaba de niña por aquel diminutivo cariñoso, pero era como si le entrara por un oído y le saliera por el otro, así que al final había desistido.

Juliette vuelve a su cubículo de trabajo notablemente más relajada y con una motivación infinita se sienta frente a su escritorio. Su mesa está tan limpia y ordenada como siempre, y mientras saca de un cajón una carpeta de plástico y la coloca sobre la superficie de madera internamente se siente orgullosa.

Ahora mismo era la envidia de sus compañeros, incluso de algunos que tenían más antigüedad que ella. Aquel siempre había sido un periódico pequeño y modesto de ámbito regional, nunca habían tenido demasiado presupuesto ni habían despertado el interés de muchos lectores, simplemente habían logrado la fórmula para mantenerse a flote. Pero ahora las cosas habían cambiado, desde que Göran había irrumpido en aquella redacción con su ambición y una gran suma de capital, habían despegado de aquel lugar en el que llevaban años anclados. Lo que antes podría describirse como un tren anticuado y lento ahora se había convertido en un novedoso tren de alta

velocidad a punto de despegar, y ella no iba a bajarse de aquel lujoso vagón en el que disponía de un asiento en primera clase, aquel viaje era lo que llevaba años soñando y pensaba disfrutarlo al máximo sin sentirse culpable por ello.

Juliette se había pasado una larga década de su vida redactando artículos aburridos y simples en los que jamás se había sentido realizada. Durante aquel tiempo cada noche se había repetido a sí misma que en realidad tenía suerte; no tenía motivos para quejarse, al fin y al cabo tenía un trabajo fijo en un medio informativo en el que escribía, y eso era lo que siempre había querido, contar historias, dar a conocer la verdad al mundo. Pero aquella idea romántica de la información que le había conquistado en sus tiempos universitarios se había ido al retrete al segundo año de trabajar en aquellas oficinas, cuando comprobó con tristeza que por más que se esforzara no progresaba lo más mínimo, allí no podía crecer, ascender ni realizarse, aquella redacción no era el lugar en el que podría desplegar sus alas y alzar el vuelo como ella había imaginado una y mil veces en su juventud. Se sentía desaprovechada, sabía que tenía mucho más que ofrecer al mundo pero parecía que nadie a su alrededor se había dado cuenta.

Pero lo peor de todo era que ya no se divertía, no corría riesgos, su trabajo no era la aventura diaria que siempre le hubiera gustado que fuera. Nada de lo que había soñado en sus años de universidad se había cumplido, y cada día se sentía inevitablemente frustrada por ello. Pero inexplicablemente Juliette no había hecho nada por cambiar aquella situación asfixiante en la que se había ido sumergiendo poco a poco, simplemente se había resignado y había ido recortando sus sueños para que no fueran inalcanzables.

Y entonces el periódico entró en una profunda crisis y por un tiempo estuvieron peligrosamente al borde de la quiebra, lo que implicaba el riesgo inevitable de perder numerosos puestos de trabajo e incluso de que llegaran a cerrarse para siempre las puertas de aquella modesta redacción que sin embargo, suponía un sustento vital para numerosas familias. Ese hubiese sido el final más probable para el periódico de no haber sido porque un joven inversor con ganas de hacer algo importante con su dinero se hubiese fijado en ellos cuando parecía que todo estaba perdido.

Lo que para algunos hubiese sido un claro suicidio profesional, para él fue una oportunidad de oro

incuestionable. Y sin más dilaciones Göran Munson dio el paso, pero lo hizo en contra del apoyo mayoritario de los socios inversores que a pesar de mirarle con desconfianza, al final no les quedó más remedio que aceptarlo ya que la otra opción que les quedaba era declararse en quiebra y ese era un paso que ninguno de ellos estaba dispuesto a dar.

Cuando Göran se hizo con la dirección de *Libertad Plural* la primera medida que tomó fue concertar una entrevista personal con cada uno de sus trabajadores. El fin de aquel encuentro era conocer a la plantilla y percibir el potencial de cada uno de los miembros de su equipo, para él el espacio de trabajo se asemejaba a la cubierta de un barco, y los trabajadores eran su tripulación, tenía que ver que tarea asignaba a cada uno de ellos según cuáles fueran sus virtudes y sus carencias más acentuadas. Quería saber si las cosas se estaban haciendo bien y si no era así, no le temblaría el pulso para tomar decisiones. Y desde aquel primer encuentro Juliette se había convertido en el ojito derecho del jefe, y desde entonces, su estancia en aquella redacción había dado un giro de trescientos sesenta grados y su vida había tomado un cariz deslumbrante lleno de colores y esperanza.

Y si su día a día había cambiado tanto era porque desde el primer momento Göran le había dado total libertad y había confiado plenamente en ella. Cuando hablaban sobre cualquier tema él siempre le pedía que fuera sincera y le diera su opinión real de las cosas, además le dejaba sacar su lado creativo y soñador, aquel que había permanecido oculto en un cajón desde que había terminado la universidad, y le daba rienda suelta de una forma inaudita, algo que sus antiguos jefes jamás habían hecho. Göran había llegado a su mundo sin avisar y había abierto la caja de los sueños en el momento más inesperado, y desde entonces su trabajo se había convertido en la aventura que ella siempre había esperado que fuera.

Pero la mayor de las sorpresas que aquel hombre tenía para ella llegó sin preámbulos una mañana cualquiera cuando el mismo Göran le comunicó en su despacho la última iniciativa que pensaba implantar en el periódico. Con su habitual entusiasmo, ese que palpitaba en sus pupilas cada vez que lanzaba al mundo alguna de sus irreverentes ideas, comunicó a una Juliette expectante que el periódico próximamente abriría un departamento de investigación y que ella era sin duda la

elegida para capitanearlo ya que era la persona perfecta para aquel puesto de trabajo. Al principio no dispondrían de muchos recursos y no podría tener un ayudante, pero tenía su autorización para apoyarse en los becarios y pedirles lo que necesitase para que el trabajo le resultase más fácil. *<< Me he propuesto demostrarle a la junta de accionista que hoy en día un periódico sin equipo de investigación no es nada, pero sé a ciencia cierta que tendremos que empezar con la mínima inversión posible para contar con su apoyo>>*. Había dicho Göran mirándola lleno de entusiasmo, y Juliette estaba totalmente fascinada desde entonces.

Su primer trabajo como directora del nuevo departamento fue el enigmático y popular "Caso de la Cabaña". El de aquella enfermera que había sido secuestrada y agredida por su ex pareja, un caso turbio que le hizo viajar a Los Alpes y fotografiar el lugar del incendio, entrevistar a los compañeros de trabajo de la enfermera y recabar toda la información necesaria para redactar un primer artículo que consiguió ser merecedor de múltiples elogios por parte de sus compañeros y superiores.

Ahora tenía frente a ella toda la información de aquel caso debidamente archivada y organizada. Con manos impacientes Juliette abre la carpeta que hay sobre su escritorio y comienza a sacar diversos documentos de ella. Al cabo de unos minutos la superficie de la mesa está totalmente cubierta y la información llega a sus ojos a través de apuntes, artículos, fotografías y entrevistas. Mientras lo observa todo con aire pensativo Juliette se sumerge en un inquietante silencio intentando encontrar el nexo de unión de aquellos acontecimientos entre sí con el fin de encajar todas las piezas de aquel rompecabezas que le había quitado el sueño desde el principio.

Mil preguntas surgían y desaparecían de su mente bombardeándola sin descanso y algunas ideas abstractas iban tomando forma entre tanta espesura, como si la silueta de una figura conocida se fuese dibujando sutilmente en medio de una niebla intensa en un frío amanecer de febrero.

Todo había comenzado en el viaje que había realizado al lugar de los hechos para recopilar los datos necesarios para escribir su primer artículo, en toda su carrera como periodista nunca se había desplazado tan lejos por motivos de trabajo y aquel trayecto resultó ser tan motivador como apasionante. Juliette había conseguido entrevistar a una amiga y compañera de trabajo de Edurne

García, la enfermera que aún seguía en coma, una tal Kate Blaze. Kate le había dicho visiblemente afectada por lo sucedido que la mañana siguiente a la desaparición de Edurne una chica muy preocupada había estado en el hospital preguntando por ella. Kate nunca la había visto antes, pero Edurne le había hablado de ella en numerosas ocasiones, era Erika, una nueva amiga que había aparecido hacía poco tiempo en su vida y al parecer se había instalado en su ático recientemente.

Juliette había intentado encontrar a Erika por todas partes pero nunca llegó a conseguirlo. En primer lugar y siguiendo la dirección que le había facilitado Kate había ido a buscarla al ático de Edurne, si estaba viviendo allí sería la forma más sencilla de dar con ella, o eso fue lo que ella había pensado porque la realidad fue otra bien distinta y después de pasarse varios días llamado al timbre sin éxito, Juliette tuvo que asumir que fuera quien fuera Érika había desaparecido de allí sin dejar rastro abandonando a su amiga en un momento especialmente crítico, aquello no tenía ningún sentido. ¿Por qué lo habría hecho? Fuera como fuera, tenía que encontrarla y preguntárselo en persona, solo Erika podía darle la respuesta que estaba buscando.

-3-

Enero 2015

Cuando Edurne se despierta del coma una oleada de luz cegadora impacta contra sus ojos débiles y desorientados. Parecía que la luz llegaba hasta ellos de todas partes y no podía distinguir otra cosa que rayos blancos deslumbrándola sin piedad. Pero Edurne tiene paciencia y sin perder la calma espera, y poco a poco las figuras van apareciendo a su alrededor como si fueran árboles dibujándose en el bosque una vez que la niebla matutina se desvanece.

Poco a poco puede apreciar que se encuentra en una habitación pequeña cuyas paredes pintadas con un color verde apagado transmiten cierta tristeza y desesperanza, y aunque en un principio el lugar le resulta desconocido, hay algo en la escasa decoración que le resulta vagamente familiar. Segundos después, como si la información que perciben sus sentidos llegase a su cerebro con cierto retraso, se da cuenta de que está tumbada en una cama de hospital y que tiene un tubo conectado en el brazo derecho mediante una vía intravenosa. Parece que junto a ella no hay nadie más, está completamente sola y todo está en silencio a su alrededor.

De pronto siente un dolor agudo en la parte posterior de la cabeza e inconscientemente se lleva una mano hacia ella para confirmar por sí misma el motivo de aquel dolor repentino y desconsiderado, con unos dedos torpes y entumecidos a causa de la inmovilidad prolongada

comprueba que tiene la cabeza vendada y al tocarla, una imagen escalofriante sacude su mente y su cuerpo como lo haría un relámpago en una cruda tormenta, y de pronto se ve a sí misma acurrucada en el suelo de una cabaña protegiéndose del golpe que segundos después impacta de forma brutal contra su cráneo. Después de eso, en su mente solo quedan brumas invernales y una oscuridad infinita.

Súbitamente siente un pánico tan intenso que la paraliza. Por fin toma plena conciencia de que se encuentra ingresada en un hospital, pero no uno cualquiera sino el hospital en el que ella trabaja, y se siente repentinamente tan sola que de pronto la ansiedad le invade llenando su pecho y dejándola sin espacio para respirar. Se ahoga, jadea, grita desde su garganta muda con una voz inexistente que no es capaz de llegar a ningún sitio.

Pero afortunadamente para ella una enfermera irrumpe en la habitación a todo correr cuando ella ya piensa firmemente que va a morirse de asfixia, o de pánico. Quizá de ambas cosas. La enfermera le pincha en el brazo alguna sustancia tranquilizante mientras ella intenta decir algo que nunca llega a ver la luz, y en unos segundos las brumas vuelven a aparecer ante ella, sus ojos pesan cada vez más y comienzan a cerrarse en un acto de bendita rendición, y finalmente de adentra sin oponer ninguna resistencia en un profundo sueño lleno de imágenes turbias y recuerdos de dolor y muerte.

La siguiente vez que Edurne vuelve en sí lo hace algo aturdida y comprueba con cierta confusión que sigue ingresada en la misma habitación de hospital, pero ya no se encuentra sola, su abuela está a su lado y le coge la mano mirándola con una sonrisa cálida y acogedora. La mujer la tranquiliza con aquella mirada serena y madura que parece haberlo visto todo, y mientras le acaricia la frente llora de alegría al comprobar que su nieta por fin ha vuelto en sí. Pero Edurne apenas se mantiene despierta unos minutos y después vuelve a dormirse como si fuera una niña pequeña en el umbral de la noche, aunque esta vez no siente miedo, sino una agradable sensación de protección y de calor que le resulta vagamente familiar.

En el exterior del hospital la tormenta azotaba los cristales de la ventana sin pudor ni descanso

desde hacía ya algunas horas. El ruido y el golpeteo monótono de las gotas contra el cristal no habían cesado en toda la noche, y parecía que en aquel nuevo día que empezaba asomarse tras las montañas tampoco pensaba remitir ni darles tregua.

Hace ya unas horas que Edurne ha vuelto a despertarse y ahora un médico de mediana edad le revisa la vista, el pulso, los reflejos…por lo que parece, en aquella primera exploración todo está en orden. Cuando termina, el doctor también le hace algunas preguntas básicas para ver si la paciente se encuentra lúcida o por el contrario presenta alguna laguna en la memoria a consecuencia del traumatismo que ha sufrido. Edurne sabe perfectamente quien es, reconoce el lugar en el que se encuentra hospitalizada y sabe el año en el que vive, lo único que no puede identificar es en qué mes se encuentra porque no sabe que ha estado tres semanas en coma. Recuerda con cierta confusión que algo le golpeó bruscamente la cabeza y la dejó sin sentido, pero no recuerda nada más. El médico le ha dicho que no se preocupe, la pérdida temporal de memoria es frecuente en casos como el suyo, había sufrido una fuerte conmoción y poco a poco irían llegando los recuerdos, sólo tenía que descansar y sobre todo no obsesionarse con ello.

Cuando el médico termina su trabajo y de nuevo las deja a solas en la habitación su abuela le comunica con semblante preocupado que hay dos agentes de policía en el pasillo esperando desde hace días para hablar con ella. Hasta ahora su médico no los había dejado entrar alegando que aún era demasiado pronto para molestarla y que tendrían que esperar antes de acribillarla a preguntas, sin embargo, debía saber que cuando se encontrara mejor tendría que hablar con ellos.

Además del dolor agudo que parpadea de forma intermitente en su cabeza, Edurne tiene contusiones por todo el cuerpo, está muy débil y aún se encuentra algo desorientada. Aún tendrían que pasar algunos días hasta que le dieran el alta, y la verdad era que ya tenía ganas de volver a casa. Al pensar en su casa le viene de pronto una persona a la memoria. Un rostro amigable, sonriente, familiar, pero no recuerda de quien se trata. Es una mujer morena, de ojos vivos y alegres, una amiga, de eso está segura, la ve sentada en el sofá de su ático y no sabe por qué está allí, pero le da una confianza inmensa pensar en ella.

Edurne mira a los dos hombres que tiene enfrente mientras éstos le muestran sus placas y se presentan amablemente. Son el Inspector Gustaf Charpentier y el agente Aimé Cloutier, los dos policías encargados de llevar aquella investigación. Ambos permanecen de pie al lado de su cama y la miran con expresión sombría y expectante.

- Señorita García, antes de nada quiero decirle que siento mucho que tenga que pasar por todo esto en este estado…pero es imprescindible para la investigación que hablemos con usted cuanto antes.- Comienza a decir el Inspector Charpentier.

Edurne asiente lentamente sin decir nada.

- ¿Recuerda algo de lo que pasó, señorita García?

- No, bueno…apenas recuerdo nada. Sólo sé que alguien me golpeó en la cabeza con un objeto… pero no recuerdo nada más, aún estoy confusa.

- Claro, es comprensible. Si le parece voy a contarle lo que sabemos a día de hoy, quizá le ayude a recordar.

- Muy bien.

- De acuerdo, usted apareció aquí muy malherida porque alguien la trajo en coche y la dejó en la puerta de Urgencias. Antes de traerla se recibió una llamada anónima avisando de que en cinco minutos llegaría una mujer muy grave que necesitaba asistencia médica. Cuando el coche aparcó frente a la puerta los médicos la encontraron en el asiento de atrás, estaba tumbada, inconsciente y sangraba mucho. Después el coche aceleró y desapareció sin más, lo único que hemos averiguado al respecto es que el conductor o la conductora llevaba un Hyundai Tucson gris metalizado. Es lo único que pudieron decirnos lo médicos que la sacaron del coche, como estaban pendientes de usted no pudieron ver quién conducía. ¿Conoce usted algún coche así, señorita García?

Edurne se pone muy pálida al escuchar aquellas palabras. Claro que conocía un coche así, pero no podía ser, lo que estaba imaginándose no podía ser cierto, aunque en lo más profundo de su alma sabía que en el fondo tampoco sería tan descabellado.

- Sí, conozco un coche así, el de mi ex novio.

- ¿Y quién es su ex novio?

- Evans Bonfils, es un ex soldado que fue herido en combate y ahora está de baja. ¿Alguien sabe dónde está?

- Señorita, ¿Cree usted que su ex novio le hizo esto y que debido al arrepentimiento la trajo hasta aquí para que la atendieran y después huyó?

- No lo sé, no lo recuerdo, pero…quizá fue un accidente y él me trajo...

- Encontramos su coche aparcado a poca distancia de la cabaña, ¿Recuerda usted haber ido hasta

allí?

- ¿Mi coche? No, no recuerdo…lo siento pero no me encuentro muy bien…

Edurne está temblando como lo haría una hoja antes de desprenderse de forma prematura de la rama de un árbol. Siente como las nauseas se retuercen en su estómago y rápidamente llama a la enfermera para que la ayude a incorporarse y acudir al cuarto de baño. Por fortuna, al encontrarla en aquel estado la enfermera echa de allí a los dos agentes y después de vomitar repetidamente le da un calmante y la lleva de nuevo a la cama, ella sólo quiere dormir y adentrarse de nuevo en la oscuridad y la niebla, no quiere recordar nada, no quiere saber nada más de lo que pudo ocurrir en aquella maldita cabaña.

-4-

Febrero 2015

Juliette Foss conduce por una carretera nacional y según los cálculos de su GPS debería llegar a su destino aproximadamente en diez minutos. Aunque "el caso de la enfermera" tenía la capacidad de atormentarle día y noche ahora tenía que darle prioridad al nuevo caso que le había asignado su jefe sobre unos misteriosos asesinatos que habían ocurrido en Älg, el pequeño pueblo de montaña al que ahora se dirigía entre excitada y expectante. Juliette siempre se había definido a sí misma como una mujer urbana que amaba el cine, el teatro, el asfalto y los rascacielos y por supuesto los buenos restaurantes, pero tenía que reconocer que aquellos paisajes que ahora tenía frente a ella eran estremecedores e impactantes. Aquel sería el lugar ideal que un escritor elegiría para retirarse del mundo y escribir un libro, piensa Juliette para sí misma algo distraída.

Aquella mañana se había levantado de mal humor porque la noche anterior había tenido una fuerte discusión con Johan. Su marido estaba pasando por una mala época y sabía que tenía que apoyarle, pero lo cierto era que estaba empezando a perder la paciencia. Ella se encontraba en un

momento alucinante de su carrera, y en contraposición, su marido se sentía un fracasado al que no le quedaba más remedio que cuidar de la casa y de los niños mientras su mujer trabajaba y llevaba un sueldo a casa. << *Hay cosas que nunca van a cambiar* >>, piensa Juliette mientras reduce la marcha en una curva pronunciada refiriéndose a la histórica necesidad de los hombres de llevar el sustento a su familia, algo que no parecía estar cambiando por mucho que la sociedad fuera evolucionando.

Lo cierto era que Johan era un magnífico arquitecto técnico, pero llevaba dos años sin encontrar trabajo después de que la empresa en la que había crecido profesionalmente a lo largo de siete años cerrara definitivamente sus puertas y se trasladara a otra ciudad. Sus jefes habían insistido una y otra vez en que no querían perderle y le habían ofrecido conservar su puesto de trabajo en la nueva delegación, pero la mala noticia era que las nuevas oficinas estarían ubicadas nada menos que en Alemania. Ambos habían hablado largo y tendido sobre el tema y de mutuo acuerdo habían decido, << *por el bien de la familia* >>, que Johan rechazara el trabajo y esperara un tiempo hasta encontrar una nueva oportunidad que se ajustara más a sus necesidades. Ahora Juliette se preguntaba si aquella decisión había sido la acertada o por el contrario un completo error, porque desde entonces su marido se había ido marchitando de forma alarmante conforme los días fueron pasando.

Pero no había sido así desde el principio. En un primer momento Johan se había mostrado animado ante aquella nueva perspectiva y se había tomado aquel imprevisto como una posibilidad real para realizar un cambio significativo en su carrera profesional, lo malo era que la oportunidad que tanto esperaba parecía no llegar nunca, los meses iban pasando uno tras otro sin obtener ningún resultado en su búsqueda y en un tiempo Johan empezó a desanimarse y a deprimirse, se mostraba irritado por cualquier cosa y lanzaba la pronunciada frustración que le envolvía contra su esposa. Hoy era un hombre muy diferente al hombre con el que ella se había casado años atrás, y que le rechazaran en aquella última entrevista le había hundido definitivamente.

Y en el momento menos pensado el resentimiento que había permanecido oculto aquellos últimos

meses había salido a la luz sin remedio, como si su marido fuera un volcán en erupción incapaz de dar marcha atrás una vez que está escupiendo la lava incandescente fuera de sí. En plena discusión Johan le había echado en cara que debería haberse ido a Alemania cuando se lo habían ofrecido, y aquella simple frase corta y directa fue para ella un disparo letal. Acabaron enzarzados en una cruzada como nunca lo habían hecho y el dormitorio donde otras veces había hecho el amor se convirtió sin previo aviso en un descarnado campo de batalla. Al recordarlo, Jueliette no puede evitar sentir cierto malestar en la boca del estómago.

Cuando Juliette llega por fin a su destino aparca el coche en una pequeña plaza que hay junto al ayuntamiento. Älg resulta ser un pueblo agradable, gélido, pero agradable. Las montañas le dan un aspecto seguro, como si fueran guardianas y protectoras de sus habitantes, y el blanco de la nieve le da al lugar un aspecto de pureza que le hipnotiza al fijar la vista más allá del horizonte, donde solo ve blanco y más blanco impregnándolo todo.

Lo primero que necesita Juliette para ordenar sus ideas es tomarse un buen desayuno que la ayude a centrarse y a entrar en calor. Después de disfrutar de un café con leche de soja en un modesto bar que sin embargo le ha sorprendido gratamente por sus bollos caseros, Juliette aborda al camarero y le lanza una pregunta intentando aparentar un tono natural y distraído que no levante sospechas.

- Perdone, no soy de aquí y estoy buscando a alguien…quizá pueda ayudarme.

- Si está en mi mano…- Dice Birger mientras observa a la mujer que tiene delante con cierta desconfianza.

- Verá, soy redactora de Libertad Plural, estoy realizando un reportaje y necesito encontrar a alguien que me hable de los asesi…bueno, de la muerte de Agnes y Adrian Hult, ¿Sabe con quién podría hablar que me ayude con esto?

- Bueno, quizá debería hablar con el Inspector Adam Berg, él está al frente de todo. Vaya usted a la Comisaría de policía y pregunte por él, está al lado del ayuntamiento, allí podrá encontrarle.

- Muchas gracias, no sabe cuánto me ha ayudado.- Dice Juliette mientras anota el nombre del inspector en su cuaderno.- Y… ¿hay alguna persona cercana a los fallecidos con la que pueda

hablar? Según tengo entendido había una joven instalada en casa de Agnes cuando pasó todo, ¿No es cierto?

- Debe referirse a Clarissa.

- Clarissa…- Repite Juliette mientras anota el nombre junto al de Adam.- ¿Y podría decirme dónde encontrarla?

- No se moleste pero no creo que contestar a eso sea lo más conveniente. Si quiere puede darme su tarjeta y si la veo le diré que se ponga en contacto con usted, suele venir por aquí con frecuencia.

-¿Haría usted eso? Pues de verdad que se lo agradecería. Tome. - Y Juliette le ofrece una tarjeta de contacto.

Después paga su desayuno y con el sabor de la satisfacción en los labios sale del bar sabiendo perfectamente a dónde dirigir sus pasos.

Adam siente un nudo en el estómago que no le deja casi respirar, eso, unido a lo distraído que se encuentra aquella mañana hace que concentrarse en el trabajo sea una misión imposible. Por eso, cuando el cartero entra en su despacho con un sobre para él, Adam decide que aquel era un buen momento para salir a tomar el aire y darse un respiro. Quería abrir el sobre en un lugar dónde tuviera la máxima intimidad porque presentía que lo que tenía entre sus manos no iba a resultarle nada agradable.

Pero realmente no sabe a dónde ir, lo que de verdad le apetece es refugiarse al menos durante una hora en el calor de su casa, donde estaría al resguardo de las miradas indiscretas de sus compañeros o de las posibles y desafortunadas interrupciones de Emil, pero la realidad era que no disponía del tiempo necesario para eso así que tendría que conformarse con un plan más asequible y realista, y con esa idea decide bajar al aparcamiento y entrar en su coche, allí al menos podría estar tranquilo por un tiempo. Cuando por fin se encuentra en la soledad y el refugio que le aporta el coche patrulla Adam abre el sobre que tiene entre las manos y con cierta inquietud saca los papeles que hay en su interior. Y como esperaba no se lleva ninguna sorpresa, era indudablemente lo que se había imaginado desde el primer momento, los papeles del divorcio que le mandaba Annika.

Adam suspira, Annika iba en serio. Podía sentir como de su interior brotaba un enfado incipiente como si fuera un manantial de agua puro y transparente abriéndose paso entre las rocas sólidas de una montaña, y con la rabia aleteando en cada uno de sus movimientos Adam se dispone a leer los papeles que tiene delante. Cuando llega al final del documento aparecen de forma insultante los datos de contacto del bufete desde el que le habían enviado la dichosa documentación, Adam guarda aquel número en su teléfono móvil dispuesto a llamar más tarde, pero antes tenía que tener una conversación con Annika.

Adam realiza aquella llamada telefónica con la impulsividad propia de los actos de los que luego uno se arrepiente, eludiendo las señales que le menda su sexto sentido que le dice como si fuera la voz de su conciencia que ese tipo de llamadas deberían de hacerse en frío y no en caliente, cuando el enfado te nubla la vista y confunde todos tus sentidos.

Aún a riesgo de arrepentirse Adam marca el número de Annika y coloca el teléfono tapando su oreja derecha de forma involuntaria, esperando, o más bien deseando que la mujer con la que había compartido una parte de su vida se dignara a coger el teléfono. Pero como era de esperar Annika no lo hace y en contra de sus deseos salta el buzón de voz invitándole a dejar un mensaje que ella escucharía más tarde. Sin hacer ningún esfuerzo por controlarse, Adam comienza a hablar y las palabras salen de su garganta como dardos lanzados al aire cargados de frustración y resentimiento.

- Annika, he recibido los putos papeles del divorcio, si piensas que voy a firmarlos sin más estás muy equivocada. Dile a tu abogado que hasta que no tenga por escrito el régimen de visitas del niño y tu compromiso de que vas a reconocer todos mis derechos como padre no pienso firmar nada. Todo esto va a ser de mutuo acuerdo si tú quieres, pero si te empeñas en privarme de mi hijo nos veremos en los tribunales.

Cuando Adam cuelga el teléfono siente como la cólera se asienta en su interior y la enfurecida tormenta que habitaba hacía unos momentos en su cuerpo se convierte tan rápido como ha llegado en un insólito remanso de paz. Tras la ventanilla del coche ve a varios agentes pasar en dirección a la Comisaría, donde tras unos minutos de ausencia ya se le estaría amontonando el trabajo y las llamadas, así que Adam sale del coche y respira una bocanada de aire frío que le despeja las entrañas, ahora se siente mejor, es hora de volver al trabajo.

-5-

Febrero 2015

Después de dos semanas más ingresada en el hospital lidiando cada día con el aburrimiento más

profundo, a Edurne por fin le han dado el alta y ya puede volver a casa. Su abuela había insistido una y otra vez para que se trasladase con ellos una temporada a la granja y finalmente había terminado aceptando la invitación, ahora más que nunca necesitaba sentirse segura y acompañada. Pero había decidido que antes pasaría por su ático para coger algo de ropa y otras cosas personales ya que intuía que no volvería a vivir sola en una larga temporada.

Antes de salir del hospital había vuelto a recibir una última visita de la policía. El inspector Gustaf era un hombre paciente y amable, pero ella ya estaba cansada de contestar a todas sus preguntas, sólo quería descansar y olvidar, y él se empeñaba en que lo recordara todo una y otra vez.

El Inspector le había comunicado que Evans seguía desaparecido y que había enviado una orden de búsqueda y captura por todo el país, incluso habían dado aviso al resto de países de la Unión Europea por si el sospechoso intentaba huir de Francia. Habían mandado fotografías suyas a las principales comisarías con el fin de que las distribuyeran en su radio de acción y todos estuvieran alerta. También le había dicho que podía recoger su coche en Comisaría, y que los restos de los huesos que habían encontrado en la cabaña eran de un tal Damien, compañero del ejército de Evans. Cuando Edurne escucha esa noticia su corazón llora de pena y de impotencia.

Era curioso, porque Edurne recordaba todo lo que había ocurrido a lo largo de su vida excepto aquel incidente en la cabaña. No sabía que había podido ocurrir entre ella y Evans, no sabía cómo había llegado Damien hasta allí, en cambio sí recordaba que aquella noche le había curado una herida en la ceja y una nariz rota, y ahí se borraban todos sus recuerdos.

En aquella ocasión, Edurne le explica a la policía con pelos y señales todo lo que Damien le había contado la noche que había llegado herido al hospital mientras le curaba; que se había peleado con Evans en plena calle y que harto de aquella historia había decidido denunciarle. Le cuenta con toda la paciencia del mundo que ella había dejado a Evans tiempo atrás por todo lo que Damien le había contado sobre sus “delitos” en el ejército, aunque él se había resistido a aceptarlo. También le informa de que su novia actual era Gina y que quizá ella supiera dónde se encontraba, pero lo que no puede decirle es cómo terminó ella en la cabaña porque no lo

recuerda, ni quién le había hecho la herida de la cabeza ni qué oscuro motivo le habría llevado a hacerlo.

El Inspector Gustaf tenía una teoría sobre todo lo acontecido aquella noche y la había compartido con ella por si eso le hacía recordar. Él creía que Evans la había secuestrado porque nunca había aceptado su ruptura. Por algún motivo aún desconocido para él, Damien había ido a la cabaña aquella noche y los dos hombres solucionaron sus problemas a golpes, quizá ella quiso meterse en medio para separarles y recibió uno de ellos de forma accidental, o quizá Evans la golpeó deliberadamente, después de eso no sabía cómo seguir hilando la historia…en cualquier caso, si recordaba algo más debía llamarles enseguida.

Después de aquella última y turbulenta conversación con el Inspector, Edurne por fin está en su bonito ático. El olor le resulta familiar nada más entrar en el salón, huele a hogar…aunque esa agradable sensación olfativa dura apenas unos segundos ya que después le llega un fuerte olor a comida en mal estado que hace que arrugue la nariz en un gesto de asco involuntario. Dispuesta a encontrarse con cualquier desastre se dirige a la cocina y abre la nevera aguantando la respiración, en una de las bandejas encuentra dos hamburguesas que apestan y varias piezas de fruta podrida llena de mosquitos y con un aspecto lamentable.

Edurne lo tira todo a la basura y después se dirige a su habitación para recoger lo que va a llevarse consigo a la granja. Llena un par de bolsas de viaje con ropa cómoda y coge un libro de la estantería que hay junto a la ventana de su dormitorio, y justo antes de salir del piso reposa su mirada en una nota escrita a mano que hay sobre el mueble de la entrada.

"Edurne, me he marchado. Cuando llegue a mi nuevo destino te mandaré mi dirección. Te echaré de menos. Érika".

Y entonces una imagen le asalta súbitamente como un ladrón en plena noche: Erika tosiendo y vomitando agua helada mientras ella apunta a Evans con un rifle. Su corazón late tan deprisa en su pecho que puede escucharlo en sus sienes como un eco lejano que evidencia lo que le está ocurriendo por dentro. No quiere saber más, no quiere recordar nada, le da un miedo atroz descubrir la verdad.

Edurne siente que le falta el aire, por eso sale de allí a toda prisa cerrando la puerta tras ella con un fuerte y sonoro portazo. Sintiéndose un poco mareada baja las escaleras agarrándose a la barandilla y una vez en la planta baja abre el buzón para comprobar si tiene alguna noticia de Erika. Con una mezcla de temor y entusiasmo observa que hay una carta sin remite esperándole pacientemente desde quien sabe cuánto tiempo. Con el pulso tembloroso coge el sobre y lo introduce en la maleta como si fuera un regalo o un bien muy preciado que no puede abrirse en el rellano de una escalera, después sale del portal y se sumerge en las frías calles de la ciudad.

Horas después Edurne se encuentra en la granja en la que se ha criado. Todo allí la traslada a su infancia: las paredes de piedra de la casa, la amplia cocina de su abuela, el establo dónde duermen las vacas, la gran extensión de pasto verde donde el ganado come a sus anchas, aquel olor a leche recién ordeñada por las mañanas. Todo le acaricia el alma como una dulce nana.

Ha cenado con sus abuelos en un ambiente algo enrarecido debido a la excesiva preocupación que ambos muestran por ella debido al precario estado en el que aún se encuentra. Después ha subido al piso de arriba y se ha dirigido a su habitación, que se encontraba tal y como ella la había dejado cuando se marchó a vivir la ciudad.

Necesita estar sola. Sin más preámbulos se ha puesto el pijama, se ha metido debajo del edredón y ha cogido la carta que había encontrado horas atrás en su buzón. Y cargada de expectación abre aquel sobre anónimo que después leería varias veces para poder asimilar la información que contenía.

"Edurne, si estás leyendo esta carta es que finalmente te has recuperado y estás bien, cada noche pido que te salves, porque tengo muchas cosas que contarte y no hemos tenido tiempo suficiente, aún no puedes irte. Desaparecí porque me entró mucho miedo, pero me gustaría que vinieras a verme cuando estés mejor, me he instalado en un pueblecito de Suecia y me encantaría que me hicieras una visita. No sé cómo decirte todo lo que te quiero decir, quizá sea mejor hacerlo sin rodeos. Tampoco sé si leerás esta carta algún día, pero aún así quiero escribirlo para que el mundo lo sepa, Edurne, soy tu hermana, y tuve que viajar mucho hasta que finalmente pude encontrarte, pensaba decírtelo, pero todo pasó tan deprisa… Espero que

puedas perdonarme y que te pongas en contacto conmigo para que pueda contártelo todo. Aquí tienes mi dirección, te estaré esperando.

Tu hermana Erika."

Edurne ha dejado de leer y se encuentra en estado de shock. La carta se le ha caído de las manos y descansa con inocencia sobre sus rodillas, las cuales están cubiertas con el edredón rosa pálido que le había resguardado en las noches de invierno de su niñez. Lágrimas saladas desfilan por sus mejillas cuándo deliberadamente salta de la cama, se pone la bata de casa sobre el pijama y baja al piso de abajo buscando una explicación que mitigue aquel sentimiento devastador que asola su alma.

Cuando Edurne irrumpe en el salón de la casa encuentra a su abuela sentada tranquilamente en la vieja mecedora de madera junto al fuego. Está tejiendo alguna prenda de invierno con una esponjosa lana azul cielo, totalmente ajena al volcán que está a punto de entrar en erupción justo delante de ella.

- ¡Abuela, abuela!

- ¿Qué pasa Edurne, a que vienen tantos gritos? Tu abuelo está durmiendo.

- Abuela, ¿Yo tenía una hermana?

La anciana palidece por unos momentos que a Edurne le parecen años, después abre la boca y la cierra de nuevo sin saber que decir. Entonces observa la cara desconcertada de su nieta y deja las agujas de tejer sobre sus piernas mientras la mira con infinita ternura.

- Anda, siéntate aquí.- Dice la mujer señalando el sillón que hay junto a ella.

Todo está en silencio menos el crepitar de las llamas que hacen crujir la madera en la chimenea y los ronquidos del abuelo que llegan amortiguados desde la habitación del fondo.

- Sí, tienes una hermana. ¿Cómo lo has sabido?

Edurne mira a su abuela totalmente atónita.

- No puedo creerlo, todos estos años…y nadie me lo ha contado.

- Niña, no podíamos decírtelo, y fue muy duro para nosotros pero no podíamos hacer otra cosa, no se nos ocurrió otra forma de…

- Esto no puede estar pasando.

- Fue después del accidente. Tus padres murieron pero tú y tu hermana sobrevivisteis. Nosotros no podíamos hacernos cargo de las dos, ¿No lo entiendes? Se me partió el alma pero teníamos que hacer algo, y dimos a Erika en adopción. Se la llevó una familia alemana muy bien acomodada, era lo mejor para ella.

- ¡No! Era lo mejor para vosotros.

Edurne se levanta del sillón y vuelve a su dormitorio enfurecida. No quiere ver a su abuela, no quiere ver a nadie, sólo quiere estar sola y asimilar todo lo que le está pasando en tan poco tiempo, todo su mundo se desmorona como si fuera un castillo de arena arrasado por una ola demasiado fuerte para mantener en pie sus débiles murallas.

-6-

Pero al igual que el sol salía todos los días tras las montañas nevadas que admiraba desde su ventana el tiempo pasaba para Edurne incesante y sin descanso. Ya había transcurrido una semana desde su descubrimiento, pero el agujero que aún sentía en su pecho le confirmaba que todavía no había sido capaz de asimilarlo.

Edurne pasea por el campo de pasto que hay junto a la granja. Ahora estaba completamente cubierto de nieve pero dentro de unos meses sería un prado verde que servirá de alimento fresco y sabroso para el ganado. Las vacas pasaban el invierno en el establo y se alimentaban de pienso y forraje, pero ya quedaba menos para que las reses pudieran cortar la hierba fresca con sus propios dientes.

El sol débil y tímido del invierno parece que va recobrando algo de fuerza día tras día y las tardes últimamente son algo más largas. Es un cambio imperceptible pero los amantes de la naturaleza y los buenos observadores de las estaciones pueden apreciarlo, y ella ha pasado allí muchos inviernos para saber distinguir aquellas variaciones sutiles que vaticinan el final del invierno.

La última semana había sido especialmente dura para ella y había pasado mucho tiempo a solas. Edurne intentaba averiguar en vano que quería hacer con su vida, pero era cómo si su mente estuviera de forma permanente en modo off, apagada o fuera de cobertura. Se sentía como si estuviera atravesando un vasto río de lodo y no pudiera caminar con libertad, estaba literalmente atrapada en el fango. Aún no podía volver al hospital, todavía no se sentía con fuerzas, y no quería

ver a Gina deambulando por allí cada día cómo si no hubiera pasado nada, y tampoco quería encontrarse al fantasma de Damien anunciándole cual era su plan para acabar con Evans cada vez que se quedara a solas en la sala de enfermeras. Con una sensación de impotencia que le hacía sentirse atrapada en sí misma veía su vida de antes lejana y distante, como si fuera la de otra persona, y un miedo acuciante a no poder recuperarla jamás le escocía en los ojos, porque ya nada sería igual, ella misma era tan diferente que ahora apenas se reconocía.

Cada día que pasaba en la granja alejada de todo recordaba algo nuevo, algo que preferiría dejar en el olvido para siempre. Recordaba imágenes, frases, olores. Recordaba sensaciones que preferiría no haber recordado nunca porque eran escalofriantes. Y las lagunas que tenía en su memoria al despertar del coma se habían ido disipando perezosamente, las piezas del puzle habían terminado encajando por sí solas y ahora, inevitablemente, sabía cómo había sucedido todo.

Mientras camina de regreso a la granja Edurne piensa en el Inspector Gustaf y decide que es hora de llamarle y tener una conversación con él. Desde dónde se encuentra puede ver el humo saliendo de la chimenea de la casa, su abuela debía de estar cocinando alguno de sus guisos caseros. Por un momento parece que su enfado se disipa y puede sentir el amor que aquella mujer tiene para ella. Está allí, al alcance de su mano, siempre lo había estado, pero Edurne ahora estaba en un lugar lejano y distante desde el cual no puede alcanzarlo.

Desde que había salido del hospital era la primera vez que Edurne había ido a por sí misma a la ciudad. Ahora se encuentra en una sala pequeña, vacía y silenciosa de la Comisaría de policía. Lleva allí cinco minutos y algo nerviosa se mira las manos mientras espera. Dos minutos después la puerta se abre y entran en la sala el Inspector Gustaf y su compañero Aimé, ambos la miran de forma amable y se sientan frente a ella expectantes y ansiosos por oír noticias nuevas sobre el caso que investigan.

Aimé enciende una grabadora y le hace una señal con la cabeza para que empiece a hablar y Edurne traga saliva antes de empezar su relato.

- Como le dije por teléfono, Inspector, estos días de descanso han hecho que vaya recordando y quería contarles cómo ocurrió todo.

- Ha hecho bien en llamarnos.- Dice Gustaf alentándola a continuar.

- Ya les conté en su día la conversación que tuve con Damien mientras le curaba las heridas de la pelea. Bien, yo ya había terminado mi turno y cuando terminé de curarle me dirigí a mi coche para volver a casa, pero como ya se imaginarán nunca llegué a hacerlo…Evans apareció de la nada, debía de estar esperándome pero no le vi llegar. Me obligó a subir en su coche y me llevó a la fuerza a la cabaña. En el trayecto me forzó a llamar a Damien para persuadirle de sus intenciones de denunciarle, pero creo que él se dio cuenta de que yo estaba en apuros y por eso vino a ayudarme.

- Entonces, si usted no subió en su coche, ¿Cómo llegó éste hasta allí?

- No lo sé, quizá…quizá fue Erika, pudo ir a buscarme al hospital al ver que no llegaba en toda la noche y….

- ¿Quién es Erika?- Pregunta ahora Gustaf con un gesto serio.

- Bueno, Erika es…es mi hermana, vivía conmigo desde hacía algún tiempo. Como les decía, Evans me obligó a subir en su coche y me amenazó para que llamara a Damien y le quitara de la cabeza la idea de acusarle. Creía que Damien me haría caso pero…conocía a Evans perfectamente

y él ya había estado antes en la cabaña, supongo que se imaginó que estaríamos aquí.

- Prosiga.

- Una vez en la cabaña…- Edurne para y traga saliva de nuevo, y vuelve a mirar sus manos que alteradas juegan entre ellas intentando mitigar los nervios.

- Lo está haciendo muy bien, señorita García, sólo queda un poco más y esto habrá terminado.

- Evans estaba haciendo la cena, se comportaba como si no hubiera pasado nada, como si estuviéramos pasando un romántico fin de semana juntos. Yo estaba aterrada, nunca le había visto así, estaba como ido…y en un descuido suyo intenté escapar, corrí hacia la puerta sin mirar atrás pero él se abalanzó rápidamente sobre mí, llevaba un cuchillo en la mano y pensé que iba a matarme.

Ahora Edurne se tapa la cara con las manos y llora desconsoladamente. El Inspector le tiende un paquete de pañuelos y espera pacientemente a que pueda continuar con el relato.

- Evans dejó caer el cuchillo en el suelo y me agarró del cuello con fuerza, después me estampó contra la pared dos veces. Aunque estaba aturdida intenté deslizarme hasta el cuchillo pero él cogió un jarrón y me golpeó con él en la cabeza. Creo que perdí el conocimiento. Al rato me desperté, Damien y Evans se estaban peleando por todo el salón, mi visión estaba nublada y no oía bien, escuchaba un zumbido constante en mis oídos, pero había gritos y golpes y finalmente Damien cayó al suelo con un cuchillo clavado en el abdomen. Evans se lo sacó sin remordimientos y volvió a clavárselo más fuerte varias veces, y Damien murió, Damien murió delante de mis ojos sin que yo pudiera hacer nada por él, murió por intentar salvarme.

- ¿Y qué pasó después?

- Creo que volví a perder el conocimiento porque estuve ausente por algún tiempo en el que no recuerdo nada. Cuando volví a despertarme estaba sola en la casa y escuché los gritos desesperados de una mujer en el exterior de la cabaña. En un principio no supe quién era, pero

estaba pidiendo auxilio. Cuando salí a la calle vi a Evans ahogando a Erika en el agujero del lago, entonces divisé un rifle en el suelo, no sabía por qué estaba allí pero me abalancé hacia él, lo cogí y le apunté con él, y así fue como obligué a Evans a apartarse de Erika. Pero yo estaba muy débil y las fuerzas me fallaron, recuerdo que no podía sostenerme de pie por más tiempo y me caí de rodillas sobre la nieve. Evans aprovechó aquel momento para escapar, lo último que recuerdo es que corría hacia el coche de Damien que estaba aparcado frente a la cabaña y huía en él dejándonos a las dos atrás. Y no recuerdo nada más, cuando me desperté de nuevo estaba en el hospital y todo lo demás ya lo saben.

- Sólo hay algo que me preocupa, señorita García. ¿Por qué su hermana no vino a contarnos lo ocurrido? ¿Por qué desapareció? ¿No cree usted que es un poco raro?

- No, no lo es, yo le dije que se fuera antes de desmayarme. Le dije que se fuera para que Evans no la encontrara, tenía que desaparecer porque yo estaba segura de que no iba a dejarla con vida después de todo, le conozco demasiado bien, no se imagina cómo es, si no acudió a la policía fue para mantenerse a salvo porque si llega a hacerlo...él habría acabado con ella. Ahora estoy segura Inspector, fue ella quien me llevó al hospital, y después se puso a salvo como yo misma le pedí que hiciera.

- Nosotros hubiéramos podido protegerla.

Edurne se encoje de hombros y después continúa.

- Supongo que ambas actuamos movidas por el miedo.

El Inspector Gustaf la mira desconfiado intentando encontrar cualquier resquicio de una mentira en su rostro, pero decide que aquella mujer ya ha sufrido bastante y que ya es hora de que descanse.

- ¿Han encontrado a Evans?

- No, pero estamos siguiendo su rastro, no tenga duda de que lo cogeremos, lo que ahora me preocupa es la seguridad de su hermana, Evans podría intentar encontrarla, quizá deberíamos

alertarla….

- No se preocupe por ella, se ha puesto en contacto conmigo y está bien, se ha mudado a otro lugar.

- Bien…Una cosa más ¿Quién quemó la cabaña?

- ¿La cabaña…? No lo sé, ya le he dicho que me desmayé, no sé qué ocurrió después, quizá Evans volvió para eliminar las pruebas y le prendió fuego, sería lo más lógico, había dejado allí un cadáver.

El Inspector asiente reconociendo que era una posibilidad coherente. Después se levanta, acompaña a Edurne hasta la puerta y da por finalizada la reunión.

Cuando Edurne sale de la comisaría un dulce rayo de sol impacta en su cara y seca sus lágrimas saladas. Con los ojos cerrados disfruta de aquella sensación de paz momentánea, porque sabía que iba a durar muy poco y quería recordarla en los momentos de oscuridad que sin duda, seguirían viniendo a mortificarla.

En sus oídos aún resuenan las palabras que le había dicho al Inspector sobre Érika. Le gustaría que fueran ciertas, pero no lo eran. Le hubiera gustado que ella hubiera permanecido a su lado, pero eso tampoco había ocurrido. Aún así, Érika intentó salvarla y ahora le tocaba a ella protegerla. No sabía los motivos por los que su hermana había desaparecido de su vida si acababa de llegar a ella, sólo sabía que en su interior había tanta tristeza que pronto rebosaría y no habría lugar para nada más en su encogido pecho.

-7-

La mañana había amanecido fría, pero la caricia del sol tocando su piel era ahora tan agradable que Edurne sonríe sin darse cuenta. Sabía que lo peor del invierno aún no había pasado, pero a partir de ahora le esperaban días más largos y con más horas de luz. Antes de darse cuenta habría llegado la primavera y los días oscuros y grises habrían quedado atrás, como tantas otras cosas en su vida.

Ahora sale del hospital con la mirada perdida en un futuro incierto y el corazón contrariado. Había decidido abandonar su trabajo por un tiempo, el trabajo que tanto le gustaba y que había conseguido con su propio esfuerzo. Pero aunque no le gustase reconocerlo tenía que rendirse a la evidencia, y la verdad era que no se encontraba con ganas de seguir trabajando allí, en lo más hondo se su ser sabía que aún no está recuperada del todo y esa iba a ser ahora su única prioridad: ella misma.

Cuando atraviesa la puerta del hospital buscando la luz del día y ve frente a ella un parking

repleto de coches adormecidos, una ráfaga de miedo le atraviesa el cuerpo de principio a fin como si la hubiera alcanzado un rayo fulminante. No puede evitar desviar su mirada hacia el lugar en el que aquella noche estaba aparcado su propio coche, el lugar en el que Evans la asaltó de improvisto y se la llevó de allí sumergiéndola en la peor pesadilla de toda su vida, solo que ésta había sido al cien por cien real.

Edurne sacude la cabeza levemente queriendo espantar de su mente aquellos fantasmas que la persiguen a todas horas. En la granja de su abuela se sentía más segura, pero cada vez que se aventuraba a ir al pueblo o a la ciudad, los mil recuerdos que permanecían ocultos en los resquicios de su mente saltaban sobre ella ferozmente, como lo haría un león sobre una tierna gacela.

Se siente insegura e indefensa a cada instante, como si fuera una niña delicada e inocente en lugar de la mujer adulta que es, y odia aquella sensación de sentirse descubierta, atemorizada y terriblemente débil. A veces tiene la sensación de que alguien la observa, de que hay una presencia fuerte y masculina que la espía. Siente un miedo atroz de que Evans siga acechándola a escondidas, y no lo descarta, por eso mira hacia atrás a cada instante para asegurarse de que en realidad está sola. A veces cree que va a volverse loca y duda de ella misma, y otras veces la paranoia logra vencerla y se sumerge en un estado de desconfianza tan grande que no quiere salir de su habitación, de la habitación donde se había hecho mayor sin darse cuenta y un día se había convertido en una adolescente invencible llena de sueños.

Y ahora, además de eso, había dejado su trabajo, lo mejor que tenía en la vida, su única tabla de salvación. El lugar donde siempre se había sentido bien consigo misma y donde el día a día tenía sentido para ella, donde podía hacer algo por los demás, algo por esta humanidad loca y desordenada que ahora le hacía sentirse insignificante y totalmente prescindible.

Pero el hospital se había convertido en un lugar diferente para ella, y donde antes podía moverse con la libertad de un pez que nadaba en un mar de aguas tranquilas, ahora parecía un río de aguas bravas que removía incesantemente un sinfín de recuerdos dolorosos; la presencia de Gina, el recuerdo de Damien y el lugar donde Evans la había recogido tantas veces y dónde terminó

llevándosela a la fuerza. No, de momento Edurne no quería trabajar en aquel espacio saturado de imágenes tan recurrentes como dolorosas.

Los siguientes días pasan para ella con el aplomo que solo el tiempo puede tener en las peores circunstancias, justo cuando uno necesita que pase rápido y sin sobresaltos. No tiene motivos por los que seguir adelante, no hay nada que le haga sentir un atisbo de esperanza, siente que está inmersa en las profundidades de una cueva en la que solo puede hibernar y esperar a que pase el invierno, su propio invierno, un invierno cruel y duro como nunca antes lo había vivido.

Edurne se mira perpleja en el espejo de su dormitorio y no sabe quién es. No sabe quién es la mujer del espejo. La reconoce físicamente, pero esa imagen no le dice nada, es como si no pudiera identificarse con ella, no sabe que siente aquella mujer, no sabe que quiere, no sabe cuáles son sus deseos y sus sueños más profundos. No sabe hacia dónde quiere ir. La mira como si fuese una desconocida y le abruman sus ojos vacíos de vida y llenos de incertidumbre.

Pero entonces la carta de Erika, que descansa sobre la mesita de noche que hay junto a su cama emerge como si fuera un papel flotando de forma inexplicable en la superficie de un mar tempestuoso. Con lágrimas en los ojos coge aquel papel y lo acerca a su pecho, la echa mucho de menos y es la única persona a la que quiere ver en estos momentos. Y así, aferrada a un papel que le recuerda a la mujer que ahora sabe que es su hermana, Edurne logra encontrar algo de consuelo.

Aquel día había amanecido como cualquier otro, solo que Edurne se había levantado por fin cansada de estar triste. Cansada de estar deprimida y cansada de estar cansada. Está harta de lo que siente, no lo soporta ni un segundo más. Quiere huir de sí misma pero sabe que eso es imposible, a dónde vaya se llevará consigo aquellos sentimientos dolorosos que le oprimen el pecho y le cortan la respiración. Pero internamente ha tomado una decisión, tiene que hacer algo, aún no sabe que hará, aún no tiene una idea clara en su mente, pero se abre a ella esté donde esté, porque sabe que tarde o temprano ésta terminaría llegando iluminándole el camino.

Al principio se siente irremediablemente rabiosa, y durante cierto tiempo se mantiene aferrada a su enfado consigo misma, el cual le hace recriminarse con dureza haberse hecho pasar por todo lo que había pasado. Se siente avergonzada por haber estado tan ciega, por haber sido tan inocente, tan estúpida, por haberse dejado engañar tantas veces y no haber visto la realidad cuando era tan obvia y evidente. Y se siente culpable porque ella la maquillaba, maquillaba la realidad y maquillaba a Evans para ver al hombre que a ella le hubiera gustado que fuera. Pero no lo era, nunca lo había sido y seguir con él a toda costa, a su costa, le había pasado una factura muy elevada.

Ahora estaba pagando todos los errores cometidos. Se odiaba, se sentía débil y maleable, se sentía una marioneta del destino, como si ella no hubiera sido capaz de tomar sus propias decisiones, ni de decir << *no* >> alto y claro cuando en realidad quería hacerlo. Por eso se siente terriblemente culpable, por todo el dolor que se había infringido a sí misma con aquella actitud de chiquilla irresponsable, por haberse perdido el respeto de aquella manera tan brutal que la había aniquilado y la había reducido a simples y volátiles cenizas.

Y así continúan pasando los días para Edurne. Los días, las horas, los minutos, los segundos…Por más que lo intenta no puede mirar a otro lado, haga lo que haga su dolor está con ella, por eso termina resignándose y respira profundo, y con todo el valor que es capaz de reunir decide asumir el estado en el que se encuentra y por fin deja de pelearse consigo misma y con lo que siente. Y con toda la sencillez del mundo reconoce lo que ha ocurrido, y al hacerlo, un llanto hondo y

genuino brota de sus entrañas y las limpia, aquel llanto drena todo su dolor y lo recicla, y cuando Edurne ha llorado toda su pena, toda su impotencia y su incomprensión, cuando por fin deja de estar enfadada con Evans, con ella misma y con el resto del mundo, de algún lugar desconocido para ella brota un inmenso sentimiento de compasión por sí misma, por haber vivido lo que ha vivido y haber sobrevivido a ello. Por no haber sabido hacerlo de otra manera.

Y entonces, vivir con ella misma se hace más llevadero. Se mira en el espejo y ahora puede verse con dulzura, con una dulzura teñida de cierta pena. Como un animal que se lame las heridas a sí mismo se acaricia el cuerpo que tantas veces fue maltratado, se acaricia el cabello que tantas veces fue agarrado con violencia, se acaricia el alma que tanto tiempo fue pisoteada. Empieza a tratarse como nunca antes lo había hecho, y la dureza que se había cristalizado en su cuerpo empieza a desvanecerse.

En ese momento Edurne piensa repentinamente en sus padres. Piensa en su madre, que perdió la vida tan joven dejando indefensas a dos niñas pequeñas. Piensa en su madre y un sentimiento de gratitud emerge de su corazón. Ella le dio la vida para vivirla, y el mejor homenaje que puede hacerle es vivir su vida plenamente. Después ve la imagen de su padre y se siente súbitamente protegida. Por unos momentos, Edurne se siente acompañada por ellos. Puede sentirlos detrás de ella velando por su seguridad y su bienestar, y entonces su recuperación se hace más llevadera.

Después de pasar varios días con sus largas noches recluida en su habitación, Edurne por fin ha decidido salir de ella. Son las siete y media de la tarde y en la calle ya no queda nada de luz. Con cierta pereza se sienta en el sofá junto al fuego de la chimenea y enciende la televisión en un gesto automático, pero después de repasar todos los canales comprueba con resignación que no hay nada que le interese y termina apagándola. Entonces ve un periódico doblado sobre la mesita y lo coge despreocupadamente con el único fin de entretenerse un rato, va pasando las páginas una tras otra y de pronto se detiene en una de ellas. Y con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa

comienza a leer:

<< Hoy les informamos de nuevas noticias sobre "Los crímenes de la cabaña", como se conoce popularmente al caso de la enfermera que recientemente ha salido del coma y del que todos hemos sido partícipes en las últimas semanas. Fuentes confidenciales han filtrado una información recientemente que a todos nos ha sobrecogido, y es la aparición en la escena del crimen de una cuarta persona de la que nadie tenía noticias hasta ahora, excepto la policía. Se trata de Erika García, la hermana mayor de Edurne, que posiblemente acudió en su ayuda y después desapareció misteriosamente. Cada vez es más sólida la teoría de que fue ella quien llevó a su hermana al hospital y desde entonces nadie sabe nada de su paradero. Nuestras fuentes nos comunican que es posible que también ella acabara malherida y que incluso puede estar retenida a la fuerza por Evans Bonfils, autor del secuestro de Edurne y del asesinato de su amigo Damien. Desde esta redacción seguiremos investigando para poder arrojar más luz a esta nueva noticia. Aquí os dejamos una foto donde aparecen ambas hermanas por si alguien puede identificarla. >>

Junto al texto había una fotografía de ambas en la que Erika sonreía abiertamente. Se le veía feliz, se habían hecho aquella fotografía tiempo atrás, justo el día que su hermana se había mudado a su ático para vivir con ella. Edurne se la había facilitado a la policía porque ellos le habían pedido información sobre su hermana, pero el trato había sido que la dejaran en paz y que no la mencionaran en ninguno de los casos ya que eso, además, podría ponerla en peligro. Edurne mira la fecha del diario en la primera página y comprueba que es el periódico de ayer, después coge su teléfono móvil y marca el número que le había dado el Inspector Charpentier para contactar con él si lo necesitaba.

Un pitido, dos pitidos, y después la voz ronca del Inspector al aparato.

- ¿Dígame?, Charpentier al habla.

- Inspector, soy Edurne.

- Señorita García, dígame en qué puedo ayudarla.

- Estoy leyendo el periódico de ayer, ¿Qué coño ha pasado? No les di esta fotografía para que la

publicaran en el periódico.

- Comprendo su enfado, pero entienda que nosotros no hemos filtrado esa información, no sé de dónde sacan los periodistas sus fuentes, la verdad, pero nosotros no hemos hablado con la prensa. Este caso sigue abierto y no vamos a echar piedras sobre nuestro propio tejado. Estoy tan enfadado como usted.

Edurne se tranquiliza al escuchar aquellas palabras y la indignación que le había impulsado a llamar al Inspector se aplaca.

- De acuerdo, pero estoy harta de escuchar hablar sobre mi vida privada. Solo espero que no encuentren su paradero y menos aún que terminen publicándolo, Erika se marchó de mi casa para estar a salvo, por si Evans iba a por ella, ahora solo intenta seguir con su vida y no se merece esto.

Un silencio al otro lado del auricular.

- Muy bien, hablaremos con la prensa, pero ya sabe…siempre terminan haciendo lo que les viene en gana.

- Me quedaría más tranquila, no quiero que nadie la moleste, ya tuvo bastante con lo que sufrió por querer ayudarme.

- ¿Y puede saberse dónde está su hermana? De esa forma también podríamos protegerla a ella.

- No, no puede saberse, a la vista está que no. No voy a decírselo para que en dos días salga la información en el telediario.

- De acuerdo, gracias por avisarme, Señorita García.

- A usted, Inspector.

Edurne cuelga el teléfono y respira más tranquila. Al ver la foto de su hermana en el periódico acompañada de tantas conjeturas había sentido miedo, miedo de que Evans estuviera buscándola y que por culpa de la prensa terminara encontrándola, por eso pensó que lo mejor era zanjar el tema cuanto antes, no quería que aquello salpicara a Erika, y aunque no sabía por qué se había de su vida de aquella forma tan brusca, la excusa que había dado al Inspector era bastante creíble.

Tras mirar la foto de Erika una última vez Edurne sonríe y tira el periódico al fuego que arde en la

chimenea. El humo negro se eleva mientras ella se pierde en él colmada de nostalgia.

-8-

Juliette se había levantado temprano aquella mañana y estaba de muy mal humor. En aquel maldito pueblo no había encontrado ningún lugar decente donde quedarse a dormir, por lo que el día anterior había tenido que regresar a casa y aquella mañana había tenido que madrugar para volver de nuevo al pueblo a terminar el trabajo. De haber encontrado una pensión o un hostal se habría quedado allí tres o cuatro días seguidos para recabar toda la información que necesitaría después para unir todas las piezas y redactar un buen artículo.

Así veía ella aquellos casos, como puzles de más de mil piezas en los que además de necesitar cierta habilidad especial para montarlos tenías que tener mucha paciencia, sólo de esa forma conseguías ir encajando todas las piezas poco a poco, cada una en su sitio. Pero esa era una fase a la que ella todavía no había llegado, de momento seguía recabando todo tipo de pruebas e información, y lo hacía de muchas formas diferentes: hacía fotografías, entrevistas, tomaba notas en su cuaderno, etc. Era más tarde, cuando estaba en la redacción, cuando tocaba ver como ensamblaba cada cosa.

Ahora estaba desayunando en el Atolladero, aquel bar tan agradable del día anterior. Había ido hasta allí con la esperanza de que el camarero le hubiera dado ya su tarjeta a la chica que vivía con Agnes, así podría hablar con ella cuanto antes. Pero la decepción se reflejó con claridad en su mirada cuando el hombretón que tenía ante ella se disculpó amablemente diciendo que Clarissa no había pasado por allí y por tanto no había podido realizar el encargo. Las cosas por allí no le estaban resultando nada fáciles, por una parte aquella mujer era muy escurridiza, y por otra sus intentos de hablar con el Inspector Adam Berg hasta ahora habían sido inútiles ya que de momento no había conseguido que la recibiese.

Juliette no intenta disimular su disgusto, y sin otra cosa mejor que hacer se sienta de nuevo en su mesa y pide un bollo con crema y chocolate, así tendría una buena excusa para continuar allí algún tiempo más, después saca su tablet de la funda y la enciende para informarse de las últimas noticias del día.

Era curioso, pero aunque ya no fuera un caso prioritario para su jefe, << *El caso de la cabaña* >> sí seguía siendo importante para ella. En las últimas semanas se había sumergido tanto en él que había terminado formando parte de su rutina diaria y finalmente había sentido empatía por aquella chica, la enfermera secuestrada. Ahora no podía dejarlo sin más, se daba cuenta perfectamente de que era algo personal, había algo en aquel caso que la arrastraba a un lugar extraño donde no le gustaba estar y sin embargo, tampoco quería renunciar, era una trama trágica y violenta que le había desgarrado el alma y ahora no podía romper con aquella historia sólo porque en Libertad Plural tuvieran problemas con el presupuesto. Por eso, mientras mastica aquel bollo delicioso y saborea encantada aquella mezcla de sabores dulces y adictivos, Juliette busca en internet la prensa francesa para repasar las últimas noticias de la jornada. Sabía perfectamente dónde buscar, había un periódico modesto que trabajaba a nivel comarcal que se había interesado desde el principio en cubrir aquella noticia y no lo habían hecho mal del todo, tenía que reconocer que para los pocos medios que tenían habían hecho un trabajo meticuloso y exhaustivo.

La página web del periódico se despliega ante una Juliette impaciente y ansiosa que tras localizar el titular que le interesa pincha sobre él y espera a que se cargue la página, segundos después la

noticia se expande ante sus ojos y mientras le da el último bocado a su bollo de chocolate y crema comienza a leer aquel texto ávida de primicias y novedades.

Cuando termina de leer el relato el camarero le lleva la cuenta y a modo de confidencia le susurra algo en voz baja.

- ¿Ve a la chica morena que acaba de apoyarse en la barra?

- Sí.

- Pues es Clarissa Ericson, la chica que vivía con Agnes cuando murió. Si quiere hablar con ella…

Juliette mira a aquella mujer algo perpleja y no comprende nada.

- ¿Está usted seguro de que se llama Clarissa Ericson?

- Desde luego.- Dice Birger con una gran sonrisa.

- Eh…muchas gracias, pero ya hablaré con ella en otra ocasión, ahora tengo mucha prisa.

El camarero la mira sorprendido, pero ella no tiene tiempo ni ganas de darle más explicaciones. Con una expresión confusa en el rostro Juliette paga la cuenta y recoge sus cosas, después pasa junto a Clarissa Ericson mientras se dirige hacia la puerta y con cierto disimulo le echa un rápido vistazo. Está completamente segura, es ella, no tiene ni la menor duda, lo que no sabe es que significa aquella extraña coincidencia.

Después de varios intentos frustrados Juliette se encuentra por fin delante del Inspector de policía Adam Berg. Aunque aún no le conociera a simple vista no le caía nada bien, no entendía por qué le había costado tanto tener una cita con él, aquel hombre se las daba de importante y a ella no le gustaban los tipos arrogantes. Ahora estaba sentada justo en frente de él en su despacho, un espacio algo claustrofóbico que sin embargo estaba bastante limpio y ordenado, algo que era de agradecer.

El hombre que tenía delante la miraba un tanto irritado y no hacía ningún esfuerzo por disimular su enfado, pero a ella no le importaba en absoluto, lo verdaderamente importante era que después de tanta insistencia por su parte el Inspector finalmente la había recibido, este era su momento y no pensaba desperdiciarlo.

- Veamos señorita….

- Juliette Foss, de *Libertad Plural.*

- Muy bien, señorita Foss. Voy a serle sincero. Ni tengo tiempo, ni es mi filosofía hablar con la prensa, así que creo que su viaje hasta aquí ha sido en balde. Entenderá que los datos de una investigación son confidenciales y como es lógico no puedo darle detalles, ya se lo dije por teléfono las tres veces que usted llamó solicitando una entrevista conmigo.

- Si, ya me ha quedado claro que no quiere darme información, señor Inspector, pero quizá sea yo quien se la ofrezca a usted.

- No me diga.

- Bueno, digamos que llevo un tiempo investigando otro caso, un caso ajeno a usted, pero que casualmente está relacionado con su investigación a través de una persona, una persona que vive en este pueblo y creo que usted conoce bien.

Estas últimas palabras consiguen que Adam la mire con cierto interés por primera vez desde que ha llegado, interés que se refleja tímidamente en sus ojos claros y que Juliette aprecia y asume

como una victoria.

- Usted dirá. - Dice finalmente resignado.

- Verá Inspector, llevo algún tiempo cubriendo una noticia internacional, supongo que si lee la prensa sabrá de lo que le hablo, es "*El caso de la cabaña*", de Los Alpes, ¿Está usted al tanto del asunto?

- Bueno, como usted ha señalado acostumbro a leer los periódicos. No sigo el caso minuciosamente pero he ido viendo los avances a través de la prensa y la televisión, un asunto turbio pero… ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

- No tiene nada que ver con usted, pero sí con una chica que quizá usted conozca, al fin y al cabo este es un pueblo pequeño. Se trata de la chica que vivía con Agnes cuando ésta apareció asesinada.

Ahora Adam la mira mitad enfurecido y mitad desconfiado.

- Señora, tenga cuidado con lo dice, no se ha probado que fuera asesinada y por lo que más quiera, no publique eso en su periódico o la demandaré personalmente por obstaculizar una investigación en curso.

- No se exalte Inspector, de momento no voy a publicar nada, eso sí, quiero su palabra de que cuando pueda hacerse, la exclusiva será mía.

Adam la mira reflexivo y molesto, y no hace nada por ocultar su disgusto.

- Es usted muy ambiciosa, Juliette, tengo que decirle que no me gusta nada la gente como usted, que hace lo que sea por trepar y llegar a lo más alto.

- Es la ley de la jungla, la ley del más fuerte, no soy yo quien marca las reglas Inspector, no lance su ira contra mí. Solo quiero su palabra de que cuando llegue el momento, usted me llamará para confiarme todos los detalles de este caso, obviamente cuando la investigación finalice y no suponga un problema para nadie.

Después de vacilar unos segundos Adam responde.

- Muy bien. Y ahora deme toda la información que tenga, antes de que me arrepienta.

Juliette Foss sonríe llena de satisfacción y coloca su tablet sobre la mesa.

- Tengo que enseñarle algo. -Mientras el aparato se enciende Juliette sigue desvelando su valiosa información.- Como le he dicho, la chica que vivía con Agnes está relacionada con "*El caso de la cabaña*" y voy a demostrárselo.

- ¿Clarissa Ericson?

- Bueno, Clarissa Ericson o….Erika García…como se hacía llamar allí.

En ese momento Juliette Foss gira su tablet para que el Inspector pueda ver el artículo y la fotografía que lo acompaña en la que aparecía aquella chica misteriosa que aparentemente tenía una doble vida y que ella misma había leído mientras desayunaba en aquel bar de pueblo tan peculiar.

Adam suspira resignado, dirige la mirada hacia la pantalla y observa aquella fotografía unos instantes intentando descifrar algo, después se toma su tiempo para leer el artículo que iba a destrozarle aquella mañana de miércoles. Y cuando termina de leer la noticia mira en silencio a la mujer que tiene enfrente como si fuera la culpable de todos sus pesares.

- Inspector, la que usted conoce como Clarissa Ericson es en realidad Erika García, hermana de Edurne García, la enfermera atacada en la cabaña, y por lo visto estuvo presente en la escena del crimen. En realidad no se ha sabido nada de ella hasta que esta mañana esta noticia ha salido a la luz por un periódico local. ¿Sabía usted algo de esto, señor Inspector?

Minutos después de haberse quedado a solas en su despacho la frase impertinente de la redactora aún reverberaba en sus oídos. *¿Sabía usted esto, señor Inspector?* Adam no conocía a aquella mujer de nada, pero creía que estaba empezando a odiarla.

Nadie parecía ser quien era y nada era lo que parecía. De forma repentina una imagen invade su mente y sonríe para sí mismo con tristeza, es Clarissa bajo el edredón durmiendo con aquella expresión de inocencia casi infantil en el rostro. Pero en realidad aquello no le había cogido totalmente desprevenido, tenía que reconocer que siempre había sospechado que Clarissa ocultaba algo, aunque nunca imaginó que fuera a ser algo tan desconcertante. Adam se levanta bruscamente del sillón, coge el abrigo de la percha y sale de su despacho a toda prisa, tiene que tomar el aire porque desde hace rato siente que se asfixia entre tanta mentira y tanta falsedad.

-9-

Adam tiene tantos frentes abiertos que no sabe por cual decantarse. Empieza a sentirse sobrepasado. Lo de Annika lo había dejado bloqueado y lo que pudiera haber tras Clarissa le daba un miedo incomprensible, un miedo atroz. Desde el principio había intuido que aquella enigmática mujer estaba ocultando algo, pero ahora era un hecho al que además tenía que

enfrentarse profesionalmente. Y no quería hacerlo, hubiera hecho lo que hubiera hecho no quería descubrirlo, porque si estaba metida en algún lío tendría que hacer que se cumpliera la ley y solo de pensarlo se le partía el alma.

Podía afirmar con rotundidad que Clarissa era una persona especial, o al menos era diferente a la mayoría de la gente que él conocía. Tanta sensibilidad enmascarada tras aquella careta que se empeñaba en mantener para que nadie pudiera conocerla era sorprendente, no debía de ser fácil para nadie sostener aquella farsa. Pero él sabía cómo era en realidad aquella mujer de mirada ausente y profunda, en el fondo lo sabía. Sabía que había tenido que sufrir en extremo y ese era el motivo por el que siempre se protegía de la gente, de él, y de todos. No quería intimar, no quería preguntas personales, no quería conversaciones complicadas donde tuviera que tomar partido. Clarissa vivía en un mundo irreal que ella misma había construido y que estaba amurallado por todos los frentes. Y tras aquellas murallas inventadas creía que estaba a salvo, viviendo en un mundo de fantasía fácil y superficial dónde no había dolor y tampoco vínculos, allí nadie podía dañarla, pero tampoco podían amarla, no podían necesitar su ayuda ni salvarla.

Y ahora Adam sabía que tras aquella máscara, además de dolor, podría haber algo oscuro. Clarissa ocultaba algo y él tendría que averiguarlo.

Con cierta presión en los hombros Adam descuelga el teléfono de su despacho y marca un número que conoce de memoria a pesar de hacer mucho tiempo que no lo usa. Tras varios segundos al aparato la voz amable de un hombre joven le sorprende y le llena de nostalgia. Tras vacilar unos segundos, Adam contesta torpemente.

- Elías, hola, soy Adam Berg.

- ¡Adam! ¡Qué alegría volver a saber de ti! Me alegro de escucharte…

- Sí, yo también. Elías, perdona por desaparecer así pero no podía…

- Ya lo sé, Adam, no es necesario que te disculpes, sabía que tarde o temprano darías señales de vida, por aquí te echamos de menos.

Adam cierra los ojos y traga saliva, los recuerdos afloran a la memoria y la herida se abre de par en par, como la puerta de un balcón con vistas a un mar infinito.

- ¿Qué tal todo, Elías, los niños bien?

- Ni te lo imaginas, si los vieras no los reconocerías.

- Quería pedirte algo, Elías, es personal. Necesito información sobre alguien y sé que tú eres la persona indicada….si hay algo, seguro que tu lo encuentras.

- Dispara.

- Voy a mandarte la información por correo electrónico, ¿De acuerdo? Pero te resumo. Busca todo lo que haya en el sistema sobre Clarissa Ericson, de donde viene, antecedentes….y por otro lado busca también Erika García.

- De acuerdo, te paso la información en cuanto la tenga, y…de verdad que me alegro de escucharte.

- Lo mismo digo, Elías. Gracias, te debo una.

Después Adam cuelga el teléfono y se queda con la mirada absorta tras la ventana. Hace un día extrañamente despejado y el azul del cielo parece un mar en calma. Pero mientras observa aquella aparente serenidad puede ver la tormenta que se desata en su interior y lucha por estallar de un momento a otro.

- Jefe, ¿Está preparado?

La voz llena de entusiasmo de Emil al entrar en su despacho le saca de su ensimismamiento y lo devuelve bruscamente al presente.

- Sí, claro. Vamos a registrar la casa de Carl y Ebba, a ver si encontramos algo.

Adam se levanta de su sillón con cierta pereza. Tras ponerse y abrocharse su cazadora hasta arriba sale del despacho detrás de un Emil eufórico y hambriento de éxito. Adam en cambio no siente la adrenalina que en otras circunstancias hubiera sentido, es como si una nube de niebla plomiza y gris se hubiera instalado sobre su cabeza y amortiguara todos sus sentidos alejándole de la realidad que le rodea.

Cuando llegan a Uppsala es medio día y el sol se muestra débil y quebradizo en el ancho y encapotado cielo. Aparcan el coche oficial frente a la urbanización en la que el matrimonio llevaba viviendo desde hacía más de una década y llaman al portero esperando impacientes una respuesta. La respuesta llega a través de una voz aguda y estridente de mujer, que cuando escucha la identificación de sus interlocutores les abre la puerta sumida en un silencio sepulcral.

Mientras suben al cuarto piso gracias a un moderno ascensor ambos se sienten expectantes por lo que puedan encontrar en aquel registro. Estaban en un edificio de nueva construcción y se notaba en la pintura, en los materiales, en la iluminación y en todos los detalles de acabado de las instalaciones, el matrimonio debía de estar posicionado porque aquel sitio debía de ser bastante caro.

Adam llama al timbre una sola vez y pacientemente espera a que le abran la puerta. Pero la puerta tarda siete minutos en abrirse, y cuando lo hace, aparece ante ellos la imagen de una mujer rígida y seria que les mira interrogante intentando disimular su descontento detrás de una sonrisa forzada y poco creíble.

- Buenos días, Ebba. - Dice Adam amablemente mientras entra en la casa sin que nadie le invite a hacerlo.

Un suculento aroma a pollo al horno les llega a través de la puerta entreabierta de la cocina.

- ¿Puedo ayudarles en algo, agentes?

- ¿Está su marido en casa?

- No, pero no tardará en llegar, gracias a Dios puede venir todos los días a comer a casa, vivimos muy cerca de su trabajo.

- ¿Puede enseñarme el lugar donde guarda sus zapatos y los de su marido?

- ¿Cómo dice?

- Que si puede enseñarme el lugar dónde guarda los zapatos.- Repite Adam pacientemente sin perderse ningún detalle de la expresión de desconcierto que pone Ebba.

- ¿Ocurre algo, agente?

Ahora la mirada de Adam se vuelve dura y amenazante.

- Señora, tengo muchas cosas que hacer y seguro que usted también, sea tan amable de hacer lo que le digo, tengo una orden. - Y Adam le enseña un papel que lo demuestra.

Ebba traga saliva y les indica el camino.

- Sígame, Inspector, tenemos un vestidor con un zapatero junto a nuestro dormitorio.

Adam entra en el vestidor y mira a su alrededor con sorpresa. La habitación, pintada de rosa fuerte casi le daña la vista. Adornando una de las paredes hay una cómoda de madera blanca con cajones sobre la que Ebba tiene todos sus pendientes y abalorios en varias cajitas. Adam repara en el collar que le regaló su marido para su aniversario. Sobre la cómoda hay un espejo de medio cuerpo, y en el resto de las paredes hay puertas de madera blanca que ocultan diversos armarios empotrados.

Ebba se dirige hacia una de esas puertas y la abre dejando al descubierto un zapatero. En los estantes de arriba se encuentran debidamente clasificados los zapatos de mujer y en los de abajo están los de hombre. Adam se acerca y los mira uno por uno.

- ¿Tiene su marido zapatillas de deporte, o de montaña?

- ¿Cómo dice?

- ¿Va a hacerme repetir todo lo que le pregunte, Ebba? Ya ha oído la pregunta.

- Disculpe...sí, unas botas de montaña para cuando vamos al campo, están en el cuarto de la lavadora.

- ¿Es tan amable de traerlas?

Ebba sale de la habitación sin decir nada. Cuando vuelve lo hace con un par de botas en la mano y unos ojos indescifrables.

- Emil, dame la plantilla.

Emil saca de la carpeta que lleva en la mano una plantilla de tamaño folio con la huella de un zapato y se la tiende a su jefe sin decir palabra. Adam coloca la plantilla en el suelo y después le da la vuelta a la bota para comprobar si el dibujo es el mismo.

En esos momentos se escucha un ruido metálico que proviene del salón. El ruido de una cerradura que se abre y segundos después una puerta que se cierra.

- ¡Cariño, ya estoy en casa!- Dice Carl totalmente ajeno a lo que ocurre en su propia casa.

Al no obtener respuesta, Carl se dirige al vestidor para colgar su chaqueta como hace cada día, y entonces ve que tiene una visita inesperada.

Carl mira a su esposa una breve fracción de segundo. Y en esa mirada se hablan sin decir nada. Ebba se toca las manos con nerviosismo pero él parece estar tranquilo, como si en el fondo estuviera esperando que aquello pasara de un momento a otro.

- ¿Qué busca exactamente, agente?

- Llámeme Inspector. Busco algo que le localice en el refugio de Clarissa Ericson el día que la atacaron.

- ¿Y lo ha encontrado?

- De momento no. – Dice un Adam resignado mientras mira a su compañero lleno de frustración.- Pero eso no quiere decir nada, pudo usted deshacerse de las zapatillas, sería lo más inteligente. De hecho, tiene el mismo número que el agresor, pero la huella no coincide.

- Ya ve, lo mismo soy inocente.

- No se ría de mí, Carl Hult. Si es usted no tardaré en encontrar la forma de demostrarlo. Vámonos Emil.

Y ambos agentes abandonan la casa con el semblante serio y un silencio entre ellos henchido de rabia y decepción.

- Emil, acabamos de hacer el ridículo ahí dentro. Y no tenemos nada contra él, me revienta admitirlo pero no tenemos nada. Tengo que seguir leyendo el maldito diario de Agnes.

-10-

Clarissa Ericson había madrugado más de lo habitual aquella mañana soleada de finales de febrero en la que sin embargo, hacía un frío que cortaba la piel de la cara. Le había despertado el sonido de la puerta al cerrarse cuando Adam se había marchado al trabajo y tras quedarse varios minutos disfrutando del calor de la cama por fin había decidido levantarse.

Los últimos días lo había notado un tanto distante y esquivo, y apenas habían intercambiado algunos monosílabos carentes de contenido. Clarissa sabía que el Inspector andaba muy liado con la investigación que se traía entre manos, así que no le había dado más importancia al asunto, seguramente era la preocupación derivada del trabajo lo que le tenía tan absorto y concentrado.

La conversación más larga de aquellos últimos días la habían mantenido precisamente la noche

anterior. Ella estaba recostada en el sofá mientras veía un programa estúpido en la televisión cuándo él entró en casa con el gesto arrugado y cara de tener pocos amigos. Con pocas palabras le dijo que habían registrado la casa de Carl Hult porque era un posible sospechoso, pero que finalmente no habían encontrado pruebas incriminatorias contra él.

-Pero… ¿Por qué iba a atacarme a mí ese hombre? Apenas le conozco…

-No lo sé, pero oculta algo desde el principio y pienso descubrirlo, hay algo turbio en esta familia. Por cierto, como ya hemos tomado las pruebas necesarias del refugio puedes disponer de él cuándo quieras, es todo tuyo pero…procura no ir sola.

-De acuerdo. ¿Quieres un sándwich? – Le ofreció Clarissa haciéndole un sitio en el sofá al ver su expresión de cansancio.

-No gracias, voy a darme una ducha y me voy a la cama directamente, ha sido una semana…un tanto dura.

Y Adam desapareció de su vista llevándose consigo mismo todas sus preocupaciones, como si fueran un valioso tesoro que no quisiera compartir con nadie por ahora.

Ahora eran las diez de la mañana y Clarissa estaba de nuevo frente al refugio de madera que ahora era de su propiedad. Aún le causaba sorpresa que aquel terreno hubiera ido a parar a sus manos, ella no era de la familia y por otro lado había conocido a Agnes hacía poco tiempo. Pero allí estaba aquella fría mañana de invierno, delante de aquella casa en ruinas que ahora era suya por derecho.

Clarissa tenía algo de dinero ahorrado y ya sabía lo qué iba a hacer con él. Mientras observaba desde la distancia las paredes de madera vieja y el terreno que rodeaba a la casa, todo un mundo de posibilidades salpicaba su mente llenándola de sueños y esperanza. Iba a instalarse allí, en aquel modesto pueblo que la había acogido con los brazos abiertos cuanto más lo había necesitado, quería vivir entre aquellos bosques espesos que brotaban de la tierra y salpicaban las montañas imperturbables dándoles matices verdes y pardos.

Después del incidente que había sufrido en aquel mismo lugar y la recomendación que Adam le había hecho, no quería estar allí sola más tiempo del necesario, por eso se sentía un poco nerviosa y miraba constantemente a su alrededor, por la hora que era, la persona a la que estaba esperando ya debía de estar a punto de llegar. Efectivamente, tan solo unos minutos más tarde Clarissa escucha el motor de un vehículo que aparece de la nada como un punto borroso y se hace más

visible y nítido conforme se acerca. Es una furgoneta azul con letras blancas en las que puede leerse el nombre de la empresa de construcción a la que representa. Cuando el motor se apaga con un suave ronroneo un hombre de unos cincuenta años baja del coche y se dirige hacia ella con determinación, lleva ropa de trabajo, un gorro de lana y un bolígrafo en la mano.

- Buenos días, soy Isak, hablé con usted esta mañana.

- Buenos días, Clarissa Ericson. Este es el refugio.

El hombre mira con cierta desesperanza la vieja choza que se sostiene a duras penas delante de ellos, como si aquellas paredes no ofrecieran muchas posibilidades y su recuperación fuera una tarea inútil.

- ¿Sabes ya lo que quieres hacer aquí?

- Sí. Una pensión. Venga conmigo. Aquí habrá una pequeña recepción, y al fondo una cafetería/restaurante, en esta primera planta estará también la cocina y habrá un cuarto de baño.

<< Arriba quiero hacer las habitaciones, serán pocas, pero acogedoras y bonitas, en este pueblo no hay un sitio decente dónde hospedarse y creo que este sería un sitio magnífico, ¿Qué le parece?

- Bueno, si usted lo dice…yo me pongo manos a la obra. Le haré un presupuesto y si está de acuerdo empezamos cuando quiera.

- Desde luego. Muchas gracias Isak, espero impaciente ese presupuesto, quiero empezar la obra lo antes posible.

Después el silencio se llena con el ronquido de un motor en marcha y la furgoneta desaparece por el estropeado camino de tierra tan rápido como había llegado. Pero Clarissa aún se queda un rato más allí de pie, sola frente a la casa, viendo más allá de sus paredes lo que ya se dibuja nítidamente en su cabeza. En su cara se perfila una sonrisa amplia y sincera, solo piensa en el momento de llegar a casa y contarle a Adam todos sus planes.

Pero la jornada transcurre lentamente y Adam no da señales de vida en todo el día, y la noche

termina cayendo sobre ella con cierto sabor agridulce, algo que le coge desprevenida y le hace enfadarse consigo misma.

Clarissa comienza a inquietarse conforme pasan las horas sin que nadie entre por la puerta, y para salir de dudas decide ir al bar de Birger y comprobar si Adam está casualmente allí, algo que le extrañaría pero que no era imposible. Adam era un hombre de costumbres, un hombre tranquilo y hogareño y no solía estar fuera de casa a ciertas horas. Por eso Clarissa presiente que algo no va bien, algo está ocurriendo desde hace días y sospecha que Adam se lo está ocultando por alguna razón que desconoce.

Cuando entra en el Atolladero Clarissa lo ve al instante ya que el bar está prácticamente vacío y su preocupación se disipa momentáneamente, pero su imagen solitaria y triste no le da buenas vibraciones y solo sirve para reforzar sus temores. Con cierta indecisión se dirige hacia él y comprueba la hora en un gran reloj que hay sobre la barra, son las once y media de la noche y el Inspector está bebiéndose una copa de algún licor sin ninguna compañía, algo que ella nunca le había visto hacer antes.

- Hola. – Le dice mientras se sienta a su lado.

- Vaya, eres tú…hola.

- Una cerveza Birger. – Pide Clarissa al camarero.- ¿Qué te ocurre Adam? Pareces...triste.

- ¿En serio? ¿Y eso quien lo dice Erika García o Clarissa Ericson?

Ahora Adam la mira directamente y con firmeza, y en aquellos ojos dolidos Clarissa puede apreciar reproche y decepción a partes iguales. Mientras sostiene la mirada de aquellos ojos claros que no se apartan de los suyos traga saliva y hace un gran esfuerzo por permanecer allí y no salir corriendo. Un gran temor comienza a invadirla, al fin había salido a la luz, la verdad era tan terca que al final había encontrado un resquicio por el que abrirse paso.

- Sabes qué, no sé si quiero saberlo…

- ¿Cuántas copas llevas, Adam?

- Unas cuantas.

- Vámonos a casa, mañana te lo contaré todo.

Él la mira con una súplica silenciosa en los ojos. Sólo quiere que ella sea inocente. Adam se deja ayudar y aunque da un tras pies al levantarse se agarra del brazo de Clarissa para mantener el equilibrio. Después ambos salen del bar y se dirigen a casa caminando sin decir nada.
Cuando entran en la cálida estancia del hogar que ambos comparten temporalmente, Adam se suelta del brazo de Clarissa y se dirige hacia el sofá, dónde se sienta y se frota la cara con las manos. Clarissa lo mira temerosa de lo que él pueda hacer o decir, de lo que él pueda saber, y como si sus pies pesaran mil quilos cada uno se dirige con pesar hacia dónde él está y se sienta cautelosamente a su lado.

- Voy a tener un hijo. ¿Sabes? Annika está embarazada y no pensaba decírmelo, porque cree que estoy contigo.

Adam la mira atentamente para ver cómo reacciona ella, pero Clarissa no muestra nada en su rostro, y con su silencio le anima a seguir hablando.

- No quiere que sepa nada del tema, como si no fuera cosa mía. Es mi hijo, joder.

- Lo siento Adam. No tenía ni idea de que estuvieras casado…

- Ya, ¿Y cómo ibas a saberlo? Contigo es tan difícil hablar, no te interesan las cosas importantes que les ocurren a los demás…o al menos no das muestra de ello, nunca me has preguntado nada de mi vida, nada. Annika y yo nos separamos antes de que me trasladaran aquí.

<< Pero…dejemos de hablar de Annika. Cuando me enteré de esto lo único que me apetecía era hablar contigo aunque no sabía cómo, eres tan…distante. Y entonces llegó esa maldita reportera y me habló de Erika García, y todo se fue aún más a la mierda >>

- Adam yo…

Pero Adam no quería escucharla, deseaba retrasar ese momento todo lo posible, por eso, y quizá

por haber bebido más de lo necesario, siguió un impulso repentino que le nació de lo más profundo de su inconsciencia y la besó. La besó con los ojos cerrados y un miedo atroz a que todo se desvaneciera delante de sus ojos, a que ella desapareciera de su vida tan bruscamente como había llegado, a que después de saber lo que ocultaba cualquier posibilidad de besarla y estar con ella se esfumara como una estrella fugaz que atraviesa el oscuro firmamento de manera fortuita.

Clarissa apenas pudo terminar su frase porque antes de darse cuenta ya sentía los labios de Adam junto a los suyos acallando todas sus explicaciones en una breve fracción de segundo, al menos por aquella noche. Después de ese primer beso Clarissa se separa de Adam lentamente y le mira llena de sorpresa y emoción mal disimulada, después se sumerge en aquellos ojos claros que la atraviesan y vuelve a unir sus labios con los del hombre que la mira expectante, después el coge su rostro con las manos, la mira a los ojos y la acerca hacia su pecho para fundirse con ella en un abrazo sin fin.

El canto de los gallos les despiertan temprano y todo son ráfagas de imágenes entre ambos. Los dos abren los ojos al nuevo día y se miran con cierta timidez bajo un brillante rayo de luz que entra por la ventana con insolencia y descaro, ahora no hay alcohol de por medio y son simplemente ellos dos, desnudos por dentro y por fuera.

Adam siente un fuerte dolor de cabeza martilleando sus sienes, y un sabor amargo en la boca a causa de las copas de más. Además tiene una sensación de angustia incrustada en su estómago. Angustia por lo que ahora, a la luz del día, tendría que terminar afrontando.

Clarissa le mira temerosa y confusa. Temerosa de que lo ocurrido fuera más producto del alcohol que de un deseo sincero, confusa por no saber cómo comportarse ahora con el hombre que la

miraba con aquellos ojos claros y transparentes.

Otro gallo rompiendo el silencio con su canto agudo les devuelve al presente y ambos se miran una vez más. Después Adam toma la iniciativa y se incorpora, la realidad le había estallado en la cara a plena luz del día y sabía perfectamente que había una conversación pendiente entre ambos.

- Voy a hacer café. – Dice mientras se levantaba y se viste de espaldas a ella.

Clarissa se siente al filo de un abismo tan grande como peligroso y amenazante. Había intentado mantenerse al margen, no implicarse, no abrirse, no relajarse, no enamorarse, y ahora que había fracasado en sus intentos de mantenerse en la seguridad de su mundo hermético y tranquilo temía sufrir heridas sobre las cicatrices de otras heridas aún mal curadas. No estaba preparada, no quería volver a sentir la intensidad del dolor tan pronto, aún no podía permitírselo, antes tenía que superar otras cosas. Pero allí estaba, desnuda en la cama de un hombre y a punto de afrontar un tema delicado y escabroso para ella, con el miedo en las entrañas de quien ha saboreado algo bueno y teme perderlo sin más.

-11-

Adam y Clarissa habían aparcado el coche frente al refugio. Habían decidido dar un paseo por el adormecido bosque y entre ellos reinaba un silencio denso que sin embargo no era incómodo. Desde que se habían despertado aquella mañana ninguno había dicho nada más de lo estrictamente necesario, y habían desayunado en una atmósfera cargada de preguntas invisibles que ninguno fue capaz de atravesar con palabras.

Ahora estaban frente al refugio y se dirigían cabizbajos hacia el camino que se internaba en la espesura del bosque.

- He pensado hacer una pensión en el refugio. Es un sitio bonito, más que bonito, me instalaré aquí y cuando me despierte por las mañanas sólo escucharé a los pájaros cantando o a los árboles

moviéndose con el viento. Me gusta este pueblo, quiero quedarme. Voy a quedarme.- Dice Clarissa mirando de reojo a Adam y levantando un puente entre ambos.

Adam camina junto a ella y al escuchar aquellas palabras se relaja inconscientemente. Era la primera vez que aquella mujer le contaba algo personal, algo que tuviera que ver con sus deseos y sus sentimientos más íntimos, como efecto colateral de esta confesión imprevista algo se ablanda en el pecho de Adam y su preocupación y su enfado disminuyen de forma inesperada.

- Haré un porche fuera, en la entrada de la casa, y pondré unos sillones y una mesa para ver el atardecer. Tocar el violín en ese porche será uno de mis mayores placeres.

<< Vivía en Alemania, tenía una vida, unos padres, un trabajo, amigos…pero era como si aquella no fuera realmente mi vida. Mi vida tendría que haber sido otra, pero me la arrebataron. Debería de haberme criado felizmente en los Alpes franceses, en una pequeña granja de vacas, pero mis padres murieron y mis abuelos me dieron en adopción. Yo tenía cinco años y tenía una hermana pequeña que se quedó en la granja, Edurne García >>

Al escuchar aquello Adam para en seco y se queda mirándola atentamente. Clarissa respira hondo y continúa hablando, ahora que había reunido el valor necesario para confesarse no podía parar o de lo contrario, nunca encontraría una ocasión como aquella para liberarse de todo lo que llevaba arrastrando tanto tiempo.

- Erika es el nombre que me pusieron mis padres biológicos, ellos eran vascos y vivían en España. Mis padres adoptivos me cambiaron el nombre y me pusieron Clarissa Ericson.

<< Yo era pequeña cuando me adoptaron pero lo recordaba todo a cada instante. Siempre quise volver a ver a mi hermana y a mis abuelos, pero no me lo permitieron, me dijeron que al adoptarme habían firmado un acuerdo en el que se comprometían expresamente a que no hubiera ninguna relación con la familia de origen…lo acepté por un tiempo porque no me quedaba más remedio, pero llegó un momento en el que aquella respuesta no era suficiente para mí y decidí irme y buscar a mi hermana por mí misma.

Tenía que encontrarla, ella era un bebé cuando ocurrió todo pero tenía derecho a saber que yo existía…y la encontré, tardé algún tiempo pero la encontré. Y sin darme cuenta me hice amiga

suya y me trasladé a vivir con ella, se supone que iba a ser algo temporal, solo estaba esperando el momento adecuado para decirle quien era... Pero cuando la conocí ella tenía una historia algo turbulenta con un chico al que terminó dejando, y pensé que era mejor esperar un poco a que las aguas volvieran a su cauce, ella estaba muy deprimida y necesitaba mi apoyo, no quería causarle más problemas. Así que hice todo lo posible por ayudarla a pasar aquel trago, él no la dejaba en paz y no aceptaba que lo hubiera dejado, y la cosa iba de mal en peor conforme pasaban los días. Se llamaba Evans Bonfils, quizá lo hayas leído en los periódicos.

La noche que no volvió a casa fue terrible, aún no le había dicho que yo era su hermana y tuve mucho miedo de perderla de nuevo. No soportaba quedarme esperando por más tiempo así que decidí buscarla al hospital, quizá simplemente se hubiera retrasado, pero sus compañeras la había visto salir de allí después de atender al último paciente. Salí al aparcamiento y allí estaba su coche, con las llaves en el suelo, junto a su bolso, fue entonces cuando empecé a preocuparme, le había ocurrido algo y una intuición me decía que Evans había tenido algo que ver. No me lo pensé demasiado, simplemente me monté en el coche y fui directamente a la cabaña de Evans, sabía que era su sitio favorito y sabía cómo llegar, así que fui hasta allí y…cuando llegué Damien estaba muerto en el suelo y Edurne estaba herida e inconsciente, se estaba desangrando delante del muy hijo de...

Tenía que ayudarla de alguna manera, así que fui al almacén que había en la parte trasera de la casa, había un rifle colgado en la pared y por fortuna estaba cargado, así que lo cogí y amenacé a Evans con él, pero…>>

De pronto Clarissa pierde aquella entereza que había mostrado desde el inicio del relato y bruscamente rompe a llorar. Su respiración es agitada y las palabras se le atragantan en la garganta sin poder salir de ella. Adam la acerca hacia su pecho con suavidad y la abraza, proporcionándole un breve descanso. Le acaricia el pelo y le besa en la mejilla, y siente sus lágrimas saladas deslizándose por su rostro frío. Después ella se aparta de él y sigue hablando más tranquila, ahora que había comenzado quería llegar hasta el final.

- Evans consiguió quitarme el rifle y se abalanzó sobre mí. Había un agujero en el suelo, creo que

solía pescar allí. Me sumergió la cabeza varias veces en el agua helada y creí que estaba muerta, creí que me había ahogado…

Ahora el llanto vuelve a salir de sus ojos a borbotones. Clarissa llora con todo su cuerpo, con toda su alma, con todo su ser. Como si le hubieran arrebatado toda su fuerza se deja caer en el suelo y se arrodilla mientras los quejidos de dolor se elevan sobre las elegantes ramas de los árboles. Adam se sienta en el suelo junto a ella y la abraza de nuevo dándole lo único que puede darle en esas circunstancias, un hombro en el que apoyarse y llorar hasta que lo haya soltado todo.

Desde entonces han pasado cuarenta y cinco largos minutos. Adam sigue sentado en el suelo y su espalda se apoya en el tronco de un grueso árbol. Clarissa está sentada entre sus piernas y permanece impasible apoyada sobre su pecho, aunque no siente las nalgas podría seguir en aquella posición todo el día. Ambos tienen los pantalones mojados de llevar tanto rato sobre el suelo, y les duele el trasero de estar en la misma postura tanto tiempo, pero ninguno de los dos quiere moverse.

- Cuando volví a respirar aire en lugar de agua fue como volver a la vida, pero Evans había huido y Edurne estaba en el suelo con el rifle en la mano, ella me había salvado. Fui hasta allí para ayudarle y al final fue ella quien me salvó a mí. Cuando pude recomponerme la llevé al hospital y después desaparecí sin más, sabía que mis abuelos irían a verla y no fui capaz de quedarme.

Adam pudo apreciar cierta culpa y reproche en sus palabras.

- Sí tu no hubieras ido, quien sabe cómo hubiera acabado Edurne…Clarissa, os salvasteis la una a la otra.

- Me dio pánico. No quería verme implicada, Evans había huido, Edurne podía morir y había un cadáver…no quería parecer sospechosa, no quería ver a mis abuelos…soy una persona horrible, la dejé allí tirada y me despedí con una nota.

Clarissa se da la vuelta lentamente y mira a Adam directamente a los ojos.

- Querías la verdad, y esta es la verdad.

Por toda respuesta Adam la besa en los labios, que son dulces aunque saben a sal a causa de las lágrimas derramadas.

El fin de semana pasa deprisa para Adam, que le gustaría detener el tiempo en aquel remanso de paz que sin esperarlo ha encontrado en los brazos de Clarissa. Cuando creía que la verdad le alejaría de ella, la verdad le había acercado sin remedio. La verdad se había llevado el muro que los separaba y por fin podía acercarse al mundo de aquella mujer, que hasta ahora se había mantenido tan alejada y distante. La verdad se había llevado el misterio, las respuestas rápidas y sencillas, las excusas, y había dejado un campo fértil al descubierto dónde quizá ahora pudiera brotar una relación distinta entre ambos. En aquel campo de batalla sin trincheras donde esconderse quizá tuvieran una oportunidad para conocerse y saber quiénes eran ellos en realidad.

Desde que se había desahogado en el bosque, Clarissa parecía una persona diferente. Ahora la miraba y no veía aquella pose de mujer fría e indiferente que antes mantenía constantemente, por fin se había caído la máscara y al hacerlo había quedado al descubierto una dulzura extrema que a él sin embargo no le sorprendía en absoluto, se había puesto al descubierto una delicadeza genuina, una fragilidad elegante que podría hechizar a cualquiera. La expresión de sus ojos se había ablandado, ahora podía ver en ellos duda, quizá miedo, pero Clarissa había dado hacia delante un paso de gigante y él lo valoraba profundamente.

El lunes estaba a la vuelta de la esquina y ahora no tenía ningunas ganas de salir de casa y de aquella nueva atmósfera que había nacido entre ambos. Una duda razonable se había instalado en su alma, que la crudeza de la realidad le mostrara que lo del fin de semana había sido un mero espejismo condenado a esfumarse cuando abriera los ojos de nuevo a la rutina diaria.

- 12-

Juliette se encuentra tan estresada mientras conduce que puede percibir su propio corazón palpitando de impaciencia en su pecho. Otra vez llega tarde a una reunión con su jefe, y es la segunda vez que ocurre en poco tiempo. Como bien sabían los que alguna vez habían trabajado con ella tanto en el presente como en el pasado, la informalidad y la falta de puntualidad eran dos cualidades que Juliette Foss no soportaba en las personas. Odiaba la idea de que la imagen que su jefe se había construido de ella a base de dedicación y esfuerzo finalmente se desvaneciera por su falta de profesionalidad. Si eso ocurría podría perder todos sus privilegios, los cuales habían sido conseguidos deduciendo tiempo y espacio de su vida personal, y en ocasiones esto le había costado alguna discusión desagradable en el seno de su matrimonio.

Mientras intenta encajar su coche en el espacio rectangular y minúsculo que tiene delante su mente sigue tan acelerada que sin querer impacta levemente contra el vehículo que hay justo detrás de ella. Lo cierto era que había tan poco espacio para aparcar que lo más razonable hubiera sido buscar otro aparcamiento, es lo que hubiera hecho si hubiera tenido el tiempo suficiente pero no era el caso. Resoplando y maldiciendo en voz alta Juliette rectifica su posición y avanza unos centímetros hacia delante, separándose del turismo negro que permanece inmutable detrás de ella ajeno al daño que ha percibido. Cuando sale del coche se apresura a mirar si hay algún desperfecto y suspira aliviada al comprobar que no ha sido nada, solo un toque de atención para que no ande por la vida tan despistada.

Juliette camina deprisa hacia el edificio que se eleva frente a ella tan elegante como majestuoso. Aunque era de construcción antigua estaba bien conservado y en la primera planta era dónde estaba ubicada la redacción de *Libertad Plural* desde hacía más de quince años.

Cuando por fin entra en las oficinas Juliette se siente tan apurada por su tardanza que no se detiene en su mesa ni si quiera para soltar sus cosas y respirar profundamente antes de encarar aquella reunión matutina. Por el contrario avanza por el pasillo dejando atrás la sala en la que trabajan

unos diez redactores cada uno enfrascado en sus notas y en su portátil, y con la respiración agitada irrumpe en el despacho de su jefe como si fuera un vendaval mientras este la observa sin decir palabra.

Juliette llega despeinada envuelta en una evidente nube de prisas y angustia, imagen que a Göran le resulta gratamente enternecedora e incluso le hace sonreír abiertamente. Antes de que ella pueda decir nada él la invita a sentarse con un simple gesto silencioso de su mano y de forma imprevisible toma la palabra.

- Ya, los niños, no tienes que justificarte.- Y Göran la mira expectante mientras sonríe dejando al descubierto una dentadura perfecta.

Juliette le devuelve una mirada cargada de agradecimiento y culpa.

- No sé cómo darte las gracias…- Dice mientras se quita el abrigo y deja todas sus cosas sobre un sillón vacío que hay junto al que ella está ocupando.

- Puedes darme buenas noticias.

- Y las tengo, vaya si las tengo.

- Entonces soy todo oídos.

- Para empezar tengo que decirte que aún no he podido obtener mucha información sobre los asesinatos porque la investigación está abierta y nadie quiere hablar de ello pero…conseguí que me recibiera el Inspector que lleva el caso y tengo su compromiso de que la exclusiva será nuestra.

- ¿Podemos fiarnos de su palabra?

- Si, no le queda más remedio.

- Explícate.

- Bueno, cuando quiero algo puedo llegar a ser bastante convincente. Resulta que hay una chica, vivía con la anciana que apareció muerta en su cama, pero no quiso hablar conmigo.

- Eso no parece un buen comienzo.

- Ya, espera y verás. No quiso hablar conmigo pero la reconocí, y no vas a creértelo, está relacionada con el caso de los Alpes, el caso de la Cabaña.

- ¿Y cómo puede ser eso?

- Pues he investigado un poco y resulta que es la hermana de Edurne García, la enfermera que estuvo en coma, y también estuvo en la escena del crimen, de hecho, fue ella quien la llevó al hospital. Después se esfumó y nadie supo nada más de ella.

- ¿Y tú cómo la has reconocido?

- Bueno, es una historia un poco larga…

- Resume, tengo tiempo y paciencia.- Dice Göran sin dejarla escaparse.

- Muy bien, veo que quieres todo los detalles. Todo se remonta a mi viaje a los Alpes, cuando escribí mi primer artículo sobre el caso. Como ya sabes estuve hablando con las compañeras de Edurne y me dijeron que la mañana siguiente a su desaparición una chica había ido a preguntar por ella, me dijeron que era Erika, una amiga que vivía temporalmente en su piso. Como este caso es importante para mí he seguido informándome estos días y mientras leía la prensa local de Los Alpes vi una publicación interesante. Hablaban de una tal Erika García, pero según el artículo no era ninguna amiga de Edurne, sino su hermana.

<<Por otro lado, yo tenía una foto de ambas, de Erika y Edurne, había mirado aquella foto más de mil veces, y cuando vi a esa chica en el bar y me dijeron que era Clarissa Ericson, la joven que vivía con Agnes cuando murió…me quedé perpleja. La tenía delante de mis narices…la verdad es que estaba muy cambiada, pero era ella, aunque se hiciera llamar por un nombre diferente. Pero además, en el artículo del que te hablo había una foto en la que aparecía que confirma totalmente mi teoría>>

- Estoy impresionado.

- Pues aún hay más. Como no puede ser de otra forma estos días estuve siguiendo a la chica y descubrí que estaba viviendo con el Inspector del caso, Adam Berg, así que deduje que podrían ser pareja y era posible que él no supiera nada de su pasado. Aunque no estaba segura jugué esa baza y gané. El Inspector no sabía nada de la doble identidad de su compañera y por la expresión que puso en la cara mientras se lo contaba pude deducir que como yo sospechaba había algo entre ambos, él la protegió en todo momento y vi que sentía miedo…miedo de lo que pudiera descubrir

mientras hablaba conmigo. Me dijo que no podía revelarme nada por el bien de la investigación, pero yo se que era por algo más, era por ella. Así que me comprometí a no publicar nada de momento, ni sobre el caso de Agnes ni sobre la falsa identidad de Erika, si él me daba la exclusiva cuando todo hubiera terminado.

- Vaya, eres increíble. Pero hay una cosa que me estoy preguntando… ¿De dónde sacaste la fotografía de Erika?

- Una tiene sus fuentes. No querrás saber todo mis secretos.

- Claro que sí. Pero podemos hacer un trato. No tendrás que desvelarme cómo la conseguiste si cenas conmigo esta noche.

- ¿Cómo dices?

- Tenemos que celebrarlo. Por supuesto paga el periódico, gracias a tu trabajo pronto tendremos fondos para el departamento de investigación y contarás con más medios, te lo estás ganando, has hecho muy buen trabajo, July.

Juliette se había quedado sin palabras y por toda respuesta miraba a su jefe un tanto confusa y a la vez un poco avergonzada.

- Me tomo tu silencio como un sí. Nos vemos a los ocho abajo y te llevaré a un buen restaurante, es justo lo que te mereces.

- Muy bien, a las ocho.- Dice ella mientras se levanta y recoge sus cosas algo turbada. Después sale del despacho y deja solo a un Göran que se siente exultante y victorioso.

Juliette oculta su creciente nerviosismo en el cuarto de baño de la redacción y como forma de matar el tiempo se lava la cara con agua fría esperando que eso pueda ahuyentar aquellos pensamientos molestos e indeseados que la estaban persiguiendo desde que había salido del despacho de Göran. Mientras se seca las manos con aquel ruidoso aparato de aire caliente la puerta se abre y entra Rebekka, una compañera que además era buena amiga suya desde hacía varios años. La mujer se acerca a ella, se apoya en el lavabo con una postura sugerente y la mira con ojos maliciosos y divertidos.

- No me digas más, no se ha enfadado por hacerle esperar….*July*…

- No seas mal pensada Rebekka. Es solo que…le caigo bien.

- Ya, el otro día su secretaria llegó diez minutos tarde porque cogió un atasco y la puso de todos los colores. Yo no digo nada, solo hay que leer entre líneas.

- Pues solo me faltaba eso. Me ha invitado a cenar esta ésta noche.

- ¿Qué?- Dice Rebekka exagerando su asombro y simulando estar escandalizada.

- Lo que oyes, quiere que celebremos los avances que hemos conseguido en los casos que estoy investigando. Sólo es una cena profesional.
- Ya. Ja ja. Mañana me dirás si tienes razón o la tengo yo.- Dice Rebekka mientras desaparece por la puerta dejándola sola con mil incógnitas en el aire.

Juliette era una mujer guapa y atractiva que en los últimos años se había escondido detrás de un estilo cómodo y confortable. La crianza de sus dos hijos y un matrimonio largo le habían llevado a descuidar su imagen y conformarse con una apariencia deslucida y sin brillo. Y si a pesar de todo Juliette no pasaba desapercibida era por su encanto natural y por aquellos rasgos dulces y elegantes que encandilaban a cualquiera.

Estaba en la puerta del edificio donde trabajaba esperando a su acompañante y eran las ocho menos cinco minutos, en cualquier momento llegaría su jefe y sin saber por qué se sentía un poco nerviosa.

Se había pasado más de media hora mirando el armario para escoger la ropa que se pondría aquella noche. No quería ir con el atuendo simple de madre aburrida que solía llevar cada día a la oficina, no sabía a dónde irían a cenar pero por lo poco que conocía a su jefe podía afirmar que sería un sitio bueno y elegante. Por otro lado, no quería pasarse y llamar demasiado la atención, interiormente sabía que no era lo más apropiado ya que no quería que su jefe sacara conclusiones equivocadas que a la larga pudieran traerle problemas en su trabajo. Finalmente y después de mucho divagar se había decantado por un vestido negro ceñido por arriba y algo más suelto por abajo que le llegaba a la altura de las rodillas y que hacía al menos tres años que no se había

puesto, cuando lo encontró ni si quiera se acordaba de que existía. Cuando se puso las medias, los tacones, una chaqueta roja y un pañuelo alrededor del cuello apenas se reconocía a sí misma, no recordaba que fuera tan joven y pudiera estar tan guapa. Aquel descubrimiento le hizo sentir cierta tristeza y se alegró de haber aceptado aquella invitación que al menos le había hecho sentirse una mujer atractiva después de tanto tiempo.

Ahora, mientras esperaba a Göran, Juliette pensaba en aquella fotografía y en cómo la había conseguido algún tiempo atrás. Fue en aquella visita al hospital el día que había hablado con las compañeras de Edurne. Una chica rubia llamada Gina le había enseñado el vestuario dónde se cambiaban de ropa las enfermeras y le había indicado cuál era la taquilla de la Jefa de Enfermeras, que por aquel entonces aún estaba en coma. Cuando se quedó sola, Juliette no pudo resistirse y abrió aquella taquilla con la ayuda de una horquilla que llevaba en el pelo, jamás había hecho una cosa así antes y le había sorprendido que aquella técnica de película de espías hubiera dado resultado, pero allí estaba ella, delante de una taquilla abierta sintiéndose la protagonista de un thriller de misterio. En cuanto vio aquella fotografía pegada en la parte interior de la puerta ésta llamó su atención, y tras mirarla bien de cerca la arrancó y la guardó en su carpeta, en ella aparecían dos chicas riéndose a carcajadas, parecían felices y algo le decía que estaban muy unidas. Ahora entendía por qué.

-13-

Adam está sentado en su despacho frente al ordenador respondiendo al correo electrónico que le había mandado su amigo Elías. Lo había recibido a primera hora de la mañana y contenía toda la información que él mismo le había solicitado hacía unos días.

<< Erika García, de origen español, (aunque sus abuelos son franceses). Sus padres murieron cuando ella era pequeña y fue adoptada por un matrimonio alemán (de ahí sus dos nombres). Clarissa Ericson es el nombre que le pusieron sus padres adoptivos. Es hermana de Edurne García y estuvo, según las últimas noticias, en el lugar del crimen de la Cabaña siendo una víctima más de los hechos, aunque su paradero es desconocido y su existencia no se mencionó hasta hace apenas unos días. Espero que la información te sea útil, un abrazo de tu amigo Elías>>

Adam había leído atentamente aquel texto dos veces, y había comprobado con satisfacción las similitudes que existían con la versión que Clarissa le había contado en primera persona mientras paseaban por el bosque.

Después de responder a su antiguo compañero de trabajo y de agradecerle la rapidez con la cual le había enviado la información requerida de forma extraoficial, Adam decide seguir con el cuaderno de Agnes para conocer en profundidad los oscuros secretos de aquella familia. Con cierta curiosidad por saber cómo continuaba aquella enrevesada historia Adam saca del cajón de su mesa el diario de Agnes y tras abrirlo por la página que había leído la última vez comienza a leer lleno de curiosidad.

Los primeros relatos son parecidos a los que ya había leído anteriormente, en ellos la mujer cuenta sus desavenencias con su marido alcohólico y se recrea en el romance que está viviendo con su nuevo amor que es también su cuñado. Viendo que no hay nada importante en las siguientes cartas, Adam lee deprisa y se salta algunos pasajes donde la anciana sólo habla de sus sentimientos. Hasta que llega a una fecha más reciente y vuelve a sentirse interesado, y en ese punto vuelve a poner más interés en la lectura.

<< 26-1-1973

Querido Adrian,

Los últimos meses han sido un infierno para los dos, pero tenemos que ser fuertes. El nacimiento del pequeño Carl ha impedido que lleváramos adelante nuestro plan de fugarnos juntos, pero… ¿A dónde íbamos a ir con un bebé recién nacido? Lo siento mucho mi amor, lo siento, ojala no me hubiera quedado embarazada pero lo hice y ahora tengo que criarlo con su padre, ¿Qué otra cosa puedo hacer? Espero que algún día puedas perdonarme >>

<< 3-5-1975,

Querido Adrian,

Estos dos años sin tu amor casi me consumen, han sido horribles. Pero entiendo tu decepción conmigo y tu enfado. Teníamos planes, teníamos un futuro y yo lo tiré todo por la borda porque fui una cobarde, ojala hubiera seguido lo que me decía mi instinto, que era fugarme contigo a pesar de todo. Y sé que tú hubieras querido al niño como si fuera tuyo. Dos años sin ti y mira cómo estoy, parezco un alma en pena, ya no tengo motivos para sonreír.

Por eso, cuando hoy has venido a verme todo mi mundo se ha iluminado de nuevo. Adolf estará fuera tres meses y espero pasarlos contigo como en los viejos tiempos, porque el reencuentro ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, te sigo queriendo como el primer día >>

<< 9-7-2000,

Querido Adrian,

Han pasado los años y nos hemos ido consumiendo sin hacer realidad nuestros sueños. Mis hijos ya no están en casa, los dos tienen su vida, sus estudios, sus mujeres... y nosotros

volvemos a nuestra soledad y nuestro dolor de siempre. Hemos envejecido viviendo en la misma calle como vecinos, han pasado los años por nosotros y las arrugas de nuestras caras pueden confirmarlo, y no hemos sido capaces de hacer nada. La vida se nos ha pasado lamentándonos. Y como lo siento. Ahora somos dos viejos infelices que no tenemos a quien culpar de nuestras miserias.

Conforme han pasado los años la convivencia con Adolf es cada día más insoportable, eso ya lo sabes, y ahora que no se va a trabajar al monte su presencia constante se me hace insufrible… he llegado a desearle la muerte, Adrian, así de mala persona soy. Es triste que por culpa de mi cobardía, esté esperando el día que se muera para poder irme contigo de una maldita vez >>

<< 3-2-2013,

Querido Adrian, por fin ha sucedido, por fin. Mi marido ha muerto y soy viuda. En el entierro no sabía cómo me sentía….liberada, sí, eso es, libre, por fin libre.

Ahora podre ir a verte todos los días, tomaremos el té en tu casa y nadie podrá impedirnos que lo hagamos.

He decidido que ya es hora de que lo sepas, al menos tienes que saberlo antes de que dejemos este mundo. Así que mañana iré a tu casa a la hora del té y te contaré el secreto que he guardado todos estos años…porque mereces saberlo, mereces saber que tienes un hijo.

Adrian, Alf es tu hijo. Aquella vez, cuando nos reconciliamos después de estar tanto tiempo sin vernos…Adolf estuvo varios meses fuera, así que el niño tenía que ser tuyo. Nunca me atreví a decírtelo, pero creo que ya es hora. Espero que algún día puedas perdonarme>>

Adam retira la mirada del diario unos momentos y respira hondo, ¡Vaya! La historia se estaba complicando por momentos. Y si no fuera porque sabía que Adrian era el causante de la muerte de su hermano hubiera pensado que su mujer había sido su asesina. Tenía que seguir leyendo...

5-2-2013,

Querido Adrian,

Que desastre, ¡Que desastre! Ayer estuvieron aquí los chicos con sus mujeres y ocurrió algo inesperado, todo fue culpa mía, fui una imprudente. Vinieron para ayudarme a recoger las

cosas de Adolf después de su muerte y a pasar un rato conmigo, están preocupados por mí y quieren hacerme compañía. Yo estaba abajo con Ebba y Caroline, estaban ayudándome a preparar el dormitorio que hay junto a la cocina para trasladarme esa misma noche a la planta de abajo, ya no quiero seguir subiendo tantas escaleras, y esa habitación me trae muchos recuerdos que prefiero borrar…Alf fue al sótano a recoger algunas cosas de Adolf para hacer limpieza, decía que ya no tenía sentido seguir guardando algunos trastos. Y Carl subió al piso de arriba, a nuestro dormitorio, a meter toda la ropa de su padre en una caja de cartón para llevarla a la parroquia.

¡Encontró mi diario, Adrian, lo encontró! Estaba guardado en el armario en una caja de zapatos. Tardaba mucho en bajar y fui a ver qué estaba haciendo, y entonces lo vi. Estaba sentado en la cama con la cara descompuesta y con el diario abierto entre sus manos. Tenias que haber visto su mirada cuando entré en la habitación.

Se levantó enfurecido y cerró la puerta de un portazo. No podía creérselo, me miraba como si fuera una persona horrible…y le dolió mucho saber que su embarazo no fue deseado y que por eso no me fugué contigo…decía que él solo había sido una carga para mí…

Le hice prometerme que no diría nada, que lo mantendría en secreto por el bien de la familia, que no se lo diría a su hermano…Espero que pueda cumplir su promesa o esta familia estará rota para siempre y sin remedio>>

18-9-2014,

Querido Adrian, desde que mi hijo Carl se ha enterado de todo, las cosas van de mal en peor en esta familia. Ya no parecemos una familia. No quiere venir a verme, ni a mí ni a ti. La verdad es que no le culpo, entiendo su enfado, pero en algún momento tendrá que perdonarnos. El que más me preocupa es Alf, si se entera…él sí que tendría motivos para sentirse ofendido… ocultarle tanto tiempo quien es su verdadero padre…

Pero de momento nuestro secreto está a salvo, al menos mientras Carl siga sin hablar de ello, que para serte sincera, no sé cuánto tiempo aguantará.

Desde que te lo conté todo ha pasado ya algún tiempo y entiendo que te tomaras tu espacio

para digerir la noticia. Y te agradezco que después de todo me hayas perdonado, no sé que hubiera hecho estos últimos años de mi vida sin ti, ahora que al fin podemos estar juntos.

Pero cuando algo va bien, entonces pasa algo que lo empeora. Lo digo por lo que pasó el día de tu cumpleaños. Me costó mucho trabajo convencer a Carl para que viniera a la fiesta, pero lo conseguí, tuve que pedirle a Ebba que me ayudara. Y cuando al fin parecía que estábamos todos juntos y en paz, Carl se encara contigo en la cocina.

Tiene mucho resentimiento dentro, Adrian, no se lo tengas en cuenta…pero te dijo cosas muy feas, que eras un traidor, un hombre asqueroso, que para él ya no eras de su familia…entiendo que te disgustaras con él y que cambiaras tu testamento, sólo espero que algún día las aguas puedan volver a su cauce.

Cuando Adam termina de leer aquella carta cierra con decisión el diario, marca un número en el teléfono fijo que hay sobre su mesa y espera impaciente a que alguien lo coja al otro lado.

- Emil, ven inmediatamente, creo que podríamos tener un móvil…

Adam está esperando impaciente a que la puerta de su despacho se abra y su compañero aparezca ante él con su habitual expresión de entusiasmo.

- Ya estoy aquí, ¿Qué ha averiguado, jefe? – Pregunta Emil mientras se sienta frente a él.

- Ya te dije que Agnes y Adrian mantenían un romance en secreto, que por cierto, duró toda la vida.

- Sí.

- Pues bien, después de la muerte de Adolf, Agnes le confesó a Adrian que Alf era su hijo.

- ¡Que me dice!

- Lo que oyes. Pero, lo mejor de todo es que Carl leyó el diario de su madre y se enteró de todo. Se enteró de que habían traicionado a su padre, de que su madre no se fugó con Adrian porque se quedó embarazada de él, y de que su hermano tenía un padre diferente.

<< ¿Recuerdas que el abogado de la familia nos dijo que Adrian hizo un cambio en su testamento? >>

- Sí, dijo que en un principio Adrian le dejaba la casa a su sobrino Alf y el refugio a Carl, pero después cambió el testamento y se lo dejó a Agnes… ¿Crees que Carl mató a Adrian por haberle dejado fuera?

- Agnes habla en su diario de un fuerte enfrentamiento entre Carl y Adrian, y después de ese incidente Adrian cambió el testamento. Pero si realmente fue Carl quien le mató, no creo que fuera sólo por eso, es una cuestión de orgullo, por traicionar a su padre, por manchar el nombre de la familia, por fidelidad a quien él piensa que es la víctima en toda esta historia. El problema es que no tenemos pruebas. Quizá debamos interrogar de nuevo a Carl Hult.

-14-

Clarissa se ha despertado temprano y con un humor tan bueno que se siente abrumada. No está acostumbrada a sentirse así de bien. En estos momentos solo le falta una cosa para ser completamente feliz, y es ver a su hermana Edurne. Sabe que tiene que llamarla, pero han pasado tantas cosas últimamente que aún no ha tenido tiempo de hacerlo, o simplemente no se ha atrevido. Ahora camina sola por las calles frías y concurridas de Uppsala. Quiere visitar algunas tiendas de decoración para elegir los azulejos del cuarto de baño y de la cocina de la pensión. Mientras pasea se siente entusiasmada y llena de vida, tanto que no se reconoce, era como si otra persona hubiera invadido su menudo cuerpo sin avisar.

Después de haber escogido los azulejos en un almacén que había a las afueras de la ciudad en un polígono industrial Clarissa decide entrar en un gran centro comercial que hay a varias manzanas de donde se encuentra. Últimamente su forma de vestir es oscura y sencilla en extremo y repentinamente le apetece comprarse algo de color que aporte algo de vida y alegría a su reducido y triste vestuario.

Aquel centro comercial era la última obra de un conocido y reputado arquitecto sueco que se había puesto de moda en los últimos años. Era un gran edificio cuadrado con grandes cristaleras en las plantas superiores que permitían a los viandantes observar a las personas mientras caminaban por el centro comercial mirando los escaparates de las tiendas o realizando sus compras, algo que sin duda llamaba al consumismo y que había sido detenidamente estudiado por su diseñador. Clarissa accede al establecimiento por la puerta principal que nada más detectarla se abre de par en par invitándola a entrar y a consumir sin descanso. Pero ella no pensaba dejarse embaucar por el olor dulzón que lo envolvía todo, ni por la música que sonaba sin descanso, ni por las luces ni los colores que servían como reclamo y como cebo a los consumidores. Ella no era una de esas personas consumistas que compraban compulsivamente sin necesitar nada. De hecho, ella había llegado a vivir con tan poco que cualquiera diría que vivía aislada del mundo y de la globalización que lo envolvía todo.

Clarissa pasea por la planta baja de aquel monstruoso edificio sin rumbo fijo, no tiene una idea clara de lo que quiere comprar y no tiene prisa, por lo que disfruta del momento sin la presión de estar buscando algo en concreto, simplemente se deja llevar por sus pies y sube a la segunda planta por la escalera mecánica. Desde la distancia distingue una tienda que llama su atención y comienza a caminar hacia ella algo ilusionada, pero de pronto escucha unas voces que le resultan familiares y detiene su marcha. Clarissa dirige su mirada hacia el lugar del que procede el sonido que ha llamado su atención y algo sorprendida comprueba que son Carl y Caroline y por el tono elevado de sus voces parece que están discutiendo, además, Caroline se muestra visiblemente disgustada con su cuñado. Clarissa se olvida de pronto de lo que había ido a hacer allí y disimulando se coloca a una distancia prudencial de ellos, y dándoles la espalda para que no

puedan verla hace como si estuviera mirando un escaparate mientras intenta seguir la conversación y les mira de reojo.

Por lo que puede apreciar Carl intenta calmar a la mujer que le mira llena de… ¿Reproches? Sí, parecen reproches. Ella parece acusarle de algo con la mirada y sin decir nada más se quita una pulsera que hasta ese momento adornaba su muñeca y sin más se la lanza al hombre que tiene enfrente que la mira con ganas de desaparecer de allí ante la amenaza que planea sobre él de presenciar una desagradable escena. Carl coge el objeto antes de que este caiga al suelo y se queda mirándola atónito mientras ella desaparece a paso ligero hacia las escaleras mecánicas.

Clarissa reacciona rápido, sabe a ciencia cierta que es ahora o nunca así que sin pensárselo ni un segundo se dirige hacia donde Carl se encuentra mirando hacia el suelo en un intento por parecer distraída, como si en realidad no lo hubiera visto. Cuando impacta contra el hombre alto y corpulento éste pierde el objeto que tiene entre las manos y con ira en el rostro lanza varios insultos al aire. Pero antes de que a él le diera tiempo de agacharse ya lo había hecho ella, y ante una mirada recriminatoria Clarissa recoge la bonita pulsera que había rodado inocentemente hasta sus pies.

- ¡Carl! Que sorpresa, disculpa mi torpeza pero andaba algo distraída y no te había visto.

- Pues a ver si miras por donde andas, ¿Qué coño haces tú aquí?

- De compras, ¿Y tú?

- ¿Yo? Sí, lo mismo que tú, lo mismo que todos los que andan por aquí, que otra cosa voy a hacer si no.

- Ya, claro, creo que esto es tuyo…se te ha caído de las manos.

- Sí, dame, tengo mucha prisa así que no me entretengas más. – Dice Carl mientras guarda la pulsera en el bolsillo de su cazadora.

- Claro, encantada de verte, Carl.

- Sí, sí, hasta la vista.

Clarissa mira de forma desconfiada al hombre que se aleja de ella intentando imaginarle agrediéndola en el refugio. No las tiene todas consigo, pero si está segura de algo es de que aquel

hombre es ambiguo y escurridizo, agresivo y hostil, y aunque él no fuera el agresor intuía que era un tipo con el que era mejor guardar las distancias.

Clarissa entra en tres tiendas diferentes antes de encontrar un jersey que le gusta lo suficiente como para llevárselo y unos pantalones que no están nada mal. Finalmente se compra las dos prendas y cuando vuelve de nuevo de regreso a casa lo hace con una sonrisa amplia y sincera. Tenía ganas de llegar y ver a Adam, y quería contarle cuanto antes lo que había visto casualmente en el centro comercial, estaba segura de que esta información podría ayudarle en su investigación.

Cuando llega al pueblo son cerca de las cuatro de la tarde y la luz es tan tenue que parece casi inexistente. Tras aparcar frente a la puerta de la casa entra en el interior y deja las bolsas de la compra junto al sofá, después se hace un sándwich de mantequilla y salmón ahumado que le sabe delicioso a pesar de su simplicidad. Después de dar el último bocado Clarissa llama a Adam por teléfono y le pregunta si tiene tiempo para tomarse con ella un café rápido en el Atolladero. Él le dice que sí y ella sonríe para sí misma sin darse cuenta. Rápidamente se pone los pantalones nuevos y el jersey que acaba de comprarse y tras echarse una última ojeada en el espejo del cuarto de baño sale de casa en dirección al bar de Birger.

Cuando al cabo de unos minutos entra en el bar un agradable olor a café y a dulces caseros le reanima y acaricia todos sus sentidos al unísono. También se deja abrazar por la calidez de la estancia y por unos ojos que le dan la bienvenida desde la mesa del fondo. Clarissa recorre los pocos metros que la separan de Adam mirando al suelo por que no le gusta sentirse observada, y cuando llega ante él se quita la cazadora y se sienta a su lado.

- El color rojo te sienta muy bien.- Le dice él reparando en el color vivo de su jersey nuevo.

- Gracias.

Clarissa se sonroja y para disimular llama a Birger con la mano y le pide un café con leche muy caliente. El frío de la calle le ha dejado los dedos de las manos casi congelados y necesita algo cálido que les devuelva la movilidad.

- He estado en Uppsala, tengo el maletero del coche lleno de azulejos, mañana los llevaré al refugio. Después he estado en el centro comercial y… ¿A qué no sabes a quién me he encontrado?

- Sorpréndeme.

- A Carl y a Caroline. Estaban discutiendo y por lo que vi él ponía todos sus esfuerzos en evitar una escena.

- Querrás decir a Carl y a Ebba.

- No, era Caroline.

- ¿Pudiste oír algo?

- No. Pero ella lloraba y parecía muy resentida, le miraba con ojos acusadores. Y en medio de la discusión se quitó una pulsera que llevaba puesta y se la lanzó a Carl con despecho.

- Vaya…

- Sí, y no sabes que es lo mejor…la pulsera era igual que el collar de Ebba, igual que aquella pieza que encontré en la nieve en el lugar donde apareció el cuerpo.

- Y… ¿Te pudiste fijar bien? ¿Le faltaba alguna pieza?

- Sí.

- Tengo que contratarte como investigadora, eres increíble. Perdona pero tengo que hacer una llamada.

- Claro.

Adam marca un número en su teléfono móvil y espera pacientemente a que una voz risueña y familiar le salude al otro lado.

- Emil, llama a Carl y a Caroline de inmediato, vamos a interrogarles ahora mismo, que vengan a la comisaría esta misma tarde.

Adam se pone su cazadora y mientras le indica a Birger que le traiga la cuenta se bebe de un trago el café que aún le quedaba en la taza.

- Siento irme tan rápido…Nos vemos esta noche en casa y me enseñas esos azulejos. – Y antes de marcharse, Adam le da un beso a Clarissa en los labios.

En la sala de interrogatorios se respira un ambiente tenso y espeso que pronostica la conversación difícil y densa que aún está por empezar. Carl Hult espera sentado en una silla mirándose las manos con expresión dura e indescifrable. Enfrente de él hay una cámara de vídeo encendida con una lucecita verde que indica que el aparato está funcionando, y de pie, Adam Berg dirige una mirada fría y calculada al hombre que tiene delante.

- Bien Carl, esta es la situación. – Dice el Inspector Adam Berg mientras se sienta frente a él. – Mi compañero Emil está interrogando en estos momentos a tu cuñada Caroline, y no dudes una cosa: no vais a salir de aquí hasta que nos digáis la verdad. Los dos. Así que tú verás lo que haces, tienes dos opciones: o colaboras para que esto se acabe pronto, o el día se nos va a hacer muy largo a todos, pero sabes una cosa, yo no tengo otra cosa mejor que hacer, porque este es mi trabajo.

Carl levanta una mirada cargada de desprecio y la posa lánguidamente sobre el Inspector de policía que acaba de advertirle sin tapujos.

- Carl Hult, ¿Qué hacía ayer en un centro comercial de Uppsala con su cuñada Caroline?

- Maldita hija de… ¿Ya le ha ido esa niñata con el cuento?

- Como obtenga yo la información no es de su incumbencia, repito la pregunta: ¿Qué hacía ayer en un centro comercial de Uppsala con su cuñada Caroline?

- Yo no estaba con ella, simplemente me la encontré.

- Ya. ¿Y por qué discutían?

Carl Hult mantiene los labios sellados en una indescifrable mueca silenciosa mientras le mira fijamente con los ojos entornados.

- Mire Carl, le voy a decir mi teoría. Usted descubrió que su madre y su tío Adrian habían sido amantes toda su vida y que su hermano Alf fue fruto de aquella relación oculta. Sí, no me mire así, se que encontró el diario de su madre, ¿Sabe porqué lo sé? Porque yo también lo he encontrado y ahí está todo. Sé que leyó las cartas de su madre, sé que se enfureció con ellos muchísimo y dejó de hablarles, sé que en el último cumpleaños de su tío se enfrentó a él y después de eso él cambió su testamento. Vaya…eso podría ser un móvil… ¿Le mató usted por la herencia perdida, o fue

movido por tanto tiempo de resentimiento guardando un secreto familiar que ya le pesaba demasiado?

- Usted está loco, Inspector, y no me gusta que meta las narices en mis asuntos familiares.

- Carl, no se entera de nada, esto no es un cotilleo familiar, esto es la investigación de dos crímenes, y ahora usted es sospechoso. Y algo me dice que tuvo una cómplice. ¿Averiguó su cuñada la verdad sobre todo este asunto? ¿Por eso discutían? Quizá ella solo protegía a su marido y quería que la verdad siguiera oculta…o quizá quería contarle la verdad de una vez por todas y usted no. O quizá ambos nos estén ocultando algo que no sabemos y lo hicieron juntos, porque… ¿Sabe una cosa?

- Sorpréndame, Inspector.

- En la escena del crimen apareció un objeto triangular similar al collar de su esposa, el que usted le regaló para su aniversario. Y casualmente ayer, Caroline le devolvía una pulsera igualita a ese collar y le faltaba una pieza similar a la que encontramos en la escena del crimen. ¿Puede decirme por qué tenía Caroline esa pulsera y porqué se la devolvió tan enfadada?

<< Su silencio solo me hace sospechar que estamos cerca, Carl. Sinceramente, creo que están los dos en un buen lío. Un testigo vio a dos personas buscando algo en el suelo justo donde encontramos este objeto. ¿Mató usted con la ayuda de Caroline a su tío Adrian y ella perdió aquella pieza por accidente? ¿Fueron después a buscarla para no dejar pruebas y fue cuando nuestro testigo les sorprendió?>>

- Quiero hablar con mi abogado.

- Muy bien, Carl, le comunico que tenemos una orden para entrar en su casa y buscar la pulsera que le devolvió Caroline en el centro comercial, si la encontramos, les arrestaremos a los dos y entonces sí que necesitarán un abogado.

Y dicho esto Adam se levanta, apaga la cámara de video y sale de la habitación dando un portazo. Con paso tranquilo se dirige a otra sala en la que Caroline aguarda nerviosa su turno. Emil le está esperando lleno de nervios junto a la puerta, custodiando a la sospechosa como si fuera un tesoro que nadie debía robar.

- ¿Está todo listo?

- Por su puesto, Inspector.

- Muy bien, pues deséame suerte Emil, porque estamos muy cerca de la verdad. – Y sin más preámbulos Adam entra en la habitación, enciende la cámara de video y se sienta frente a Caroline.

Desde el momento en el que Adam la mira se da cuenta al instante de que va a ser ella quien confiese toda la verdad. Aquella mujer está pálida y se muestra temblorosa a causa de los nervios, o quizá aquella blancura extrema fuera un claro síntoma del miedo que empezaba a sentir después de llevar cuarenta y cinco minutos encerrada en aquella habitación esperando a que alguien le dijera lo que estaba ocurriendo.

Caroline tiene la cara alargada y el pelo largo y pelirrojo. Lo lleva recogido con una pinza y se nota que no ha tenido mucho tiempo para peinarse, su aspecto es un tanto desaliñado, lo que contrasta con la elegancia que otras veces ha mostrado con su vestuario y su porte natural. Va vestida con un jersey ancho y largo que cubre su incipiente barriga, que ya se le nota a pesar de que la ropa que lleva puesta intenta disimularla sin éxito. Sus ojos muestran inseguridad y poca

fortaleza, y Adam piensa aprovechar aquella debilidad como una ventaja irrefutable.

- Caroline, acabemos con esto de una vez y podrá a irse a casa, ¿De acuerdo? Sólo quiero que sea sincera conmigo.

Adam le hace la misma exposición que momentos antes le había hecho a Carl, y conforme le escucha, Caroline se va derrumbando sistemáticamente. Y es cuando el Inspector finalmente le acusa de ser cómplice del asesinato de Adrian cuando la mujer se desmorona y rompe a llorar con un quejido descontrolado. Es un llanto cargado de culpa, de arrepentimiento, pero Adam presiente que no es el llanto de una asesina.

Adam le ofrece un vaso de agua y le acerca unos pañuelos de papel en tono amistoso. Ella se seca la cara y bebe agua antes de mirarle y ser capaz de sacar un fino hilo de voz con el que expresarse.

- Yo no soy una asesina, tiene que creerme, Inspector.- Dice Caroline claramente afectada por aquella acusación. - Yo…yo…Dios mío, no sé cómo hemos llegado a todo esto, tiene que creerme, todo esto no es más que un malentendido.

- La escucho.

- Nosotros…Carl y yo…si nos vieron cerca del lago fue sólo porque fuimos a buscar mi pulsera. Se me había caído unos días antes. Después ocurrió lo del crimen y nos pusimos nerviosos, no queríamos que nadie sospechara de nosotros, por eso fuimos a buscarla.

- Hay algo que no encaja en todo esto Caroline. Esa pulsera es idéntica al collar de Ebba, de hecho, hemos investigado y hemos encontrado la joyería en la que se compraron ambas piezas, es una joyería muy prestigiosa ubicada en el centro de Uppsala. Por fortuna, el dependiente recordaba haber vendido un juego tan exquisito como aquel a un hombre que buscaba algo especial para regalarle a su mujer por su aniversario, y sí, reconoció a Carl en una foto que le mostramos. ¿Por qué tenía usted esa pulsera si él la compró para su mujer?

Por unos momentos Caroline se sonroja y quiere desaparecer de allí para no tener que reconocer la verdad, ya que la verdad le avergüenza profundamente. Adam puede captar su incomodidad en su postura y en el lenguaje no verbal que muestra con todo su cuerpo. Se notaba que habían

llegado a un punto importante del interrogatorio, con un poco de suerte sería el ansiado punto de inflexión a partir del cual todo cambiaría. Después de unos momentos de silencio Caroline recobra la compostura y en un hilo quebradizo de voz contesta a la pregunta.

- Carl y yo tenemos una aventura.

- ¿Cómo dice?

- Sí, lo sé Inspector, no hace falta que ponga esa cara, es horrible. Engaño a mi marido con su hermano, lo sé, es…es…no sé ni cómo llamarlo. Carl y yo estamos juntos desde hace un año y medio. Y fue tan estúpido de regalarme una pulsera igual que el collar de su mujer. No sabe cómo me enfadé con él por aquella torpeza, le dije que no podría ponérmela nunca porque ella podría sospechar, o mi marido…o Agnes…cualquiera podría haberse dado cuenta pero Carl es así, no piensa las cosas, quiere algo y lo hace, nunca piensa en las consecuencias.

- ¿Qué hacían ustedes en la escena del crimen el día que perdió la pulsera? ¿Por qué estaban allí?

- Porque habíamos quedado para vernos. En Uppsala intentamos no hacerlo ya que tenemos amigos comunes que podrían descubrirnos. Aquel día yo había ido con mi marido a ver a Agnes, Alf estaba muy preocupado por ella últimamente. Sabía que algo andaba mal, desde hacía un tiempo la familia hacía aguas por todas partes y él intentaba estar más cerca de su madre. Pero le llamaron del trabajo y tuvimos que volver pronto. Y entonces Carl me llamó a casa. Me dijo que tenía que ir al pueblo a ver al abogado de la familia, que le acompañara…y fui con él. Cuando terminó sus gestiones fuimos en coche por el camino que bordea el lago, aparcamos y dimos un paseo, ya había oscurecido y hacía mucho frío, pero teníamos ganas de estar un rato a solas. El muy idiota me regaló la pulsera. Se sentía culpable porque era su aniversario y tenía que celebrarlo con su mujer, sabía que yo estaba molesta y quiso arreglarlo así. Le regaló un collar a ella y una pulsera a mí, y eran iguales. Lo cierto es que eso no me gustó pero su gesto consiguió ablandarme, así que me la puso y nos reconciliamos. Y entre los besos y los abrazos una pieza de la pulsera debió caerse al suelo, me di cuenta cuando llegué a casa y cuando días más tarde apareció el cuerpo en esa misma zona se lo conté a Carl y decidimos ir a buscarla, no queríamos que nadie se enterase de que habíamos estado allí juntos.

<< Eso es todo Inspector, no somos unos asesinos, sólo queríamos encubrir nuestra aventura>>

- Dígame algo, ¿Por qué le devolvió la pulsera en el centro comercial?

Antes de responder Caroline suspiró y su cara se contrajo en un gesto de dolor.

- Porque estaba harta de sus falsas promesas. Me dijo que hablaría con su mujer y que la dejaría antes de que….

Pero Caroline no termina la frase y en la sala de interrogatorios se crea un silencio eterno.

- ¿Antes de qué? Termine la frase, Caroline.

- Me dijo que la dejaría antes de que naciera el bebé. Pero después empezó a recular, se echó para atrás. Me dijo que no era un buen momento, que todo era demasiado difícil y que destrozaríamos a la familia. Me dijo todo eso en el centro comercial, por eso me enfadé con él y le devolví la pulsera, no quiero nada suyo, ahora sé que no puedo esperar nada de él.

Una idea empezaba a planear en la cabeza de Adam.

- El bebé que está esperando es de Carl, no es de su marido, ¿Verdad?

Caroline asiente en silencio mientras dos lágrimas salen de sus ojos claros y surcan su piel blanca como la leche.

-16-

Marzo 2015

Clarissa Ericson estaba de pie frente a su nueva propiedad. Hacía una mañana espléndida y con sumo placer disfrutaba de los tímidos rayos de sol que rozaban su pálido rostro. La incipiente primavera se delataba en pequeños detalles que para ella no pasaban inadvertidos, y con plena satisfacción comprobaba como los restos de nieve que cubrían el suelo se deshacían sutilmente. La capa de hielo quebradizo que en los últimos meses había cubierto el suelo como si fuera una alfombra eterna se había convertido en una incómoda masa pastosa formada por nieve pisoteada y barro. Al mismo tiempo, los días eran cada vez más largos y las temperaturas menos frías, sí, lo peor del invierno ya había pasado y la perspectiva de días más luminosos y soleados le hizo sonreír espontáneamente.

Desde el lugar en el que se encontraba ahora las vistas eran impresionantes. Si se daba la vuelta hacia atrás podía ver un camino en mal estado y a lo lejos regias montañas custodiando el pequeño pueblo, como fieles guardianas protectoras que estaban allí desde antaño. Pero ella miraba hacia delante y lo que veía era su refugio, el cual parecía un campo de batalla desde hacía algunas semanas.

En aquellos momentos debía de haber por lo menos diez personas trabajando a todo gas en la remodelación de aquella vieja casa de madera que a duras penas se sostenía en pie. Había albañiles colocando azulejos, carpinteros atornillando vigas de madera y arreglando ventanas y por último, fontaneros revisando la instalación del agua y colocando un nuevo termo eléctrico. Era evidente que aún quedaba mucho por hacer pero su proyecto iba tomando forma día tras día.

Detrás de la casa se alzaba un bosque impenetrable que le susurraba a cada instante en el lenguaje

de los cuentos de hadas, y mientras los árboles centenarios le llamaba de forma irremediable y misteriosa un instinto salvaje se encendía en su interior cada vez que los miraba desde la distancia. A su derecha había un extenso prado verde en el que podría ver las flores salvajes moteando el paisaje de alegres colores cuando llegara por fin el deseado verano. Todo estaba en su mente claro y nítido como el cristal de un espejo, podía verlo en su cabeza con todo lujo de detalles, como si todas sus fantasías ya fueran una realidad.

Clarissa disfrutaba gratamente comprobando cómo los trabajadores progresaban semana tras semana en la materialización de lo que hasta ahora era una simple visión, pero era su visión, por ello en algunas ocasiones le vencía la impaciencia y deseaba con todas sus fuerzas ver el resultado final cuanto antes, nunca le había gustado esperar y esta ocasión no era una excepción precisamente.

Sin dejar de mirar a los hombres que hacían su trabajo concienzudamente, Clarissa saca un teléfono móvil del bolsillo de su cazadora y lo mira en silencio esperando hallar en él alguna respuesta. Dos rayas de cobertura. El sitio en el que se encontraba en aquel preciso momento era el único lugar desde el que se podía realizar una llamada telefónica en varios metros a la redonda, y dependiendo del día obtenías un mejor o peor resultado. Sin pensárselo dos veces Clarissa busca un nombre en la agenda de su teléfono móvil y pulsa el botón verde de forma impulsiva, después suena un pitido indicando que la llamada se está realizando con éxito y el sonido de su corazón se hace tan fuerte como el golpeteo de un tambor en plena precesión de Semana Santa.

- ¿Dígame?

La voz familiar suena alegre detrás del aparato, y tras pegar un respingo Clarissa corta la llamada bruscamente mientras escucha como su corazón late desbocado en su pecho. Al escuchar aquella voz todo en su cuerpo se ha contraído. La tensión cabalga de fuera hacia dentro y la encoje, la aprisiona en una cárcel de piel y huesos que ha construido ella misma sin apenas darse cuenta.

Con ojos tristes Clarissa apaga el teléfono móvil y lo mete de nuevo en el bolsillo de su cazadora. No quiere que le devuelvan la llamada. Aún no está preparada para mantener aquella conversación así que con cierto malestar aleteando a su alrededor se resigna a seguir a la espera

de que algún día, llegado el momento, logre realizarla, solo le quedaba rezar para que ese día no fuera demasiado tarde.

La certeza de ser una persona horrible y cobarde la inmoviliza. Con una oleada de impotencia congelando todo su cuerpo puede percibir como sus pies se van clavando gradualmente en la tierra fangosa que hay bajo ella, el peso que siente sobre los hombros es tan grande que parece hundirse sin remedio en unas tierras movedizas que la engullen sin piedad. Clarissa no se mueve de dónde se encuentra, no puede. Se ha quedado paralizada y todos sus músculos se han bloqueado al unísono, sólo le queda esperar a que la tierra se la trague sin más y que la oscuridad se cierna sobre ella como una noche prematura.

Pero aquello en realidad no iba a ocurrir nunca porque era tan solo una fantasía fatalista que resumía con creces como era a veces su existencia, así que Clarissa vuelve a la realidad bruscamente cuando uno de los hombres que trabaja en el interior de la casa la llama para consultarle si prefiere que instale el calentador en la cocina o en el cuarto de baño, entonces reacciona y sale del estado paralizante en el que se había sumergido ella sola.

Sintiendo sus piernas pesadas como dos losas de cemento empieza a caminar hacia la casa dejando atrás los fantasmas que hasta hacía unos segundos querían arrastraban inevitablemente a su propio y particular inframundo. Pero una vez resuelta aquella cuestión Clarissa se monta en el coche y vuelve directamente a casa, su humor había cambiado de forma drástica y ya no quería estar allí por más tiempo. Ahora percibe su ánimo enrarecido, se siente irritable y triste a la vez y ya no le apetece seguir admirando su futura pensión. Así que conduce de regreso al pueblo sorteando los múltiples baches y zanjas de aquel camino castigado y cuando llega a casa de Adam se refugia en aquel lugar cómodo y reconfortante que ahora era también su hogar. Un aire melancólico envuelve todo su ser cuando se recuesta en el sofá sumida en mil preocupaciones innecesarias, entonces recuerda que había apagado el teléfono móvil y lo coge distraídamente para encenderlo.

Asombrosamente tiene cinco llamadas perdidas y todas sin excepción eran del bar de Birger, lo cual le resulta muy extraño ya que nunca solía recibir tantas llamadas en un solo día. Gracias a la

curiosidad que siente de forma repentina Clarissa sale de aquel estado melodramático en el que ya se estaba adentrando de nuevo y olvidando el motivo de sus penas se debate por unos instantes entre llamar por teléfono a Birger o ir directamente al bar y averiguar lo que estaba ocurriendo en persona. Finalmente decide que salir de su guarida podría venirle bien para espantar aquellos fantasmas insufribles que la atormentaban cuando menos se lo esperaba, sabía perfectamente lo que le esperaba si no salía pronto de casa, todo iría de mal en peor conforme fuera pasando el día y al llegar la noche se habría sumergido en una burbuja tóxica e insalubre que le habría robado cualquier atisbo de vitalidad. Así que Clarissa se impone y le gana aquella batalla a su parte más oscura, la que ansiaba seguir lamentándose, y poniéndose de nuevo las botas de montaña sale a la calle con mala cara pero con la determinación de quien elige su propio destino.

Conforme va caminando en silencio hacia el bar de Birger su curiosidad va en aumento, nunca antes le había llamado nadie del pueblo exceptuando a Adam, y tenía muchas ganas de resolver aquel misterio.

Cuando entra en el Atolladero la envuelve aquel aroma delicioso que siempre estaba presente en aquel bar, una mezcla exquisita de estofado y café recién hecho. Clarissa se dirige directamente hacia la barra con la intención de hablar con Birger, se siente inquieta y tiene una pregunta deseando salir de su garganta, pero el dueño del bar la ve entrar y se le adelanta dándole la bienvenida.

- ¡Por fin, Clarissa!, llevo toda la mañana llamándote. Vino una chica preguntando por ti esta mañana.

- ¿Preguntando por mí? Qué raro… ¿Y se ha marchado ya?

- No, que va…está sentada en la última mesa tomándose un café, le dije que antes o después darías señales de vida y ha decidido esperar, allí la tienes.

- Gracias Birger, ponme un café a mí también, es justo lo que necesito.

- En seguida.

Clarissa mira en dirección a la ventana del fondo y ve la figura de una mujer delgada que mira el paisaje de espaldas a ella. Lleva el pelo corto y su cuello está al descubierto. Pero el color rubio

con matices dorados de sus ondas hace que Clarissa tenga un presentimiento. Aunque no, eso no es posible. Sin hacer más conjeturas decide ir hacia ella y salir de dudas cuanto antes, y cuando llega a la mesa del fondo la mujer que mira por la ventana se gira y se sumerge directamente en sus sorprendidos ojos.

Clarissa se queda sin aliento. Es ella. Está muy diferente pero sigue siendo la mujer guapa y dulce que descubrió meses atrás justo en la época más oscura de su vida. Ahora estaba más delgada y en lugar de largos tirabuzones llevaba el pelo muy corto, pero sus labios rojos seguían siendo los de entonces y sus ojos cálidos y acogedores eran también los mismos de siempre.

-17-

Edurne se siente realmente extraña sentada en aquel bar que se encuentra a tantos kilómetros de su casa. Nunca antes había viajado tan lejos, y menos aún ella sola, pero allí estaba ahora, tomándose un café caliente mientras observaba por la ventana aquel paisaje tan diferente al que estaban acostumbrados sus ojos.

Edurne siempre había sido una mujer racional y responsable a lo largo de toda su vida, o al menos lo había sido hasta que el día que conoció a Evans. Con él todo su mundo se volvió patas arriba y como por arte de magia su mente dejó de funcionar correctamente, tenía que reconocer que no había usado demasiado la cabeza en aquella época tumultuosa, hasta que un día no le quedó más remedio que hacerlo por su propia supervivencia.

Y ahora su vida volvía a dar un giro tan sorprendente como inesperado. En su fuero interno sentía

que estaba actuando como una persona extremista e impulsiva y ante tal comportamiento no se reconocía a sí misma, pero probablemente fuera debido a su falta de costumbre, siempre se había comportado como se suponía que debía hacerlo y ahora le resultaba insólito hacerlo de un modo tan diferente. Un ejemplo de ese cambio de actitud era aquel corte de pelo que llevaba ahora… jamás lo había llevado tan corto y se le hacía inusualmente extraño no encontrarse a la altura de los hombros con sus habituales tirabuzones rubios, esos que solía tocar con sus dedos cuando pensaba en algo o se ponía nerviosa. Pero quería olvidarse de todo lo ocurrido, necesitaba dejar atrás aquella parte de su vida de la que no se sentía nada orgullosa, deseaba ver un reflejo nuevo en el espejo cuando se mirase en él cada mañana porque aquella imagen anticuada de sí misma no se correspondía en absoluto a lo que ella sentía que era por dentro.

Y la verdad era que ahora parecía otra persona. La mujer del espejo era una mujer más delgada y huesuda, con el pelo a la altura de las orejas y unos ojos ávidos de esperanza deseosos de encontrar algo en el camino que borrase tanta soledad y tanto desconsuelo. Su propio reflejo le mostraba una mujer que tenía ganas de más cambios en su vida y que estaba dispuesta a realizar cosas que nunca antes había hecho, como dejar un trabajo que le apasionaba o alquilar su bonito ático a un estudiante que acababa de terminar la carrera, o despedirse de su familia, coger una bolsa de viaje y adentrarse en una aventura que le despertara los sentidos después de haberlos tenido adormecidos tanto tiempo. Se merecía intentarlo, y allí estaba ella, lanzándose al vacío de la incertidumbre y un destino incierto sin chaleco salvavidas.

La Edurne de ahora se había actualizado y se había mejorado a sí misma, ahora no sentía aquella necesidad insufrible de dar explicaciones a todo el mundo, o de agradar y contentar constantemente a sus abuelos. La mujer que ahora habitaba en aquel cuerpo aparentemente frágil era tremendamente fuerte y había sobrevivido al dolor más extremo. Y después de haberse consumido como una hoja en pleno otoño, había logrado lo más difícil, había resurgido de sus propias cenizas igual que lo hubiera hecho un magnífico ave fénix, con un mundo inmenso por descubrir ante sus ojos cuando desplegaba sus incipientes alas.

Jamás hubiera pensado que ella podría hacer algo así, algo impulsivo e irracional como

marcharse. A ella siempre le había gustado el calor del hogar y necesitaba un ambiente acogedor y familiar donde poder refugiarse al terminar el día, le gustaba tener su propio nido, un lugar personal donde soltar las máscaras y descansar por fin al terminar la jornada. Necesitaba la rutina para sentir cierto orden en su vida y siempre había sido una mujer de costumbres, le gustaba tener las cosas bajo control, no le gustaban las sorpresas ni los imprevistos. Le apasionaba viajar pero necesitaba volver a casa, y una de las partes del viaje que más disfrutaba era el momento de regresar y encontrar rostros conocidos a su llegada.

Y ahora estaba allí, en un lugar desconocido a muchos kilómetros de casa y completamente sola, sin saber lo que iba a encontrarse al siguiente paso que diera y sin saber lo que iba a hacer con su vida al siguiente minuto. Y lo más extraño de todo era que no le importaba, por alguna extraña razón se sentía misteriosamente tranquila y confiada.

Mientras mantiene en la mano derecha un papel arrugado que tiempo atrás Erika le había enviado con su nueva dirección, Edurne escucha que la puerta del bar se abre y detrás de ella, una voz conocida le llega directamente al corazón. Cuando se da la vuelta sobre sí misma se encuentra de bruces con una expresión de asombro difícil de describir. Su hermana se encuentra frente a ella y la miraba atónita, como quien mira una aparición o un viejo fantasma del pasado. Parecía haber enmudecido por completo y de pie, inmóvil delante de ella, la observa sin apenas pestañear. Por eso Edurne decide levantarse y dar el primer paso.

- Erika…por fin…yo…espero que no te moleste que haya venido sin avisar.

Clarissa la mira estupefacta mientras sus lágrimas fluyen desordenadas por sus mejillas. Sin decir nada avanza hacia ella y la abraza con todo el amor que durante tanto tiempo había tenido retenido sólo para su hermana, esperando el momento de ser libre y poder desplegar sus alas.

El sol se está escondiendo detrás de las montañas mientras ellas caminan por una calzada que bordea un lago helado. El paisaje es majestuoso. Las luces de las farolas ya se han encendido y mientras se sientan en un banco a descansar Edurne contempla la extensión de hielo que se despliega ante sus ojos. Algunos trozos blanco-azulados empiezan a resquebrajarse y parecen islotes en medio de la Antártida. Son los efectos de la ansiada primavera, que ya anuncia

tímidamente su llegada.

Las dos mujeres habían comido en el Atolladero las albóndigas en salsa de Birger que tanto le gustaban a Clarissa. Habían hablado durante toda la comida sin parar y habían estado tan absortas en su reencuentro que Clarissa había olvidado llamar a Adam para decirle que no llegaría a tiempo de comer en casa. Tenían tanto que contarse la una a la otra que había perdido por completo la noción del tiempo.

Clarissa le había pedido perdón a su hermana con sinceras lágrimas en los ojos que manifestaban la culpa que le carcomía desde hacía tanto tiempo. Le había dicho cuánto se arrepentía de haberla dejado sola en el hospital, y le explicó por qué no fue capaz de hacerle frente a la verdad. Y entonces le narró cómo había sido todo desde sus ojos, desde los ojos de la niña que se sintió arrancada de su hogar sin un motivo aparente, sin ninguna explicación lógica que pudiera entender desde su temprana edad. Le contó cómo fueron los años de dolor, soledad y rencor acumulado. Y aunque sus padres adoptivos se lo habían dado todo aquella herida de la infancia era tan grande como el abismo de un pozo sin fondo, y ellos no pudieron curársela por mucho que hicieran todo lo posible para que se sintiera querida, porque simplemente era algo que estaba fuera de su alcance.

También le habló de cómo era su vida en Alemania antes de ir a buscarla, allí se llamaba Clarissa Ericson, su pasión era el violín y daba clases de música en un prestigioso conservatorio. Pero aquello nunca fue suficiente, aquello no llenaba el vacío que día tras día sentía en el centro del pecho, como si tuviera un agujero negro que lo consumía todo a su alrededor. Así que un día decidió ir a buscarla, decidió que había llegado el momento de enfrentarse a su pasado y reencontrarse con la hermana que le habían arrebatado tan injustamente.

Edurne la escuchó sin interrumpirla con los ojos temblorosos y el corazón encogido. Clarissa arrastraba dolor en cada palabra de su relato, en cada gesto de su cara y Edurne sintió una pena infinita por aquella niña que tuvo que vivir separada de su hogar y de su verdadera familia. Cuando todo aquello había sucedido ella era muy pequeña y no recordaba nada, y no podía imaginar cómo habría sido para una niña de unos cinco años perder a sus padres, a su hermana y a

sus abuelos, y que fuera todo al mismo tiempo.

Por eso no podía recriminarle nada, y a decir verdad le estaba muy agradecida. Agradecida por haber sido tan valiente y haber ido a buscarla, y por haberla encontrado a pesar de las dificultades, por haberla ayudado en los peores momentos de su vida y por haberle salvado la vida. Agradecida por recibirla ahora con los brazos abiertos y haberle contado por fin toda la verdad.

Edurne por su parte le contó cómo fue despertarse del coma y no recordar nada. Fue confuso, inquietante…pero aún fue mucho peor empezar a rememorar lo ocurrido. Las imágenes le venían cuando menos se lo esperaba y llenaban todo su cuerpo y su mente de recuerdos horribles de aquella noche en la cabaña. Evans golpeándole en la cabeza, su cuerpo impactando brutalmente contra la pared, Damien tirado en el suelo bajo un charco de sangre, ella disparando un rifle… cada recuerdo era como una bofetada cargada de violencia y reproches. Por haber sido tan estúpida, por no haber usado la cabeza, por haber sido tan inocente y a la vez tan temeraria.

Con hilo de voz Edurne le explica cómo había encontrado la nota que le había dejado antes de irse y la carta que le había enviado desde su nuevo destino. Y cómo todo se derrumbó para ella al conocer la verdad, su vida, sus creencias, sus abuelos...todo se deshizo como un castillo de arena cuando lo alcanza una ola demasiado rebelde en la orilla del mar. Sólo quedaron en pie los restos de una vida que ahora tenía que reconstruir con paciencia y compasión.

Le confesó que estuvo perdida por un tiempo, y hundida, y también enfadada con tanta mentira y tanta falsedad. Pero después no le quedó más remedio que salir de su agujero a tomar aire fresco y seguir respirando. Tuvo que seguir caminando, tuvo que seguir viviendo. Pero habían pasado tantas cosas que su vida ya no podía ser la misma, porque ella tampoco lo era. Y ante tanta confusión y tanta angustia el rostro de su hermana le había dado la fuerza necesaria para ponerse de nuevo en pie. Y con más fuerza de voluntad de lo que ella creía que una persona podía sentir bajo la piel, lo hizo. Se puso en pie y empezó a tomar decisiones una tras otra.

La primera decisión que tomó fue dejar el trabajo y la segunda fue poner su precioso ático en alquiler. Aquel había sido el piso en el que se había instalado al inicio de aquella nueva etapa en

la que se estrenaba como mujer trabajadora, y tras unos meses viviendo allí le propuso al dueño comprarle el inmueble ya que si cerraba los ojos se veía allí toda la vida, por entonces todo su mundo giraba en torno a dos cosas, su trabajo y Evans, Evans y su trabajo, y en aquellos días felices no imaginaba que su vida pudiera dar un vuelco tan brusco e inesperado. Encontrar inquilino no le resultó nada difícil ya que al hospital llegaban continuamente internos y estudiantes en prácticas que buscaban alojamiento por la zona, así que tras varias entrevistas se decantó por un chico de treinta años que parecía ser serio y responsable, o al menos eso parecía a simple vista.

Una vez que puso sus cosas en orden Edurne decidió hacer un transitorio y necesario paréntesis en su vida. Se había pasado largos años estudiando, después haciendo prácticas, trabajando…había hecho todo lo que se esperaba de ella, todo lo que se debía hacer, y ahora caía en la cuenta de que nunca había vivido una aventura, nunca había ido más allá del pueblo en el que se había criado y la ciudad en la que se había formado y ahora trabajaba. Quizá este era su momento, por las noches se decía a sí misma que su turno había llegado en un intento por convencerse de que aquella era una buena decisión. Y ante la mirada atónita y temerosa de sus abuelos que no se atrevían a contradecirle quizá por su sentimiento de culpa, Edurne puso su coche a punto, hizo una maleta con lo imprescindible y comenzó su viaje rumbo a Älg, un pequeño pueblo de montaña ubicado en la desconocida Suecia.

Encontrarla fue más fácil de lo que ella había imaginado en un primer momento. Uno de sus miedos al iniciar aquel viaje había sido que después de ir hasta allí no pudiera encontrarla, que su hermana se hubiera ido y nadie supiera a dónde. Pero el pueblo resultó ser pequeño y su gente amable y hospitalaria, y allí todos parecían conocerse. Fue tan sencillo como entrar a desayunar casualmente en aquel bar y preguntarle al camarero por Érika. Por aquel nombre no la había reconocido, pero cuando la describió físicamente el camarero pareció reaccionar y le dijo que le diera un momento para realizar una llamada. Horas después Clarissa había entrado por la puerta y una nueva ventana se abría en su vida de par en par mostrando un cielo azul totalmente despejado.

-18-

El día había amanecido con una niebla espesa que resbalaba por las montañas y cubría los tejados de las casas y los edificios más altos con su color blanquecino. Adam Berg se encontraba sentado en su despacho mirando su teléfono móvil con la cara arrugada en un gesto indescifrable. Si tuviera algún desafortunado inocente enfrente que pudiera escuchar todas sus quejas y lamentos lanzaría sin pensárselo mil dardos envenenados por su boca, pero la realidad era que estaba

totalmente solo en un despacho que se le antojaba pequeño y claustrofóbico, de no ser por las vistas que le mostraba la ventana cada día no hubiera durado en aquel cuartucho mucho tiempo.

Hacía tan solo unos segundos que había llamado por teléfono a Annika, en realidad lo había hecho tres veces en la última semana pero ella nunca le había cogido el maldito teléfono. Adam empezaba a pensar que si quería hablar con ella no le quedaría más remedio que ir a buscarla a Uppsala él mismo. Después de apagar el aparato y guardarlo en el bolsillo de su camisa con un humor de perros, Adam posa su mirada más allá de la plaza del Ayuntamiento y más allá de cualquier cosa que pudiera verse desde el cristal de la ventana. El gesto de su rostro es impenetrable mientras mira a través del cristal sin apenas ver, y sin darse cuenta se sumerge en su mundo mental en un intento por descifrar los enigmas de aquel caso que como Annika, también estaba agotando su paciencia.

Tras los últimos acontecimientos había llegado a la conclusión de que tanto Carl como Caroline sólo eran culpables de ser infieles a sus respectivas parejas. Pero no eran los asesinos de Adrian ni de Agnes lo que significaba que desgraciadamente seguían igual que al principio, habían dado mil vueltas sobre ellos como un águila que divisa con claridad a su presa desde las alturas cuando en realidad estaban mirando en la dirección errónea, pero entonces, ¿Cuál era la dirección correcta?

Aquel era un pueblo pequeño y los rumores pronto comenzaron a correr como la pólvora. Según le había informado el propio Emil, Caroline había dejado a su marido después del interrogatorio, por lo visto no pudo aguantar la presión por más tiempo y decidió ser sincera con él, y por lo que le había contado, Alf se había ido del piso que compartían a un pequeño apartamento en el centro de Uppsala. Por el contrario, Carl y Ebba seguían juntos capeando el temporal que amenazaba sus vidas, y por lo que parecía el matrimonio parecía estar saliendo victorioso de aquella batalla, las malas lenguas decían que Ebba siempre había sospechado que su marido le era infiel, lo que nunca hubiera imaginado era la identidad de su amante.

Aquella información había sido pura dinamita estallando descontrolada delante de sus narices y todos en la familia se habían visto salpicados de una u otra forma, aquel desenlace había sido sin

duda la guinda del pastel en aquella trama familiar repleta de engaños y mentiras desde hacía varias generaciones. Los hermanos Hult ahora no se hablaban, la familia estaba más dividida que nunca y por fortuna, Agnes ya no estaba viva para verlo.

Al inspector Adam Berg aquella historia le parecía pura ficción, eran realmente increíbles la trama y los entresijos de aquella historia. Ya era suficiente con el romance secreto de una mujer y su cuñado que terminó con un hijo de ambos que nunca conoció la verdad, pero para colmo, en la siguiente generación se repetía la misma historia y de nuevo surgía el romance entre un hombre y su cuñada llegando a haber en este caso otro embarazo no deseado de por medio, solo que esta vez el secreto había salido a la luz debido a la investigación policial que les había salpicado sin remedio. Si no hubiera sido así, Adam estaba seguro de que todo hubiera permanecido oculto hasta quien sabía cuánto tiempo…quizá para siempre. Parecía que aquella familia tenía algo que aprender sobre el amor y las relaciones matrimoniales…aunque quien era él para dar lecciones a nadie, él, que iba a tener un hijo y su ex mujer no quería hacerle partícipe de nada, como si lo hubiera engendrado ella sola.

Con cara de aburrimiento Adam deja aquellas cavilaciones para otro momento y regresa de nuevo al mundo de los vivos y a su despacho, donde aún tiene que resolver dos asesinatos. Sobre su mesa hay una carpeta, es el expediente del caso y con la esperanza de encontrar cualquier detalle que en otras ocasiones hubiera podido pasar por alto comienza a ojear los folios repasando todos los datos que figuran en los informes. No sabía por qué pero presentía que algo importante se le estaba escapando, algo que a simple vista podría parecer una tontería pero lo suficientemente trascendente para dar un giro inesperado a la investigación, solo tenía que encontrarlo…pero en aquel momento Adam estaba ofuscado y no era capaz de concentrarse.

De pronto la imagen de Clarissa le nubla todos los sentidos y le hace esbozar una tímida sonrisa. Clarissa, al menos estaba ella, y en realidad era lo único que iba bien en su vida últimamente. Aquella enigmática mujer se había convertido en un bálsamo de paz que conseguía hacerle olvidar sus preocupaciones al llegar a casa con su sola presencia. Cuando estaban juntos no pensaba en Annika ni en su negativa de hablar con él, y tampoco pensaba en la investigación en la

que se sentía atrapado como un pájaro en una jaula demasiado pequeña. Con ella se relajaba, bajaba la guardia, no se protegía, ¿Quién se protegería ante tanta inocencia? Ella le inspiraba ternura, amor, autenticidad, y sentía que podía ser él mismo siempre que estaba en su compañía.

Ahora la veía tan feliz que casi no la reconocía, parecía otra persona. Tener allí a su hermana había cambiado la expresión de su cara, había transformado sus ojeras y la oscuridad de su mirada por un brillo especial que no se podía definir…ahora se sentía parte de algo, era como si se sintiera por fin en familia, y eso le había dado una paz imposible de conseguir de ninguna otra forma.

Edurne se había instalado en el salón de su casa igual que había hecho Clarissa tiempo atrás. Su salón parecía últimamente un camping o el dormitorio de un albergue juvenil, pero él estaba feliz de tenerlas a las dos en casa. Además, era transitorio. Cuando la pensión estuviera terminada Edurne podría trasladarse a vivir allí y Clarissa…Clarissa esperaba que se quedara con él por mucho tiempo.

Era extraño ver a las dos hermanas juntas. Adam era un observador nato, y desde el primer día había reparado en lo diferentes que eran las dos mujeres. Edurne era responsable, racional, con aquel aspecto delicado y frágil, con aquellos rizos rubios y aquel estilo elegante y femenino lleno de colores pastel y olores a perfume caro. Combinaba los estampados de su vestuario, usaba pendientes y complementos y siempre iba perfecta para cualquier ocasión, en cambio Clarissa… era el polo opuesto. Clarissa desprendía la fuerza sobrenatural que sólo conocen los supervivientes, era una ferocidad innata, como si fuera el miembro de una manada de lobos al que habían separado de la camada y se hubiera pasado la vida buscando el camino de regreso a la guarida. En aquella andadura se había sentido sola y había aprendido a protegerse de los enemigos, pero a pesar de todo tenía un aura inocente que ella era incapaz de ver pero que transmitía de forma irremediable, y era intuitiva en extremo. Vestía de negro y otros colores oscuros, con ropa cómoda y pocos complementos. Buscaba la simplicidad, no quería llamar la atención y no necesitaba ningún accesorio porque ella se hacía notar por sí misma, aunque jamás se hubiera dado cuenta de ello, era de aquellas personas que tenían carisma y no hacían nada para

conseguirlo.

Clarissa era el sol que entraba por su ventana cada día, y estaba encantado de que su hermana estuviera allí y de que su proyecto estuviera avanzando a pasos agigantados. El refugio de Adrian Hult pronto sería una pensión familiar y acogedora que ofrecería descanso y comida casera a los huéspedes y a los viajeros que hicieran un alto en el camino. Y mientras piensa en Clarissa y Edurne Adam de pronto reflexiona sobre su propia familia, hacía tiempo que no veía a su hermano y tenía muchas cosas que contarle, quizá el supiera darle otro punto de vista para poder comunicarse con Annika.

-19-

Clarissa se había despertado temprano aquella mañana de sábado. Nada más escuchar el timbre de su despertador una sonrisa triunfal se había dibujado espontáneamente iluminando toda su cara, porque aquel día tenía una motivación especial que le ilusionaba, le llenaba de alegría y le incitaba a levantarse sin desear más tiempo de sueño en la cama.

Había quedado con Edurne en verse en el refugio a primera hora de la mañana. Todo estaba listo para comenzar la nueva vida que les estaba esperando a la vuelta de la esquina, eran como dos aves a punto de comenzar un largo vuelo a tierras lejanas. Así se sentía ella, como un pájaro migratorio que sin embargo ya estaba en casa, ya no tenía por qué seguir volando para encontrar un lugar mejor donde anidar porque hacía tiempo que había encontrado su sitio.

Cuando se había levantado de la cama aquella mañana la casa ya estaba vacía, Adam había salido con la bicicleta como solía hacer cada fin de semana y le había prometido que cuando volviera las invitaría a las dos a comer en el bar de Birger, después les ayudaría con el traslado. Clarissa apenas tenía nada que trasladar, pero sabía de las buenas intenciones de Adam y no quiso rechazar su oferta.

La noche anterior le había hecho una propuesta que había sido realmente tentadora. Le había pedido que no se instalara en la pensión, le había sugerido que se quedara allí con él, ya llevaba viviendo allí algún tiempo y ahora que les iba tan bien juntos… ¿Para qué iba a irse? Clarissa había mirado a Adam a los ojos y había visto un rayo de esperanza iluminando sus pupilas, por eso se le partió el corazón al rechazar su oferta.

Le había dicho que ahora iba a emprender una nueva vida, su negocio iba a empezar a andar y era mejor que estuviera allí, al pie del cañón día y noche, pero no tenía que preocuparse porque seguirían viéndose igual que siempre y quizá más adelante, cuándo se hubiera adaptado a tantos cambios, podrían hablar de vivir juntos.

Eso era lo que le había dicho a Adam pero la realidad era que le daba miedo que todo se precipitara a tanta velocidad que le hiciera perder el control de sus propios movimientos. El tiempo que había estado instalada en su casa siempre había sabido que era provisional y que terminaría trasladándose tarde o temprano, pero entonces sucedió lo del beso y sin esperárselo empezó entre ambos aquella historia que le había cogido totalmente desprevenida. Estaba muy bien con Adam, pero quería ir poco a poco, necesitaba más tiempo para recuperarse, para ser ella misma de nuevo, y ahora que estaba allí su hermana quería disfrutar de ella a cada momento. Pudo ver la decepción en los ojos de Adam mientras justificaba aquella negativa pero finalmente él terminó aceptándolo y todo siguió igual entre ellos.

Clarissa se había preparado para desayunar lo mismo que solía tomar todas las mañanas, un café con leche y algunas galletas de avena, después se puso unos pantalones negros y una camisa de cuadros verdes y grises, enrolló un pañuelo oscuro alrededor de su cuello y se calzó unas botas de montaña. Después cogió su bolso de cuero gastado y sacó de él las llaves del Hyundai Tucson gris metalizado que le esperaba dormitando en la calle junto a la puerta de la casa.

Cuando sale al exterior le saluda un día espléndido cargado de claridad y cientos de posibilidades, por eso su sonrisa se hace aún más profunda. Con los ojos chispeantes de ilusión echa un último vistazo a la casa de Adam y un sentimiento de añoranza le asalta súbitamente, iba a echarle de menos, se había acostumbrado a tener su presencia cálida y reconfortante todos los días y ahora sería diferente, pero estaba segura de que era lo mejor para ambos.

Clarissa toma una respiración profunda y pulsa el botón del llavero que abre de forma automática la puerta del coche, pero mientras camina inocente y despreocupada hacia él sus movimientos se ven bruscamente interrumpidos. Un grito quiere ser lanzado al aire desde las profundidades de su garganta pero nunca llega a ver la luz porque una mano grande y fuerte tapa su boca con firmeza y

anula al instante cualquier intento de pedir ayuda. A continuación otra mano le sujeta ambos brazos por detrás de la espalda y la inmoviliza con ímpetu.

En un primer momento no entiende lo que le está ocurriendo, sus ojos miran hacia los lados intentando descubrir que está pasando a su alrededor pero no le da tiempo de elaborar ninguna idea en su cabeza, la descarga eléctrica llega imprevisible como un relámpago furioso y le hace estremecerse de principio a fin. Cuando su cuerpo se tambalea en una sacudida que le hace perder tierra firme ya no es consciente del todo, después unos brazos anónimos la elevan del suelo y en volandas la meten en un agujero oscuro y un sonido metálico y seco la aísla del mundo sumiéndola en una aterradora negrura que lo envuelve todo, incluso el aire que respira.

Edurne se había levantado aquella mañana antes de que su despertador rompiera el silencio sepulcral del bosque. Cuando abrió los ojos al mundo cientos de rayos de luz entraban por las ventanas de madera y llenaban de calidez la estancia en la que se encontraba. Su nueva casa, su nueva vida, sentía que la felicidad estallaba en cada poro de su ser.

Sin salir aún de la cama Edurne se despereza saboreando aquel momento triunfal. Por fin había

pasado todo, por fin las cosas empezaban a tener algo de sentido, por fin sentía que estaba en el lugar adecuado, un sitio en el que ella encajaba y tenía un papel importante. Hacía unas semanas que se había trasladado allí, pensó que era bueno dejarle a Adam y Clarissa cierta intimidad, y le apetecía volver a vivir sola. Le había venido bien el silencio sepulcral que reinaba en el bosque a cada instante, y a la vez se sentía acompañada por cientos de sonidos que se escondían entre los matorrales anegando aquel lugar de vida y alegría. Y ahora Clasissa se iba a mudar con ella, otra vez iban a ser ellas dos, y estaba deseándolo.

Con cierta pereza sale de la cama y se estira elevando los brazos hacia el cielo mientras abre la boca en un sonoro bostezo que relaja todo su cuerpo y sin quitarse el pijama baja a la planta de abajo, donde se prepara un café con leche en la nueva cocina que aún está medio vacía. Después entra en la sala contigua y se sienta junto a la mesa que hay cerca de la chimenea. Ahora está apagada pero en su imaginación puede verla llena de troncos de leña transmitiendo su calor a los futuros huéspedes. Sonríe mientras vuelve al momento presente y se bebe de un trago los restos de café que quedan en la taza mientras escucha de fondo el ruido de un coche que se acerca por él camino.

Para ella es un sonido tan familiar que podría reconocerlo en cualquier sitio del planeta. Es el motor de un Hyundai Tucson gris metalizado que le trae a la memoria muchos recuerdos agradables y desagradables de su vida pasada. Una punzada de miedo le asalta de pronto, como si aún fuera la chica asustadiza que había salido del coma y miraba hacia atrás a cada paso que daba temiendo encontrárselo de nuevo. Porque en ocasiones se le olvidaba que aquel coche ahora era de Clarissa y no de Evans, y afortunadamente Evans había desaparecido de su vida para siempre.

Ahora por fin se encontraba a salvo y se sentía muy lejos de su antigua vida, aquella en la que Evans había ocupado tanto espacio. Ahora estaba con su hermana, y también estaba Adams, Emil, Alfred...allí había logrado algo impensable, sentirse segura, dormir toda la noche de una vez, reírse a carcajadas. Y aún así, había veces que el subconsciente le jugaba una mala pasada y le hacía sentir aquella inquietud incómoda y desagradable, justo como la que acababa de sentir hacía unos momentos al escuchar el ronroneo del coche acercándose de forma inocente hacia el refugio.

Su mente racional le recuerda pacientemente que ahora ese coche es de Clarissa y poco a poco logra tranquilizarse. Su hermana había llegado temprano, justo como le había prometido, y de pronto se siente afortunada de estar viviendo todo aquello con ella. Con una sonrisa en los labios se levanta de la silla para llevar la taza vacía a la cocina, está enjuagándola en el fregadero cuándo escucha cómo se abre la puerta del salón dónde minutos antes ella estaba sentada disfrutando de su desayuno.

Cuando regresa al salón aún con aquella sonrisa inocente iluminando su dulce rostro Edurne espera encontrarse a Clarissa en el recibidor de la casa. Y cuándo sus ojos se topan con aquellos otros tan distintos aquella sonrisa se convierte en una mueca de hielo indescifrable. Todo su cuerpo se paraliza, pero su mente se ha disparado y a la velocidad de la luz ya elabora diversas hipótesis de lo que puede ocurrir a continuación.

- Veo que no te alegras de verme.- Dice Evans con una mueca fría en el rostro.- Yo en cambio lo estaba deseando.

Edurne siente el sabor de la sangre en el interior de su boca. Se ha mordido la lengua a causa de la bofetada que le ha dado Evans cuando intentaba resistirse a su abrazo. Pero la resistencia había sido en vano porque él era mucho más fuerte y ambos lo sabían de sobra, ya habían medido sus fuerzas infinidad de veces en el pasado.

Ahora está sentada en una silla atada con una cuerda que le impide hacer ningún movimiento. Su boca está tapada con cinta aislante y sus lágrimas viajan por sus mejillas en un lamento silencioso. Su única esperanza era que Clarissa llegara pronto y avisara a la policía, de lo contrario sabía que esta vez no saldría de allí con vida.

Evans está sentado en otra silla enfrente de ella y la está mirando fijamente. Se muestra tranquilo y seguro y eso le da aún más miedo porque esta vez no actúa por impulsos, esta vez parece haberlo planeado todo meticulosamente.

- Ahora voy a quitarte la cinta aislante y estarás muy calladita, ¿Entendido?

Edurne no reacciona a la pregunta.

- ¿Entendido?- Grita Evans aumentando considerablemente el volumen de su voz.

Edurne asiente con la cabeza sin parar de llorar y Evans se acerca hasta ella y de un tirón le arranca la cinta de la boca. Después coge un pañuelo del bolsillo de sus pantalones y cuidadosamente limpia la sangre que mancha la comisura de sus labios.

- Así está mejor.

Evans vuelve a sentarse en la silla y posa su mirada en los ojos aguados de Edurne.

- Así que Erika, o Clarissa, es tu hermana.

- Deja a Clarissa al margen Evans, ¿Qué es lo que quieres de mí?

- Demasiado tarde Edurne, ella se metió donde no la llamaban y desde entonces forma parte de esta historia. ¿De verdad creías que iba a olvidarlo todo? ¿Creías que iba a dejarte escapar así? ¿A las dos?

- No, pero esperaba que no nos encontraras.

Evans se ríe abiertamente con una carcajada risueña y despreocupada.

- Edurne, quien te ha visto y quién te ve…creía que me conocías mejor…

<< Todo esto es culpa de tu hermanita, ella lo estropeó todo y te juro que si tú no me hubieras amenazado con el rifle hubiera acabado con ella. Por Dios, ¿Y si llegas a herirme o a matarme accidentalmente? ¿Lo hubieras soportado? Tú, que eres tan débil…>>

Ahora su cara muestra repulsión hacia ella.

- Pero no sólo me disparaste, por tu culpa Damien vino a buscarte, en realidad no lo estropeó tu hermana, lo estropeaste tú.

- Evans, que quieres…

- ¡Qué te calles y me escuches!- Dice Evans levantándose de golpe y acercándose bruscamente a Edurne.

- Yo quería que empezáramos de nuevo, que sólo estuviéramos tú y yo…en mi cabaña. – Evans se acerca a ella con suavidad y le da un tierno beso en los labios.

<< No sabes cuánto te he echado de menos Edurne, casi me vuelvo loco todo este tiempo sin ti. Pero tenía que solucionarlo todo para que volviéramos a estar juntos >>

- Evans, Clarissa debe de estar a punto de llegar, por favor, no le hagas daño…- Las palabras de Edurne son una súplica en toda regla lanzadas al aire inútilmente.

Al escucharla, Evans se ríe abiertamente.

- Clarissa…no esperarás que te salve de nuevo, ¿No? Porque no va a hacerlo. Voy a traerte a tu querida Clarissa.- Y de forma inesperada Evans se levanta y sale al exterior de la casa ante el asombro de una Edurne aterrorizada.

Clarissa abre los ojos y lo que ve a su alrededor es una negrura infinita que lo devora todo sin compasión. No sabe si es de noche o de día, no sabe dónde se encuentra, sólo sabe que su cuerpo está entumecido y que la cabeza le da vueltas como si acabara de bajarse de un tiovivo. Se siente aturdida, por eso, cuando escucha aquel chasquido metálico y una luz cegadora inunda sus ojos, apenas reacciona a dichos estímulos.

Después, como si lo viviera todo a cámara lenta, una sombra masculina se dibuja delante de ella con una silueta diluida que poco a poco va tomando forma. El hombre la mira con una expresión de suficiencia en el rostro y con total determinación la saca del maletero del coche y la obliga a caminar hacia una casa de madera que de alguna forma le parece familiar aunque no puede reconocer con certeza.

Y entonces empieza a despertarse de un extraño letargo. Y ante su propia sorpresa se da cuenta de que lleva las manos atadas a la espalda y de que sus pies están fuertemente amarrados a la altura

de los tobillos, por eso sus pasos son cortos e inestables y le resulta muy complicado caminar sin tropezar.

Es solo mientras se acerca a la casa cuando se da cuenta de que se encuentra en el refugio, en su pensión. Aún algo confusa por lo que está sucediendo a su alrededor se gira lentamente hacia el hombre que la obliga a caminar a su lado arrastrándola del brazo y entonces reconoce a Evans. Y de pronto todo cobra sentido y entiende lo que está sucediendo, y lo que es peor, advierte que en el interior de la casa debe de estar Edurne, y al hacerlo un miedo irracional inunda todo su ser al igual que una luna llena inundaría la noche con su halo plateado.

-20-

El hombre miraba a través de la ventana como si esperara que de un momento a otro alguien apareciera por aquel escabroso camino para detenerlo. Pero siendo realista era poco probable que aquello ocurriera, lo había planeado todo meticulosamente y esta vez no pensaba cometer ningún error.

Las dos mujeres permanecían sentadas y estaban debidamente inmovilizadas, le agradaba ver cómo ambas le miraban temerosas y a la vez expectantes. La rubia se veía claramente más afectada y como si no quisiera llamar a atención lloraba en silencio, y la morena aún estaba aturdida por el golpe que había tenido que propinarle en la cabeza, la muy zorra no dejaba de resistirse una vez que había comprendido cuál iba a ser su destino.

Pero ahora dominaba la situación sin ningún problema y también las domina a ellas. Una oleada de placer le recorría desde los pies hasta el último pelo de la cabeza, y podía sentir la excitación merodeando a sus anchas por su abultada entrepierna.

Estaba deseando estar a solas de una vez por todas con la mujer rubia, con su rubia, pero sabía que aún tenía que esperar un poco, antes tenía que deshacerse de una vez por todas de la morena, una entrometida que no había dejado de darle problemas desde que había aparecido de la nada hacía unos meses. Pero esta vez tenía que hacer las cosas bien, nada de improvisar y dejar cabos

sueltos, podía decir sin dudarlo que había aprendido de los errores cometidos en el pasado, y para tener su ansiada recompensa, para tener su codiciado momento con ella, antes tenía que conseguir que por fin, solo quedasen ellos dos.

Aquel tiempo sin ella la había echado de menos de forma enfermiza y si podía esperar unos minutos más era porque aquel último sacrificio iba a proporcionarle una inestimable recompensa.

En un principio, cuando huyó de la cabaña aquel fatídico amanecer, no supo si ella habría sobrevivido o habría muerto sobre la nieve. Las primeras horas de incertidumbre fueron terribles, no sabía qué hacer, ni dónde acudir, estaba enfurecido, rabioso, dolido y humillado por no haber podido llevar su plan a buen término, justo como él se lo había propuesto, pero sabía que una retirada a tiempo era una victoria y la cosa estaba poniéndose muy fea en la cabaña. Así que no le quedó más remedio que huir en aquel maldito coche rojo que no era el suyo, pero que al menos le permitió desaparecer de la escena del crimen antes de que fuera demasiado tarde.

Sin saber muy bien qué hacer y totalmente perdido terminó aparcando frente al ático de Edurne. Si, había sido una imprudencia estúpida e innecesaria, pero en aquel momento no pensaba con claridad, todo él era un manojo de ira, de ansiedad y de rabia comprimida a punto de estallar. Sabía que tenía que irse lejos de su querido pueblo pero no quería hacerlo sin ella, quizá por eso aparcó frente a su casa, por si volvía, por si aparecía, por si….o simplemente para despedirse de ella silenciosamente porque cuando se fuera, lo más probable era que no volviera a verla en mucho tiempo.

Y por cosas del destino la que había aparecido por allí había sido la mujer morena, aquella zorra inoportuna que se había entrometido de repente y lo había arruinado todo con su visita inesperada. Sólo de verla entrar en el portal de Edurne le dieron ganas de pegarle a alguien, pero no lo hizo, en lugar de ello controló sus impulsos a duras penas y esperó a que ella bajara de nuevo, y cuando lo hizo comprobó con sorpresa que llevaba una maleta de viaje colgada del hombro, aquella idiota pensaba irse a alguna parte y él pensaba averiguarlo. Fueron apenas unas décimas de segundo en las que tuvo que tomar la decisión más difícil de toda su vida. Esperar a su rubia y llevársela consigo, o seguir a la morena y darle su merecido

Aunque fuera un hombre impulsivo, Evans no era ningún estúpido y sabía que después de lo que había ocurrido en su preciada cabaña iban a saltar todas las alarmas, la policía no tardaría en acudir a la propiedad y él por ser su dueño estaría en el punto de mira y sería el primer sospechoso, sabía que si se quedaba por allí tarde o temprano terminarían por detenerle, y no pensaba terminar sus días en una celda podrida de alguna maldita cárcel, por eso decidió seguir el plan b; seguir a la mujer morena y averiguar quién era y qué coño había hecho con su chica.

Pero gracias a Dios fue fácil averiguarlo, porque todos los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia en un abrir y cerrar de ojos y entonces comprendió que había tomado la decisión acertada. Gracias a la radio pudo enterarse de que Edurne estaba en coma en el hospital donde casualmente siempre había trabajado, y de que su cabaña había ardido como la pólvora desapareciendo para siempre del mapa. Malditas mujeres, maldita morena de los cojones, le había arrebatado lo que más quería en el mundo, la cabaña y su chica, y le había obligado a huir de su querido pueblo natal. Y ahora después de tanto tiempo por fin la tenía en sus manos, había llegado el momento y su ansiada venganza iba a materializarse.

El hombre sale de su ensimismamiento y mira hacia las mujeres con repentino interés. Después se pone en movimiento y con paso firme y ligero se acerca en primer lugar hacia Clarissa y cuando llega frente a ella se agacha para ponerse a su altura y mirarla directamente a los ojos.

- Vaya vaya, Erika, ¿O debería llamarte Clarissa? Eres una caja de sorpresas. Tengo que reconocer que cuando me enteré de tu historia me quedé impresionado. Debes de tener sangre fría, quizá tú y yo nos parecemos más de lo que piensas….mira que abandonar a tu hermana a su suerte en el hospital y huir… ¿Quién hace eso?

Clarissa fija unos ojos rabiosos y desafiantes en el hombre que intenta herirla lanzándole aquellas palabras como si fueran dardos envenenados directos a su alma. Y sin más dilaciones le escupe en la cara observando con satisfacción cómo él se limpia sin inmutarse con la manga de su jersey.

Evans le devuelve aquella impertinencia con una bofetada que la sacude como un latigazo eléctrico.

- ¡No! Evans, ¡Maldita sea! Déjala en paz, es a mí a quien quieres, desátala, o mejor aún, déjala

ahí y desátame a mí, vámonos juntos, tu coche está en la puerta, vámonos de aquí los dos, en el fondo eso es lo único que quieres.

El grito de Edurne es desesperado y deja un sabor amargo en su boca, como si estuviera masticando un puñado de almendras verdes.

- Es lo que vamos a hacer Edurne, tú y yo vamos a irnos de aquí juntos, no lo dudes ni un segundo. Pero antes voy a darle su merecido a esta insolente que tienes por hermana. Créeme, estabas mejor sin ella. Estábamos mejor antes de que ella entrara en nuestras vidas.

Clarissa escupe al suelo la sangre que mana de su boca y después alza la mirada al hombre que le ha golpeado sin miramientos.

- Dime Evans, ¿Cómo lo has hecho? Has estado aquí todo este tiempo, ¿Verdad?- Pregunta Clarissa para ganar algo más de tiempo.

- Eres lista, en el fondo eres lista, demasiado lista diría yo, si no fueras tan entrometida quizá hubieras terminado con vida. Te seguí, te seguí cuando abandonaste el ático de Edurne y vine hasta aquí detrás de ti sin que sospecharas nada, que ilusa eres.

<< Te estuve vigilando día y noche y vi como te instalabas en la casa de la vieja. La primera noche tuve que dormir en el coche, pasé un frío terrible, y al día siguiente volví a observarte pero quizá me expuse demasiado y aquel viejo estúpido me descubrió. Lo vi en su mirada, iba a delatarme. Me marché del pueblo unos días para que no sospechara nada pero por lo visto el muy cretino se quedó con la mosca detrás de la oreja y cuando volví a merodear por la casa volvió a verme y sus ojos le delataron, pensaba ir a la policía. Así que para evitarlo decidí cambiar de objetivo por unos días y empecé a seguirle a él para asegurarme de que no lo hiciera. >>

<< A la mañana siguiente se levantó temprano y cogió un viejo coche que había aparcado en la puerta de su casa. Le perseguí pensando que quizá fuera a la comisaría, pero me sorprendió cogiendo una carretera que se alejaba del pueblo en dirección al bosque, sí, lo estás adivinando, el viejo vino al refugio. Le sorprendí en la parte de atrás junto al establo y cuando me vio supo que era su fin, pude verlo en sus ojos claros y arrugados, estaba contemplando impasible su propia muerte. Pero aquel hombretón endeble y entrado en años tenía agallas, tengo que

reconocerlo, intentó golpearme inútilmente con una llave inglesa, como podrás imaginar fue fácil detener el golpe. Lo inmovilicé en apenas dos segundos y entonces vi el paralizador sobre una mesa llena de herramientas, en el ejército a veces los usábamos para los"interrogatorios", este aparato era para el ganado pero a fin de cuentas su utilidad era la misma, me serviría. Le di al viejo una única descarga que le propició una muerte rápida y poco dolorosa, aunque la verdad es que desde entonces todo empezó a ir de mal en peor, todo se complicó sin remedio. >>

<< Lo primero que se me ocurrió fue quitarle la ropa para hacer desaparecer mis huellas y para tocar el cuerpo utilicé unos guantes que encontré por allí y de los cuales luego me deshice. Metí el cuerpo desnudo del viejo en el maletero de su propio coche y volví al pueblo de madrugada. Ya había visto en varias ocasiones el lago helado y pensé que meterlo bajo el hielo sería una buena forma de hacerlo desaparecer, unas buenas piedras amarradas a los pies y a las manos y el cuerpo descendería hasta lo más profundo y una vez allí se congelaría…y nadie lo descubriría al menos en una buena temporada, lo suficiente para desaparecer de aquí.

Pero aquellos dos idiotas aparecieron con sus sonrisitas de enamorados y lo jodieron todo. No me quedó más remedio que abandonar el cuerpo a su suerte sobre la nieve y como pude me escondí detrás de unos arbustos hasta que aquellos dos inoportunos se fueron a dar parte de su descubrimiento a la policía. Por su culpa no tuve tiempo de terminar lo que había empezado y tuve que irme sin más para no ponerme en peligro. Después dejé el coche del viejo en la puerta de su casa para que nadie sospechara nada y volví andando al refugio en plena noche con aquel frío insoportable congelándome a cada paso, pensé que este sitio sería un buen lugar para esconderme hasta que las cosas se fueran calmando un poco >>

- Y has estado aquí todo el tiempo.- Concluyó Clarissa.

- Sí, hasta que tú volviste a estropearlo todo. Fue aquel día que subiste a ver la casa…casi me descubres, así que tuve que atacarte y de nuevo me vi envuelto en una huída. Tienes la mala costumbre de hacer que tenga que irme de los sitios, y te juro que no me gusta nada.

- Así que fuiste tú, y no Carl.

Adam sonríe ante la afirmación de Clarissa y de nuevo toma la palabra.

- Además, por tu culpa tuve que deshacerme de los dos viejos, y eso tampoco fue de mi agrado, aunque no me creas.

- ¿Qué? Claro, como no me había dado cuenta, ¡Tú también mataste a Agnes! Maldito loco chiflado, ¿Pero qué es lo que te pasa?- Dice Clarissa en un estridente grito desesperado al darse cuenta de la gravedad de aquella confesión.

- No tuve más remedio que hacerlo, yo no quería que pasara todo esto, ninguno de los dos ancianos eran mi objetivo, mi objetivo eras tú, pero se entrometieron y tuve que actuar. Ya estaba harto de verte campando a tus anchas como si no hubieras hecho nada, así que decidí terminar contigo y volver a por mi chica. Ese era el plan, pero otra vez se torció, últimamente todo me sale mal, desde que apareciste en mi vida todo se precipita, así que tenía que deshacerme de ti de una vez por todas. Aquella noche supe que estabas en tu dormitorio, pude ver la luz desde el jardín, además, llevaba un tiempo vigilándote y por las noches siempre estabas en casa, tengo que decirte que tienes una vida de lo más aburrida. Cuando la vieja salió a tirar la basura entré en la casa sin que se diera cuenta, fue realmente fácil. Sabía que cuando entrara de nuevo en la casa se iría directamente a su dormitorio porque ese era su ritual de todos los días, tirar la basura e irse a dormir, llevaba vigilando la casa el tiempo suficiente como para saber vuestra rutina. Como cada noche ella debía entrar en casa, irse a su dormitorio y meterse en la cama inocentemente, y yo tendría vía libre para subir a la planta de arriba, entrar en tu dormitorio y acabar contigo, tenía el paralizador en el bolsillo y si lo hacía bien apenas dejaría marcas. Pero el maldito gato decidió subir las escaleras y la vieja fue detrás de él y me descubrió en el pasillo. Tuve que ser rápido y fulminante porque era ella o yo así que le tapé la boca con una mano antes de que pudiera decir nada y le di una descarga rápida y potente que en realidad estaba destinada para ti, después la arrastre hasta su cuarto y la dejé sobre la cama para simular que había muerto durmiendo.

Edurne llora desconsolada mientras escucha las terribles y veraces palabras de Evans. Tiene miedo, mucho miedo, y sin darse cuenta tiembla como una hoja marchita que cuelga de un árbol en pleno temporal de viento.

- Y ahora por fin llega tu turno. Cómo deseaba que llegara este momento…

Y sin dar más explicaciones Evans se acerca a Clarissa, le tapa la boca con cinta aislante y la desata de la silla dejándole amarrados los pies y las manos, obligándola a caminar con pasos muy cortos a su lado.

- Cariño. - Dice Evans dirigiéndose ahora a Edurne. -Esto acabará rápido, en un momento volveré a por ti. – Y también le tapa la boca con la cinta adhesiva para que en su ausencia no le dé por montar ningún escándalo.

Evans y Clarissa desaparecen por la puerta y Edurne se queda sola en aquella habitación que ahora se le antoja insoportable. Mientras los ve alejarse siente que mil gritos desesperados luchan por salir a la luz y finalmente se ahogan en la oscuridad de su garganta cerrada.

-21-

Aquella mañana Adam se había levantado con los primeros rayos de luz. La casa estaba silenciosa cuando cerró la puerta tras él, y el rocío de la mañana se reflejaba en las plantas de la entrada con minúsculas gotas brillando sobre la superficie húmeda de las hojas. Iba a hacer un día espléndido, no había más que mirar el cielo para darse cuenta de ello, aún así, el fresco de la mañana le hizo estremecerse de frío cuando se subió en la bicicleta y comenzó a pedalear en dirección hacia la carretera.

Adam había tomado la vía principal en dirección al Atolladero y una vez allí había seguido el camino que bordeaba el lago. Aquella pincelada azul que reflejaba el color del cielo ya no estaba helada en su totalidad, la superficie se movía ahora con un constante vaivén balanceando en sus aguas gruesos trozos de hielo en una bella danza que relajaba todos los sentidos.

Las farolas de las calles aún estaban encendidas aunque ya apenas alumbraban y era tan temprano que todavía había poco tráfico en el pueblo, la gente aún debía de estaba disfrutando del calor de

la cama o de un buen desayuno en familia.

A él, en cambio, nunca le había costado madrugar, lo que le costaba era estar tanto tiempo en la cama sin hacer nada. Igual que las gallinas se levantaba con los primeros rayos de luz sin ningún problema, y nada le daba más placer que coger su bicicleta un sábado a primera hora cuándo el aire fresco le despejaba la mente de forma instantánea. Por eso llevaba años haciéndolo, y allí, en aquel pueblo de montaña, estaba disfrutando de su afición más que nunca.

Las calles estaban tan desiertas cuando inició su paseo matutino que no pudo evitar fijarse en un coche rojo que venía en dirección contraria y mientras él salía del pueblo bordeando el bosque, el coche entraba directamente en él. Por un momento aquel coche llamó su atención, le resultaba conocido de alguna forma pero no sabía dónde lo había visto antes, así que no le dio mayor importancia y apartó aquel pensamiento de su mente, quizá simplemente fuera de algún vecino y por eso le había resultado conocido.

Adam paró en un modesto bar de carretera en el que solía desayunar cada sábado cuando salía en bicicleta. Cuando entró en el local se sentó en un taburete en la barra y saludó al camarero, al que ya conocía de verlo por allí todos los fines de semana. Charlaron un rato sobre temas banales como el tiempo o el deporte y cuando el camarero se retiró a prepararle el desayuno Adam cogió el periódico que había a su derecha sobre la barra. Fue en ese mismo bar dónde tiempo atrás había leído una noticia sobre el caso de la enfermera de los Alpes y allí estaba de nuevo, esta vez sintiendo un extraño presentimiento que aún no podía descifrar con claridad.

Pero de pronto una pieza encaja y entonces todo parece conectarse. La imagen del coche rojo llega a su memoria como una estrella fugaz que asalta un cielo negro y lo ilumina repentinamente todo con su luz pasajera. Adam deja el periódico sobre la barra y de pronto se pone muy pálido, el tiempo se ha congelado justo en el instante en el que acaba de comprenderlo todo, porque ya sabía dónde había visto antes aquel coche rojo.

Fue en el expediente del caso de los Alpes, el Comisario le había pasado toda la información cuándo Evans Bonfils fue puesto en búsqueda y captura en todo el continente europeo y las autoridades francesas habían pedido la cooperación de la policía para evitar que el sospechoso

huyera o se refugiara en algún país vecino. Ahora recordaba perfectamente la información que había leído sentado en su despacho. Recordaba que Evans Bonfils, presunto asesino de su compañero Damien y acusado del secuestro de su ex novia Edurne García, había huido de la escena del crimen en el coche de Damien, un bonito Megane Coupe rojo con tan sólo dos años de antigüedad.

Y de pronto una idea taladra su celebro con la crudeza de una verdad que por ser tan dolorosa no quiere ser reconocida, una verdad que dolía aún antes de ser cierta; aquella mañana había visto a Evans Bonfils entrando en el pueblo en aquel Megane Coupe rojo mientras él se alejaba irremediablemente de él y de sus propósitos, fueran los que fueran.

O también había otra posibilidad, que el coche no fuera el mismo y el dueño fuera otro bien distinto a un asesino prófugo buscado por las autoridades europeas. Podría ser una persona cualquiera y él un paranoico que veía fantasmas detrás de las esquinas. Pero un profundo malestar se había instalado en su estómago ante la simple idea que había formulado su cerebro, y ante aquellas señales no podía correr riesgos.

Con cierta urgencia Adam saca su teléfono móvil del bolsillo de su sudadera y en primer lugar llama a Clarissa con una mezcla de desesperación y esperanza. Un tono, dos, tres, cuatro, cinco, seis….y la llamada finaliza sin que ninguna voz le conteste al otro lado del aparato. Decide entonces llamar a Edurne, por la hora que era ya debían de estar las dos juntas en el refugio y seguro que estaban ordenando la ropa o quién sabe qué. Un pitido, dos, tres, cuatro, cinco, seis, y otra vez le salta el buzón de voz.

Entonces llama a Emil y afortunadamente éste contesta al segundo tono con su voz alegre y despreocupada, nunca antes se había alegrado tanto de escucharle y poder contar con su ayuda.

- Emil, escúchame bien. He salido con la bicicleta y estoy en un bar de carretera que hay en dirección a Uppsala cogiendo la carretera antigua. Puede que no sea nada pero…tengo un mal presentimiento Emil, y desde aquí no puedo hacer nada.

- Cuéntame Adam, iba a salir ahora mismo pero puedo cancelarlo, que ocurre.

- Al salir del pueblo me he cruzado con un Megane Coupe rojo, era el coche en el que huyó Evans

Bonfils, puede no ser él pero…he llamado a Clarissa y a Edurne y no me contestan. Acércate al refugio y comprueba que estén bien y si puedes quédate con ellas hasta que yo llegue, vigila los alrededores por si alguien merodea por allí y estate atento por si ves el coche por el pueblo.

- Desde luego, voy para allá ahora mismo.

- Emil, ve armado. Y envía un coche hasta aquí para que me recoja, será más rápido que volver en bicicleta.

- Eso está hecho. Te llamo en cuánto sepa algo Adam.

- Si es él, llama al Comisario y comunícaselo todo.

- Muy bien Adam, te llamo enseguida.

Adam cuelga el teléfono y con un gesto preocupado se lleva las manos a la cabeza y se revuelve el pelo. Mientras espera vuelve a llamar a Clarissa y a Edurne varias veces más, pero nunca contestan y no le queda más remedio que esperar impaciente y en silencio a que alguien vaya a recogerlo. Aquella media hora sería la más larga de toda su vida.

Emil se coloca con solemnidad el chaleco antibalas, se abrocha el cinturón en el que va enfundada su pistola y sale a toda prisa de su casa, la seriedad con la que le había hablado su jefe le había contagiado cierta preocupación y hay premura en cada uno de sus movimientos. Ya ha mandado a un agente a recoger al Inspector y ahora se dirige al coche de policía que descansa frente al jardín de su casa. Sabe que el Inspector tiene buena intuición, por eso él mismo está preocupado y ansioso por llegar al refugio y comprobar que esta vez quizá se haya equivocado, sería un error muy bien recibido por todas las partes implicadas. Había llamado a las chicas antes de ir en su búsqueda pero ninguna de ellas le había cogido el teléfono y ahora sentía aún más miedo de que Adam estuviera en lo cierto y les hubiera sucedido algo.

Aquello les había cogido realmente desprevenidos. Nadie hubiera esperado que Evans Bonfils las siguiera hasta allí, todo lo contrario. Lo normal era que hubiera huido lo más lejos posible de ellas para que nadie le viera o le identificara. Desde su punto de vista aquel hombre había cometido un error, el error típico que cometía la gente que actuaba siguiendo sus emociones, el error típico que había de fondo en todos los crímenes pasionales y que desgraciadamente solían acabar en tragedia.

Emil arranca el coche y se dirige al refugio con la impaciencia emergiendo de su estómago y repartiéndose en todas las direcciones de su cuerpo. El camino hasta allí es corto pero se le hace eterno y cuándo por fin ve la casa a lo lejos su corazón empieza a palpitar con fuerza. Pero cuándo aparca frente a la puerta se relaja y respira hondo, allí estaba aparcado el coche de alquiler de Edurne y el Hyundai gris de Clarissa, pero no había ni rastro de ningún vehículo rojo así que todo parecía estar en orden. Emil decide llamar entonces a Adam para decirle que podía respirar tranquilo, que él se quedaría con ellas hasta que él llegase, seguramente las dos chicas estarían dentro de la casa preparándolo todo para la gran apertura ajenas a la preocupación que habían suscitados en los dos agentes.

Cuándo Emil termina la conversación con su jefe cuelga el teléfono y sale del coche de forma despreocupada. El disparo que impacta sobre él llega desde los árboles del bosque que hay a la izquierda de la casa y apenas tiene tiempo de reaccionar, el balazo ha impactado sobre su chaleco

antibalas pero aún así le hace gritar de dolor y caer al suelo abrumado por la incomprensión de lo que sucede y la sorpresa. Un segundo disparo impacta sobre él antes caer sobre el suelo y sentir cómo la sangre se derrama de forma silenciosa bajo su cuerpo.

Aunque las palabras de Emil habían sido tranquilizadoras, Adam no estaba totalmente convencido de que las chicas estuvieran a salvo. Que Evans no hubiera aparcado el coche en la puerta de la casa no quería decir que no estuviera por los alrededores vigilándolas o esperando el momento oportuno para atacarlas. Por eso le había pedido a su compañero que fuera prudente y le había dicho al agente que había ido a recogerle que le llevara a su casa para dejar la bicicleta, coger su arma, cambiarse de ropa y subir al refugio como le había prometido a Emil.

-22-

Para Juliette Foss las últimas semanas estaban siendo como una sucesión de terremotos y réplicas que sacudían su vida una vez tras otra.

En lo profesional nunca se había sentido tan excitada y realizada a la vez. Su trabajo había pasado irremediablemente a un primer plano en su vida cuando hasta hacía poco era simplemente una forma de ganarse un sustento con el que mantener a su familia y asegurarse de que a sus hijos no les faltara de nada. Pero las cosas habían dado un vuelco y ahora todo giraba en torno a sus investigaciones, algo que le estaba causando problemas en casa y que aún no sabía cómo iba a

resolver.

Su marido no entendía que de pronto todo el tiempo libre de su mujer fuera para investigar aquellos casos que para él no tenían la más mínima importancia, o al menos, no más que su propia familia. Y los niños la echaban de menos y reclamaban su atención con rabietas y peleas absurdas entre ellos que solo tenían un único fin, que su madre les atendiera y mediara entre ellos.

Juliette les entendía a todos, realmente lo hacía. Entendía a su marido, que se sentía solo en casa y la necesitaba con los niños, entendía a sus hijos, que la echaban irremediablemente en falta. Pero ¿Alguien la entendía a ella? ¿Alguien entendía que por primera vez en su vida se sentía útil, preparada, reconocida y alentada a perseguir sus sueños?

Lo peor de todo era que quien más le animaba a desarrollarse como periodista de investigación era su jefe, alguien del que ya no podía hablar en casa porque su marido empezaba a detestarlo sin conocerlo personalmente. Porque sabía todo lo que necesitaba saber sobre él, que era la persona que estaba alejando a su mujer de su hogar y eso para él era más que suficiente.

Por supuesto, Juliette nunca le había contado a Johan que había algo más. Como mujer lo sabía desde hacía tiempo, no había más que ver como la trataba Göran y como la miraba, pero ella hacía como si no se diera cuenta. Porque en estos momentos lo último que quería Juliette era comprometer su matrimonio o su trabajo, no quería que su jefe dejara de de confiar en ella pero tampoco quería que las cosas pasaran a un terreno más peligroso y amenazara la relación que tenía desde hacía años con su marido. Solo quería seguir disfrutando de aquella posición privilegiada que le otorgaba ser la mujer que más deseaba su jefe y deleitarse con sus privilegios de forma inofensiva.

Pero siendo realista Juliette sabía que aquella situación era temporal y tenía fecha de caducidad. Finalmente llegaría el día en el que Göran se armaría de valor e intentaría besarla, o le diría simplemente lo que sentía. Aquel momento le daba realmente miedo pero aún no había llegado y hasta entonces no pensaba desaprovechar la oportunidad que le había dado la vida de realizar sus sueños. Quizá un poco tarde, o quizá en un período un tanto incómodo para algunos, pero era su tiempo y no pensaba renunciar a él.

Si llegado el momento tenía que rechazar a Göran tenía serias dudas de cómo podría reaccionar él a su negativa. Porque ya le iba conociendo y sabía que su jefe era un hombre orgulloso que le gustaba el éxito y conseguía casi todo lo que se proponía en su camino. Lo más probable era que no le gustara ver todos los días en la oficina a la persona que le recordaba aquel fracaso, y aquel podría ser el fin de su trabajo en Libertad Plural.

Lo cierto era que Göran eran más joven que ella y era un hombre muy atractivo, eso no había pasado desapercibido para ninguna mujer en aquella redacción. Pero ella estaba casada y aunque su matrimonio no estaba pasando por su mejor momento todos los días se recordaba porqué se había enamorado de su marido y los motivos por los que admiraba el hogar que habían construido entre ambos, no, no iba a echarlo todo por la borda por un capricho pasajero. Así que no le quedaba más remedio que ir capeando el temporal conforme se fueran acercando los nubarrones.

Aquella mañana había vuelto a discutir con Johan. Como cada sábado, él quería que fueran todos juntos al parque y ella había insistido en que tenía que volver a aquel maldito pueblo que últimamente siempre se interponía entre ambos. Así que lo había dejado en casa con los niños vestidos para salir a jugar, con mil promesas en el aire de que el domingo su tiempo sería entero para ellos tres, los tres hombres de su casa. A Johan no le había quedado más remedio que resignarse y mientras la veía partir la nostalgia empañaba sus ojos por la mujer que antes siempre anteponía su familia a cualquier otra cosa y que últimamente le parecía una desconocida.

Pero después de múltiples intentos por hablar con la "mano derecha" del Inspector Adam Berg, este por fin había consentido tener una entrevista informal con ella y habían quedado aquella misma mañana en el Atolladero, donde esperaba poder sonsacarle al muchacho la información que no había podido extraer de su jefe. Era un chico novato y joven, y seguro que terminaba hablando más de la cuenta si ella era hábil y cuidadosa.

Pero justo cuando estaba llegando al pueblo Emil le había llamado para disculparse porque iba a retrasarse un poco. Había tenido que salir por una urgencia y ahora estaba en la que sería la futura pensión del pueblo, la cual aún no estaba abierta. La pensión estaba a las afueras y tenía que esperar a que llegara su jefe, así que no podía asegurarle cuándo llegaría a su cita, si quería podía

esperarle en el bar y él terminaría apareciendo en un rato. Pero de eso hacía ya bastante tiempo y Juliette empezaba a impacientarse. Si había algo que la caracterizaba era que no le gustaba esperar a que las cosas se resolvieran por sí solas, ella era una mujer de recursos y no iba a quedarse esperando perdiendo su valioso tiempo, tiempo que por otro lado le había quitado a su familia, así que después de preguntarle al camarero cuál era la dirección de aquella pensión Juliette se pone en marcha, si Mahoma no iba a la montaña, la montaña iría a Mahoma.

Desde que existían los GPS Juliette llegaba a todas partes sin dar rodeos innecesarios y aquel invento había sido una auténtica bendición para ella. Antes se perdía cada vez que tenía que ir a un lugar desconocido, y ahora en cambio ninguna dirección se le resistía. Fue su magnífico GPS el que le llevó a la pensión en la que Emil estaría haciendo quien sabía qué en lugar de estar donde tenía que estar, es decir, desayunando con ella.

Cuando minutos después Juliette llega a la pensión observa que hay tres coches aparcados delante de la puerta. Con grata satisfacción comprueba que uno de ellos es de policía, tenía que ser el coche de Emil, así que el agente no debía de andar muy lejos. Juliette aparca al lado de un coche gris metalizado que le recuerda de pronto a un enorme tiburón nadando a sus anchas en medio del océano y de pronto siente una punzada de envidia por no haber tenido nunca un coche como aquel, siempre le habían gustado los vehículos grandes y elegantes pero había tenido que conformarse con uno pequeño y de segunda mano, inconvenientes que ella solía adornar diciendo que era coqueto y manejable.

Juliette se baja del coche y espantando aquellos pensamientos de escasez y precariedad camina hacia la casa con el fin de encontrar a alguien que pudiera atenderla, no sabía cómo habría sido antes aquel lugar pero la pensión que se alzaba ahora ante ella era realmente bonita y apetecible, un lugar ideal para el descanso y el disfrute de la naturaleza. Mientras aprecia el paisaje que rodea a la casa toma nota mentalmente de una idea, pasar un fin de semana con su marido y los niños allí para compensarles de sus habituales desplantes, seguro que la idea les encantaba. Pero antes de alcanzar la puerta de la entrada escucha un extraño gemido y vuelve su mirada rápidamente hacia la derecha, lugar de donde procedía aquel inquietante sonido. Juliette deshace el camino andado y regresa hacia los coches algo temerosa por lo que pudiera encontrarse, quizá solo fuera un animal herido…y cuando llega a la altura del coche de policía lo ve, está tirado sobre el suelo y tiene muy mal aspecto. Juliette grita de la impresión y cuando finalmente vuelve en sí y se da cuenta de que nadie acude en su ayuda se agacha apresuradamente junto al agente que se desangra segundo a segundo delante de sus atormentados ojos.

A pesar del shock en el que se encuentra Juliette reacciona rápido y se sienta en el suelo junto a Emil. Con sumo cuidado pone su cabeza sobre sus piernas y con el pañuelo que lleva enroscado al cuello presiona la herida para que deje de sangrar o al menos empiece a hacerlo con menos intensidad. Después le susurra al chico unas palabras esperanzadoras que ella misma quiere creer

con todas sus fuerzas, pero el charco de sangre que hay bajo el cuerpo del agente es cuanto menos preocupante.

Con la mano que le queda libre Juliette llama a emergencias y alguien al otro lado del aparato le dice que van a enviar una ambulancia lo antes posible pero que tenía que tener paciencia porque esta tardaría en llegar al menos cuarenta minutos ya que el lugar más cercano con hospital era Upssala, la desesperación brota de lo más hondo de su ser y en un intento por hacer algo más por aquel chico Juliette llama al Inspector Adam Berg, gracias a Dios tenía su número de teléfono grabado en el móvil. Pero el Inspector no coge el maldito teléfono. Juliette maldice varias veces en voz alta y entonces, antes de tirar la toalla, una intuición le asalta como si en realidad fuera una certeza absoluta, y una idea revolotea en su mente abriéndose camino hacia la esperanza.

Sus dedos buscan con rapidez dentro de los bolsillos de Emil y llena de entusiasmo encuentra lo que estaba buscando, su teléfono móvil, después examina la agenda y por fin encuentra el número que tanto necesita, con un pulgar tembloroso teñido de sangre pulsa el botón verde y en apenas dos segundos la voz del Inspector suena al otro lado, Juliette suspira imperceptiblemente, sabía que a ella no iba a cogerle el teléfono pero no podría rechazar la llamada de su compañero. Con frases incoherentes y la voz rota y entrecortada Juliette le dice al Inspector que si nadie hacía nada por impedirlo, Emil se desangraría irremediablemente en su regazo.

-23-

Aunque haya pasado mucho tiempo Clarissa recuerda con sumo detalle el fatídico día del secuestro de Edurne. Recuerda la búsqueda desesperada sabiendo que algo malo estaba a punto de suceder, recuerda el impacto que sintió al verla tirada en el suelo con una herida en la cabeza a través de la ventana, recuerda el agua fría llenando sus ojos, sus oídos, su boca y finalmente su cerebro mientras Evan intentaba ahogarla en el agujero del lago dónde otras veces solía pescar tranquilamente. Aquel hombre era un demonio, un día podía estar en silencio mirando el hilo de su

caña de pescar, y otro día podía estar matando a una persona en esas mismas aguas transparentes de apariencia inofensiva.

Ahora, meses después, cuándo creía que todo aquello había quedado atrás, su destino era nuevamente orquestado por aquel mismo hombre que ahora la dirigía inevitablemente hacia la profundidad del bosque, un bosque extenso y opaco dónde intuía que si él se lo proponía nadie podría encontrarla jamás con vida.

Las cuerdas que amarraban sus manos y pies le hacían daño al caminar, pero ese dolor apenas le importaba porque era insignificante si lo comparaba con lo que estaba a punto de suceder en breves momentos, podía olerlo en aquel aire puro, el fin se estaba acercando. Clarissa no dejaba de pensar en su suerte y en la que después correría Edurne cuando Evans hubiera terminado con ella, sólo podía esperar que en algún momento Adam sospechara que algo ocurría y llegara a tiempo, pero no creía que fuera posible porque se había ido temprano aquella mañana y no estaría de vuelta hasta la hora de comer, y para entonces ella yacería enterrada debajo de un montículo de tierra fértil y Evans y Edurne estarían poniendo rumbo a cualquier país desconocido.

De Emil ya no podía esperar nada ya que su cuerpo yacía sobre el suelo del aparcamiento desangrándose sin remedio. Clarissa no se había dado cuenta aún pero las lágrimas corrían por sus mejillas de forma continua y silenciosa.

Mientras caminaba por el bosque delante de Evans un sinfín de árboles se elevaban majestuosamente delante de ella dándole la bienvenida a su mágico territorio. El sonido de los pájaros revoloteando entre sus ramas le hizo anidar un momentáneo sentimiento de paz y relajación. Si iba a morir allí, al menos tendría una bonita banda sonora de fondo. Pero eso no le consolaba. No, Clarissa no quería morir todavía, ni en aquel bosque ni en ninguna otra parte, sabía que su futuro aún le deparaba muchas cosas bonitas.

Conforme se dirigía hacia su ineludible destino paso a paso no podía dejar de pensar en Adam. Era curioso que sus últimos pensamientos fueran para él, para el hombre que había insistido en estar presente aunque ella se hubiera empeñado en apartarle de su vida una y otra vez sin mucho éxito. Adam, el Inspector Adam Berg, con sus ojos claros y su bicicleta de montaña. Aunque no

quisiera reconocerlo amaba a aquel hombre de presencia noble y alma sincera.

Sin darse cuenta se habían adentrado tanto en el bosque que no se escuchaba ninguno de los sonidos habituales de la civilización. Ni coches, ni voces humanas, ni ladridos de perros. Sólo las hojas de los árboles vibrando en sus ramas, los pájaros y su danza mañanera y las pisadas que ellos mismos hacían sobre el mullido suelo de nieve y hojarasca.

- Este es un buen lugar para morir, ¿No te parece?

Evans se había decidido a romper el rotundo silencio que había reinado entre ambos desde que este había disparado a Emil ante los inútiles gritos de Clarissa. Aún tenía grabadas aquellas imágines en sus retinas y seguramente se las llevaría a la tumba que el mismo Evans cavaría para ella delante de sus propias narices.

Clarisa recordaba ahora como había ocurrido todo, habían salido de la casa hacía tan solo unos segundos y comenzaban a caminar hacia el bosque cuando les sorprendió un débil pero inconfundible sonido a lo lejos. El característico sonido de un coche que se dirigía hacia ellos. En un primer momento Clarissa temió que fuera Adam y que terminara igual que Damien al enfrentarse a Evans. Pero los pensamientos de Evans iban por otros derroteros y al escuchar aquella inoportuna amenaza la obligó a detener la marcha y ambos esperaron agazapados detrás de unos arbustos. Cuándo Emil se bajó del coche de forma inocente y despreocupada, el monstruo salió de entre las sombras y disparó toda su ira contra él. Así que ahora sólo estaban ellos dos, cualquier posibilidad de ser rescatada acababa de esfumarse ante sus ojos y el mundo comenzó a desmoronarse sin apenas hacer ruido, como lo haría un flamante castillo de arena con el choque constante de las olas del mar.

Y finalmente el momento temido había llegado. Allí estaban ellos dos otra vez, solos en mitad de un bosque que sería el único testigo silencioso de aquel asesinato. Clarissa podía ver el triunfo estallando en los ojos excitados de Evans, los ojos desquiciados de quien sabía que iba a cometer una atrocidad y no sentía remordimientos ni compasión por la vida que iba a arrebatarle a otro ser humano.

- Siéntate ahí mismo. - Dice Evans señalando un punto cualquiera en el suelo.

Clarissa se deja caer de rodillas en el suelo y mira con ojos suplicantes a su agresor, pero no hay humanidad en su mirada ni piedad en su alma así que no le queda otra opción que asumir con la rotundidad de quien se siente atrapado que el hombre que tenía delante de ella no iba a cambiar de opinión respecto a su inminente muerte.

- Voy a taparte los ojos para que no veas y la boca para que no grites, así todo será más fácil para ambos.- Añade mientras ata un pañuelo sobre sus ojos y tapa su boca con cinta adhesiva.

- Y ahora, solo sentirás una descarga eléctrica. Lo suficientemente fuerte para que no sientas nada más el resto de tu vida.

Clarissa siente su corazón palpitando con furia en el pecho, protestando ante el injusto atentado que iba a producirse hacia su preciada vida. Por unos momentos solo ve una negrura infinita a su alrededor y un silencio ensordecedor lo invade todo, Evans debía de estar a punto de hacerlo y por tanto, ella debía de estar a punto de morir, y sin embargo, la descarga parecía que no llegaba nunca. Y de pronto, desde la oscuridad que la envuelve con un descaro desmedido solo acierta a escuchar un ruido ensordecedor acompañado de un alarido de dolor y una rabia infame que se eleva más allá de los inquebrantables árboles.

Ahogándose en un mar de lágrimas Clarissa siente unas manos hábiles y certeras que le quitan la venda de los ojos y la cinta adhesiva de la boca. No sabe lo que ocurre a su alrededor, se encuentra sumida en un estado de shock que se asemeja al oscuro inframundo que sólo había visitado una vez en su vida pero que jamás olvidaría. Como a cámara lenta le llegan los estímulos externos pero ella parece no comprender nada, escucha una voz que le susurra algo a su lado pero no quiere escucharla, solo quiere correr y correr, y entonces se da cuenta de que está atada de pies y manos, lo que le hace sentir una claustrofobia y una ansiedad que le nubla al unísono todos los sentidos. Aquellas manos seguras y fuertes la desatan cuidadosamente y la abrazan a pesar de su resistencia inicial. Después esas manos cálidas le sujetan la cara con una mezcla de dulzura y firmeza obligándola a mirar a la persona que tiene en frente. Solo entonces se da cuenta de que Adam está junto a ella y de que unos ojos azul claro la miran llenándola de un consuelo prodigioso.

Adam se encuentra en la sala de espera de un hospital con el semblante tan pálido que se asemeja al de un muerto viviente de los que suelen salir en las películas de terror. Junto a él hay una mujer de pelo rizado con la mirada perdida en quien sabe que lejano lugar pero aún así le ofrece su apoyo silencioso, un gesto de solidaridad que Adam agradece de corazón ya que de lo contrario estaría completamente solo ante tanta desolación. Su hermano Alfred debía de estar a punto de llegar, pero hasta entonces, la compañía de aquella desconocida era lo único que tenía para afrontar aquella situación tan dramática como real que estaba viviendo.

Habían pasado ya dos horas del macabro incidente y el Inspector Adam Berg aún no había asimilado bien todo lo ocurrido. Solo sabía que Emil se debatía entre la vida y la muerte en un frío quirófano y que Clarissa se encontraba en observación después de haber sido sedada por los médicos que la habían atendido. Sabía que Edurne estaba siendo atendida en una sala de psiquiatría de la tercera planta a consecuencia del ataque de pánico que había sufrido, y sabía que Evans Bonfils estaba muerto a causa del disparo que había recibido en el cráneo, disparo que había realizado él mismo hacía apenas dos horas, cuando su vida era otra bien distinta a la de ahora. Maldito cabrón hijo de puta, ahora que había muerto al fin podrían respirar todos en paz.

Adam no se sentía orgulloso de haber acabado con la vida de un ser humano, pero aquel hombre había llevado la situación al límite y no pudo hacer otra cosa, de no haber llegado a tiempo o de haberlo hecho solo cinco minutos más tarde hubieran encontrado otro cadáver más que habría que añadir a la lista de crímenes de aquel crudo invierno.

- ¿Quieres un café, Adam?- Pregunta la mujer de pelo rizado que está sentada a su lado envuelta en un silencio sepulcral.

- Sí gracias, Juliette.

Adam observa como la mujer desaparece por el pasillo mientras camina en dirección a los ascensores. Desde el momento en el que la había conocido en su despacho ella le había dado muestras de su carácter curioso y alegre pero Juliette parecía ahora otra persona bien distinta, su

semblante se había tornado sobrio, sus ojos aún parecían abrumados por las imágenes que habían presenciado, su sonrisa se había esfumado al país de nunca jamás y sus labios se habían sellado en una línea recta e inquietante. Su ropa estaba teñida de sangre y aún tenía algunas pinceladas rojas en las manos y en la cara, seguramente ella no se habría dado cuenta de ello o simplemente no le importaba.

Cuando horas atrás Adam había llegado al refugio ya sabía de antemano lo que iba a encontrarse. Sabía que su compañero estaba herido y sabía que por fortuna, aquella periodista entrometida lo había encontrado antes de que fuera demasiado tarde. Los médicos le habían dicho que si no hubiera sido porque ella había taponado la herida, Emil habría pasado inevitablemente a otro mundo. A fin de cuentas tenía que estarle agradecido, si no fuera porque ella había llegado antes que él movida por su espíritu curioso e inconformista su joven compañero ya estaría muerto y ahora aún quedaba alguna esperanza para él.

Después de comprobar consternado que Emil estaba bien atendido y sabiendo que la ambulancia debía de estar a punto de llegar, Adam no duda en desenfunda su pistola y entrar cautelosamente en la casa. El olor de la pintura le llena de inmediato las fosas nasales trasladándole a su infancia, cuándo su madre pintaba toda la casa en los frescos y suaves veranos de Uppsala. Y lo que encuentra en la sala de estar es una imagen conmovedora. Edurne atada a una silla con la boca tapada y un río de lágrimas corriendo por sus mejillas. Sin perder ni un solo minuto Adam la desata y la abraza en un intento de acallar el miedo que aquella criatura siente desparramado por todo su cuerpo, que tiembla sin medida en un vano intento de librarse de tanta tensión. Después la coge en brazos y la lleva al exterior, depositándola junto a Emil y Juliette, la cual le mira con la boca abierta mitad sobrecogida y mitad aterrada.

Lo único que Edurne repetía una y otra vez era que Evans se había llevado a Clarissa al bosque y que esta vez iba a matarla. Lo repetía como un triste mantra entre sollozos y temblores que sacudían todo su cuerpo. Así que Adam se adentra en el bosque con el instinto bien despierto, con la mirada atenta y la mente concentrada en cada movimiento que hace ya que un paso en falso podría significar un terrible final para todos ellos.

- Aquí tienes. - Dice Juliette ofreciéndole un café mientras se sienta a su lado.

- Gracias. - ¿Has llamado a alguien, a tu familia…?

- Sí, mi marido debe estar a punto de llegar.

- Juliette te estoy muy agradecido, sin tu ayuda…hoy no se…

- No tienes que agradecerme nada. Me alegro de que mi presencia allí sirviera de algo.

- Si pude ir en busca de Clarissa fue sólo porque tú te quedaste con Emil y con Edurne, de lo contrario, yo…Clarissa estaría muerta.

Ambos se quedan atrapados unos segundos en una mirada cómplice llena de agradecimiento y respeto silencioso, de ese que no hace falta describir con palabras.

Lo que había dicho Adam era cierto, gracias a que Juliette estuvo allí él pudo ir en busca de Evans. Y había llegado justo a tiempo de evitar otra tragedia. Cuando le vio entre los altos y gruesos árboles del bosque estaba a punto de darle una descarga eléctrica a Clarissa, la cual estaba arrodillada en el suelo con los ojos vendados esperando la llegada de una muerte inminente. Y entonces apretó el gatillo y el destino cambió para todos ellos y en apenas un segundo Evans se desploma en el suelo como un muñeco de goma y él corre a proteger a aquella criatura que grita muerta de miedo encogida sobre el mullido suelo del bosque.

La silueta de un médico alto y joven que se acerca lentamente hacia ellos le hace salir de forma drástica de aquel oscuro laberinto de recuerdos en el que se había sumergido sin darse cuenta. Adam se levanta de su asiento y lleno de incertidumbre intenta descifrar la expresión del hombre que se acerca hacia él. Puede traer buenas o malas noticias, pero sus ojos impacientes no son capaces de descifrar nada en aquel rostro sereno y tranquilo. Y espera, espera con las manos metidas en los bolsillos la noticia que puede alegrarle la vida o sumirlo en la mayor pesadilla de su existencia.

-Epílogo-

Abril 2015

Clarissa deja el periódico sobre la mesa y cierra los ojos de forma instintiva disfrutando plácidamente del cálido sol de la mañana. El artículo que acaba de leer firmado por la redactora Juliette Foss le ha revuelto el cuerpo momentáneamente, pero tenía que reconocer que la periodista había hecho un gran trabajo, no solo desvelaba toda la verdad, sino que lo hacía con una mezcla de sensibilidad y respeto encomiable. Tendría que llamarla para darle la enhorabuena, seguro que ella le agradecería el gesto.

Aunque había pasado ya casi un mes todo lo que había acontecido en la pensión justo antes de ser

inaugurada había conmocionado al país entero, incluso había traspasado las fronteras después de que Evans Bonfils se hubiera convertido en el nexo de unión entre aquellos crímenes tan atroces. Y es que aquellos sucesos a pesar de estar separados por la distancia habían unido a las personas en su dolor e indignación, y por eso tanto Suecia como Francia estaban conmovidas con aquella historia.

Y ahora aquel artículo desvelaba los entresijos de la investigación que había liderado el Inspector Adam Berg en los últimos meses, así como los detalles de la muerte de Evans Bonfils en las inmediaciones del bosque poniendo punto y final a un caso que había dado mucho que hablar, Clarissa pensaba ahora que Juliette había llamado al artículo de forma acertada <<*Crímenes de invierno*>>.

A Clarissa todo le parecía ahora perteneciente a una horrible pesadilla de la que afortunadamente ya se había despertado. La vida le había dado una nueva lección y cuando creía que ya había tocado fondo, había descubierto que los límites del infierno podían ser infinitos, el mal podía ser como una plaga capaz de invadir cualquier ápice de vida y convertirlo en podredumbre. Había sentido en su propia experiencia como cuando creías que habías estado en el ojo del huracán viendo la tormenta desatarse a tu alrededor, aún podía ser peor, el huracán podía arrastrarte con él y elevarte por los aires sumida en el caos y el desconcierto. Y cuando la tormenta paraba bruscamente el golpe era terrible, el impacto sobre el suelo era duro y doloroso y podías romperte en mil pedazos, como si fueras una frágil pieza de cristal.

Pero una vez que habías caído desde lo más alto, por muchas heridas que hubiera causado la caída, ya solo podías hacer una cosa: levantarte. Y Clarissa había decidido darse la oportunidad de vivir, de gozar, de disfrutar de la existencia que la vida le brindaba una vez más en lugar de negarse la felicidad cuando la tenía al alcance la mano. Por eso, cuando salió del hospital y Adam le pidió que se quedara a vivir con él en su casa no se había negado. Sabía que sería difícil, no se encontraba precisamente en su mejor momento, puede que fuera demasiado pronto, quien podía saberlo…lo único que realmente sabía con certeza era que no encontró fuerzas para negarse, se sentía vulnerable y frágil, su armadura también se había roto con la caída así se sentía con el alma

desnuda y al descubierto. Y se dejó querer, se dejó cuidar, los dos se cuidarían mutuamente pues él también precisaba su compañía.

Porque Adam, aunque no quería preocuparla, también la necesitaba a ella. Clarissa sabía que su sola presencia le tranquilizaba, y que aquel incidente, aquel caso, también había llevado a Adam al límite sumergiéndole sin previo aviso en aguas profundas y pantanosas. Por una parte casi la pierde a ella, casi podría haberla visto morir si su disparo no hubiera sido tan certero y oportuno. Y lo peor de todo...había perdido a su compañero. Emil había estado al borde de la muerte varios días y varias noches y la muerte les había estado rondando a todos ellos en la fría sala del hospital mientras esperaban noticias de los médicos con el corazón encogido de miedo. Y desgraciadamente no se pudo hacer nada, <<*es un muchacho fuerte con ganas de vivir por eso ha aguantado tanto, pero había perdido mucha sangre y el disparo le hubiera dejado graves secuelas, ahora descansa en paz*>>, les había dicho el doctor cuando Emil cerró definitivamente sus ojos al mundo. Y además de todo eso estaba lo de Annika, Adam iba a ser padre y aún no había podido asimilar los continuos desencuentros que tenía con su ex mujer al respecto. Sí, podía decirse que los dos se necesitaban más que nunca, se ayudarían el uno al otro a cerrar poco a poco las heridas.

La vida ahora era lenta y plácida para Clarissa. Aún no había abierto la pensión y después de lo que había vivido en ella no sabía cuándo sería capaz de hacerlo. Pero lo que si hacía era ir un ratito casi todos los días y pasar allí algo de su tiempo, solía leer sentada en el porche, pasear por los alrededores o tocar el violín mientras dejaba que las notas limpiaran la sangre derramada en aquel paraje. Iba simplemente para que el aire de las montañas le ayudase a cicatrizar y porque quería cambiar la imagen oscura y siniestra que el incidente le había dejado grabada en las retinas de aquel lugar. Lo que no había podido hacer aún era internarse en el bosque, veía la sombra de Evans detrás cada árbol, escondido detrás de los matorrales para saltar de nuevo sobre ella como un lobo feroz y hambriento de venganza, no, adentrarse el bosque era todavía una tarea pendiente.

Desde que Edurne se había ido la echaba de menos de una forma casi dolorosa, otra vez se distanciaba de su hermana del alma pero entendía que ahora cada uno tenía que ser libre de dar

los pasos necesarios para una pronta recuperación, que por otro lado sabía que sería lenta y tediosa. Cuando el desenlace final salió en todos los medios de comunicación su abuela la llamó muy preocupada y le pidió que se fuera con ellos una temporada, los dos necesitaban verla, cuidarla y mimarla como lo habían hecho la vez anterior. Edurne tampoco pudo negarse a ese torrente de amor que venía de su propia familia y se fue temporalmente a la granja donde se había criado con la idea de reponerse y tomarse un nuevo paréntesis en su vida. Clarissa le había propuesto seguir adelante con su plan de negocio, entre las dos podían gestionar aquella pensión y de paso recuperar el tiempo perdido, pero podía tomarse todo el tiempo que necesitara igual que estaba haciendo ella misma. Seguramente fuera lo mejor para las dos.

Clarissa acaricia a Cascabel, el gato negro que descansa sobre su regazo, está gordo y ronronea con descaro y no puede dejar de sonreír mientras lo mira con ternura. Después observa la delgada línea del horizonte, una línea difusa que se extiende más allá del pueblo y de las cumbres nevadas. A pesar de todo se siente en paz, se siente en casa y esa agradable sensación se instala en su pecho y espanta con pulcra elegancia a los fantasmas reticentes que se resisten a abandonarla.

El Inspector Adam Berg se halla sumido en el caos más absoluto. Lleva de baja varios meses y acude una vez por semana a terapia con un psicólogo que le ha proporcionado el Cuerpo de Policía y que contra todo pronóstico le está haciendo sentir menos solo, menos ansioso y menos desesperado.

Su vida se encuentra en suspenso, como una nube flotando en un cielo azul infinito, sin rumbo fijo. Solo está ahí, atravesando su propia tormenta hasta que un día el sol decida asomarse a iluminarle el camino, un camino que ahora le resulta oscuro e incierto. Pero para eso aún es pronto.

Sin embargo el tiempo es implacable y hay cosas para las que no hay descanso, como por ejemplo para el embarazo de Annika que va avanzando semana tras semana. Al menos en este aspecto había avances positivos, aunque él ahora no fuera capaz de saborearlos y es que Annika al enterarse de todo se presentó en su casa y tuvieron una larga conversación. Ella le dijo que sentía en el alma lo que le había pasado a Emil y que no iba a ponerle las cosas más difíciles de lo que ya estaban así que desde entonces iban a entenderse por el bien del niño que estaba en camino y que era el hijo de ambos. Desde aquel momento Adam estuvo al corriente de todas las ecografías y pruebas que iba haciéndose Annika, y la llegada del bebé le obligaba a pensar en cosas como comprar una cuna, una mochila para colgárselo en su pecho…y otras cosas por el estilo que le hacían estar en el mundo de los vivos y no irse detrás de muertos.

Todas las semanas iba al cementerio a visitar a Emil e intentaba encajar aquella nueva pérdida. A veces le hablaba en voz baja, le contaba como habían cerrado el caso y cómo le hubiera gustado tenerle cerca cuando todo hubo terminado, pero no estaba y le echaba mucho de menos. Hubiera sido un gran policía y seguro que algún día un reconocido Inspector, y mientras hablaba con su compañero iba limpiando su conciencia de dolor y de culpa.

Y en aquel mar de desgracias al menos había un faro iluminando sus noches, Clarissa. Ella también le necesitaba y eso le obligaba a estar más presente y para poder atenderla, y entre los

dos se iba dando cariño a la vez que respetaban la necesidad de soledad que a veces les abrumaba.

Adam vuelve a leer el nombre de Emil grabado en el granito y empieza a iniciar el camino de regreso a casa. Sin darse cuenta está llorando, lo hace a veces sin percatarse de la humedad que sus propias lágrimas dejan en su piel como surcos inagotables de tristeza. Algunos brotes salen de la tierra como supervivientes de un invierno que ha arrasado con todo, verlos salir con ímpetu después de un largo letargo le da súbitamente fuerza y esperanza, ellos también podrán, saldrán de su letargo y crecerán buscando la luz de un nuevo día.